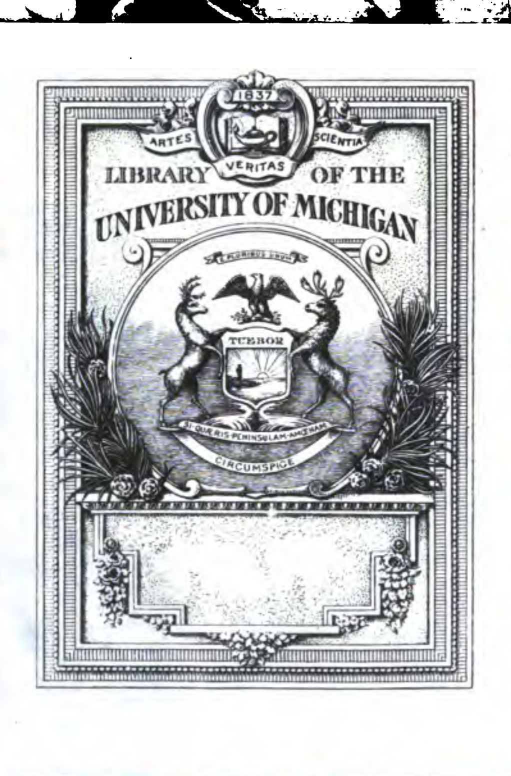
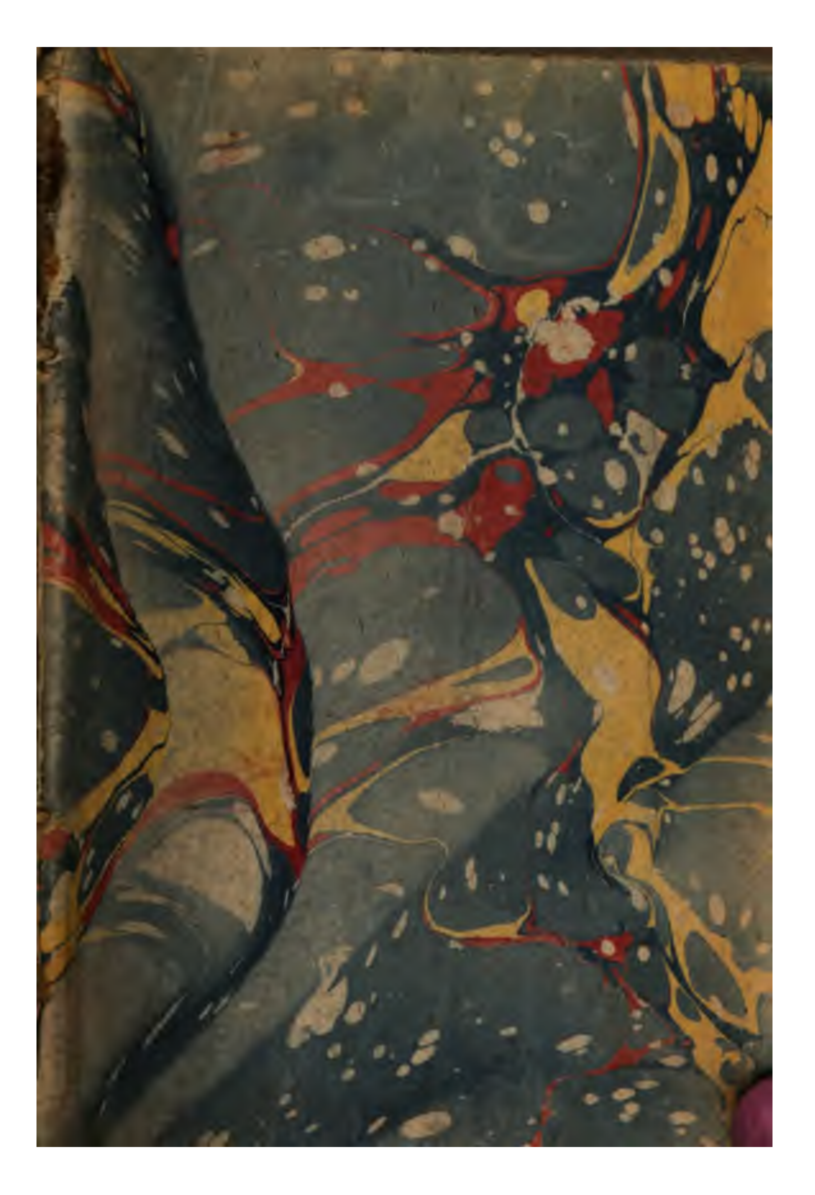

1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

FREY LOPE FELIX DE VEGA

CARPIO.

TOMO TERCERO.



CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de Ortega. 1830.

LAS FLORES

DE DON JUAN,

Y RICO Y POBRE TROCADOS.

PERSONAS.

La Condesa de la Flor.
Doña Constanza.
Doña Inés.
Don Juan.
Don Alonso, su hermano.
Don Luis.
Don Francisco.
Leonardo.
El Marqués Alejandro.
El Virey.
Rosela. } Damas.
Celinda.
German, lacayo de don Juan.
Octavio. } Criados de don Alonso.
Camilo.
Lucio. } Criados del Marqués.
Celio.
Rutilio.
Durango, Escudero.
Laurino. } Pescadores.
Alberto.
Pisano.
Un Mercader.
Un Platero.
Un Espadero.
Un moro.
Músicos.

La escena es en Valencia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ALONSO.

Don Alonso, Octavio y Camilo.

Alonso.
¿Está acabado el vestido?
Octavio.
Las calzas faltan no mas.
Alonso.
Qué descuidado que estás.
Camilo.
El espadero ha venido.

ESCENA II.

Dichos un Espadero y un mozo con una espada y daga dorada.

Espadero.
Aquí esta la guarnicion.
Alonso.
Vengais, maestro, en buen hora.
Espadero.
¿Está á tu contento agora?
Alonso.
Está á mi satisfaccion.
¿No está en estremo dorada,
Octavio?
Octavio.
Bien merecia
la hoja esta cortesía.

Sacala.

Espadero.

Linda.

Alonso.

Estremada.

Espadero.

Vive Dios, que es un diamante.

Alonso.

Aun el diamante es comun,
que espada de Sahagun
no ha de tener semejante.

Octavio.

Esta bien se ve que es suya.

Espadero.

Lo menos las letras son.

Alonso.

Ella dá satisfaccion.

Espadero.

Y mucho mas siendo tuya.
Cortará un hombre.

Octavio.

Es famosa.

Espadero.

Cortará en el mismo viento
la bolsa de un avariento,
aunque no hay tan dura cosa.

Alonso.

Pues no lo direis por mí,
que no gasto mal mi hacienda.

Espadero.

Antes hareis que se estienda,
Señor, vuestra fama así;
que aunque sois gran caballero,
y acabado de heredar,
mas grande os hace el gasto

liberalmente el dinero.

Camilo.

El platero quiere verte.

Alonso.

Como luce el dinerillo.

ESCENA III.

Dichos, y un Platero.

Platero.

Aqui traigo el cabestrillo.

Alonso.

Muy bien está de esta suerte.

Platero

¿Están los esmaltes bien?

Alonso.

A mi gusto agora están,
porque de esta suerte van
descubriéndose tambien
los diamantes, y mejor
se casan las dos colores.

Camilo.

Seis muestras trae mejores
el calcetero, señor.

Alonso.

Al juego de la pelota
dí que las lleve esta tarde;
ó que un instante se aguarde.

Octavio.

Lo que brilla y alborota
una fiesta de san Juan.

Alonso.

¿Salen bien los capitanes?

Platero.

Mañana hay bravos galanes,

porque de joyas lo van.

Alonso.

Que bien parece en Valencia
ir al mar sus compañías.

Platero.

Alegres son estos dias.

Alonso.

Importa su diligencia;
porque los moros de Argel
sepan que se ha de guardar
con este cuidado el mar,
y que hay gigantes en él.
Despacha, Octavio, á los dos,
lo que te pidieren dá.

Octavio.

Maestros, entren acá.

Espadero.

Mil años os guarde Dios.

Platero.

Veais con aquestas galas
muchos dias de San Juan,
que en esos años serán
de tus pensamientos alas.

ESCENA IV.

Don Alonso. Octavio, Camilo, el capitan Leonardo, don Luis y don Francisco.

Leonardo.

Aun no se habrá levantado,
si anoche salió á rondar.

Alonso.

Bien me suelo levantar
la noche que yo he jugado;
que esa es ronda para mí.

que hasta el alba me desvela.

Luis.

¿Vistes anoche á Rosela?

Alonso.

Anoche á Rosela ví.
Mas cansame, vive Dios,
el verla entre tantas viejas,
de mis agüeros cornejas.

Francisco.

¿Muchas os parecen dos?

Alonso.

Cuando Dios las repartiera
entre la tierra y el mar,
habia para cansar
otros mil mundos que hubiera.

Leonardo.

Una república habia
que grandes perros criaba
á quien los perros echaba.

Alonso.

Pues muy bárbara seria;
aunque todas son consejas.

Luis.

Son caractéres parejos,
a, y o, que dijo viejos
y habia de decir viejas.

Francisco.

Un hombre viejo es muy grave,
muy venerable; y provoca
á respeto: al fin le toca
la confianza, la llave,
la dignidad, el oficio,
y todo lo que es gobierno;
mas una vieja

Alonso.

En que infierno
os meteis de puro vicio.
Yo solo puedo quejarme,
que para llegar á ver
á Rosela, he menester
en mil viejas anegarme.
Una me pide el vestido,
otra el regalo, otra quiere
dinero seco, otra muere
por contarme lo que ha sido;
su hermosura, sus galanes,
que don Gazmio la sirvió,
y que don diablo se entró
allá por unos desvanes.
Cuentos tan impertinentes,
que sin sentido me deja.

Leonardo

Que cosa es ver una vieja
con mas historia que dientes.

Francisco.

Desdichado del que pasa
por mil viejas á su gusto.

Alonso.

Solo en nombrallas me asusto.

Luis.

No muy lejos de su casa
hay unas mozas famosas:
caza que yo descubrí.

Alonso.

¿Hay para todos?

Luis.

No, y si.

Alonso.

¿Son hermosas?

Luis.

Muy hermosas.

Alonso.

¿Cantan?

Luis.

Ni por pensamiento.

Alonso.

¿Piden?

Luis.

No dan pesadumbre.

Alonso.

¿Son muy bobas?

Luis.

Ni por lumbre.

Alonso.

¿Pues qué intentan?

Luis.

Casamiento.

Alonso.

Guarda la cara.

Luis.

A los bobos.

Francisco.

Hazte acá, necio.

Luis.

Braveza.

Alonso.

En tocándome esa pieza,
brinco, salto, y doy corcobos.

Leonardo.

A la noche habeis de ver
de cierta viuda al fresco,
con mas color que un tudesco,
el inmortal parecer.

Luis.

¿De ese vocablo te vales?

Alonso.

Cierto amigo de sus famas,
las que ha dias que son damas,
las llama las inmortales.

Leonardo.

Algo tiene esta señora
de aquesa inmortalidad,
porque compite su edad
con la historia de Zamora.
Pero la buena alegria
del rostro, y el estirallos,
cubre ciertos perigallos
que la edad antigua cria.

Luis.

¿Qué tenemos en romance
por perigallos?

Leonardo.

Las quiebras
que hace el rostro.

Francisco.

Si celebras
muger que va dando alcance
á la cuarentigia edad,
como si fuese escritura,
Lisarda es alta figura,
allá esta noche cenad;
y os dará en donaire, y brio,
aseo, gala, y limpieza,
lo que le falta en belleza.

Alonso.

De vuestras trazas me rio.
Esas damas, ya pasadas
para que las quiera yo,

que no sé quien las llamó
difuntas embalsamadas.
Vamos al vuelo; paremos
donde quisiere la casa.

Francisco.

Dád en lo presente traza.

Luis.

Pareceme que juguemos.

Alonso.

Por mi, aquí estoy.

Francisco.

Capitan,
¿jugareis?

Leonardo.

Sí jugaré.

Alonso.

¿Pintaremos?

Luis.

No.

Alonso.

¿Por qué?

Luis.

Porque es tarde, y nos durán
las pintas mala comida.

Francisco.

La polla podeis jugar.

Alonso.

Como la suele pelar,
á la polla nos convida.

Leonardo.

Ea, que polla ha de ser.

Francisco.

¿De á cómo?

Luis.

A doblon.

Francisco.

Braveza.

Alonso.

Entrémonos á la pieza
donde solemos comèr.
¿ Ola ? naipes.

Camilo.

Aquí estan.

Leonardo.

Quien burro hiciese, que pague.

Luis.

De juego que el gusto estrague,
Dios os libre, capitan.

Leonardo.

Yo bien tomara los dados,
mas quiérome entretener.

Octavio.

Estos, aquí han de comer.

Camilo.

No hay platos aderezados.

Octavio.

Haz que añadan dos, ó tres:
dos carne, y uno pescado.

Camilo.

Voy.

Octavio.

Dí que tengan cuidado.
Estraña la vida es
de un mozo rico, y soltero;
¡qué desfrenado que corre!

ESCENA V.

Octavio, don Juan con vestido de vayeta, y German.

Juan.

Si agora no me socorre,
irme de Valencia quiero.

German.

Mal pasarás sin tener
un vestido de galan,
para el dia de San Juan,
si es que ya se puede hacer.

Juan.

Deme mi hermano el dinero,
si es que me le quiere dar,
que es mas fácil conquistar
en la China un reyno entero,
que esta noche basta.

German.

Aquí
está el mayordomo.

Juan.

Aguarda.

German

¿Qué tiemblas? ¿qué te acobarda?

Juan.

La desdicha en que nací.
¿Señor Octavio?

Octavio.

¿Don Juan?

Juan.

¿Qué hace mi hermano?

Octavio.

Juega.

German.

A que lindo tiempo llega.

Juan.

¿Con quién?

Octavio.

Con el capitan
Leonardo, con don Luis,
y don Francisco

Juan.

¿Son dados?

Juan.

Juego es de mil ducados,
si en los tantos advertís:
aunque es polla la que juegan.

Juan.

¿Es á escudo?

Octavio.

Es á doblon.

Juan.

Muy entretenidas son.

Octavio.

Tambien pican, tambien ciegan.

Juan.

Quisiera, señor Octavio,
que para vestir me deis,
que ando agora, ya me veis,
y es de don Alonso agravio
que salga un hermano suyo
tal, en dia de San Juan,
que yo pobre, y él galan,
lo que han de decir arguyo
de verle, y de verme á mi;
que para tanta riqueza,
es notable la pobreza
en que me trae.

Octavio.

Es asi;
pero él me tiene ordenado
que aun para medias no os dé
sin avisarle.

Juan.

¿Por qué?
¿Soy algun bastardo echado
á la puerta de su casa?
¿soy falto de entendimiento?
¿soy hombre sin fundamento?
¿deshónrole yo?

Octavio.

Esto pasa.

Juan.

¿Qué bajezas hago yo?
¿En qué malas compañías
me ha visto andar estos dias?

Octavio.

Esto, don Juan, me mandó.

Juan.

Pues es ya mucha crueldad:
tan buen padre y madre fueron
los que esta sangre me dieron
como á él la suya.

Octavio.

Es verdad;
pero aun hay causas mas grandes:
quisiera, y fuera mejor,
don Alonso mi señor,
que os fuerades vos á Flandes,
donde al cabo de seis años
el Rey un hábito os diera.

Juan.

No me hableis de esa manera;

Octavio.

Allá, en los reinos estraños,
no estan los segundos mal;
no en la patria, pues nacieron
despues.

Juan.

Los primeros ¿ fueron
de sangre mas natural
para que sean los reyes,
y sus esclavos los otros?

Octavio.

No lo juzguemos nosotros:
esto disponen las leyes.
No quisiera vuestro hermano
veros ocioso en Valencia.

Juan.

¿ Oféndele mi presencia?
¿ tanto le gasto?

Octavio.

En mi mano
quisiera yo que estuviera:
ya sabeis vos mi deseo.

Juan.

¿ A Flandes? ¡ lindo rodeo!
ya sé yo lo que él quisiera;
que me quitaran allá
la vida de un mosquetazo,
por quitarle el embarazo
que conmigo tiene acá.
¿ A que un hábito pretenda
me envia?

Octavio.

¿ Y es maravilla?

Juan.

¿ Pues hame dado ropilla

para que el hábito estienda?
¿Es cruz de saludador
que en la calle no dé ponella?
Vaya él á pretendella,
que podrá honralla mejor;
que no és bien que hábitò en mi
parezca cruz en rincon:
juega el tanto de á doblon,
y deja á su hermano así.
¿Fuera mucho de barato
vestirme para san Juan?
¿cuando él anda tan galan,
es conmigo tan ingrato?
¿Para pascua no decia
que á mi y á un pobre criado,
que me sirve por honrado,
dos vestidos me daría,
y en San Juan roto me veis?

German.

Aquí nada lugar tiene;
si para pascua no viene,
á san Juan me aguardareis.
Pardiez, señor mayordomo,
que es terrible este señor,
puesto que hermano mayor,
y que yo no entiendo como
á su hermano trata así.

Octavio.

¿Vos tambien, picaro, hablais?

German.

El nombre que me llamais
me viene muy bien á mi;
pues que le tiene don Juan,
porque su hermano lo quiere.

Octavio.

Don Juan, esto se refiere
á que es orden que me dan:
yo hablaré por vos en esto,
y si él lo manda, se hará.

ESCENA VI.

Dno Juan y German.

Juan.

¿No ves con lo que se vá?

German.

Descolorido te has puesto.

Juan.

Cuando te llamó picaño,
quise la espada sacar,
y de sus carnes cortar,
conque te vistieras paño.
¡Hay desvergüenza como esta!
¡hay estado de hombre honrado,
que á tal punto haya llegado,
ni escuchado tal respuesta!
"Yo hablaré por vos en esto,
»y si él lo manda, se hará."

German.

Este sirve en fin, y está
á la obediencia dispuesto.
Terrible cosa es oir
á un escudero cruel,
que preciado de fiel
suele un señor consumir;
"esto me tiene mandado:
»no puedo de esto esceder;
»es orden, no puedo hacer
»mas de lo que está ordenado:"

y otras frialdades así,
espetadas en un palo.

Juan.

No hubiera sido muy malo
que se acordára de mi,
dándole algunos, German.

German.

Desapasiona, señor,
ese ingenio, ese valor;
que como niños estan
en paños de la fortuna,
deja que el tiempo los crie.

Juan.

¿Habrá tiempo en que confie
de mi mal mudanza alguna?

German.

Conténtate con que el cielo
te ha hecho gallardo y sábio;
la pobreza no es agravio:
vive Dios, que me consuelo,
cuando voy detras de tí,
y dicen ¡que talle, y cara!
¡qué este mozo no heredara,
y no aquel tonto!

Juan.

¡Ay de mi!

German.

¡Ay del tonto, y ay de quien
lleva la fortuna en popa,
si en algun escollo topa,
ó dá la barca baiven!
Riete; y para olvidarte
juega tu tambien un poco.

Juan.

¿Yó? ¿qué, ó con quien? ¿estás loco?

German.

Dineros tengo que darte,
ves aqui de la racion
unos cuantos dinerillos.

Juan.

Pobreza, y tristeza, grillos
de la edad, dicen que son:
quiero estar pobre, y no triste,
de dos males, el menor.

German.

Ea, sientate, Señor.

Juan.

Donaire, por Dios, tuviste:
¿pues con quien he de jugar?

German.

Conmigo.

Juan.

¿Contigo?

Sí.

Juan.

¿Qué hará quien me viere aqui
jugar contigo?

German.

Callaria:
como el sacar los aceros,
con el que diere ocasion,
así el jugar es razon,
con quien trajere dineros.

Juan.

Entra por una baraja,
que no pocas hay allá.

German.

Aquí la baraja está
y el jugador de ventaja.

Juan.

¿En el pecho la traigo?

German.

¿Pues hay almilla, ni gana
de mas provecho? mañana
te la pongo, no te rias.

Juan.

Arrastra el bufete aquí,
y en las dos sillas sentados
juguemos nuestros cuidados,
por ver si los pierdo así.

German.

¿A qué habemos de jugar?

Juan.

Al triunfo.

German.

Barajo y doy.

ESCENA VII.

Dichos, Rosela y Celinda con mantos.

Rosela.

¿Pierdo acaso de quien soy
porque le vengo á buscar?

Celinda.

Tápate bien, que hay aquí
quien te puede conocer.

Rosela.

¿Juegan?

Celinda.

Si.

Rosela.

¿Quien puede ser?

(1) *Sientanse á jugar.*

Celinda.

¿Es don Juan su hermano?

Rosela.

Si

Celinda.

Gentil flema.

Rosela.

Lindo ensayo:
el aprende en buena escuela.

Celinda.

Por vida tuya, Rosela,
que juega con su lacayo.

Rosela.

Tan divertidos estan,
Celinda, que no nos ven.

Celinda.

¡Que en tan bajo punto esten
las cosas de este galan
por la crueldad de su hermano!

Juan.

Renuncio.

German.

No renuncie,
que siempre espadas jugué,
y esta me queda en la mano.

Juan.

Seis bazas hice.

German.

Yo tres.

Rosela.

¡Que un hombre tan principal
trate á su hermano tan mal!

Celinda.

Lástima por cierto es.

German.

Dame cartas.

Rosela.

¿ Juegan plata ?

Celinda.

Ni aun cobre pienso que ví.

Rosela.

Don Juan se entretiene asi ;
es pobre, y con pobres trata.

Celinda.

¿ No tiene gallardo talle ?

Rosela.

Y estremado entendimiento.

Celinda.

El verle tan pobre siento.

Rosela.

Yo no me atrevo á miralle.

Celinda.

A este hombre quisiera yo,
y me vendiera por él.

Rosela.

¿ Quieres que hablemos con él ?

German.

La malilla.

Celinda.

¿ Porqué no ?

Juan.

Serviré con esta sota.

Rosela.

Tómalo por mal agüero.

Celinda.

Nunca, Rosela, si quiero
eso que ves me alborota.

German.

¿ Hay oros ?

Juan.

A quien le sobre.

German.

Oros juego.

Juan.

No he tenido

oro en mi vida.

German.

Y yo he sido

hasta en los de naipes pobre.
¿ Hay caballo por ahí ?

Juan.

¿ Cuando tuve yo caballo ?

Celinda.

Turbada estoy de mirallo.

Rosela.

Pues yo le hablaré por tí.
¿ Quiéreme vuesa merced ,
señor don Juan , dar barato ?

German.

Damas.

Juan.

Pesie al tiempo ingrato.

Rosela.

Si ganais , haced merced
á dos servidoras vuestras.

Juan.

Por Dios , señoras tapadas ,
que me piden engañadas ;
sino , díganlo las muestras.
¿ Solas en Valencia son
de mis cosas peregrinas ?

German.

Pienso que son tus vecinas.

Juan.

Pues si es burla, no es razon.

Celinda.

Antes somos forasteras:

Juan.

Pues forasteras, ó no,
barato les daré yo,
sea de burlas ó de veras.
Tomen lo que entre los dos
tenemos: bien hay tres reales;
mas no sé si están cabales;
pero les prometo á Dios,
que es mas que darles mi hermano
tres mil escudos.

Celinda.

Creed
que me haceis mayor merced.

German.

¿Tomáronlos? *ap.*

Juan.

Con la mano. *ap.*

German.

A fé que son cortesanas; *ap.*
pobre German, hoy no cenas.
¿Tres reales?

Juan.

¿Esto condenas?

German.

Que busconas tan humanas.

Celinda.

Don Juan, vos nos habeis dado
barato.

Juan.

Cuanto tenia
os dí, que la suerte mia

no pinta mejor mi estado.
Creed, que si mundos fueran
llenos de diamantes, y oro,
era pequeño tesoro
para que mis manos dieran.

Celinda.

Estamos agradecidas,
de suerte...

Juan.

Tendreis por loco
quien esto dá.

Celinda.

Que son poco
mil mundos de almas, y vidas
para poderos pagar:
de esta bolsilla os servid.

Juan.

Mucho me corro.

Celinda.

Advertid,
que esto se puede tomar,
despues que un hombre le ha dado
á una muger cuanto tiene:
con cien escudillos viene,
que es de lo que me ha pesado;
pero si otra vez nos vemos,
no faltarán otros tantos.

Juan.

¿Tomarélos? *ap. á Germán.*

Germán.

Toma, cuantos
te dieren; ¡lindos estremos!

Juan.

Tomaré, señora mia,
á cambio de voluntad

este dinero, y fiad
que vuelva el doble algun dia;
que agora quiero poner
pleito de mis alimentos.

Celinda.

Pagad vos mis pensamientos,
que es lo que yo he menester.

Juan.

Descubrid, por vida mia,
de ese cielo alguna estrella.

Rosela.

No lo hayais todo con ella,
que tambien parte queria
de vuestro agradecimiento.

Juan.

De quien me regala soy.

Rosela.

Yo estas sortijas os doy
con el mismo pensamiento.

Juan.

¿Tomarélas? ¿di, German? *ap. á Germ.*

German.

No, sino el alba: si puedes
deshondalas.

Juan.

Mil mercedes
me haceis.

Rosela.

Vos sois tan galan,
que entre damas de buen gusto
os habian de dar galas.

Juan.

Solas estan estas salas,
no hay quien os vea, y es justo
que los rostros descubrais.

Rosela.

Eso no, tened la mano;
prenda soy de vuestro hermano.

German.

Si á don Alonso buscais,
entrad, que jugando está,
y lo dado esquitareis.

Juan.

Vos que no lo sois, podeis
descubriros.

Celinda.

Tarde es ya;
á quien deseastes ver,
que os haga, don Juan favor.

Juan.

¿Zelos?

Celinda.

¿Cómo sin amor?

ESCENA VIII.

Don Juan y German.

Juan.

Condicion debe de ser.

German.

Las dos se han entrado allá.

Juan

Entrense donde quisieren.

German.

¿Quién serán?

Juan.

Sean quien fueren,
yo tengo dineros ya,
para salir mas galan
que el sol, de San Juan el dia.

German.

¡Qué dicha!

Juan.

No como mia.

German.

¿Siendo mañana San Juan,
cómo te harán el vestido?

Juan.

Como eso puede el dinero:
vestirme de blanco quiero.

German.

¿De blanco? saldrás lucido.
¿pero habrá en los cien escudos?

Juan.

Con las sortijas, sí habrá.

German.

¿Cual tu hermano quedará
y sus amigotes?

Juan.

Mudos.

German.

Pero advierte, que no escuses
el vestirme á mi tambien;
porque solo no vas bien.

Juan.

Invoca, German, las musas.

German.

¿Diceslo por estas damas?
¿Pues no era mio el dinero?

Juan.

Vestirte de nuevo quiero.

German.

Eres Juan, gracia te llamas.

ESCENA IX.

Dichos, don Alonso, Leonardo, don Luis y don Francisco.

Alonso.

No sé, por Dios, quien son.

Leonardo.

¿ Para que es eso?
perder, y levantaros, no es sin causa,
y no sabiendo vos picaros poco.

Luis.

Pues á fe que lo estabades, y tanto,
que menos que lás damas que vinieron,
no fuera el mundo parte á levantaros.

Francisco.

Vuestro hermano está aquí...

Alonso.

¡Linda figura!

Leonardo.

Mal haceís en tratarle de esta suerte.

Alonso.

Vayase á Flandes, ¿qué hace aquí mi hermano?
Sirva, pretenda, como lo hacen otros.
Venga con dos balazos, aunque traiga
el cuerpo en dos muletas, y esté cierto,
que le traeré en carroza, y daré galas;
pero en Valencia haciendo picardías...

Luis.

No quiero que digais que las costumbres
de don Juan, no son buenos.

Alonso.

¿ Buenos?

Luis.

Tanto,

que es tenido por hombre virtuoso.

Alonso.

Tal tenga la salud, quien eso dice.

Luis.

Octavio me ha pedido que os suplique
vistais á vuestro hermano, que mañana
es dia de salir como segundo
de vuestra casa.

Alonso.

Gracia tiene Octavio.

Luis.

¿Erró mucho en echarme por tercero?

Alonso.

No lo he de hacer, á fe de caballero.

ESCENA X.

Dichos, menos don Alonso.

Francisco.

En hablándole en esto, se apasiona.

Leonardo.

Pienso que tiene envidia á su persona.

Luis.

Bien la puede tener.

German.

Tu hermano es ido.

Juan.

Hablar quiero con estos caballeros.
¿Quién de vuestras mercedes ha perdido?

Leonardo.

Todos hemos ganado, y solamente
vuestro hermano ha perdido.

Juan.

No me pesa.

Francisco.

Barato os quiero dar.

Luis.

Yo haré lo mismo.

Leonardo.

Y yo tambien, aunque he ganado poco.

Juan.

Parece que limosna os he pedido,
y tal estoy, que pienso que la pido.
Yo he menester, que el capitan Leonardo
un caballo me preste, porque quiero
salir al Grao el alba de mi nombre.

Leonardo.

Yo os daré el blanco, y siempre que se ofrezca,
estan él, y otros dos, para serviros.

Juan.

Besoos las manos por merced tan grande:
no me atrevo á pedírselo á mi hermano,
porque conmigo ha dado en ser tirano;
y atrévome á pedírosle, seguro
de la merced que siempre me habeis hecho.

Leonardo.

Ya estais de lo que os quiero satisfecho.

Luis.

Don Alonso tendrá dos convidadas,
á lo que pienso, y no querrá testigos:
yo convido á don Juan.

Juan.

Besoos las manos.

Luis.

Y á los demas tambien.

Leonardo.

Por mí yo acepto.

Francisco

Y yo, porque comamos juntos.

Luis.

Vamos.

German.

Dios me ha venido á ver, que en el tinelo
comiera mucho hueso, palo y pelo.

ESCENA XI.

PLAYA DE VALENCIA.

La condesa de la Flor con capa con oro y sombrero con plumas, doña Constanza y doña Inés con capotillos y sombreros, y Durango.

Condesa dentro.

Parad el coche, parad,
que al muelle subir queremos.

Constanza.

Muy poco lugar tendremos,
que hay gente de la ciudad.

Inés.

No importa, lugar darán. *Salen.*

Constanza.

¡Hay tal vista!

Condesa.

¡Hay tal frescura!

Inés

Añade al mar hermosura
la mañana de san Juan.

Durango.

Tales mañanas como estas
andan moros por aquí.

Condesa.

¿Visteislos vos?

Durango.

Yo los ví,
mas de guerra, que de fiestas;
que por esto el Grao se guarda,

*

y andan por él estos dias
tan lucidas compañías
haciendo cuerpo de guardia.
Llegan cerca de Valencia,
y dan vaya á los soldados.

Constanza.

Buenos barcos.

Inés.

Estremados.
Todos tienen diferencia.

Condesa.

Las aguas se estan riendo.

Durango.

Mejor se riera el vino,
con un pernil de tocino.

Inés

¿Siempre habeis de estar bebiendo?

Durango.

De aquesta salada balsa
puede tal cosa decirse;
bien puede el agua reirse,
pero será risa falsa.
Mas cuando se rie el vino,
riese de corazon,
que sus alegrías son,
que en él se embarque un tocino.
¿Qué armada en vino se anega?
¿Qué flota en él se perdió?

Condesa.

Aquí me sentára yo.

Constanza

Ola, aquella alfombra llega. (1)

(1) *Sale un page con una alfombra.*

Inés.

Bello sitio el de esta puente.

Constanza.

Remata dentro del mar.

Durango.

Desde aquí podeis mirar
toda Berbería en frente.

Condesa.

Anoche se viera bien,
que en Argél luces habría.

Inés.

¿Sabeis vos la Berbería?

Durango.

Y aun la he pisado tambien.

Inés.

¿Cómo? ¿descendeis de moros?

Durango.

Arre allá, soy montañés;
mas fui dos años, ó tres,
por novillos, ó por toros,
á las galeras de España.

Inés.

¿Por delito?

Durango.

¿Otra camita?
Era el capitan Zurita
mi pariente.

Inés.

Cosa estraña.

Durango.

Pues yo de veras lo tomo.

Inés.

Pues si Zurita consiente
que seais vó su pariente,
¿qué muchos que seais palomo?

Durango.

Argel, Tunez y Bugía,
hácia aquella parte están,
adelante Mostagan,
siguiendo de Oran la via.
Luego Melilla y Bucmar,
Fez queda dentro, y enfrente
aquel estrecho eminente
que llaman de Gibraltar.

Inés

¿Y la sierra de las monas,
no cae cerca de ahí?

Durango.

No suelen hablarme á mí
otras tan nobles personas
de esa suerte, y he servido
en Castilla y Portugal.

Inés.

Yo no lo he dicho por mal.

Condesa.

Muy presto os habeis corrido,
para ser tan cortésano,
y ser alba de san Juan.

Durango.

Pues si de burlas estan,
digan, y tendreles mano.

Constanza.

Coche de música viene, (1)
que hay grande grita y ruido,
casi en el mar se han metido;
será porque mejor suene.

Música.

Salen de Valencia

(1) *Grita y alegria dentro, y cantan con sonajas.*

noche de san Juan,
mil coches de damas
al fresco del mar.

Condesa..

Bien responden las orillas.

Constanza.

El eco aprende á cantar.

Durango.

Por Dios, que estoy por bailar,
segun hace el son cosquillas.

Música.

Como retumban los remos,
madre, en el agua,
con el fresco viento
de la mañana.

Durango.

Harto mejor retumbaran
al fresco vino sutil,
los remos de un buen pernil,
ó nunca de agua cantaran.

Música.

Despertad, señora mia,
despertad;
porque viene el alba
de señor San Juan.

Condesa.

Caballeros van viniendo,
á caballo algunos van.

Inés.

¿Correrán?

Constanza.

No correrán;

Condesa.

Algunos voy conociendo.

Constanza.

Don Francisco y Don Luis
son los de pardo y morado.

Condesa.

¿Quién es aquel de encarnado?

Inés.

El capitan Don Dionís.
Galan viene de pajizo,
Don Alonso.

Constanza.

Está heredado.

Condesa.

Al galán de lo leonado
mi color le satisfizo.

Inés.

Trompetas hay en el mar.

Durango.

Moros son de Berbería.

Condesa.

¿Qué dices?

Durango.

Vusiñoría
se puede segura estar,
que no llegarán aquí,
ni á pieza estar osarán.

Inés.

No hay mañana de San Juan
que estos no vengan así.

ESCENA XII.

Dichos y moros en dos fragatas tocando trompetas.

Moro.

¡Ah cristianos de Valencia!
los que estar holgando al Grao

el mañanica de Juan,
escuchalde el que te hablamos.
Yo ser Celin de Marrocos,
y en Castilla haber estado
cautivo de un cristianilio
que liamar hijo del galgo.
Escapamus del prision,
gracias, Mahoma, melagro,
que valemos setecientos,
é costamos mil ducados.
Por todo el bon tratamento
os envio este regalo:
despara, demoslea grita.

Todos.

Á veliacos, á veliacos,
á galinias, pecarilios,
vivir torco muchos anios.

ESCENA XIII.

Dichos, menos los moros.

Condesa.

Presto la espalda volvieron.

Constanza.

Tal pieza les dispararon.

Ines.

Retumbando queda el mar.

Durango.

Brava grita nos han dado.
¡No estuviera aquí un Marqués
de Santa Cruz, un gallardo
Conde de Niebla, un Don Pedro
de Toledo, un Oria, un Carlos

Constanza.

Vuelve, Condesa, los ojos.

Condesa

¿Quién es aquél de lo blanco?

Constanza

Apostaré que es Don Juan.

Condesa.

¿Quién?

Constanza.

De Don Alonso hermano.

Condesa.

¿Aquel pobre caballero,
que envuelto en vayeta ha dado
en ser tumba de su alma?

Constanza.

El mismo..

Condesa.

¡Notable caso!
¿Quién le ha dado de vestir?

Inés.

Quizá lo pidió prestado.

Condesa.

No hay vez que venir le vea,
envueltos los pobres brazos
en el pelado herreruelo,
que fué bayeta y es raso,
que entre la risa no tenga
de él lástima, y de su hermano
queja.

Constanza.

¡Qué gallardo viene,
él blanco, y blanco el caballo!

Inés.

Si tuviera que vestirse,
yo sé bien que mas de cuatro

tuvieran envidia de él.

Condesa.

Enviémosle un recado.

Constanza.

¿Cómo?

Condesa.

Agora lo vereis.

Constanza.

Por el muelle viene entrando.

Ines.

¿Burla quieres hacer de él?

Condesa.

¿Qué importa? Escuchad, Durango:
decid á Don Juan de Fox,
que le ruego, ó le rogamos,
que por ese puente al mar
ponga espuelas al caballo.

Durango.

Pues ha de correr el otro;
¿no veis que en llegando al cabo
ha de caer en el mar,
y podrá hacerse pedazos?

Condesa.

Haced vos lo que yo os digo,
no entendais que nos burlamos.

Durango.

Yo voy.

ESCENA XIV.

Dichos, menos Durango.

Condesa.

Con esta ocasion
vereis como viene á hablarnos.

Constanza.

¿No es lástima que sea pobre
un hombre tan bien hablado,
y de tan linda persona?

Condesa.

El cielo no hace agravio,
que es suyo, y dalo á quien quiere;
que no puede ser forzado:
á un pobre hará gentil-hombre,
y á un feo discreto y sábio. (1)
¿Qué es aquello?

Constanza.

Que corrió,
luego en dándole el recado,
y como remata el puente
en el mar, hombre y caballo
se han sumergido en sus ondas.

Condesa.

El hecho ha sido gallardo; (*Levantanse.*)
mas no quisiera, si muere,
habérselo yo mandado.

Ines.

Que morirá no lo dudes.

Condesa.

Pues anegaréme en llanto,
como él en agua del mar.

Dentro.

¡Gran lealtad!

Otro.

¡Suceso estraño!
Aquí ayuda.

Otro.

Vivo está.

---

(1) *Suenan cascabeles y un golpe de mar.*

ESCENA XV.

Dichas y Durango.

Durango.

Cuan mejor que de Alejandro
este caballo merece
sepulcro de jaspe y mármol.

Condesa.

¿Qué es eso, amigo?

Durango.

Señora,
apenas dí tu recado,
cuando poniéndole espuelas,
batió al caballo los lados.
Corrió al puente, y de él cayó
furioso en el mar, que alzando
blancas espumas al cielo,
tiró al sol vidrios quebrados.
Mas dentro de breve tiempo
él y don Juan asomaron
por el agua las cabezas,
uno hablando, otro bufando.
Con la boca, y las narices
agua arojaba el caballo,
don Juan voces animosas,
á su cerviz abrazado.
A la orilla con el hambre
salió el caballo nadando,
donde algunos pescadores,
que estaban atando un barco,
ayudados de otra gente,
á sus chozas le han llevado,
que están de la orilla cerca,
y allí le están desnudando.

Condesa.

Hacedme placer, amigo,
que volvais á visitarlo,
y de mi parte le deís
este herreruelo aforrado,
para que se abrigue agora;
que cuando á casa volvamos,
yo le enviaré que se vista.

Durango.

Dios te guarde, voy volando.

ESCENA XVI.

Dichas menos Durango.

Condesa.

¿Ola, cochero?

Constanza.

¿No quieres
gozar del fresco?

Condesa.

Hame dado
el suceso pesadumbre.

Constanza.

¿Pues qué quieres?

Condesa.

Que nos vamos.

Constanza.

Tienes razon de estar triste,
si muere don Juan..

Condesa.

Pensando
que me burlára con él,
me ha pesado de su daño.

Ines.

¿Qué importa que muera un pobre?

¿Tú no miras que es sacarlo
del purgatorio del mundo?

Condesa.

Ser la causa importa, y tanto,
que estoy en la obligacion
de atender á su regalo:
y si como soy Condesa
de la Flor, aunque mi estado
está en Italia, una dama
fuera humilde..

Constanza.

Dilo.

Condesa.

Callo,
porque nunca de imposibles
se pagan hechos gallardos.

ESCENA XVII.

CABAÑA DE PESCADORES Á LA ORILLA DEL MAR.

Don Juan, mojada la cabeza y envuelto en una capa gascona; German, Laurino, Alberto y Pisano.

Alberto.

Sin asco podeis dormir
un rato en aquesta cama.

Juan.

No me teneis que advertir.

German

Pensará que gana fama
en no quererla admitir.
Mira que es bastante el gusto.

Juan.

German, dejame, que gusto
de enjugarme el agua asi.

German.

¿Quiéreste morir aquí.

Juan.

Nécio, no me dés digusto

German.

¿Disgusto te puede hacer
quien procura tu salud?

Juan.

Yo sé que no es menester.

Laurino.

No quiere la juventud,
ni obedecer ni temer.

German.

A mí, que se muera luego.

Pisano.

Ya puede llegarse al fuego.

German.

Comiénzate á desnudar.

Juan.

Así me podré enjugar.

German.

Que no seas loco, te ruego.

ESCENA XVIII.

Dichos y Durango con la capa de la Condesa.

Durango.

¿Está aquí el señor don Juan?

German.

Aquí está ¿qué le quereis?
y mas fresco que galan.

Durango.

Vos no me conocereis;
tal vuestros ojos están.

Juan.

Si conozco que vos fuisteis
quien el recado me disteis.

Durango.
La Condesa de la Flor,
está muy triste, señor,
de la locura que hicistes;
que ella lo dijo, por dar
ocasion, á que con ella
allegáredes á hablar;
y pésale que por ella
corriésedes hasta el mar.
Para que sepa, me envia,
como estais, y con dolor
del daño que haber podria,
este herreruelo, señor,
que trajo su señoría:
abrigaos luego con él,
que está muy desconsolada.

Juan.
Hallaré la vida en él,
que la triaca estremada
tiene ponzoña cruel
que de víboras se saca,
y así será mi triaca
de la mano del veneno.

Durango.
¿Y como estais?

Juan.
De agua lleno,
aunque ya el frio se aplaca.
Y aquesta capa, os prometo,
que muerto me diera vida,
como lo dice el efeto.

Durango.
Ella se vuelve afligida,
y vos respondeis discreto:
esto la voy á decir.

Juan.

Decidle, que por servir
persona de su valor,
no tuve á la mar temor,
ni le tuviera al morir.
Que como aquel á quien luego
Roma mil estátuas fragua,
con mas valor, y mas ciego,
he sido Mucio de agua,
como él de tierra y de fuego.
Y que quedo muy contento
de pensar que la he servido
con solo mi pensamiento,
luego que tocó mi oido
su gusto, y su mandamiento.
Que aunque no somos los dos
iguales, como veis vos,
si tambien me lo mandára,
del micalete me echára
como del puente, por Dios.

Durango.

Voy presto, que se ha de holgar.
de la salud que teneis.

ESCENA XIX.

Dichos, menos Durango.

Alberto.

Ya el fuego os viene á llamar.

Laurino.

Bien será que os desnudeis,
que el agua os puede matar.

Juan.

Entrad, amigos, que quiero
hablar un poco á German.

Pisano.
Ya con la ropa os espero.

ESCENA XX.

Don Juan y German.

Juan.
Las desdichas de don Juan
él se las dice primero:
desde el punto que salí
este suceso temí.

German.
Quisiera darte un consejo,
ni de cuerdo ni de viejo,
pero de quien te ama si.

Juan.
Agora no puede ser.

German.
Que sirvas esta Condesa.

Juan.
¿Estas loco?

German.
¿No es muger?

Juan.
Es tan imposible empresa,
como ver el yelo arder,
y helar el fuego, German.

German.
¿Y qué se pierde en servilla?

Juan.
Que por loco me tendran.

German.
Acuérdate de esta orilla,
en que te advierto, don Juan.

Juan.

Necio, es Hipólita hermosa
de sus padres heredera,
título, y forzosa cosa,
que sea en suprema esfera,
de mayor planeta, esposa.
Pidenla muchos señores
de Castilla, y de Aragon.

German.

¿Qué importa decirla amores,
si los pensamientos son,
cuanto mas altos, mejores?

Juan.

¿Y si tanto me enamoro,
que cuando sin ella quede,
me muero, me abraso, y lloro?

German.

¿Ser al contrario no puede?

Juan.

¿Qué calidad, qué tesoro
tengo yo, para emprender
la condesa de la Flor?

German.

Ese talle, que es muger,
y suele un poco de amor
tales milagros hacer.

Juan.

Confieso que me has hurtado,
puesto que he disimulado,
el pensamiento, German:
desde aquí soy su galan.

German.

Desde aquí soy su criado.
suda el susto de morir
y darete dos liciones

de como la has de servir.

Juan

En laberinto me pones,
que es imposible salir,

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE LA CONDESA.

La Condesa, y Doña Constanza.

Constanza.
De este parecer estoy.
Condesa.
¿Qué á don Alonso tratais
de esa manera?
Constanza.
¿Pensais
que de las mugeres soy
que por casarse, no miran
la calidad del sugeto?
Condesa.
Amar, y tener respeto,
de andar juntos se retíran.
Constanza.
Pues sepa vuseñoría,
que yo le pienso tener,
para no venir á sér
necía, y casada en un dia.
Don Alonso me agradó,
su deseo agradecí,
y todo lo aborrecí,
cuando él la causa me dió.
Y no una, sino mil,
siendo el hombre mas perdido
que esta ciudad ha tenido,

y de condicion mas vil.
Toda su hacienda ha jugado;
y dado á mugeres tales,
como dirán las señales
que en la salud le han dejado?
Sus lugares ha vendido,
y come de aquel valor:
decidme, ¿es digno de amor,
ó de ser aborrecido?
¿Será bien que pague yo,
de mi dote esas locuras?

Condesa.

Yo os deseo mil venturas,
que tales desdichas, no.
Eso, Constanza, ignoraba,
supuesto que algo sabía
de la vida que traia,
y lo mucho que jugaba.
Mas que estuviese en estado,
que hasta sus lugares vende,
eso no, porque me ofende
aun de haberlo imaginado.
Que solamente por ti
á su persona inclinada,
no le aborrecí, cansada
de las crueldades que oí
que con su hermano don Juan
usaba en toda ocasion,
hombre de otra condicion.

Constanza.

¿Y no añades, que jugaba

Condesa.

Don Juan, porque le envió
los regalos que pedia,
por la enfermedad que tenia?

y que por mi causa fué
con loca satisfaccion
de pensar que yo le quiero,
siendo tan pobre escudero,
me da á entender su aficion.
A veces estoy corrida
de ver, que un galan tan roto
cause en Valencia alboroto,
siendo de su amor servida.
Y á veces tomo á donaire
verle siempre tras el coche,
y que de dia y de noche
detenga á mi calle el aire.
No voy á parte ninguna,
á donde no esté don Juan;
y cierto que él es galan,
pero de humilde fortuna.
Y que me dá compasion,
y le quisiera vestir,
cuando le veo seguir
tan lucida pretension.

Constanza.

Yo os juro, que si don Juan,
Condesa, á mi me quisiera,
que así pobre le admitiera,
mas que á su hermano galan.
Porque sus defectos son
del hado con él tirano,
y los de su loco hermano
de su misma condicion.
Ese, porque mas no puede,
es pobre, estotro lo ha sido,
no mas de porque ha querido,
y así es justo que lo quede.
¿Es posible que no mira

á don Juan con aficion?

Condesa.

Das tormento al corazon,
con sospechas de mentira.
Confieso, pues hoy has hecho
juez tu curiosidad,
que le tengo voluntad,
mas no me pasa del pecho.
Don Juan me parece bien,
roto, y pobre como está;
su amor, ocasion me dá
á no mostrarle desden.
Pero el ver que es imposible
ser mio, ni suya ser,
que no siendo su muger,
no se dá medio posible;
y serlo, es mucho mayor,
por mas que el amor exceda,
para que correr no pueda,
tiene la rienda el amor.

Constanza.

Discurres prudentemente,
que donde el intento es vano,
llevar la honda en la mano,
es prevencion escelente.
¿El, háblate algunas veces?
¿Qué te dice?

Condesa

Si es hablar
un siempre humilde mirar
con el talle que encareces,
mil veces habla don Juan;
pero con la lengua no.

Constanza.

Pues, que habla muy bien, sé yo.

Condesa.

Y yo, que no le darán
desigualdad, y pobreza,
licencia, mas que á mirar,
que siempre la dan á hablar
la arrogancia, y la riqueza.
Y como hablar de discretos,
con efectos siempre ha sido,
y no le deja el vestido
que puede hablar con efetos,
á los ojos le remite
cuanto la lengua dijera,
si hablar de mano pudiera.

Constanza.

¡Qué la fortuna les quite
á los hombres de valor
de esta manera las alas!

Condesa.

¡Cuántos, tiempo, desiguales,
que hiciera iguales amor!
Vamonos, doña Constanza,
en casa de Inés un poco,
verás á don Juan; qué loco
sigue su vana esperanza.
¿Ce, Durango, estás aquí?

ESCENA II.

Dichas y Durango.

Durango.

Si, mi señora, aqui estoy.

Condesa.

Pongan el coche.

Durango.

Yo voy.

Condesa.

¿Está don Juan por ahí?

Durango.

¿Pues cuando deja don Juan
de estar mirando tus rejas? *Vase.*

Constanza.

Ten lástima de sus quejas.

Condesa.

No puedo, que escribirán
al señor mi desposado.

Constanza.

¿Cuando dicen que vendrá?

Condesa.

De camino queda ya.

Constanza.

¿Hasle visto?

Condesa.

Retratado.

Constanza.

¿Qué tales sus gracias son?

Condesa.

Yo no fio de retratos,
porque son estélionatos,
que venden lo que no son.

ESCENA III.

SALA EN CASA DE DON ALONSO.

Don Alonso, don Luis y Leonardo.

Luis.

Si vos gastais desatinadamente,
no es justo que os quejeis de la fortuna.

Alonso.

¿No quereis, don Luis, que me lamente?

de ver que no me ayude en cosa alguna?

Leonardo.

Sois en el juego un bárbaro impaciente,
y en vuestros gustos, no hay muger, no hay luna
que tantas menguas, y crecientes tenga;
¿qué bien quereis que por los dos os venga?

Alonso.

Otros suelen ganar, y cuando menos
tienen la dicha y la desdicha á dias.

Luis.

El juego ha sido infamia de mil buenos.

Alonso.

Poco ha dañado las costumbres mias.

Leonardo.

De sus iras están los libros llenos,
tragedias que engendraron sus porfiás;
no hay cosa que deslustre tanto un hombre:
fuego, y no juego es ya su propio nombre.

Luis.

Jugar tasadamente lo que puede,
un hombre que procura, estando ocioso,
un rato entretener, se le concede:
mas no su hacienda, vida, y su reposo,
ni que perdído para siempre quede,
hecho afrenta del vulgo licencioso,
vendiendo hasta las cosas vinculadas,
de sus honrados padres heredadas.
Los lugares que vos habeis vendído,
con los infames naipes y los dados,
en la conquista de este reino, han sido
de vuestros ascendientes conquistados
con sangre, que les dió tal apellido,
con lanzas, con espadas, con soldados;
no con las de papel, con bastos, y oros,
en que expendido habeis tales tesoros.

No direis á lo menos, que yo he sido
de los amigos que á perderse ayudan
el que va caminando á ser perdido,
y que en faltando de amistades mudan;
siempre á todo vendré, como he venido,
cuando todos os falten, y no acudan
á las obligaciones que les dieron
los beneficios que de vos tuvieron.
¿Mas cómo dejaré, si me he preciado
siempre de ser leal y verdadero,
de deciros que vais tan engañado,
y á vuestra perdicion correis ligero?
Si algun remedio tiene lo pasado,
es que agora guardeis este dinero
en que vuestros estados se han vendido.

Alonso.

Molesto amigo sois.

Luis.

No soy fingido.

Alonso.

¿No veis que concertado el casamiento
de Constanza, que ya llamo mi esposa,
he de mudar de vida, y pensamiento,
y que podré, pues es rica y hermosa?
Cuantos con desfrenado atrevimiento,
corrieron por la senda licenciosa
de la gallarda mocedad, que es fuego,
y en llegando á casar pararon luego?
No vuela por el aire la cometa,
con tantos resplandores encendida,
como la tierna edad corre inquieta,
de la caliente sangre persuadida;
ni fenece mas frígida y quieta
exalacion ardiente; que la vida
de un mozo libre y sus locuras todas,

á los humbrales santos de las bodas.
Yo seré así, y el dote puesto en renta,
mis lugares irá desempeñando,
que en mozo es gala, y en casado afrenta,
el ir su hacienda y vida disipando:
el hombre que ha pasado sin tormenta
el mar de juventud, guardese cuando
llegue al de la vejéz, que las edades
trocando, en ella hará mil mocedades.

Leonardo.

Reformad vuestra casa de criados.

Alonso.

No puedo descaecer hasta casarme
del honor que he tenido.

Luis.

¡Qué engañados
viven todos los mozos!

Alonso.

Es cansarme.

Luis.

Mas honra y casa han menester casados.

Alonso.

¿Venís á entretenerme ó á matarme?

Octavio.

Un coche está á la puerta.

Alonso.

¿Con qué gente?

Octavio.

Tres damas, Don Francisco, y un valiente.

Alonso.

Vamos al Grao.

Leonardo.

Tracemos esta tarde
hablar á orilla de la mar un poco.

ESCENA IV.

Dichos, Don Juan y German.

Juan.

¿No quieres que el ser pobre me acobarde?

German.

Ni te detengo aquí, ni te provoco.

Juan.

¿Qué es lo que quieres que en Valencia aguarde
del vano amor de la Condesa loco,
y sin tener con que mi cuerpo cubra,
por mas que á todos mi pobreza encubra?
Máteme en Flandes la impelida bala,
del polvo ardiente en bélico ejercicio,
y no en Valencia amor que se regala
entre la seda, el ámbar, oro y vicio:
para salir haremos una gala
que diga en los colores el oficio;
con esto dejaremos la Condesa.

German.

Que aciertas digo, y digo que me pesa.

Juan.

Hoy han de dar dineros á mi hermano,
German, de estos lugares que ha vendido,
hablarle quiero, y no perder en vano
el tiempo que jamás vuelve perdido;
salgamos del poder de este tirano.

German.

¿No miras que está aquí?

Juan.

¿Si nos ha oido?

German.

Si hará, que el rico al pobre solamente
oye lo que murmura de él ausente.

Alonso.

¿Quién es?

Juan.

Yo soy.

Alonso.

¿Qué quieres?

Juan.

Quiero hablarte.

Alonso.

¿Qué tienes tú que hablarme? ¿impertinencias?

Juan.

Escucha, y lo sabrás.

Alonso.

Dí presto.

Juan.

Aparte
quisiera hablar.

Alonso.

Y yo comprar paciencia:
acaba de decir.

Juan.

Por no enfadarte,
y como dices tú, con insolencia,
á Flandes quiero irme.

Alonso.

Buen amigo
ha sido, Juan, el que hoy habló contigo.
¿Y tienes eso ya determinado?

Juan.

Que saldré pasados cuatro dias.

Alonso.

Pues vé con Dios, que allá podrás soldado
perder los brios que en Valencia crias.

Juan.

Dinero hé menester, hoy te lo han dado.

Alonso.

¿Dinero yo, Don Juan?

Juan.

¿Pues qué querias
que fuese de aquí á Flandes sin dinero?
¿no ves que soy tu hermano, y caballero?

Alonso.

¿Que has menester?

Juan.

Lo menos mil ducados.

Alonso.

¿Hay desvergüenza igual?

Juan.

Nunca entre iguales
he conocido yo desvergonzados.

Alonso.

¿Pues no te bastan, di, quinientos reales

Juan.

Si los echas al naipe ó á los dados
en una mano, y en jornadas tales
que te infaman á tí, para jornada
que te ha de honrar ¿que es mil ducados? nada.
¿Nacimos, Don Alonso, por ventura,
de un padre y una madre, á que tú vivas
con tal regalo y tal descompostura,
que de ninguua libertad te privas,
y yo oon tal pobreza y desventura,
por mil necesidades excesivas,
que á tus esclavos venga yo á envidiallos,
que curan y regalan tus caballos?
¿Quinientos reales das á un hombre honrado?
de limosna eran buenos, no debidos
á un hermano que quiere ser soldado;
¿porqué tú no le sueldas los vestidos?

Alonso.

¿Quién es?

Juan.

Yo soy.

Alonso.

¿Qué quieres?

Juan.

Quiero hablarte.

Alonso.

¿Qué tienes tú que hablarme? ¿impertinencias?

Juan.

Escucha, y lo sabrás.

Alonso.

Dí presto.

Juan.

Aparte

quisiera hablar.

Alonso.

Y yo comprar paciencia:
acaba de decir.

Juan.

Por no enfadarte,
y como dices tú, con insolencia,
á Flandes quiero irme.

Alonso.

Buen amigo
ha sido, Juan, el que hoy habló contigo.
¿Y tienes eso ya determinado?

Juan.

Que saldré pasados cuatro dias.

Alonso.

Pues vé con Dios, que allá podrás soldado
perder los brios que en Valencia crias.

Juan.

Dinero hé menester, hoy te lo han dado.

Alonso.

¿Dinero yo, Don Juan?

Juan.

¿Pues qué querias
que fuese de aquí á Flandes sin dinero?
¿no ves que soy tu hermano, y caballero?

Alonso.

¿Que has menester?

Juan.

Lo menos mil ducados.

Alonso.

¿Hay desvergüenza igual?

Juan.

Nunca entre iguales
he conocido yo desvergonzados.

Alonso.

¿Pues no tè bastan, di, quinientos reales

Juan.

Si los echas al naipe ó á los dados
en una mano, y en jornadas tales
que te infaman á tí, para jornada
que te ha de honrar ¿que es mil ducados? nada.
¿Nacimos, Don Alonso, por ventura,
de un padre y una madre, á que tú vivas
con tal regalo y tal descompostura,
que de ninguna libertad te privas,
y yo con tal pobreza y desventura,
por mil necesidades excesivas,
que á tus esclavos venga yo á envidiallos,
que cuidan y regalan tus caballos?
¿Quinientos reales das á un hombre honrado,
de limosna eran buenos, no debidos,
á un hermano que quiere ser soldado;
¿porqué tú no le sueldas los vestidos?

Alonso.

Es tan anejo el ser desvergonzado
al ser pobre, que piensan atrevidos
todos los que lo son, que se les debe
lo que con esto hace que alguno lleve.

Leonardo.

La espada no es razon, que es vuestro hermano.

Alonso.

Vive Dios, que es un pícaro.

Juan.

No digo
que mientes, que lo estoy por ser tirano
quien quiere usar esta crueldad conmigo;
mas guarda bien que no la pongas mano,
que si la sacas, á mostrar me obligo
que el pícaro eres tú, pues estos brazos
te harán vestido y carne mil pedazos.

Alonso.

Dejadme, capitan, Don Luis, dejadme.

Juan.

Pues vive Dios, que si le dejan....

Luis.

Creo
que debeis de estar loco.

Alonso.

Perdonadme,
que he de matarle.

Juan.

De hambre, yo lo creo.

Alonso.

Don Juan, dejo las armas, escuchadme.

Juan.

Si decis que os moris, que ese deseo.

Alonso.

Si entrais [illegible] casa, dos lacayos

os han de hacer pedazos.

Juan.

¡Bravos rayos!

Alonso.

Si llegais á esta puerta, vive el cielo...

Juan.

Cuando yo fuera Lázaro llegara,
de perros y avariento con rezelo.

Alonzo.

Miradme, infame, bárbaro, á esta cara.

Juan.

Mirarla pensé yo por mi consuelo;
mas no tan loca, desigual y avara;
vete con Dios, que espero que algun dia
dé premio el Cielo á la paciencia mia.

Leonardo.

Dejadle ya.

Alonso.

En una horca espero
ver este libre mozo.

Luis.

¡Basta vamos.

ESCENA V.

Don Juan y German

German.

¿Estás contento?

Juan.

Sí, que estarlo quiero.

German.

¿Porqué, señor, pues como ves quedamos?

Juan.

Porque salimos de un tirano fiero,
y de su cautiverio nos libramos.

*

German.

¿Y qué habemos de hacer de doce á una?

Juan.

Dar una higa, y cuatro á la fortuna.

German.

Buen ánimo, señor, que cierta dueña
te acogerá en su casa, que es honrada,
y algun amór sospecho que me enseña.

Juan.

Eso es por lo que toca á la posada.

German.

Pues para una comida tan pequeña,
como en aquesta casa te fué dada,
yo me pondré á peon de alguna obra,
que con tres reales para entrambos sobra.
Allí trabajaré todos los dias,
y te traeré dinero.

Juan.

No hay hermano
como un amigo.

German

Tente, ¿que porfias?

Juan.

Si no me das los pies, dame las manos

German.

Detente, pues.

Juan.

Espero que las mias
me podrán sustentar, verás que gano
con qué los dos comamos.

German.

¿De qué suerte?

Juan.

Oye una habilidad.

German.

Prosigue.

Juan.

Advierte.
Yo sé hacer flores con primor notable,
que lo aprendí de cierta hermana mia,
hasta imitar romero saludable,
que es el mayor primor y gallardía:
la pálida retama, la admirable
angélica, el rosal de Alejandría,
el clavel carmesí, la azul violeta,
la azucena y la cándida mosqueta.
Haré mil flores: tú podrás llevallas
por Valencia á vender, hasta que el cielo
disponga nuestras vidas.

German.

Remediallas
puede tu habilidad.

Juan.

Nó tiene el suelo
flores, que yo no sepa retratallas;
soy de un jardin particular modelo:
ven, compraremos rebotin y seda.

German.

El ingénio no hay cosa que no pueda..

ESCENA VI.

Don Alonso, Don Luis y Don Francisco.

Luis.

Si vos volveis á jugar,
y perdeis cuanto teneis,
acabado de avisar
que no jugueis ¿qué quereis?
¿quéreis por fuerza ganar?
No sabeis lo que difieren

los que esa ventura adquieren,
y que el juego y la poesía
se enfadan de la porfia;
porque vienen cuando quieren.
El que versos quiere hacer,
y buena dicha en ganar,
no piense que ha de poder
por picarse y porfiar,
ni ganar ni componer;
mejor, Don Alonso, fuera
ir al Grao.

Alonso.

No pensé
que el juego, Don Luis, creciera,
jugué, piquéme, llegué,
á que mil mundos perdiera.
Por dar barato á Lisarda,
tomé el dado.

Luis

El capitan
hizo una suerte gallarda.

Francisco.

Aquí las damas estan,
y el coche y merienda aguarda.

Alonso.

¿Habeis vos jamas comido,
que hayais tan lindo dinero
en cuatro manos perdido?
que lleven las demas quiero,
ya que á mi casa han venido;
pero que en llegando al mar,
las echen dentro

Francisco.

Esto es echo,
las ninfas quiero tornar.

Alonso.

¡Volved.

Francisco.

Que os canso sospecho.

Alonso

Antes os tengo que hablar.

Francisco.

¿En razon de qué?

Alonso.

En razon
de aquella resolucion
del casamiento tratado.

Francisco.

Mas que propio de un picado.

Luis.

Los mismos efectos [illegible].

Alonso

Vive Dios, que he de probar
si casandome, es posible
aborrecer el jugar.

Francisco.

¿Qué medio mas convenible,
donde no basta el jurar?
Tendréis luego otro cuidado
de la familia y los hijos.

Alonso.

Ocupenme, y sean pesados.

Francisco.

Antes con mil regocijos,
y libre de otros cuidados,
¿qué es ver una honrada cara,
y dos hijos á una mesa?

Alonso

Aquí mi discurso para,
aquí mi locura cesa,

y de este asilo se ampara.
Válgame contra mi edad
el freno del casamiento:
id presto, Francisco, hablad
á doña Constanza.

Francisco.

Siento,
que os hago en esto amistad;
y por esto voy.

Alonso.

El cielo
os pague tan grande bien,
ó traguéme vivo el suelo
si mas jugare, y á quien

ESCENA VII.

Dichos, menos don Francisco.

Luis.

De ese juramento apelo,
y vuestra lengua no exceda;
porque un discreto decia,
que no hay adonde se pueda
conocer la gallardia
como en quien perdiendo queda.

Alonso.

¿Hay quien no lo sienta?

Luis.

No,
mas saber disimular
con la prudencia nació.

Alonso.

Poco supo de jugar
quien ese aforismo os dió.

¡Pesia tal! la condicion
de los hombres, no es igual,
en sentir lo que es razon,
y mas si de causa igual
los afectos no lo son;
Vamos á la platería,
algo que vender hallé.

Luis.

¿Y el juramento que habia
de abrirse el suelo?

Alonso.

Juré.

Luis.

Bueno vais, por vida mia.

Alonso.

Don Luis, esto solo os ruego,
que no tengais por constante
mas que la nieve en el fuego,
el juramento de amante,
ni de hombre que pierde al juego.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DOÑA INÉS.

Doña Inés, doña Constanza y la Condesa.

Inés.

La visita os merecí,
por hurtarme el pensamiento,
aunque obligada me siento.

Constanza.

No me lo debeis á mí,
que la Condesa trazó
el venir las dos á veros.

Condesa.

Quise, Inés entreteneros,
porque Celia me contó
que andais con ciertas tristezas.

Inés.

Algo venís á saber,
curiosa debeis de ser
de las agenas finezas.

Condesa.

Malicia es esa.

Constanza.

¿Y qué tal?

Condesa.

Si hablare en cosa de amor,
que merezca el disfavor
de haber juzgado tán mal.

Constanza.

Advierta vusiñoría,
que si de amor no ha de ser,
no queda en que entretener
tan largo y ocioso dia;
ó porque solas estemos,
ó por no admitir galanes.

Condesa.

Si es por solos ademanes,
que es lo mas que en esto vemos,
yo serviré de galán.

Inés.

Si: ¿mas de cual de las dos?

Condesa.

De entrambas, porque por Dios,
que así al propio me verán:
pues una sola, no sé
quien la quiera y sirva.

Constanza.

Yo
sé quien la adora.

Condesa.

Yo no.

Constanza.

Licencia, y yo lo diré.

Condesa.

No habeis de decir don Juan,
que ese no tiene vestido
para querer dos, que ha sido,
por pobre, de una galan.

Ines.

¿No os causa mucho donaire
el ver cual se aúda tras vos?

Condesa.

Donaire, y aire, por Dios,
porque siempre le dá el aire.
¿A quien no moverá á risa
verle en pascua con vayeta?

Inés.

Si; pero buena es la treta
de buen zapato y camisa:
lo demas es niño en faja.

Constanza.

Voces en la calle dan,
que flores vendiendo van.

Condesa.

Ola, por las flores baja.

Durango.

Ya, señora, estoy aquí.

Condesa.

Id presto.

Durango.

Como un cohete.

Inès.

Cada cual su ramillete
tiene en presente de mí,
por ver si con esto escuso
el daros de merendar.

Condesa.

Buen modo de regalar,
sino es galan, es al uso:
la visita no es sangría.

Sale Durango.

El hombre ha subido ya;
llegad, y os la comprará;
mas llamadla señoría.

ESCENA IX.

Dichos y German con un tabaquillo de flores de seda.

German.

¡Ay cielos, dónde he subido! *ap.*
volverme á bajar quisiera:
no pensé que en esta casa
estuviese la Condesa.
Irme quiero, que lo dudo.

Condesa.

¿Por qué se va el hombre?

Durango.

Espera,
florero, ¿de qué te cubres?

German.

Amigo, tengo vergüenza.

Condesa.

Ola, buen hombre, deteneos.

German.

¿Qué quieres que me detenga?

Condesa.

Dadnos flores, ¿qué os turbais?

Constanza.

¿De qué jardin son?

German.

¡No fuera
un ave en aqueste punto!

Constanza

Por vuestra vida, Condesa,
que es lacayo de don Juan.

Inés.

Y las flores son de seda.

Condesa.

¿Si es invencion para hablarme?

Constanza.

La vergüenza no lo muestra:
antes el la habrá dejado
y sirve á alguna florera.

Condesa.

No me espanto, que tendría
con don Juan comida, y cena
tan inciertas, que es disculpa.

Constanza.

Por necesidad le deja.
¿Es monja, amigo German,
quien hace flores tan bellas?
Bendiga el cielo sus manos.

Ines.

No pueden las verdaderas
ser mas lindas.

Condesa.

Solo harán
en el olor diferencia:
dinos algo, ¿por qué callas?

German.

Una mentira y quimera

os quise decir, señora,
si diera el tiempo licencia:
en esto suspenso estuve,
mas desatando la lengua
á la verdad, os suplico,
esteis un instante atentas.
Hoy el crúel don Alonso,
con fueros, y voces fieras,
echó á don Juan de su casa:
¡gran prueba de su paciencia!
Llevéle á una pobre choza
de una mi comadre vieja,
que dice que me ha criado:
recibióle en fin en ella.
Díjele que le daria
de comer, cuando pudiera
pleitear sus alimentos,
ó salirse de Valencia.
Quiso saber como, y dije
que en las fábricas, ó cercas,
de peon me alquilaria
para dar ladrillo, ó piedra:
Respondió que no era justo,
mas que comprásemos seda
y rebotin, que el sabia
imitar las flores bellas.
Comprámosla; y como veis:
ha comenzado por estas
que llevo á vender agora:
entré aquí que no debiera,
porque no pensé que estaba
mi señora la Condesa,
donde con este azafate
me viera agora venderlas.
Asi, Dios, bellas señoras,

tal alta dicha os conceda
que la hermosura, y la dicha
se igualen en competencia,
que no digais á don Juan,
ni de burlas, ni de veras,
que me habeis visto, ó sabeís
de mi boca, ni la agena
que él ha hecho aquestas flores,
que me cortará las piernas;
que mientras mas pobre está,
mas estima su nobleza.
Con esto, si sois servidas,
mandad que me den licencia,
que estoy temblando,

Condesa.

Detente.
¡Hay tal lástima!

Constanza.

¡Que sea
tan bárbaro, don Alonso!

Condesa.

Que bien dices, no le quieras,
Ea, señoras, tomad;
ola, el azafate llega,
comprar tenemos las flores.

Inés.

Yo compro aquestas violetas,
y le doy estos escudos.

Constanza.

Yo, por estas azucenas,
le doy estos.

Condesa.

Las demas
para mi quiero que sean.
Guardad, Durango, estas flores;

tomad, German, que pudieran
dar otro fruto, si el tiempo
no heláva las manos de ellas.

German.

Mil veces beso las tuyas

Condesa.

Si hiciere mas, me las lleva
á casa, por ver si en tantas
alguna esperanza siembra,
y ojalá pudiera ser..

Germán.

¿Qué, señora?

Condesa.

Que dijeras
que estaban tan naturales,
que han engañado una aveja.

Geamán.

Loco de contento voy;
los cielos, señoras bellas,
os den mas años de vida,
que en los escudos hay letras.

ESCENA X.

Dichos menos German.

Constanza.

Triste estás.

Condesa.

Estoy de suerte
con don Alonso, que á ser
hombre...

Constanza.

¿Qué habias de hacer?

Condesa.

Dijera darle la muerte,

sino creyera de tí
que le tienes aficion.

Constanza.

Mátale, que no es razon
que le perdones por mí.

ESCENA XI.

Dichas y don Francisco.

Francisco

Antes de pedir licencia,
hallé quien me la ha de dar;
mas á quien trata en casar,
nunca se le niega audiencia.
Yo vengo por solo un sí,
si cuyo fué me entendió.

Constanza

Yo tengo que dar un nó,
si viene el recado á mí.

Francisco.

A vos viene, mas de quien
merece el sí.

Constanza.

No hay ninguno.

Francisco.

Bien decís, que solo es uno
que quereis, y os quiere bien.
Licencia os pide de veros
con título de marido.

Constanza.

No poca licencia ha sido;
con ella podeis volveros,
y decid que no soy yo,
cual piensa, universidad
que doy licencias.

Francisco.

Mirad,
que es bien mirar mucho un nó.

Constanza.

Mas hay que mirar un sí,
que es el que obliga y cautiva,
que nunca hay no que se escriba,
y el sí mil veces le ví.

Francisco.

Direlo de esa manera.

Constanza.

Hareisme mucha merced.

Francisco.

Dios os guarde. *Vase.*

Constanza.

Esto creed.

Condesa.

¡Quién mil abrazos te diera!

Constanza.

¿Haste holgado?

Condesa.

? No lo vés?

Constanza.

Pues basta.

Durango.

La mesa aguarda
con la merienda

Condesa.

Es gallarda
en sus descuidos Ines.

Ines.

Las criadas hecho habrán
alguna mala crianza.

Condesa.

Despues te diré, Constanza.

ESCENA XII.

DECORACION DE CALLE.

Don Juan y German.

Juan.

A no tenerte obligaciones tantas,
te quitaba la vida. ¿ Estabas loco?
¿ Oficio de mugeres delicadas,
dijiste que yo hacia, á la Condesa?

German.

Bien sabe Dios, señor, lo que me pesa.
Entré ignorante, que no soy astrólogo,
ni pude prevenir que visitaba
á doña Inés, nuestra Condesa Hipólita.

Juan.

¿ Pues no bastaba, necio, ser la casa
de doña Ines?

German.

Si habia de guardarme
de todas las señoras que conoces,
¿ á quién querias que las flores venda?

Juan.

Malditas sean las flores, que aun de burlas
me dan por fruto penas tan de veras:
que siembre flores yo de lienzo y seda,
y que me dén cosecha de pesares,
y en cada grano de pesar millares.
¡ Hay vergüenza como esta! aqui parece
que escucho con la risa que se burlan,
y me salen al rostro mas colores;
que hay de ellas diferencias en las flores:
no te quiero culpar, culpo mis dichas;
que quien seda sembró coja desdichas.

¡Qué haré, triste de mí! pero no importa;
el dinero que traes viene á tiempo
que nos pondrá en camino: á Dios, Valencia:
á Dios, honrados pensamientos mios,
ó si quereis venir conmigo á Flandes,
venid, donde vereis fuegos tan grandes,
que si el mar no os consume, puedan ellos;
mas no podrán entrambos deshacellos.

German.

¿A Flandes quieres ir?

Juan.

¿Pues cómo quieres
que delante de Hipólita parezca?
mal conoces burlando las mugeres,
ni hay hombre que mejor se la merezca.

German.

Mira que pienso que dichoso eres;
porque me dijo: espero que florezca
alguna de estas flores

Juan.

Disparate,
flores de seda y tierra de azafate:
vistámonos al punto de soldados,
si alcanzare á los dos el dinerillo,
ó por lo menos vamos emplumados,
medias bandas y plumas de amarillo.

German.

¿Quiéres que lo probemos á los dados?

Juan.

¿Pues yo puedo ganar? tiemblo de oillo.

German.

Si temes la fortuna, es muger, basta,
que quien no la temió, no la contrasta.

ESCENA XIII.

Dichos, Don Alonso y Don Francisco.

Francisco.

¿Qué os tengo de decir, si esto os responde?

Alonso.

En declinando de su estado alegre,
don Francisco, la suerte con un hombre,
no para hasta acabarle y destruirle.

German.

Tu hermano.

Juan.

¿Pues qué temes esta plaza
es de predicadores, no es su puerta.

German.

Con todo eso, es bien que verla escuses,
porque ségun estais es gran prudencia
huir las ocasiones.

Juan.

Porque quiero
comprar alguna cosa conque irme,
me voy, que por temor no le dejara?

German.

A quien enfada, se ha de huir la cara.

ESCENA XIV.

Don Alonso, y don Francisco.

Francisco.

Tan gran resolucion no ví en mi vida.

Alonso.

No tengo que esperar, perdido quedo,
y hasta perder el seso tengo miedo.

Francisco.

Pues yo os prometo que la hablé tan libre,
aunque tuve respeto á la Condesa,
como si menos calidad tuviera.

Alonso.

Pesar de mi fortuna, siempre adversa
á todos mis intentos, ya no tengo
en que esperar, ni que perder, perdida
la que fuera el remedio de mi vida.
¿Tan gran mudanza, quien la habrá causado?
sin duda que de mi la han informado;
la perdicion ha sido de mi hacienda
ocasion de perder tan alta prenda;
quien ama ayer, Francisco, y hoy desama,
de lo que quiso tuvo infame fama.

Francisco.

¿Pensais que os faltarian enemigos?

Alonso.

¿Yó enemigos? ¿Pues quien?

Francisco.

Los mas amigos.

Alonso.

¿Los mas amigos?

Francisco.

Si, porque acabado
el dinero, las fiestas, los convites,
los beneficios, y otras cosas tales,
se vuelven enemigos los amigos.

Alonso.

Y bastan mis desdichas por testigos:
no las quiero aguardar; ni verlas quiero,
por no decir, ó hacer un disparate;
antes pienso ausentarme de Valencia.

Francisco.

Agora es necesaria mas prudencia,

ESCENA XV.

Dichos, y Octavio.

Octavio.

Aquí vienen ya, señor,
la condesa de la Flor,
doña Inés, doña Constanza,
en fin, toda tu esperanza:
llega, haránte algun favor.
Del coche se han apeado,
que entrar en predicadores
quieren.

Alonso.

¡Gracioso criado!

Octavio.

Licencias se dan mayores
á un casamiento tratado:
llega, que es buena tercera
la Condesa.

Alonso.

Calla, Octavio,
que en este punto, esa fiera
me ha hecho el mayor agravio
que un enemigo pudiera.
Sin ella, quedo perdido;
que no quiere ha respondido
al cabo de tu concierto.

Octavio.

¿Cierto, señor?

Alonso.

No es tan cierto
haber sin dicha nacido.

Octavio.

No sé que respuesta darte.

Alonso.

Yo sí, que en tantos quidados,
quiero dejarla, y dejarate;
vé, y despide mis criados,
dí que vayan á otra parte
donde tengan mas ventura;
ya no tengo que les dar.

Octavio.

Oye, señor.

Alonso.

Quien procura,
de muger, sino pesar,
el tiene poca cordura. *Vase.*

Octavio.

¿Don Francisco, qué es aquesto?

Francisco.

Que se perdió la esperanza
que en su dote se habia puesto.

Octavio.

¿No quiere doña Constanza?

Francisco.

No, pues lo dijo tan presto. *Vase.*

Octavio.

¡Buenos habemos quedado!
¿quien en la muger, y el dado,
puso esperanza, que espera?

ESÇENA XVI.

La Condesa, doña Constanza y doña Inés con mantos, y Durango.

Condesa.

Holgárame que no fuera
tarde.

Durango.

El tiempo está nublado;
no es dia de ir á la mar,
entren si quieren rezar,
que no ha de ser todo fiestas.

Condesa.

Las demandas y respuestas,
suelen, Constanza, dañar.
En esa resolucion
se cifró tu desengaño.

Constanza.

Pienso que fué discrecion,
y de mi pasado engaño
pido á los tiempos perdon.

Inés.

¿No sabe vueseñoría,
como hay sarao mañana?

Condesa.

Huélgome, por vida mia;
una gala castellana
en él estrenar querria.
Durango, ¿no sabeis vos
de esto del sarao?

Durango.

Por Dios, y
que he de morir de un sarao:
siempre de ellos, y del Grao,
traigo romadizo, y tos.
Salen á las tres, que vengo
lleno de mil desventuras.

Condesa.

¿Teneis muger?

Durango.

Muger tengo.

Condesa.

¿ Celos ?

Durango.

No digais locuras:

Constanza.

De que es hermosa os prevengo,
que yo la ví cierto dia,
y es moza.

Condesa.

Por vida mia,
que debeis andar celoso.

Durango.

Aunque viejo, soy ayroso;
la edad no me desconfia:

Condesa.

¿ Tendreis mil años ?

Durango.

¡ Mil años !
¿ Soy del tiempo de Noé ?

Condesa.

¡ Qué celos tendreis !

Constanza.

Estraños.

Durango.

¿ Yo celos ? ¿ de qué, ó porqué ?

Condesa.

¿ No hay en mugeres engaños ?

Durango.

No lo niegó, mas por eso,
que estoy sin celos confieso,
que si no hay buena muger,
es imposible tener
seguro el honor, y el seso.

Condesa.

¿ Hay remedio para vér

si los hijos de un celoso
son suyos?

Durango.

Dijome ayér
un hombre un cuento donoso,
con que se puede saber.

Condesa.

¿Como?

Durango.

Un cierto labrador,
cuya muger que paria,
nunca estaba sin amor,
de sus hijuelos tenia,
que no eran suyos, temor:
y queriendo averiguar,
si era cierta en el lugar
de su muger la opinion,
halló una cierta invencion.

Condesa.

¿Como?

Durango.

Mandóse castrar,
porque con esto pensaba,
que si su muger paria,
sabia si le engañaba.

Constanza.

Costosa invencion seria.

Condesa.

Si, mas seguro quedaba,
y vos lo podeis hacer.

Durango.

Yo tengo seguridad
de la fé de mi muger.

Condesa.

Si teneis enfermedad,

aun puede ser menester.

ESCENA XVII.

Dichos y German de soldadillo, con una pluma á la balona, y en cuerpo.

German.

Aquí dijo que esperase,
porque á hacer concierto vamos,
para de aquí á Vinarós,
con quien nos lleve á caballo,
que despues, al mar le queda
de nuestras desdichas cargo,
que el mar en largos caminos,
es posta de desdichados.

Condesa.

¿No es aquel German?

Constanza.

El mismo.

Condesa.

¿German, donde tan bizarro?

German.

Esta vez, ya no me pesa,
bellas señoras, de hablaros,
que si bien no voy muy rico,
voy al fin como soldado.

Condesa.

¡Como soldado! ¿qué dices?

German.

Cansado don Juan mi amo,
de tantas necesidades
y crueldades de su hermano,
viendo que sus alimentos
es imposible cobrarlos,
porque don Alonso, ya

despide hasta sus criados,
por mugeres, y por juego,
por banquetes, y por bravos,
que le han puesto en mas estremos,
que el de los dos, pues nos vamos.
Ir á Flandes determina,
y de aquel oro, comprando,
que de limosna le distes
por las flores de sus manos,
estos pobres vestidillos,
vine á buscar dos caballos
que nos lleven hasta el puerto:
dele Dios á sus trabajos.

Condesa.

¡Que don Juan se vá esta tarde!

Constanza.

La color se te ha mudado.

Condesa.

Confiésote que me pesa;
dejame hablar al lacayo.
German, gran resolucion,
ese tu dueño ha tomado.
¿A Flandes?

German.

¿Pues qué ha de hacer?
¿no es mejor que de un balazo
dé fin á tantas desdichas,
y le entierre suelo estraño,
que verse en la patria pobre,
tan pobre, que haya llegado
á hacer con sus manos flores,
sin ser primavera ó mayo?

Condesa.

Quien hace flores sin fruto,
no se tenga por buen campo.

no le digo, que se vaya,
ni que se esté; pero cuando
un hombre de bien intenta
seguir con ánimo honrado
un heróico pensamiento,
ha de morir sin dejarlo;
que amor es como la guerra,
que siendo mas los contrarios,
y imposible huir con honra,
basta morir peleando:
y añade estas dos palabras.

German.

Ya señora, las aguardo.

Condesa.

Nunca buena dicha aguarde,
el que se va de cobarde.
Vamos, señoras de aquí.

German.

Yo lo diré.

Constanza.

¿Cómo vamos?

Condesa.

Llena de enojo, y pasion.

Constanza.

Quieres bien, y andas burlando.

Condesa.

¿Yo quiero bien?

Constanza.

¿No lo ves?

Condesa.

¿A un pobre?

Constanza.

Si, mas gallardo.

Condesa.

No lo creas.

Constanza.

No hay señal
de amor mayor que negarlo.

ESCENA XVIII.

German y don Juan.

German.

¿Eres tu, señor?

Juan.

Yo soy.

German

¡O, si llegáras!

Juan.

Temblando
estuve de solo verla.

German.

Roto, y desnudo han osado
verla y seguirla otras veces,
¿y agora, galan bizarro,
lleno de plumas, y airoso,
tiemblas de verla?

Juan.

Pensando
en que la pierdo, German,
la lengua y pies se me helaron.

German.

Pues en tu vida pudieras
llegar con ánimo tanto.

Juan.

¿Cómo?

German.

Así como la dije
que te vas desesperado,
quedó como flor del sol

en ausencia de sus rayos:
díjome que te dijese,
que quien con ánimo honrado
seguia un gran pensamiento,
ha de morir sin dejarlo;
y que en amores, y guerras,
que se parecen entrambos,
no pudiendo huir con honra,
se ha de morir peleando:
y añadió tales palabras.

Juan.

Ya las estoy escuchando.

German.

Nunca buena dicha aguarde,
el que se va de cobarde.

Juan.

¿Qué sientes de eso?

German.

Que quiere
que esperes, y quiere tanto,
que se lo viera en los ojos
un ciego.

Juan

¡Suceso estraño!
¿la condesa de la Flor?

German.

Y aun de tus flores tratamos,
y me dijo, que en el fruto
eras muy estéril campo:
palabras son estas; digo,
para esperar dos mil años;
de mi consejo esperemos,
por lo menos, no partamos
hasta ver si se declara.

Juan.

Hay en amor mil engaños;
mas si, como el Dante dice,
amor á ninguno amado,
que no amase perdonó;
y el Petrarca, entre sus raros
versos, que no hay corazon
de tan duro bronce, ó mármol,
que no se ablande ó se mueva
rogando, llorando, amando,
ya puede, Hipólita bella,
haber el tuyo tocado:
muger eres, muchos dias
me ha visto el sol, abrasado
á los hielos de la noche,
al furor de mis contrarios,
asistir á tus umbrales,
seguir el dorado carro
de tu sol, su pura luz,
como un indio idolatrando.
Algun efecto habran hecho
tantos amores y agravios:
no mira amor en riquezas,
desnudo suelen pintarlo;
yo me quedo á proseguir
el intento comenzado,
hasta que sepa del tuyo
que con este amor te canso.

German.

Bien has dicho, y bien has hecho;
á Dios, plumillas de gallo,
¿qué Flandes hay como ver
á tu señora en tus brazos?

Juan.

Espero en Dios que algun dia,

German amigo, veamos....

German.

Dilo, y en buen punto sea.

Juan.

El rico y pobre trocados.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Doña Constanza y la Condesa con mantos.

Constanza.
¿Cómo habeis dejado el coche?
Condesa.
Impórtame el ir así
Constanza.
Muy melancólica os ví
en el sarao de anoche.
Condesa
Triste no, mas pensativa.
Constanza.
¡Qué un hombre como Don Juan,
fuese anoche el mas galán?
Condesa.
¿Es lisonja?
Constanza.
Así yo viva,
que lució mas su pobreza
que la riqueza mayor.
Condesa
Yo estoy bien nécia de amor
por su pobre gentileza.
Constanza.
De que no os puedo culpar,
Hipólita, os aseguro.

Condesa.

De que estoy corrida, os juro,
de lo que vengo á intentar.

Constanza.

¿Cómo?

Condesa.

Querria saber;
para cierto pensamiento,
si iguala el entendimiento
al esterior parecer;
que si me ha de despicar
de don Juan alguna cosa,
Constanza, estoy sospechosa;
que ha de ser oirle hablar.

Constanza.

A tu mucha discrecion,
podrá ser que no contente;
mas cierto que entre la gente
tiene don Juan opinion.
Háblale, que vesle aquí.

Condesa.

Tápate, por Dios, muy bien.

Constanza.

Su Acates viene tambien,
y me ha de caber á mí.

ESCENA II.

Dichas, Don Juan y German.

Juan.

Si andamos en el lugar
tanto tiempo de soldados,
¿no hemos de ser muy notados?

German.

Ya damos que murmurar:

ayer dijo un marquesón,
de estos que hablan con espuma,
al verte con tanta pluma,
donde sale este pavon?

Juan.

Desairada cosa es
un vestido de camino,
mas de un dia.

German.

Algun vecino
le ha traido mas de un mes.

Juan.

A ese le diera yo
del volver la bien venida.

German.

¡Brava dama!

Juan.

Y bien vestida.

German.

En viéndote se tapó.

Condesa.

¿Ah, caballero?

Juan.

¿Es á mí?

Condesa.

¿Pues quién es el caballero?

Juan.

Si ha de topar en dinero,
ninguno hallerais aquí.

Condesa.

¿Con ese talle sois pobre?

Juan.

Bachillera pareceis;
oid la causa y sabreis.

Condesa.

Deseo que el bien os sobre.

Juan.

Gracia con hacienda alguna,
siempre se oponen las dos,
porque alma y cuerpo dá Dios,
y la hacienda la fortuna:
la fortuna es desatino,
y Dios, ya sabeis quien es.

Condesa.

¿Qué te parece?

Constanza.

¿No ves
que entendimiento?

Condesa.

Es divino;

Constanza.

¡Qué presto te contentó.

Condesa.

Llevaba yo buen deseo.
¿Vais de camino?

Juan.

Yo creo,
que ninguno mas que yo.

Condesa.

¿Pues á donde caminais?

Juan.

Voy tras el sol.

Condesa.

¿Estais loco?

Juan.

De no estarlo.

Condesa.

No hareis poco,
si al sol, señor, alcanzais.

Juan.

Alcanzarle es imposible,
con mirarle me contento;
porque basta al pensamiento,
si es la empresa inaccesible.

Condesa.

¿Quereisnos decir quien es?

Juan.

No me dan tanta licencia.

Condesa.

¿Y tomareisla en su ausencia,
para que este milanés
nos dé ciertos pasamanos?

Juan.

Forasteras pareceis,
pues la historia no sabeis
de dos perdidos hermanos.
Mas os juro, que en mi vida
cosa nadie me pidió
que se la negase yo:
en fin, haré que los pida
este mozo al mercader,
y si él me quiere fiar
cosa, que en este lugar
mas que imposible ha de ser,
y mas que estoy de camino,
con la tienda os serviré.
¿Ah, señor Laurencio?

Constanza.

Fué *ap.*
pedirselos desatino;
que se ha de ver en vergüenza.

Condesa.

¿Por qué, si yo estoy aquí?

ESCENA III.

Dichos, y Laurencio.

Laurencio.

¿Mandais algo?

Juan.

Aunque de mí...

Constanza.

Mas que turbado comienza.

Juan.

No os habeis jamas servido;
os soy muy aficionado:
estas damas me han mandado,
puesto que su engaño ha sido,
que les dé unos pasamanos,
y unos cortes de Milan;
y, por vida de don Juan,
mostrad, Laurencio, esas manos,
de pagaros del primer
dinero, que me han de dar
para partirme.

Laurencio.

Afrentar
quereis, lo mucho que os quiero:
si lo pidiera el Virey,
no lo llevára mejor.

Condesa.

Todos le tienen amor. *ap.*

Laurencio.

¿Qué ha de ser esto?

Condesa.

Oiga, rey;
esos cortes de Milan,
que el señor don Juan añade,
que á esto me persuade,

verle tan cortés galán:
y de pasamanos ricos,
cuarenta varas.

Laurencio.

Yo voy.

ESCENA IV.

Dichos, menos Laurencio.

Juan.

Crédito tengo, aunque soy
pobre.

Condesa.

Sois rico de hechizos:
pasamanos os pedí,
y cortes me dais demas.

Juan.

Lo que me piden, jamas
el darlo me agradecí,
sino lo que no me piden.

Condesa.

De la suerte fué rigor,
que no seais gran señor.

Juan.

Mis desventuras lo impiden:
buen camino y buena estrella,
mi fortuna me enseñaba.

Condesa.

No es la fortuna tan brava,
cuando el valor la atropella.

German.

Y ella, señora tapada,
diga que figura es:
¿es dueña de negros pies,
ó es doncella mesurada?
¿No podrá un pobre soldado

alcanzar de sus granzones?

Constanza.

¿Pues qué quiere?

German.

Sus facciones,
sino todas, por un lado.

Constanza.

¿No era ayer vuesamerced
lacayo, si bien me acuerdo?

German.

Lacayo, mas no tan lerdo,
que otras no me hagan merced;
si no tan buenas, mejores,
aunque no con tanta seda.

Constanza.

Pues tenga la mano queda.

German.

Por Dios que hay bravos olores,
brava catoleta ha habido;
mal le vá del natural,
quien de olor artificial
baña el cuerpo, y el vestido.

ESCENA V.

Dichos y Laurencio con unos papeles atados.

Laurencio.

Aquí viene todo, y bueno,
si ha venido de Milan.

Condesa.

Oid.

Laurencio.

Decid.

Condesa.

A don Juan,

que está de vergüenza lleno,
no pidais nada, que yo
soy mejor que habeis pensado:
por probarle me he burlado.
¿Sabeis de piedras?

Laurencio.

¿Pues no?

Condesa.

Guardad aqueste diamante
que yo os enviaré el dinero.

Laurencio.

Ni vuestro diamante quiero,
ni otra prenda semejante,
que mas estimo servir
á un hombre, como don Juan,
que cuanto vale Milan:
y si volveis á pedir
la casa le he de dar,
los hijos y la muger;
que la virtud ha de ser
riqueza en cualquier lugar.
¿Hay cosa de mas estima,
que ver este caballero
justar, ó con el acero
en el torneo, en la esgrima?
Y en los actos militares,
cuando en la plaza se ven,
¿hay cosa que no haga bien?
gracias tiene singulares.
Mal he hecho en alaballe,
que es oficio de terceros.

ESCENA VI.

Dichos menos Laurencio.

Condesa.

Dos palabras: caballero,
vuestra cortesía, y talle,
me obligan á grande amor:
esta noche os quiero hablar.

Juan.

Habeisme de perdonar,
porque el divino valor
de la señora que sigo,
no me dá lugar á ofensa.

Condesa.

¡Qué firme galan! *ap.*

Constanza.

¿Si piensas
quien eres?

Condesa.

Lo mismo digo;
mas pienso que se turbara.
Mirad, don Juan, que esa empresa
ya sé yo que es la Condesa,
y todo en el viento para;
porque aguarda cada dia
cierto marqués siciliano,
á quien ha de dar la mano.

Juan.

Ya sé que la suerte mia
no merece su valor:
¿mas qué importa que se case,
que me hiele, ó que me abrase,
para que la tenga amor?

Condesa.

¿ [redacted].
un recado de su parte?

Juan.

Eso sí, y á cualquier parte
iré á serviros, y á hablaros.

Condesa.

En casa de doña Inés,
á las diez, por el jardin.

Juan.

Ellas se van.

German.

¿ A qué fin
te quieren hablar despues?

Condesa.

Oid.

Juan.

¿ Qué es lo que mandais?

Condesa.

No nos habeis de seguir.

Juan.

Por allí me quiero ir,
pues que vos por aquí vais.

Condesa.

Sois en extremo galan,
y pareceisme muy bien.

Juan.

¡ Ay si lo dijera.... !

Condesa.

¿Quién?

Juan.

La Condesa.

Condesa.

A Dios, don Juan.

ESCENA VII.

El Marqués Alejandro, Lucio, Celio y Rutilio.

Alejandro.

Aunque me dió contento Barcelona,
Valencia me ha agradado sumamente.

Lucio.

Bellísima ciudad; pero quisiera
que llegaras, señor, con gallardía,
que son muy principales los señores
y caballeros de esta tierra, y suelen
en las cosas de honor ser Alejandros.

Alejandro.

De serlo yo en el nombre, me contento.
¿Cómo pude venir de otra manera,
habiendo de venir á la ligera?
Demas, que la Condesa no me ha escrito
mas ha de cuatro meses, y no quiero
venir tan fanfarron, si se ha mudado,
que vuelva mas corrido, que pagado.

Rutilio.

Bien hace en esto vuestra señoría,
que mejor es llegar humildemente,
hasta saber de la Condesa el pecho.

Celio.

¿Quién es esta señora, te suplico,
que me digas, pues tanto la encareces?

Alejandro.

Vespasiano Gonzaga, que en Valencia
un tiempo fué Virey, trajo á sus padres
porque eran deudos suyos: nació Hipólita
en aquesta ciudad, y muertos ellos
de tres años estuvo en la Zaidía,
monasterio tan célebre en España:

de allí salió despues para casarse,
puesto que ha sido en esto tan prolija,
como heredera de tan gran estado;
que nunca, aunque de muchos fue servida,
se ha querido casar.

Celio.

Está guardada
para solo Alejandro, esta ventura.

Alejandro.

Aun agora no sé si está segura.
Recojase la ropa, y los criados,
para que lo mejor que sea posible
se pongan todos, porque luego quiero
pedir licencia para verla.

Rutilio.

En todo
tendremos el cuidado necesario.

Alejandro.

Si en estas vistas tengo buena estrella,
¿quién casó con muger tan rica y bella?

ESCENA VIII.

JARDIN EN CASA DE DOÑA INES.

Doña Inés, doña Constanza y la Condesa.

Condesa.

La merced que me habeis hecho,
me hace tan atrevida.

Inés.

En mi casa sois servida,
por dueño de ella y del pecho.

Condesa.

Fingiros teneis criadas,
que la noche dá lugar

que me quieren ayudar
las estrellas disfrazadas.

Constanza.

¿Cuando no lo somos vuestras?

Condesa.

Cumplimientos escusad.

Ines.

Notable es la voluntad
que á este caballero muestras.

Condesa.

Como es pobre, doña Inés,
todas estas pruebas hago,
que pues de un pobre me pago
no me he de quejar despues.
Pasar tiene por crisol,
pues que me han de murmurar.

Constanza.

¿La noche te ha de casar?

Condesa.

Si, mas con el mismo sol.

ESCENA IX.

Dichas, Durango, y despues don Juan y German.

Durango.

Aquel caballero ha entrado.

Condesa.

Pues retíraos vos allá.

Juan.

¿Donde aquella dama está?

Constansa.

¡Quién vá?

Juan.

Un hombre y su criado.

Constanza.

Allegaos á aquel jazmin,
y hallareis esa muger.

German.

¿Y yo, qué tengo de hacer?
¿no mas de ser matachin?

Constanza.

Estareis entre las dos.

German.

Amargamente me irá.

Condesa.

¿Quién vá?

Juan.

Quien no sabe ya,
si sois vos, ni quien sois vos.

Condesa.

Por lo menos, soy muger
que os quiere bien.

Juan.

Y yo un hombre,
que apenas tengo mas nombre
de que soy hombre de bien.
¿Cómo se ha de hablar aquí?

Condesa.

Asentaos, que hay espacio.

Juan.

¿No hay cosa de cartapacio?

Condesa.

En mi vida le aprendí:
eso, ni vocablos nuevos,
melindres, bachillerías,
son gracias viejas y frias.

Juan.

Muchos galanes mancebos
han dado agora en hablar,

esto que llaman pausado.

Condesa.

Cuatro veces me han sangrado,
solamente de escuchar.

Juan.

Cierto que es cosa sin precio
un discreto.

Condesa.

¿Soisla vos?

Juan

No, por Dios, que entre los dos,
yo tengo de ser el necio,
porque no os puedo querer;
mas si Condesa no hubiera,
estad cierta que os quisiera
por tan galan proceder.

Condesa.

Dios os pague la intencion.
¿Si la Condesa os hablara,
qué hicierades?

Juan.

Yo temblara.

Condesa.

¿Pues qué es vuestra pretension?

Juan.

Quererla hasta que me muera.

Condesa.

Dios os harte de querer;
pues en verdad que es muger
que si os hablara os quisiera.

Juan.

¿A mí?

Condesa.

A vos.

Juan.

No lo creais:

es angelica, es divina,
trasparente y cristalina;
muger, que si la mirais,
suspiraraís por ser hombre:
¡ay de mi humilde fortuna!

Condesa.

Oí contar que á la luna,
porque la empresa os asombre,
ladraba un perro, y le hacia
grandes fieros: ¿si sois vos?

Juan.

No me quitareis, por Dios,
con eso de mi porfia;
que tambien Endimion
fué querido de la luna,
con mas humilde fortuna.

Condesa.

¿No veis que fábulas son?
Mas buen ánimo tened,
que es muger, y ser podria
vencerla vuestra porfia.

Juan.

Haceisme mucha merced.

Condesa.

Ella gana, que por Dios,
que es fea, y no muy discreta.

Juan.

Levantome.

Condesa.

Quedo.

Juan.

¿Es treta,
ó me enfadaré con vos?
Si os he de hablar, ha de ser
solamente en la belleza
de Hipólita.

Condesa.

La pobreza
os hace desvanecer.

Juan.

Pobre, ó no, yo me contento
con ser rico de este bien.

German.

Hablemos acá tambien,
pues que nos dán este asiento.
¿Son criadas de esta dama
vuesas mercedes?

Inés.

Como él
de su amo.

German.

A lo cruel,
mas bajo, ¿y cómo se llama?

Ines.

Yo, doña Tigre.

German.

Mal año,
y mas si parada está,
que dicen que correrá
tras el cazador un año.
¿Y ella, á ver?

Constanza.

Doña Serpiente.

German.

¡San Jorge!

Constanza.

Mi nombre digo.

German.

Si no se burlan conmigo
por verme tan inocente,
digo yo que su señora,
segun la casa se entabla,

se llamará doña Diabla.

Constanza.

Ese nombre tiene agora.

German.

¿Cómo les vá de racion?
¿ahorran pan? mas serpientes,
comeráuse hasta las gentes,
en buena conversacion.
Yo estoy ya medio comido.

Inés.

¿Para qué se puso enmedio?

German.

Por ver si hallaba remedio
para estar mejor vestido:
apriétenme, denme seda,
vístanme una vez con oro.

Inés.

Apriétele, amigo, un toro.

Constanza.

Tenga la persona queda,
y el medio como virtud.

German

¿Son los estremos viciosos?

Constanza.

No son sino virtuosos,
así Dios le dé salud.
Acérquese de esto lado.

Inés.

¡Qué fealdad tan atrevida!

German.

No he estado en toda mi vida,
mejor que agora acostado.

Constanza.

Jure de no pegar nada.

Ines.

No granice, majadero.

German.

De un cabo me cerca Duero,
y de otro Peñatajada:
y tajadas, dice bien,
pues dos, y de carne son.

ESCENA X.

Dichos y Durango.

Señora, en esta ocasion
perdóneme tu desdén.

Condesa.

¿Cómo os entrasteis así?

Durango.

Porque dicen que ha venido
aquel Marqués tu marido.

Condesa.

¿Como marido?

Durango.

Esto oí. *Levantanse.*

Condesa.

Yo no tengo otro marido,
que el señor don Juan.

Constanza.

¿Qué es esto?

Condesa.

Ese Marqués siciliano,
que viene á su casamiento.

Juan.

¿Yo, señora, porque causa
he de ser marido vuestro?
En vuestra casa no entré
por gusto, ni amor que os tengo:
daré voces que es engaño.

Condesa.

Y que es muy grande, os confieso:

yo soy la Condesa.

Juan.

¿ Quien ?

Condesa.

La Condesa, que no quiero
marqueses, condes, ni duques,
sino un pobre tan discreto,
tan prudente, tan galan,
y tan firme caballero;
ya sois Conde de la Flor,
y es este mi amor tan cierto,
que hoy he hablado al Arzobispo,
de quien yà licencia tengo,
para que nos den las manos
esta noche.

Juan.

¿ Como puedo,
ni dando á la lengua el cargo,
ni á los ojos, por el suelo,
daros, heroica señora,
debido agradecimiento?
Las lágrimas se me vienen
á los ojos, y os prometo,
que en mi comprais un esclavo.

Condesa.

Esto puede un hombre cuerdo;
que quien ama, sirve, y calla,
merece tan justo premio.
¿ Cómo no me conocisteis ?

Juan.

De deslumbrado, de ciego.

Constanza

¿ Y á mí conoccisme ya ?

Juan.

Apenas, porque no os veo
delante de tanta luz.

Constanza.

Doña Constanza, que os quiero
por lo que Hipólita os quiere.

Inés.

¿Y yo tambien, no merezco
que me conozcais á mi?

Juan.

¿Es doña Inés?

German.

Bueno quedo, *ap.*
que como á viles fregonas
las he tratado; hoy perezco.
Señoras, denme perdon,
que mi corto entendimiento
no juzga de cosas grandes.

Constanza.

Buena, German, me habeis puesto.

Inés.

¿Y á mi, dejóme en borron?

Condesa.

Señoras, solo tratemos
de que no nos halle el alba
tratando mi casamiento:
amor es hoy el juez,
con que ejecútese luego.

Juan.

¿Es posible, gran señora,
que pudo mi pensamiento
asir los rayos del sol.

Condesa.

Vuestros meritos han hecho,
don Juan, que desprecie á cuantos
su riqueza me han propuesto:
esto solo me debeis.

Juan.

Y la misma vida os debo.

Condesa.

Vamos todos á mi casa,
porque quiero que cenemos
juntas por mas regocijos.

Constanza.

¿Ola, el coche?

Durango.

Voy ligéro.

Juan.

¿Que te parece?

German.

Que ha sido,
Señor, tu padrino el cielo.

Juan.

¿No me llamas señoría?

German.

Bien dices: ya estás electo;
pero bien es aguardar
la bendicion, y el sí quiero,
que entre la S y la Y,
cabe un no si muda el tiempo.

ESCENA XI.

DECORACION DE CALLE.

Don Alonso y Octavio, pobres.

Alonso.

Quien no supo del mal, dice un poeta,
que no merece el bien, y yo podria
decir, que quien el mal no conocia,
tendrá el alma con él la mas inquieta.
No hay vida humana á mas dolor sujeta
que la que del descanso que tenia
vino á tan bajo estado, que no hay dia,
que miserable fin no le prometa.

No puse mi esperanza en cosa alguna,
en que tuviese firme confianza,
mas que en los cursos de la blanca luna.
Cual el principio fué, tal fin me alcanza:
que el mar, el juego, amor, y la fortuna,
No piensan que lo son, sin la mudanza.

Octavio.

¿Para qué te lamentás de fortuna,
teniendo culpa tú de tus escesos?

Alonso.

No hay cosa, Octavio, de mayor cuidado,
al que baja de un alto á humilde estado,
como el ver que cualquiera se le atreva.

Octavio.

Y añade que tener paciencia deba.

Alonso.

Ya sin criados, sin hacienda y honra,
que es vínculo la honra de la hacienda,
ya sin vestidos, ni tener de donde
pueda alcanzar un mísero sustento,
¿qué debo hacer? y por tu vida, Octavio,
que no me digas ya mas culpas mias,
que no se han de afligir los afligidos.

Octavio.

En tanto mal, en desventura tanta,
que ya tienes el agua á la garganta;
¿qué remedio mayor que tus amigos?
sean del mal, como del bien testigos.

Alonso.

¿No has leido en Ovidio que en el tiempo
de la felicidad, acuden muchos,
y que en la adversidad le dejan solo?
¿pues cómo pensaré que habrá remedio
para mi mal, en falsas amistades?

Octavio.

Prueba, señor, que sin probar no es justo

Alonso.

Yo sé que no han de darme cosa alguna;
amigos son de próspera fortuna.

Octavio.

Pareces al hidalgo de quien cuentan
que tenia un amigo, y en la féria
de su amistad, se retiró á su casa,
y no le habló por mas de un año entero,
ni aun le quitaba, en viéndole, el sombrero.
Picado el otro, diligencias hizo,
con otro amigo, por saber la causa:
el tercero le dijo que era cosa
que en todo aquel lugar causaba escándalo,
que dijese la causa porque habia
dejado la amistad de un hombre honrado,
porque satisfaccion pudiese darle:
y despues de preguntas y respuestas,
que el discurso duraron de una tarde,
le dijo asi: «Sabed que por entonces
se me ofreció un camino, y que fulano
tiene un rocin que estima y quiere mucho:
propuse de pedírsele, mas viendo
que por quererle habia de negármele,
no le pedí, mirad si tengo causa.»
El otro replicó: «¿Pues sin pedirle,
por solo imaginar que os le negara,
le habeis quitado el habla?» «¿Y no os parece
(le respondió el hidalgo), que es muy justo,
si habia de negármele?» De suerte,
que sin probar el amistad del otro,
tuvo mil quejas, y enojado estuvo,
como las tienes tú de tus amigos,
que no habiendo probado sus verdades,
te quejas de sus falsas amistades.

Alonso.

¿Tengo de avergonzar mi rostro, Octavio?

Octavio.

Papeles se inventaron para eso,
que por blancos que son, aunque mas pidan,
no se ponen entonces colorados.

Alonso.

¿Qué pediré?

Octavio.

Poquito, cien ducados;
porque si pides mucho, dás escusa;
y poco, pones ánimo de darlo;
que quien volver no puede lo que pide,
no lo podrá alcanzar sino se mide.

ESCENA XII.

Dichos, el Marqués de gala, Lucio, Celio y Rutilio.

Alejandro.

Pregunta, Lucio, si la calle es esta.

Lucio.

Yo sé bien que es la calle. ¡A caballeros!
¿es la de los Marcones esta calle?

Alonso.

La misma. El forastero es de buen talle.

Octavio.

Estrangeros parecen.

Alonso

Por tu vida,
que preguntes quien son, y lo que buscan.

Octavio

¿Quién es, hidalgo, aqueste caballero?

Celio

El Marques Alejandro, se apellida:
es siciliano, y viene de secreto
á casarse á Valencia, é informado
que la condesa de la Flor vivia,
ó vive en esta calle, viene á vella.

Octavio.

Esa es la casa, y ella la mas bella
de cuantas damas hoy Valencia tiene.

Celio.

Por fama y por pincel pèrdido viene.
Señor, esta es la casa.

Octavio.

Este es el novio
de la Condesa Hipólita.

Alonso.

Es gallardo:
gracias á Dios, que al nécio de mi hermano
le quitara de loco pensamiento,
la fábula en Valencia por servilla.

Alejandro.

O casa de la octava maravilla.

ESCENA XIII.

Dichos y Durango.

Celio.

¿Quién está acá?

Durango.

Con qué priesa
nos vienen á visitar.

Lucio.

Id, camarada, á ganar
albricias de la Condesa:
decid que está aquí el Marques,
que de Sicilia ha venido.

Durango.

¿Qué marqués es?

Lucio.

Su marido.

Durango.

¿Su marido?

Lucio.

Corred presto.

Durango.

¿Estais loco?

Lucio.

Corred, pues,

Durango

Don Juan de Fox, el galan,
es su esposo.

Lucio.

¿Qué don Juan?

Alejandro.

Escudero descompuesto,
decid, que yo estoy aquí.

Durango

Muy compuesto caballero,
respondole que no quiero.

Alonso.

¿Oyes lo que pasa allí?

Octavio.

Tu hermano llamó su esposo.

Durango.

Desenfadádo señor,
piensó que durmiendo estan
doña Hipólita y don Juan
el primer sueño de amor,
que anoche se desposaron.

Alonso.

¡Cosa que fuese verdad!

Alejandro.

Porfia en su necedad.

Durango.

Antes ellos porfiaron.

ESCENA XIV.

Dichos y German de gala.

German.

¿Qué es aquesto?

Durango.

Veis ahí
donde viene el mayordomo.

Alonso.

Ya mas de veras lo tomo:
¿Es este el lacayo?

Octavio.

Si.

Alejandro.

¿Caballero, sois por dicha
de esta casa?

German.

Si señor,
y por dicha la mayor,
que ha sido escrita, ni dicha.

Alejandro.

¿Podré hablar á la Condesa?

German.

Pienso que no se han vestido,
ella y su nuevo marido.

Alejandro.

¿Marido?

Alonso.

No hay alta empresa
Octavio, dificultosa
al esperar y al sufrir;
quiero irme, por no oir
una historia tan dichosa,
y de tanta envidia mia.

Octavio.

Espera á ver si es don Juan.

Alonso.

Nécio, ¿y de mí, qué dirán?
pobre á su puerta en tal día?
¡Ah cielos, qué gran castigo!

ESCENA XIV.

Dichos, menos Don Alonso y Octavio.

Alejandro.

Puesto que á respuesta igual *ap.*
me obligaba este suceso,
disimular es mejor:
Id en buen hora, señor.

German.

A todos parece esceso;
pero parecerlo ó no,
posesion está tomada,
como quien no dice nada,
y sacado en limpio yo:
que ayer con tanto retal
parecian mis faldetas
borrador de estos poetas
que escriben al natural.
Ola, ese capon subid
para el Conde, mi señor.

ESCENA XVI.

Dichos, menos German y Durango.

Alejandro.

Daré lugar al furor;
entrad adentro y decid....
pero no, venid conmigo,

que no sé de qué manera,
á tan mudable y ligera
muger, se hà de dar castigo.
¿Quién es aqueste don Juan?

Lucio.

Presto, señor, lo sabremos.

Alejandro.

Amigos tengo; hoy veremos
como palabras se dan.

ESCENA XVII.

SALA EN CASA DE LA CONDESA.

La Condesa y Don Juan de gala.

Juan.

¿Tan presto, Vusiñoría
quiere enseñarme á vivir?

Condesa.

Aun me queda que decir.

Juan.

Pues no mas, por vida mia;
que corre sangre el amor
para hablar de esa manera.

Condesa.

Antes ahora sois cera,
y imprime el sello mejor.

Juan.

Yo pienso tan obediente
estar siempre á vuestros ojos,
que antes de daros enojos
quitarme la vida intente.

Condesa.

¡Ola!

Sale Durango.

¿Señora?

Condesa.

Traed

el cofrecillo que os dí.

Durango.

Ya voy por él. *Vase.*

Juan.

¿Cofre?

Condesa.

Sí.

Juan.

¿No basta tanta merced?
¿qué es lo que darme quereis?

Condesa.

¿Pues teneis necesidad?

Juan.

Con vos, no.

Condesa.

Decid verdad.

Juan.

Vos lo que digo sabeis.

Condesa.

Hablad, Conde, mi Señor;
en casa hay harto dinero.

Juan.

Vos probareis lo que os quiero,
como yo vuestro favor
en lo que os diré.

Condesa.

Decid.

Juan.

Los lugares que ha empeñado
mi hermano, vendido ó dado

Condesa

No digais mas, advertid,
hoy todos se os quitarán;
traigan á vuestra presencia,
de la tabla de Valencia,
cuanto allí tengo, don Juan.

Juan.

Hay otras joyas tambien,
que don Alonso empeñó.

Condesa.

Pues quítenlas luego.

Juan.

Y yo,
por tal merced, por tal bien,
besaré esos pies.

Condesa.

Tenéos,
que no me habeis conocido.

Juan.

Herradme en el vostro os pido.

Condesa.

Nunca yerran mis deseos,
ni quiero yo, Conde, herrar
donde tambien acerté:
sellar sí; mas yo diré
adonde ós quiero sellar.

ESCENA XVIII.

Dichos y Durango.

Durango.

El cofrecillo está aquí.

Juan.

¿Para qué le traen, señora?

Condesa.

Abriré, y veréisle agora.

Juan.

¿Flores teneis dentro?

Condesa.

Sí.

Estas son aquellas flores
que soliades hacer,
y German trajo á vender.

Juan.

Hareisme salir colores.

Condesa.

Aquí las he de guardar,
y quisiera en un diamante,
porque si sois arrogante
os las tengo de enseñar.
Que basta para castigo
que veais en lo que os vistes;
porque viendo lo que fuisteis
sereis humilde conmigo.
Tomad, y llevadle allá.

Juan.

Buen espejo me habeis puesto.

ESCENA XIX.

La Condesa, Don Juan y German.

German.

No os quisiera ser molesto,
y es fuerza: sabed que está
Alejandro, por lo menos,
en Valencia.

Juan.

¿Pues quién es?

Condesa.

¿En Valencia está el marqués?

German.
Y con mas rayos y truenos
que una nube de verano.
Juan.
¿Quién es, qué yo no lo sé?
Condesa.
El nóvio que tripulé.
Juan.
¿Aquél Marqués siciliano?
German.
El mismo, y mil envidiosos
de tu bien, que va juntando,
hacen cabeza de bando.
Juan.
Son enemigos forzosos,
que á gran bien no ha de faltar
la envidia: yo quiero ir
á ver si puedo impedir
lo que comienza á intentar:
que deudos y amigos tengo,
y mas que rico me ven,
que á darles y hacerles bien,
y que no á pedirles vengo;
que al rico todos acuden,
como al pobre desamparan.
Condesa.
Si en el interes reparan,
yo hare que el intento muden.
Hacienda teneis, gastad,
gastad, Conde, mi señor.
Juan.
Comprais con tanto favor
la vida y la libertad.

ESCENA XX.

La Condesa.

Casáronme mis ojos, mis oidos,
Mi voluntad, mi propio entendimiento,
Dando con la razon consentimiento
Al consejo de todos mis sentidos;
No tan precipitados ni atrevidos,
Que los cegase un loco pensamiento;
Que antes en este mar del casamiento,
Los ha embarcado el alma prevenidos.
Amor, yo te agradezco las porfias,
Con que tantos dulcísimos engaños.
Rindieron hoy las altiveces mias;
Y cuando de este bien resulten daños,
Por el placer de los primeros dias,
Te perdono el pesar de muchos años.

ESCENA XXI.

DECORACION DE CALLE.

Don Alonso y Octavio.

Alonso.

Irme quiero del lugar;
un hora no aguardo en él.

Octavio.

Respuesta ha sido cruel.

Alonso.

El papel quiero rasgar;
¿qué tengo yo que esperar?
Esto pedazos hiciera.
al capitan, si pudiera,
y á los demas que escribí:

¿cien ducados? ¡ay de mi!
no hay amistad verdadera.
Cuando Luciano pintó,
Octavio, los siete ejemplos
de amigos, que á siete templos
de la amistad consagró,
¿fueron fábulas, ó no?

Octavio.

En Grecia, en aquella edad,
teniase la amistad
por escelente blason;
pero en la nuestra, lo son
la mentira, y falsedad.

Alonso.

¿Qué haré, que por no tener
que vestir, de noche salgo,
y de su capa me valgo,
por no poderme poner
con esta á dejarme ver,
á la clara luz del dia?
¡Yo, que partirla solia,
y aun darla á todos entera,
vengo ya de esta manera!
¡Mal haya la suerte mia!
¡mal haya el juego villano,
tan hijo de la fortuna,
que tiene su rueda y luna,
y su volante en la mano!
¡mal haya el gusto tirano
de tanta libre muger!
¿que tengo, Octavio, de hacer,
para salir de Valencia?

Octavio.

Escuchame, y ten paciencia,
que bien la habras menester.

Dicen que el Conde tu hermano.....

Alonso.

¿Conde mi hermano?

Octavio.

Está atento.

Alonso.

¿Podré tener sufrimiento?

Octavio.

Prueba.

Alonso.

Intentarélo en vano.

Octavio.

Es tan gallardo y humano,
que despues que se casó,
ningun hidalgo llegó
á pedirle alguna cosa,
que con mano piadosa.....

Alonso.

No digas mas.

Octavio.

¿Cómo no?

Alonso.

¿Pues, ignorante, yo habia,
aunque de hambre muriese,
de pedirle que me diese
cosa alguna, á quien solia
negalle la hacienda mia?
¿ni dalle tanta venganza,
esta vergüenza te alcanza?
¿tienes seso?

Octavio.

Escucha un poco.

Alonso.

La hambre te ha vuelto loco.

Octavio.

Y á tí la desconfianza.
Llegan de noche á su puerta
muchos hidalgos honrados,
hácia lo obscüro embozados,
que estos dias está abierta:
con sus criados concierta
quiten la luz, y al pasar,
por lo menos suele dar
á cada hidalgo un doblon,
y si le dan mas razon,
á cuatro suele llegar.
Llega, que la obscuridad
te ha de encubrir.

Alonso.

¡Ay de mí!

Octavio.

Habla una palabra allí,
y verás que su piedad,
en esta necesidad
te socorre.

Alonso.

Estoy temblando,
mas si el cielo vá trazando
que esta se vengue de mí,
llega.

Octavio.

Gente viene allí.

Alonso.

El es, con un hombre hablando.

ESCENA XXII.

Dichos, Don Juan y German con espadas desnudas y broqueles.

Juan.

¿Gente dices en la puerta?

German.

Y mirando á las ventanas.

Juan.

Si son galanes, por dicha,
de Ines y doña Constanza,
que como son esta noche
de Hipólita convidadas,
para ver si pueden verlas
querrán rondarme la casa.
¿Quién vá?

Alonso.

¿Qué es aquesto, Octávio?
¿Con dos desnudas espadas
nos reciben?

German.

Caballeros,
¿qué es lo que rondan y aguardan?
Son del marqués Alejandro:
desviate allá, no traigan
alguna oculta pistola.

Alonso.

Si necesidad son armas,
no poca nos ha traido
á las puertas de esta casa.
¿Donde está el señor don Juan?

Juan.

Juan de Fox, que se llama

Conde de la Flor, soy yo.

Alonso.

¿Pues de qué, señor, te guardas?

Juan

De un cierto Alejandro nuevo
que me aseguran que anda
con cuidado de matarme.

Alonso.

Nunca los que avisan matan.

Juan.

¿Quién sois vos?

Alonso.

Un caballero
de noble y clara prosapia,
que ha venido á no tener
mas que aquesta pobre capa.
Quiere irse á Flandes, y viendo
que la fortuna voltaria
os ha puesto en tal estado,
que unos ensalza, otros baja,
viene á pediros limosna
para hacer esta jornada.

Juan

Esa, señor caballero,
daré yo de buena gana;
pero si esta es invencion,
y al henchiros de oro y plata
las manos, me henchis el pecho
del plomo de alguna bala,
no será la culpa vuestra.
Hacedme merced, y tanta,
que aquí solamente entreis.

Alonso.

¿A dónde?

Juan.

Á la primer sala.

Alonso.

No puedo donde haya luz,
porque si me veis la cara,
en vez de darme limosna,
me atravesareis la espada.

Juan.

¿Yo á vos? ¿pues qué me habeis hecho?

Alonso.

Las lágrimas se me saltan.

Juan.

Tomad de mí, caballero,
si lo sois, esta palabra,
que aunque fuérades mi hermano,
que és la cosa mas ingrata
que Dios ha hecho en el mundo,
estas venas me rasgara
en viendoos pobre; que yo
lo he sido tanto en su casa,
que en viendo un pobre, si es noble,
se me rasgan las entrañas.

Alonso.

¿Cómo sufrirán las mias,
hermano, tales palabras?
yo soy don Alonso, yo,
que vengo á darte venganza:
vesme aquí á tus pies, don Juan.

Juan.

Señor mio de mi alma,
¡Vos á mis pies! yo á los vuestros.
Entrad, esta es vuestra casa.
¡Vos en la calle á estas horas!

German.

No puede hablar.

Octavio.

Esto basta
para ver....

Juan.

¿Quién es?

Octavio.

Octavio.

Juan.

Octavio, no digas nada.
Venid, hermano, conmigo.

Alonso.

Mi señor, los ojos hablan.

ESCENA XXIII.

German.

¡Agora mi señor? ¡lindo!
¡Ah tiempo, cuántas mudanzas
vas haciendo en los discursos
de nuestras vidas humanas!
Que don Juan, su hermano alvergue
en necesidad tan clara,
es imitacion de Dios,
noble hazaña, heróica y santa;
mas aquel mayordomillo
que la racion nos quitaba,
¿por qué ha de venir aquí?

ESCENA XXIV.

German y Durango.

Durango.

¿Qué alboroto es este que anda?

German.

¿Cómo?

Durango.

Dicen que el Virey
prendió con toda la guarda
al Marqués.

German.

¿Al Marqués?

Durango.

Si,
porque dijeron que andaba
para matar á don Juan.

German.

La casa está alborotada;
la Condesa mi señora
sale á la primera sala.

Durango.

Y sus amigos con ella.

ESCENA XXV.

SALA EN CASA DE LA CONDESA.

La Condesa, doña Inés, y doña Constanza.

Constanza.

Con razon estás turbada,
sí quieren prender al Conde:
¿aunque al Conde, por qué causa?

Condesa.

Hasta hacer las amistades,
podrá ser que preso vaya:
¿mas don Juan, qué culpa tiene?

Inés.

¿Y no es mejor que las hagan,
y los bandos se sosieguen?

ESCENA XXVI.

Don Juan, don Alonso, bien vestido, y Octavio.

Juan.

¿Estará muy descuidada
vueseñoría? Pues sepa,
que si trajo convidadas,
yo le traigo un convidado.

Condesa.

Quién vuestra prision aguarda,
¿qué descuido tener puede?

Juan.

¿Mi prision?

Condesa.

El Virey trata
de asegurar al Marqués,
y le prendió con su guarda.

Juan.

Eso nos está muy bien,
y mejor que honre esta casa
don Alonso mi señor.

Condesa.

Vuestro hermano! ¡dicha estraña!

Alonso.

Deme, vuestra señoría,
los pies.

German.

Con mil alabardas
llega el Virey.

Juan.

¿El Virey?

ESCENA XXVII.

Dichos, el Virey, el Marqués, alabarderos y criados.

Alabardero.

Plaza, caballeros, plaza.

Condesa.

¿Vuestra Escelencia, señor,
en esta casa?

Virey.

A guardarla,
como amigo, y como deudo.

Condesa.

Siendo de vos amparada,
á nadie puede temer.

Virey.

Esta por visita valga,
en que os doy el parabien;
y porque dí la palabra
de hacer vuestras amistades,
y el señor Marqués se vaya
muy en buen hora á Sicilia:
¿don Juan de Fox?

Juan.

¿Qué me manda
Vuestra Escelencia?

Virey.

Que luego
se den las manos.

Alejandro.

Bastaba
mandarlo vuestra escelencia,
y ser gusto de estas damas.

Juan.

Ya, Señor, que estás presente,

y haciendonos merced tanta,
suplicoos que me escucheis.

Virrey.

Decid.

Juan.

La fortuna es varia;
la historia de don Alonso
á toda Valencia es clara,
yo bajé, cuando él subia,
y cuando yo subo, él baja;
la Condesa y yo le habemos
desempeñado su casa,
sus lugares, y sus joyas;
y hablado á doña Constansa
para que su esposa sea.

Alonso.

Palabras, Conde, me faltan
aun para pagar con ellas.

Virrey.

Noble y generosa hazaña.

Juan.

Si el señor Marqués se sirva
de llevar muger á Italia,
mi señora doña Inés,
está en él bien empleada.

Alejandro.

De sus partes tengo nuevas,
y su persona me agrada.

Virrey.

Pues dense las manos todos,
y quedarán confirmadas
las amistades con deudo.

Juan.

Aquí la comedia acaba
de las flores de don Juan.

Condesa.

Vuseñoría se engaña,
que el rico y pobre trocados,
dice su autor que se llama.

Las flores de don Juan.

Sin duda Lope al escribir esta comedia no quiso únicamente interesar y divertir al público, cuyo designio era el que se proponian generalmente nuestros dramaticos antíguos, sino dárle al mismo tiempo una leccion moral muy provechosa: quiso probar que la ociosidad, el juego y la relajacion de costumbres arruinan infaliblemente al mayor potentado, y llegan á sumergirle en la miseria y en la desesperacion; y que el hombre mas pobre, si es virtuoso honrado y bien quisto, puede alcanzar una fortuna felis y permanente. Don Alonso y Don Juan son los personages que el poëta pone en accion para desempeñar su objeto: ambos contrastan perfectamente: ambos están bien elegidos y desenvueltos, y ambos tienen un merito particular, señaladamente el último, por la verdad con que están pintados. No es fácil encontrar en ninguna otra comedia un carácter mas amable é interesante que el de don Juan; es discreto, galan y cortesano; constante en su cariño, silencioso, fiel, esplendido: es un modelo perfectisimo de virtudes sociales. El poeta parece que agotó su ingenio y los sentimientos nobles de su corazon para retratarle. Cuando se le ve pobre y abandonado de su hermano jugar á los naipes con German, y admitir los regalos de Celinda y Roselas; cuando sale vestido de blanco la mañana de San Juan; cuando se dedica á hacer flores de seda para sustentarse; cuando resuelve pasar á flandes, y finalmente cuando viendose ya dichoso y rico recibe á su hermano, le desempeña, y le regala sin acordarse de los agravios que le ha hecho, siempre cautiva la atencion de un modo irresistible. Si se

examinan con atencion todas las situaciones en que se halla este personage se admirará el talento del poeta. Hay escenas muy bellas; pero la que tiene un mérito muy particular, á nuestro parecer es la quinta del tercer acto, en que el mercader no quiere admitir el diamante que le da la Condesa para asegurar el pago de las telas que recibe.

Condesa.

Guardad aqueste diamante,
que yo os enviaré el dinero.

Laurino.

Ni vuestro diamante quiero
ni otra prenda semejante;
que mas estimo servir
á un hombre como don Juan,
que cuanto vale Milan:
y si volveis á pedir,
la casa le he de fiar,
los hijos y la muger;
que la virtud ha de ser
riqueza en cualquier lugar.

No pudo Lope buscar un pensamiento mas hermoso para ponderar el afecto que á todos merecian las virtudes de don Juan, que poner en boca de un comerciante un rasgo tan desinteresado y poco comun.

Los diálogos con la Condesa, así en las escenas anteriores como en las siguientes, estan llenos de gracia y cortesanía.

Juan.

Muchos galanes mancebos
han dado agora en hablar
esto que llaman pensado.

Condesa.

Cuatro veces me han sangrado
solamente de escuchar.

. . . .

¿Pues, que es vuestra pretension?

Juan.

Quererla hasta que me muera.

Condesa

Dios os harte de querer; &c.

. . . .

Condesa.

Vuestra cortesía y talle
me obligan á grande amor:
esta noche os quiero hablar.

Juan.

Habeisme de perdonar,
porque el divino valor
de la señora que sigo
no me da lugar á ofensa.

. . . .

Condesa.

Mirad, don Juan, que esa empresa,
ya sé yo que es la Condesa,
y todo en el viento para;
porque aguarda cada dia
cierto Marqués siciliano,
á quien ha de dar la mano.

Juan.

Ya sé que la suerte mia
no merece su valor;
¿mas que importa que se case,
que me hiele, ó que me abrase,
para que la tenga amor?

Condesa.

¿Y si os quiero para daros

un recado de su parte?

Juan.

Eso si, y á cualquier parte
iré á serviros y hablaros.

Condesa.

Oid.

Juan.

¿Que es lo que mandais?

Condesa.

No nos habeis de seguir.

Juan.

Por allí me quiero ir,
pues que vos por aquí vais.

Condesa.

Sois en estremo galan,
y pareceisme muy bien.

Juan.

¡Ay, si lo dijera..... !

Condesa.

¿Quien?

Juan.

La Condesa.

Condesa.

Á Dios don Juan.

Los defectos que se hallan en esta pieza son propios de Lope; de su fecundidad inagotable y faciles de corregir, si se suprime lo que no es necesario para la inteligencia y progresos de la fábula. Es escesivo el número de los personages, aunque no ofuscan ni entorpecen la accion, y algunas escenas tienen demasiada estension. ¿Pero como podia contener la pluma el hombre á quien la naturaleza habia concedido una facilidad tan asombrosa para el diálogo y la versifica-

cion? ¿Y quien no le disimulará estos y otros defectos en gracia de aquellas prendas, y otras mas estimables que adornan sus escritos?

!SI NO VIERAN
LAS MUGERES!

PERSONAS.

Isabela, dama.
Florela, criada.
Federico, caballero.
Tristan, criado.
El Duque Octavio.
El Emperador Othon.
Fabio, caballero.
Alejandro, caballero.
Rodulfo, caballero.
Velardo, villano.

La escena es en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CAMPO.

Isabela, con sombrero de plumas y un arcabuz, y Florela.

Florela.
No te alejes de la quinta,
de su plomo en confianza.
Isabela.
Mejor que de espada y lanza,
así la guerra se pinta.
La caza se me ha escondido;
ya no hallo á que tirar.
Florela.
Ociosas, para matar,
son las armas que has traido.
Isabela.
¿Requiebros, Flora?
Florela.
No creo,
que fundados en razon,
son requiebros.
Isabela.
¿Pues qué son?
Florela.
Milagros de mi deseo,
con que ya no soy muger,
mudando en hombre mi nombre.

Isabela.

¿En hombre, Flora?

Florela.

Y muy hombre,
que el alma lo puede hacer.

Isabela.

Como me ves tan valiente,
pienso que hablas de temor.

Florela.

Nunca le tuvo el amor
para ningun accidente;
y holgárame que te viera
Federico en este trage.

Isabela.

Enviale, Flora, un page.

Florela.

Buena diligencia fuera:
pero si no es que me engaña
lo airoso y galan del talle,
él baja del monte al valle,
y mi Tristan le acompaña.

Isabela.

No te engaña el pensamiento,
que hay hombres de tal donaire,
que tienen alma en el aire
de cualquiera movimiento.
Aquí me quiero esconder,
que le quiero saltear.

Florela.

Invenciones de matar,
solo amor las sabe hacer. *Se esconden.*

ESCENA II.

Federico y Tristan en cuerpo, é Isabela y Florela escondidas.

Federico.

O el pensamiento adivina,
ó me dió su resplandor.

Tristan.

Muchas veces piensa amor,
que mira lo que imagina.

Federico.

De dar en el agua el sol
se forma el arco del cielo,
y así en mis ojos recelo,
que dió su claro arrebol:
fundados en agua estan
para poderse mover;
con que la pudieron ver,
y ella formarse, Tristan.

Tristan.

Yo pienso que fue en el mundo
primer filósofo amor.

Federico.

De darme su resplandor
este pensamiento fundo.
No lejos de aquesta encina
la vi, y á Flora tambien.

Salen Isabela y Florela.

Isabela.

Téngase todo hombre.

Federico.

¿A quién?

Isabela.

A amor.

Federico.

¡O Venus divina!
si quereia al que camina
robar, y quitar despojos,
¿para qué tantos enojos?
dejad ese fuego os ruego,
no se corra el dulce fuego
de vuestros hermosos ojos.
Bajad las armas, que ya
para mi no harán efecto;
cese tan cruel decreto,
no mateis quien muerto está.
Al amor por armas dá
la antigüedad, arco y flechas;
porque para errar sospechas
y para acertar desdichas,
son sus flechas y sus dichas,
de hierro y de plumas hechas.
Tomad el arco, y dejad
el fuego que en otra esfera
mas alta vive, siquiera
por honra de mi verdad:
no muera mi voluntad
de otro fuego, que el que vive
en vuestros ojos, mi prive
al sol en ese arcabuz
un relámpago de luz,
que el aire de sombra escribe.
Cuando sale el bandolero,
y se le pone delante,
pide humilde el caminante
la vida, y deja el dinero:
lo mismo pediros quiero,
y el alma y potencia daros,
y que dejeis, suplicaros,

la vida para serviros,
un sentido para oiros,
y el otro para miraros.
Dicen que Palas dormia
en una selva, quitada
la guarnecida celada
de plumas y argentería,
y Venus por bizarría
se la puso, á quien severo
dijo Amor: madre, no quiero
esos laureles y palmas,
con almas se matan almas,
que no con armas de acero.

Isabela.

¿Cuándo, Federico mio,
Isabela os ha negado
el alma?

Federico.

Doy por robado
todo mi libre alvedrio,
ya de la accion me desvio,
que tuve, dandoos la mia;
si vida y piedad pedia,
ya no la quiero, pues ya
vida por vida me da,
quien á matarme venia.
Mas dejando agradecido
esta plática, señora,
no lo esteis de verme ahora
donde por fuerza he venido:
el Emperador ha sido
la causa, que á caza viene
por este monte, y me tiene
sospechoso de que os vea,
que en esta vecina aldea

pasar la noche previene.
Ya sabeis, que son los zelos
sombra de amor, que no huviera
cosa que mas dulce fuera,
si le dejaran desvelos:
mas no quisieron los cielos
dar á los hombres un bien
tan alto, sin que tambien
pagase amor tal pension;
que con zelos burlas son
olvido, ausencia y desden.
Vos os habeis de esconder
de suerte, que nadie os vea;
que teme amor que no sea
mi muerte, si os viene á ver:
tiene supremo poder,
y á damas tan inclinado;
que ya piensa mi cuidado,
que él es Páris, vos Elena,
y yo del mar en la arena
el Griego en llanto bañado.
Esto á los zelos les debe,
dulce Isabela, el amor,
que es dar aviso al honor,
con las sospechas que mueve.
Suenan truenos cuando llueve,
y de las nubes los senos
se rompen de piedra llenos,
dando al labrador desmayos;
pues jamas cayeron rayos,
sin que lo dijesen truenos.
Son los agravios, señora,
reloj de campana; dando
con públicos golpes, cuando
está pasada la hora.

los zelos al que la ignora,
son la saeta, que vá
adonde la letra está
tan quedo, que no se vé;
porque sepa antes que dé,
el número á donde dá:
Mirad si temer es justo,
viéndome á vos tan perfecta,
que señale la saeta
la letra de mi disgusto:
que os escondais es mi gusto,
no os vea el Emperador,
porque la señal mayor
de amor, que á todas escede
es no dar zelos, si puede,
la muger que tiene amor.

Isabela.

Cuando por mi sola fuera,
os quiero yo obedecer.

Federico.

Y yo, señora, volver
donde ya el César me espera.
No te entristezcas, ribera,
de que el sol te falte ahora
que tus campos y aguas dora;
cristal y flores, paciencia,
que breve será la ausencia
de mi luz, y vuestra aurora.

Tristan.

¿Y tú, Flora, no te escondes?

Flora.

¿Y yo para qué, Tristan?
¿Tú, zelos? ¿de qué, galan?

Tristan.

¿Con letrilla me respondes?

¿no te puede ver alguno
mas galan, y mas señor?
¿de zelos, teniendo amor,
hase escapado ninguno?
Yo no sé historias que sean
egemplo, ni digo mas
de que mejor estarás,
Flora, donde no te vean:
caen rayos, suenan truenos,
avisan zelos de agravios,
guardánse los que son sábios,
dan en los que saben menos.
Campos, perdonad, que Flora
se va á esconder; no es escuro,
que no dejareis por eso
de ver el sol y la aurora.

ESCENA III.

Isabela y Florela.

Florela.

Suspensa estás.

Isabela.

Hame dado
lo que nunca imaginé.

Florela.

¿Es deseo?

Isabela.

Si.

Florela.

¿De qué?

Isabela.

De lo que has imaginado.

Florela.

De ver al Emperador
me parece que será.

Isabela.

¿Quién, Flora, no lo tendrá
de ver al mayor señor
del mundo que alaban tanto?

Florela.

Necio en avisarte anduvo
Federico.

Isabela.

Culpa tuvo
pero de pensar me espanto,
que hiciese mi gusto empleo
contra su gusto.

Florela.

No es justo,
cuando es tan honesto al gusto,
recatar tanto el deseo.
No es nueva la condicion
que nos viene por herencia;
la primer desobediencia
nació de la privacion.
Malparió cierta romana,
con el deseo de ver
un monstruo, y de se atrever
á llegar á la ventana.
¿Qué agravio recibe honor
de galan y no marido,
por ver al esclarecido
Cesar, del mundo Señor?
que decir, porque es mancebo
que te pueda codiciar,
es achaque de no dar
gusto.

Isabela.

La razon apruebo;
que Federico no es justo,

que quiera quitarme el ver,
si en baja, y noble muger
es naturaleza, y gusto
el ver á quien causa enojos:
todo al hombre se rindió
si no es los ojos, y yo
no tengo esclavos los ojos.
¿Cuál muger, aunque casada,
de no mirar se obligó?
que aun ciega hácia dentro vió
con potencia imaginada.
Yo, Flora, tengo de ver
al César, si bien será
disfrazada.

Florela.

Cerca está.

Isabela.

O ver, ó no ser muger:
tiéneme aquí el padre mio,
porque él está desterrado,
mirando un monte, y un prado,
y entrando en la mar un rio:
y un dia, que viene aquí
el águila con el pico
de oro, y perlas, Federico
me manda esconder á mí.
Mas quiere una muger ver,
que del mundo los despojos;
que es tapar al sol los ojos
cerrar los de una muger:
que como pasa, y traspasa
su luz por cualquier resquicio,
ó ha de perder el juicio,
ó ha de mirar lo que pasa.

ESCENA IV.

Fabio, Rodulfo, Alejandro, caballeros de casa, y el Emperador.

Emperador.

Cansado estoy.

Fabio.

Es el dia
caloroso por estremo.

Alejandro.

Cuando es con esceso tanto,
no sin donaire dijeron
los antiguos, que ladraban
aquellos celestes perros.

Rodulfo.

¿Qué mucho, si les dá el sol,
gran señor, de medio á medio,
y está para darles agua
hoy el acuario tan lejos?

Emperador.

Señoras yerbas, haced
silla al que tiene el imperio
de Alemania, y en Italia,
y Roma, el sagrado reino.
¿Qué dosel como estos olmos,
que con natural ingenio
visten yedras, que coronan
de racimos sin cabellos?
¿Qué telas como estos lauros
donde parece que huyendo
Dafne, mas agria que el sol,
la viene siguiendo Febo?
¿Con que gracia se despeña
ese músico arroyuelo,

de esas pizarras al prado
que en verdes juncos, y helechos
le dan cama en que se duerma
del ruido que echan menos
las aves, á cuyos tiples
era templado instrumento?
¿donde quedó Federico?

Alejandro.

Luego que fuisteis siguiendo
aquel Anthaon sin alma,
que de las ramas de un fresno
cuelga por los pies atado,
bañando de sangre el suelo,
se fue entrando por el monte
con Tristan el escudero,
de quien celebras donaires,
de quien repites despejos,
pero ya vienen los dos.

ESCENA V.

Dichos, Federico y Tristan.

Federico.

¿Si me habrán echado menos?

Tristan.

¿Eso dudais?

Emperador.

¿Federico,
donde has estado? ¿qué has hecho?

Federico.

Codicioso de seguir
un javalí mas soberbio
que aquel feroz que en Arcadia
abrió de Adonis el pecho
con dos lagas de marfil

eterno llanto de Venus,
perdí las peñas del monte,
y por laberintos hechos
de pinos, que de las nubes
verdes obeliscos, dieron
temor al sol con la historia
de los gigantes soberbios,
anduve, señor, buscando
algun labrador Teseo,
que me sacase al camino,
hasta que de tus monteros,
de una peña repetidos,
me trujo el aire los ecos.

Emperador.

No se le puede negar
á la caza, caballeros,
ser el mas noble ejercicio
y de mas ilustre aliento,
para empresas militares,
y de antiguos y modernos
mas celebrado en el mundo.
Envidio el famoso esfuerzo
del africano, que mata
de Lidia en los campos secos
con solo el desnudo brazo,
y las dos puntas de acero,
al rey de los animales:
pero cuando yo contemplo
que es todo trabajo inútil,
parece que me arrepiento
de la fatiga que traigo,
y el cansancio con que vuelvo.

Federico.

En las acciones humanas
á la inclinacion debemos

hacer fáciles las penas
así hallaron los secretos
de la gran naturaleza
los filósofos, y dieron
fin á tan altas empresas
los romanos y los griegos.
La inclinacion hizo sábios
oradores y maestros
de las leyes, y el laurel
poétas de ilustres versos:
corresponden las costumbres
á la inclinacion.

Emperador.

Ya veo,
que fué de nuestras pasiones
el primero fundamento.
¿Pero cuál es la mayor
pasion de las que tenemos
los hombres naturalmente?

Federico.

Dejando afectos diversos,
son la ira y el amor.

Emperador.

¿Y cuál es el mayor?

Federico.

Tengo
la ira por mas pasion,
de quien los sábios dijeron
que era una breve locura,
que ciega al entendimiento.

Emperador.

Engañaste, porque amor
aspira en el alma á eterno;
que como ella es inmortal,
tambien amor puede serlo.

y la ira, y tú lo dices,
ser breve, pues dura el tiempo
que dilata la venganza:
pero del amor sabemos
que puede durar despues
de ejecutado el deseo,
toda la vida en un hombre.
Y es fácil aquí el ejemplo,
que podeis todos vosotros
tener encendido el pecho
de amor ahora, y ninguno
tener ira; luego es cierto,
que es mayor pasion amor.

Federico.

Que es la mas noble confieso;
pero no que la mas fuerte.

Emperador.

Vosotros, que estais oyendo
al discreto Federico
un pensamiento tan necio
¿qué decís de su opinion?
confesándome primero
si amais, porque no es posible
que, donde hay tantos sugetos
de hermosura y discrecion,
esteis libres de este efecto.
Dí tú, Fabio, por mi vida.

Fabio.

Yo, señor, con nadie tengo
ira; amor sí.

Emperador.

¿Quieres bien?

Fabio.

Cierta señora requiebro
con mas amor que esperanza.

Aro el agua, siembro el viento.

Emperador.

¿Tú, Rodulfo?

Rodulfo.

Por tu vida

diré verdad: yo no acierto

á conquistar voluntades:

tengo mi dama de asiento,

aseguro mi salud,

quiero mas, y gasto menos.

Emperador.

¿Tú, Alejandro?

Alejandro.

Gran señor,

un imposible pretendo.

Emperador.

No hay imposible, Alejandro,

rogando, amando y sirviendo.

Tristán, ya que estás aquí,

dí tu razon, porque entiendo

vencer con todos los votos.

Tristan.

Indigno, Cesar escelso,

me siento en tanta grandeza;

mas como siempre te veo

inclinado á mi favor,

tendré á tu vida respeto.

Yo quiero una casadilla,

de cuyos ojuelos negros

saliera el sol mas hermoso

si se acostara con ellos.

De las rosas de la cara

parece que amor ha hecho

azucar rosado el alma

de mis enfermos deseos.

Breve boca y dientes blancos,
tales que un mico ligero,
pensando que eran piñones
saltó una vez á comerlos:
las manos eran, por Dios,
lindas, si pidieran menos;
lo que es el brio pudiera
ser el alma de otro cuerpo.
Fuese el marido á una aldea;
substituir quise el lienzo
de sus sábanas, volvió,
era rigoroso invierno,
escondióme en un tejado
del marido, y no del cierzo,
á donde estuve sin juicio
hasta que el Alba riendo
me tuvo por chimenea,
y con ser tan grande el hielo,
confieso que no ha podido
vencer de mi amor el fuego.

Emperador.

¿Porqué callas, Federico?

Federico.

Yo, señor, porque no puedo,
siendo ayudante de amor,
ayudar á tu argumento:
en toda mi vida quise
ni dije á muger requiebro,
ni sujeté el alvedrío,
ni rendí el entendimiento,
ni escribí papel de amores,
ni tuve de nadie zelos,
ni me vió rondar de noche,
ni oyó mis quejas el viento,
ni supe qué eran desdenes

ni favores, porque tengo
de las tragedias de amor
innumerables ejemplos.

Emperador.

¿Pues qué has hecho, Federico,
de toda tu vida el tiempo?
¿Tú eres hombre? ¿Tú eres noble?
¿tú valiente? ¿tú discreto?
¿en qué Scitia, en qué Etiopia
naciste? ¿qué monte fiero
de Tesalia fué tu padre?
¿qué tigre te dió su pecho?
¿Hombre vivió sin amor
en el mundo, donde vemos
llorar una ave de ausencia,
morirse un cisne de zelos,
bramar en el bosque un toro,
gemir en el monte un ciervo,
y un delfin entre las ondas
del mar, festejar paseos
al sujeto que le dió
naturaleza por dueño?
¿Tú no sabes, Federico,
que desde el hombre primero
es amor Rey de los hombres?

Federico.

Señor, en amor me empleo
de la virtud y los libros.

Emperador.

Es justo amor, no lo niego;
¿pero hay cosa mas amable,
ni de escelente sujeto,
como una hermosa muger
al humano entendimiento?
¿Qué cosa es buena sin ellas?

¿Qué es la caza, qué es el juego
para igualar á sus brazos?
¿Ó por quién, dime, ha hecho
la plata la luna, el sol
el oro, el mar en su centro
las perlas, las piedras ricas,
los planetas, influyendo
para diversas colores
sus calidades y efectos?
¿Para quién tanto artificio,
desde el gusano pequeño,
que labra en capullos blancos
el túmulo de su entierro,
de donde la seda sale,
con que vestimos los cuerpos,
que nos dieron aquel sér
que todos reconocemos?
Pues advierto, Federico,
que desde hoy y esta me cuesto
has de buscar á quien ames,
humilde, ó alto sugeto;
por qué en mi cámara, juro
por Dios, y esto será cierto,
que no ha de entrar sin amor
hombre ninguno; que creo,
que hombre que no sabe amar,
no sabrá servir; y aun pienso,
que no puede ser leal,
ni valiente, ni discreto.
No digo, que amor vicioso
ocupe tus pensamientos;
sino amor casto, que obligue
virtuoso á un fin honesto.
¿Qué piensas tú que es el oro?
pues profesas libros, pienso,

que si á Aristóteles viste,
sabrás que dijo por ellos,
que él solo era Dios ó bestía;
de cuya maxima entiendo,
que si acompañan amigos
el humano entendimiento,
no la voluntad, que aspira
á mas estrechos deseos;
y al mismo sabio tambien
le desterraron los griegos,
porque adoraba á su dama,
y la hizo altar ó templo.
¿Hásme entendido?

Federico.

Muy bien;
y que buscaré sujeto
á quien amar desde hoy.
¿Y como? si ya le tengo
mas alto que el mismo sol.

Dentro ruido.

Uno.

Ataja, ataja; del cerro
pelado desciende al verde
valle.

Otro.

Si á Melampo suelto,
no se le irá por los pies,
aunque le igualen al tiempo.

Emperador.

Corred, caballeros, todos,
que en esta fuente os espero.

Federico.

¿Y yo tambien?

Emperador.

Federico,

tú el primero.

Federico.

Ya obedezco

tu gusto. Vamos, Tristan.

Tristan.

Un grande preñado llevo
de cosas que te decir.

Federico.

Hablaremos en secreto.

ESCENA VI.

El Emperador.

Quien no sabe de amor vive entre fieras,
quien no ha querido bien fieras espante;
ó si es Narciso, de sí mismo amante,
retrátese en las aguas lisonjeras.

Quien en las flores de su edad primeras
se niega á amor, no es hombre,
que es diamante,
que nó lo puede ser el ignorante,
ni vió sus burlas, ni temió sus veras.

¡O natural amor! que bueno y malo,
en bien y mal te alabo y te condeno,
y con la vida y con la muerte igualo:

Eres en un sugeto malo y bueno,
ó bueno al que te quiere por regalo,
ó malo al que te tiene por veneno.

ESCENA VII.

El Emperador, Isabela y Flora vestidas de labradoras, y Velardo de villano.

Isabela.

Muy mal nos habeis guiado.

Velardo.

No ha sido mia la culpa;
que esta gente no venia
á merendar en el prado
para sentarse despacio;
ni estamos para mirar
al César salir ó entrar
en las puertas de palacio.
Todos van en sus rocines
por el monte discurriendo.

Isabela.

Lejos se escucha el estruendo.

Flora.

De aqueste valle en los fines
repite el eco en las voces.

Emperador.

¡Qué graciosa labradora!
¿Sale mas fresca la aurora?

Isabela.

Tú, pienso que no conoces
al Emperador.

Velardo.

Yo no.

Isabela.

Mas no será menester,
que bien se echará de ver.

Velardo.

Pintado le he visto yo,

y así vendrá por acá.

Isabela.

¿Cómo?

Velardo.

Con un gran ropon
de armiños blancos, tuson
de oro, en que el cordero está
entre piedras y eslabones,
corona de tres, el mundo
en la mano, el sin segundo
cetro de tantas naciones,
y la valerosa espada.

Isabela.

¿Y ha de venir á cazar
de esta suerte?

Florela.

¿Y aquí andar
con la púrpura sagrada?

Velardo.

Andan tan graves y erguidos,
que por sus reales leyes,
he pensado que los Reyes,
Flora, se acuestan vestidos:
nosotros mudamos cara
con mala ó buena fortuna;
los Reyes no, siempre es una.

Emperador.

Mientras mas para y repara
mi vista en esta muger,
mas hermosa me parece.

Florela.

El César se desparece;
bien nos podemos volver.

Isabela.

¡Ay, Flora, qué gran desaire

ser al aire mi venida!

Emperador.

No he visto cosa en mi vida
de tanta gracia y donaire.

Isabela.

¿Sin ver á los cortesanos
siquiera me he de volver?

Emperador.

Labradora puede ser
de corazones humanos.

Isabela.

Allí he visto un caballero.
¡Ola! qué digo, señor,
¿dónde está el Emperador?

Emperador.

Aquí, señora, le espero;
¿mas qué es lo que quereis?
que yo soy un gran privado.
Mucho tendreis negociado
con las gracias que teneis;
porque siempre la hermosura
lleva cartas de favor.

Isabela.

Ya sé que el Emperador
la divina arquitectura
humilla á cualquier muger.

Emperador.

No á cualquiera, que en efecto
es quien es; mas yo os prometo
que si os acertase á ver,
y á oiros hablar así,
que se perdiese por vos.

Isabela.

¿Perderse? ¡Válgame Dios!
¿pues no tiene el mundo allí?

¿hay mas que buscarse en él?

Emperador.

Quien por un ángel se pierde,
es justo que se os acuerde
que es fuerza volar tras él;
luego buscarle en el suelo
vuestro pensamiento yerra,
que no se hallará en la tierra
quien se ha perdido en el cielo.

Isabela.

No entendemos por acá
tan angélicos requiebros,
que entre castaños y enebros
humildemente se vá:
decidnos del talle y cara
del señor emperador.

Emperador.

Miradle como á señor,
en que el respeto repara;
y con eso le habreis visto:
¿Mas dónde vivís?

Isabela.

No sé.

Emperador.

¿Sabrelo yo?

Isabela.

¿Para qué?

Emperador.

Porque soy el que conquisto
para el César estas aves.

Isabela.

Muy buen oficio teneis,
medrareis y privareis,
que son bocados suaves;
y así á vos os lo haga Dios,

pues junto al César estais,
que el bien que podais le hagais,
no sea todo para vos.
No digais de nadie mal,
que es bajeza, y no es razon
trocar con mala intencion
un espíritu Real;
que si de aquel alto cielo
alguna vez deslizais,
no dudeis, si bien hablais,
que hallareis mas blando el suelo.
Esto os digo, aunque con miedo
á ver al César venia,
mas que ya se acaba el dia,
á Dios.

Emperador.

Esperad.

Isabela.

No puedo. *Vase.*

ESCENA VIII.

El Emperador y Velardo.

Emperador.

Oyes tú, buen labrador.

Velardo.

¿Qué mandas?

Emperador.

Saber deseo
quien es esta labradora.

Velardo.

No me pareceis discreto
para cortesano.

Emperador.

¿Cómo?

Velardo.

Aunque es disfrazado cuerpo,
¿no veis que el alma es de dama,
las galas y el limpio aseo?
¿qué olor os dió de tomillo,
pues á los ámbares hecho,
no conocisteis el suyo?

Emperador.

No os espanteis, soy un necio.
¿Cómo se llama?

Velardo.

Isabela.

Emperador.

¿Y vos?

Velardo

Al servicio vuestro,
Velardo.

Emperador.

¿Aun viven Velardos?

Velardo.

¿No habeis visto un árbol viejo,
cuyo tronco, aunque arrugado,
coronan verdes renuevos?
pues eso habeis de pensar,
y que pasando los tiempos
yo me sucedo á mí mismo.

Emperador.

Vos decís bien, y yo quiero
daros aquesta sortija.

Velardo.

¿De oro?

Emperador.

De oro, pues.

Velardo.

Del pueblo

soy señor; mas hay dos cosas
con peligro manifiesto
de ser envidiadas.

Emperador.

¿Cuáles?

Velardo.

La riqueza y el ingénio.
¿Dan todos los cortesanos
de esta suerte?

Emperador.

Así lo pienso.

Velardo.

Porque dicen por acá
que el dar se pasó á otro reino.

Emperador.

¿Quién es Isabela?

Velardo.

Es hija
del Duque Octavio.

Emperador.

Ya tengo
noticia del Duque Octavio,
y tambien de su destierro.

Velardo.

No tiene el César razon
de tenerle tanto tiempo
desterrado de la corte
por envidia.

Emperador.

Ahora entiendo
lo que me dijo Isabela:
todos los malos sucesos
atribuyen los culpados
á los que tienen gobiernos.
¿Es casada esta señora?

Velardo.

No señor, que está su viejo
padre muy pobre.

Emperador.

Es hermosa.

Velardo.

No es el dote de estos tiempos.

Emperador.

¿Dónde vive?

Velardo.

A mano izquierda,
entre esas ayas y tejos
se esfuerzan dos torres mochas,
para ser mas altas que ellos:
allí pasa su tristeza
y su vejéz; mas ya siento
vuestra gente, á Dios, á Dios;
que van mis amas huyendo
de la noche, y de que el Duque
sepa que tan lejos fueron. *Vase.*

ESCENA IX.

El Emperador, Federico y los demas.

Federico.

No ha visto en esta selva ni en ninguna,
de este ni otro horizonte,
tu Magestad Cesarea tan valiente
parto de los peñascos de aquel monte:
de juncos se vistió de esta laguna,
llevando del hocico y de la frente
colgados los lebreles irlandeses,
ardientes canes de estos rubios meses;
y á Melampo y Taurin por arracadas,
las orejas en púrpura bañadas.

Allí entre el cieno y ovas
de tantas cuevas y húmedas alcobas,
rindió la fuerte vida,
buscando el agua de su amor teñida,
en cuya sed, por mas ardides fragua,
bebió mas de su sangre que del agua:
ven á verle si quieres.

Emperador.

Ya no puedo,
que baja entre las sombras de su miedo
la noche que nos cubre,
y la creciénte luna se descubre
en los fines del dia.
No está lejos de aquí la caserìa
del Duque Octavio; albergaréme en ella,
hasta que salga la amorosa estrella,
paraninfo del sol.

Federico.

¿Del Duque Octavio?
¿pues ya te olvidas del pasado agravio?

Emperador.

¿Es mucho que me olvide,
si con los años el rigor se mide?

Federico.

¿Quién te ha dicho, señor, què aquí vivia
el Duque?

Emperador.

Un labrador, que conducia
sus bueyes de la arada,
atadas las coyundas á las frentes,
y en la rústica mano la aguijada.

Federico.

Resultàrán dos mil inconvenientes
de ver al Duque ahora desterrado.

Emperador.

No lo estará, si queda perdonado.

Federico

Está todo el servicio en esa aldea.

Emperador.

Traerle.

Federico.

Será tarde

Emperador.

Aunque lo sea.

Federico.

Estaba puesto allá todo recado.

Emperador.

Federico, acabad, no seais pesado. *Vase.*

ESCENA X

Federico y Tristan.

Federico.

¡Estraña novedad! ¡Por dónde, cielos,
ha dado mi desdicha en el agravio,
huyendo del peligro de los zelos!
si no es dichoso, no hay amante sábio.
¡Qué supiese, á pesar de mis desvelos,
la casa donde estaba el Duque Octavio!
¡Amor, que importan prevenciones dichas,
donde tienen imperio las desdichas!

Tristan.

¿De qué te afliges?

Federico.

Todo me desvela.

Tristan.

¿Pues hay mas que decirla que se esconda
á los ojos del César Isabela,
y que á tus justos zelos corresponda?

Federico.

¿No has visto alcon que á las perdices vuela,

y que las vá cercando á la redonda,
y que la mas segura y escondida
pierde primero que el temor la vida?
Así será Isabela, y sus criadas
guardadas de mis zelos y temores.

Tristan.

Cuando alojar soldados camaradas,
sienten para su mal los labradores,
esconden las gallinas, y guardadas,
apenas siente el gallo los albores
de la primera luz, cuando en voz fuerte,
se vuelve cisne por cantar su muerte.
Aquí será, señor, de otra manera,
si tu Isabela, defender procuras,
porque no cantarás estando fuera,
y ellas con esconderse estan seguras.

Federico.

¿Quién fuera nube que esconder pudiera
de Isabela, mi sol, las luces puras?
mas como no es posible al de los cielos,
menos podrán su resplandor mis zelos.

ESCENA XI.

SALA EN CASA DEL DUQUE.

El Duque Octavio y Velardo.

Octavio.

La vuelta de Federico
que viene el César confirma.

Velardo.

Digo que he visto, señor,
acercarse á nuestra quinta
gente del Real servicio,
instrumentos de cocina

y aparatos de la noche,
de que tan graves venian
las acémilas que llevan
los reposteros encima
con las armas del imperio,
que dije: si estas caminan
tan soberbias, porque traen
cosas de tan baja estima,
¿qué mucho que lo parezcan
los que tan cerca se miran
del señor Emperador?

Octavio.

No sé por donde mi dicha
le ha traido á nuestro monte,
ni como ya se le olvida
lo que tuvo por agravio;
presumo que determina
perdonarme, y que ha buscado
con esta invencion fingida
ocasion á su piedad;
que en fin cuando pretendian
el Imperio de Sajonia,
y él con armas atrevidas,
dejé la parte de Othon,
teniendo mayor justicia.
Coronóse, al fin, venciendo,
y en viendo en su frente altiva
las hojas de oro y laurel,
del sagrado imperio insignias,
pudiendo verter mi sangre,
con destierro me castiga.
Ya vá llegando la gente;
entra, y á Isabela avisa,
que tengo al César por huesped,
para que esté prevenida

para besarle la mano.

Velardo.

La gente, señor, me admira;
que sigue á un Rey, aunque sea
para entretenerse un dia.

Octavio.

Si ves el campo del cielo
y el sol, ¿por qué no imaginas
los ejércitos de estrellas
que de su luz participan?
Lo mismo es un Rey.

Velardo.

Yo parto
á decir que se aperciba
mi señora á ver el sol.

ESCENA XII.

El Duque, el Emperador y los demas.

Federico.

Aquí está el Duque.

Octavio.

Y se humilla,
gran señor, á vuestros pies,
á donde lágrimas sirvan
de palabras, que mejor
con ellas se significan
los sentimientos del alma.

Emperador.

Quien á vuestra casa misma
viene, Octavio, claro está
que el perdon os anticipa.
El blason de nuestro imperio,
entre el acero y la oliva
dice que perdona humildes,

y que soberbios castiga:
yo os abrazo, que es la pluma
que las amistades firma,
sin acordarme de agravios.

Octavio.

Vuestra Magestad invicta,
soberano Othon, bien sabe,
que como alma arrepentida
me sepulté en estos montes
en pena de mi desdicha,
pudiendo del de Sajonia,
cuyas banderas seguia,
admitir grandes mercedes.

Emperador.

No es menester referirlas,
sino saber, que tendreis
con este perdon las mias.

Federico.

Temblando, Tristan, estoy.

Tristan.

¿Pues de quién?

Federico

De que le impida
que quiere ver á Isabela.

Tristan

¿Y qué habrá despues de vista?

Federico.

Ser su hermosura tan grande,
que si el César se le inclina,
no habrá poder en el mundo
que lo que temo resista.

Emperador.

¿Federicó?

Federico.

¿Señor?

Emperador.

Oye.
Ya me parece que hacia
agravio á tu amor, callando
de mi súbita venida
la causa.

Federico.

Y yo la deseo,
pues de Octavio la malicia,
con que tomó contra tí
las armas, no merecia
este perdon.

Emperador.

Cuando os fuisteis
salió de aquellas encinas,
¡ quién creyera tal! un ángel,
un cielo, un sol, una ninfa
vestida de labradora,
que deseosa venia
de ver al Emperador,
y por verla, y por oirla,
no le dije que yo era.
Su hermosura y gallardía
fueron un rayo á mi alma;
no he visto cosa mas linda
desde que tengo el laurel
de Alemania, ni en mi vida
me dió mas dulce deseo
de su amorosa conquista.
Esto me trujo á su casa,
sabiendo que era la hija,
del Duque: díle al descuido
que me enseñe su familia;
iréme en viendola, y tú

le dirás, que amor me obliga
á tanto esceso, y que á solas
honestamente permita
que hablemos los dos.

Federico.

Señor,
¿sola Isabela venia
á verte?

Emperador.

Así me lo dijo.

Federico.

Tu gran magestad obliga,
contra el honesto recato
que de esta dama publicá
la fama, á mayor esceso.

Emperador.

¿Ahora sabes que incita
toda novedad los ojos
de las mugeres?

Federico.

Es digna
tu grandeza de mayores
milagros.

Emperador.

Todo lo miran,
todo lo ven las mugeres
que quieren ver y ser vistas;
porque si cuando desean
ver y ser vistas, les quitan
ser vistas, y que las vean,
harán mil cosas indignas;
romperán torres, saldrán
por rejas, pondrán mil vidas
y mil honras en peligro.

Federico.

Bien lo dicen mis desdichas; *ap.*
echó la fortuna el sello,
y firmó cuanto temia.
¡Bien dicen los desdichados,
que las almas profetizan!
Ya no es menester, señor,
que al Duque Octavio le diga
lo que mandaste; ella viene.

ESCENA XIII.

Dichos, é Isabela acompañada de criadas.

Isabela.

Vuestra Magestad permita
los pies á su humilde esclava.

Alejandro.

No soy yo, señora mia;
allí está el Emperador.

Federico.

Ay, señora, por tu vida,
que es el que hablaste en la fuente.

Isabela.

El alma me lo decia,
y no lo quise creer.
Dejad, señor, que se rinda
esta esclava á vuestros pies.

Emperador.

Que los brazos os reciban,
es mas justo. ¡O Federico,
qué hermosura tan divina!

Federico.

Demonio la juzgo yo. *ap.*

Emperador.

¿Qué intercesora podia
como vos traer el Duque?

Isabela.

Laurel de mil mundos ciña
esa victoriosa frente.

Emperador.

Parece descortesia
el recibiros en pie;
entrád; y tomemos sillas.
Dá la mano, Federico,
á Isabela.

Federico.

¡Ah, fementida!

Isabela.

¿Pues qué culpa tengo yo?

Federico.

Pregúntalo á las encinas
donde fuiste á ver al César:
eres muger. (1)

Emperador.

¿Qué decias
á Isabela?

Federico.

Que merece
de tu imperial monarquía
la mitad.

Emperador.

Y aun toda es poca.

Federico.

¡Qué traicion!

Isabela.

¡Qué necia envidia!

Florela.

¿Y tú no me das la mano?

(1) *Vuelve el rostro el Emperador.*

Tristan.

En cinco dagas vuidas
quisiera volver los dedos.

Florela.

¡Qué locura!

Tristan.

¡Qué desdicha!

Florela.

¿Qué quieres? tenemos ojos,
y los ojos...

Tristan.

Dilo.

Florela.

Miran.

Tristan.

Mal cuervo aposente el pico
en la mitad de tus niñas.

Florela.

¿Pues á quien ofende el ver?

Tristan.

Ya sé que el diablo os pellizca
en habiendo novedad.

Florela.

¿Y vosotros?

Tristan.

¿Pues querias
la libertad que tenemos
por ejecutoria antigua?

Florela.

Con eso no ven muger,
que luego no la codician
los hombres.

Tristan.

Flora, entre yeguas
todo caballo relincha.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

Federico y Alejandro.

Alejandro.

Piadosa hazaña del invicto César
ha sido, Federico, en tanto agravio
el haber perdonado al Duque Octavio;
no sé si diga que de amor ha sido,
pues no solo á la corte le ha traido,
pero de oficios de su casa honrado.

Federico.

Como nunca, Alejandro, me ha tocado
la envidia de la corte,
siempre camino por distinto norte.
Bien sé que la hermosura de Isabela,
puede en la edad de Othon, si le desvela
ser causa del honor que al Duque ha hecho;
pero de sus virtudes satisfecho,
y de la buena fama de esta dama
(que en las mugeres es la mayor fama)
tendré por imposible su deseo;
fuera de que no creo,
que Othon la mire como habeis pensado.

Alejandro.

Su condicion me ha dado
tan necio pensamiento,
y de haberle tenido me arrepiento;
que el tiempo que estuvimos en la aldea
me dió ocasion de amarla su hermosura.

Federico.

¡ Estraña desventura ! *ap.*
No hay cosa que no sea
para tormento mio.

Alejandro.

Vila una tarde que bajaba al rio
con Flora, su parienta, ó su criada :
sentóse en la esmaltada
orilla entre las flores,
que de envidia esforzaban sus colores,
y tomando una caña
que un labrador traia,
cada pez que sacaba parecia
una estrella de plata por el viento,
pendiente del sedal se resistia.
Llegué con osadía,
y dije : si los peces almas fueràn,
á tan dichosas manos acudíeran
sin resistirse tanto.

Federico.

Buen requiebro.

Alejandro.

Debeisos de burlar.

Federico.

Antes celebro
que vinieron las almas por despojos
al cristal del anzuelo de sus manos,
y al cebo de sus ojos.

Alejandro.

Allí nacieron pensamientos vanos,
allí esperanzas locas
de palabras corteses, aunque pocas,
que me dijo bañando en clavel puro,
cuando mezcla lo claro con lo obscuro
el nevado jazmin de sus mejillas :

cubriéronse de sombra las orillas,
porque el sol de Isabela y el del cielo
á un tiempo las dejaron,
quedando en la ribera tristes ecos,
las flores desmayadas, las suaves
aguas sin risa, y sin cantar las aves.
Con este amor, con este casto zelo,
que sus dulces palabras alentaron,
pienso pedirla á Octavio

Federico.

Dichoso vos, que sábio
seguís queriendo bien de Othon el gusto,
yo sin amor, aunque le voy buscando,
finjo que muero amando.

Alejandro.

¡Ay Dios! no finjo yo, que amando muero;
si llegare ocasion, de vos espero
con el César favor para casarme.
Entro á vestirle, y entro confiado
de la merced que siempre me habeis hecho.

Federico.

Y yo quedo á serviros obligado.

Alejandro.

Siempre lo estuve de ese noble pecho. *Vase.*

ESCENA II

Federico.

Canta pájaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto al cazador, que con desvelo
Le está escuchando la ballesta armada:
Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz en el pico transformada en hielo,
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo,

Por no alejarse de la prenda amada;
De esta suerte el amor canta en el nido,
Mas luego que los zelos, que rezela,
Le tiran flechas del temor de olvido,
Huye, teme, sospecha, inquiere, zela;
Y hasta que vé que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

ESCENA III.

Federico y Tristan.

Tristan.

Pensarás que me he tardado
por culpa mia.

Federico.

No sé;
pero sé que te esperé,
de esperar desesperado.

Tristan.

A la nueva casa fuí
de la señora Isabela
con la propuesta cautela,
en cuya portada ví
como salvage á Belardo,
que en la forma de escudero,
quiere olvidar lo grosero,
y presumir lo gallardo.
Por Flora le pregunté;
él me abrazó y me llevó
á la sala, donde yo
el nuevo adorno admiré.
Visten las paredes tela
que hasta el suelo se dilata,
y está en baranda de plata
el estrado de Isabela.

que es el cristal de esta audiencia :
escritorios, sobrestantes,
que tuvieran para amantes
notable correspondencia.
Ramilletes con las flores
fingidas, que burlar pueden
las abejas ; tanto exceden
las imitadas colores.
Del Duque Othon un retrato
con el militar baston,
que fué la ofensa de Othon,
por quien le llamaba ingrato ;
pero ya se le figura
que nunca lo pudo ser :
¡ válgame Dios, qué poder
tuvo siempre la hermosura !

Federico.

Llamároni la tiranía
breve, con mucha razon.

Tristan.

Eso las mugeres son
en su breve lozanía.

Federico.

¡ Gran poder !

Tristan.

Corre parejas
con el mas alto poder :
braba cosa ser muger,
si no llegaran á viejas ;
mas como al fin les alcanza
tan notable diferencia,
allí dan su residencia,
allí toma tomba venganza,
allí llega el que gastó
su hacienda, y la cobra en risa ;

allí el despreciado pisa
la hermosura que adoró;
allí la rosa y jazmin
que el poeta encareció
seca se muestra, y quedó
solo al serafin el fin;
allí la que á la ventana
por grande favor salia
haciendo el papel de tia
va por la calle entrecana;
allí la cara que intenta
hacer al sol igualdad,
parece rapado abad,
y mas si engorda á cincuenta.
pero son tan venturosas,
que cuando la edad declina
ó tienen hija, ó sobrina,
bien prendidas, bien airosas,
con que aquella tiranía
se hereda por sucesion.

Federico.

¡Qué cansada relacion
á quien el alma tenia
colgada de tus razones!

Tristan.

Es retórico rodeo,
porque con mayor deseo
me escuches.

Federico.

¡Qué de invenciones!

Tristan.

Digo que Flora salió
y que me dió mil abrazos;
pero apartóle los brazos.
¿quién, dirás?

Federico.
¿Pues sélo yo?
Tristan.
Hazte simple; tu Isabela,
que salió oyendo mi voz,
á abrazarme mas velóz
que garza que el alcon vuela.
¿Cómo piensas que venia?
El cabello en una mano,
y en otra el peine, que en vano
pensaba ser celosía
del sol de sus bellos ojos;
y así como me abrazó,
todo el hombro me vistió
de aquellos ricos despojos.
Celebré mucho el favor,
y el verme, aunque era postiza,
con una muceta riza
de peregrino de amor.
Entraba el sol por la reja
como envidioso al soslayo,
que bien diera el mayor rayo
por tan hermosa guedeja;
así me llevó al estrado
preso en tan dulce prision,
que el César con el tuson
no va tan bien adornado.
Sentóse, é hizo que Flora
me llegase una almohada:
repliqué, no importa nada;
y sentéme de señora.
Lo primero en que me habló,
fué en tu crueldad, pues no quieres
verla.

Federico.

Propio en mugeres,
no la ví, porque ella vió;
ella fué causa.

Tristan.

Es verdad.

Federico.

Yo la viera, si no viera;
vió lo que escusar pudiera;
esa si que fué crueldad.
El Emperador la adora
porque ella le quiso ver;
competir, no puede ser.

Tristan.

Un remedio queda ahora.

Federico.

¿Cuál?

Tristan.

El César te ha mandado
que busques á quien amar;
dí que andándola á buscar
con Isabela has topado;
que como te quiere bien,
podrá ser que liberal
te la deje.

Federico.

Mayor mal
resultar puede tambien;
pues seria hacer de modo,
si zeloso se enojase,
que de aquí me desterrase,
y será perderlo todo.
Mejor es disimular
y dejar á la fortuna
mi esperanza, si en alguna

puedo mi remedio hallar.
Pero en fin, ¿en qué paró
la plática?

Tristan.

En un efecto
de amor; que de lo secreto
del alma, al rostro salió.

Federico.

¿Cómo?

Tristan.

Por ser cosa fria
esto de las perlas ya,
aunque el mar del Sur está
cansado de las que cria;
no digo que las lloró,
pero que lágrimas ví:
tú allá sabrás para tí,
si fueron perlas ó no.

Federico.

¿Lágrimas?

Tristan.

Pude cogerlas.

Federico

Todo me siento abrasar.

Tristan.

Pues échate en aquel mar,
serás gusano de perlas.

Federico.

¡No me guardáras alguna!

Tristan.

En esta ropilla están.

Federico.

Pues desnúdate, Tristan;
no te ha de quedar ninguna.

Tristan.

Quedo, señor, que en tu pecho
cayeron, porque él podia
guardarlas solo.

Federico.

¿Y no ardia
el mio en fuego deshecho?
pero están mas propiamente
en su mismo nacar ahora,
si son perlas de la aurora,
y no de su luz ausente.
¡Ay de mi!

Tristan.

Quedo, señor,
que el César sale.

Federico.

El me mata.

ESCENA IV.

Dichos, Fabio, Alejandro y Rodulfo con un espejo, y otro con la capa y la espada, el Emperador mirándose.

Emperador.

Pienso que está bien así:
dadme la capa y la espada.

Federico.

¿Traerán la carroza?

Emperador.

No;
aunque la pedí, dejadla.

Rodulfo.

¿Quieres que llegue el caballo?

Emperador.

Ninguna cosa me agrada:

mal estoy conmigo mismo;
si no hay gusto todo causa.
¿Hay nuevas?

Alejandro.

Muchas, Señor.

Emperador.

En la corte nunca faltan.

Alejandro.

Hizo la naturaleza
que engendre su semejanza
todo animal, y en algunos
no puso primera causa,
porque lo es sola la tierra,
los cuerpos muertos, ó el agua;
y así hay nuevas en la corte,
que la verdad y las cartas
ni las saben ni las vieron,
y como son engendradas
del viento, en el viento mueren.

Emperador.

¿Qué hay de Italia?

Alejandro.

Que la Italia
infesta al turco.

Emperador.

Yo creo
que he de darle por Albania
algun mal rato, si puedo.
¿Qué hay de España?

Alejandro.

No hay de España
cosa nueva, que no es poco.
Venecia, dicen, que trata
cobrar á Chipre.

Emperador.

¿Aquí estás,
Federico? ¿ya te guardas
de servirme?

Federico.

No me atrevo,
despues que buscar me mandas
dama.

Emperador.

¿Pues eso es difícil?

Federico.

Si se busca, no se halla.

Emperador.

Dices bien, porque el amor,
viene cuando no le llaman;
que es legítimo accidente,
y la eleccion es bastarda.
¿Y has hallado alguna?

Federico.

Pienso
que he visto una buena cara;
pero ando recateando
el dar mas ó menos alma.

Emperador.

Si la merece el sugeto,
dásela toda ¿qué aguardas?
porque no hay buenos amigos,
si la semejanza falta.
Un entendido con otro
hacen linda consonancia,
dos que una ciencia profesan,
dos que escriben, dos que cantan,
dos que juegan, dos que sirven,
dos que venden, dos que tratan.
Yo amo ¿cómo te puedo

decir mi amor, si no amas,
porque harás burla de mí?

Federico

Ya, señor, pienso que basta
lo que quiero para entrar
en tu cámara, que tanta
fuerza tiene tu opinion.

Emperador.

¿No has visto hacerse probanza
en los actos de nobleza?
Pues yo quiero que se haga
de que ama quien entra aquí,
porque como los que aman
son locos, los que están cuerdos
harán burla de sus ánsias,
de sus fúrias, de sus zelos,
temores, desconfianzas,
alegrías y tristezas;
que los que por otras causas
el entendimiento pierden,
son locos, porque les falta
el juicio; mas en amor,
es porque les falta el alma.
Ya, en fin, amas, que los libros
no estorban, que si estorbarán
no amára Estela á Platon,
ni sus prendas estimara
con tal fé; con que no tienes
respuesta.

Federico.

Rindo las armas
á tu opinion.

Emperador.

Amor solo
todas las ciencias abraza.

Federico.

Amor ha hecho poétas
y pintores de gran fama,
amor es filosofia;
no hay ciencia que sin amarla
pueda llegar á saberse.
Paréceme que retratas
las escuelas de Platon,
y yo te doy la palabra
de amar con tanto furor
y tantos zelos, que salga
un discípulo famoso:
pero mira que me mandas
querer, y que si llegare
á ser loco por tu causa,
me has de ayudar á volver
en mí; porque fuera vana
la ciencia, si los maestros
solo el amor enseñaran,
y no el remedio de amor.

Emperador.

Palabra te doy, jurada
por mi laurel de ayudarte,
si llega tu amor á tanta
fuerza, que haya peligro
de perder con la esperanza,
ó la vida, ó el juicio.

Federico.

Pues esa palabra basta
para que mi ama sirva.

Emperador.

Un dia, con avisarla
de que yo la quiero ver,
me has de enseñar á tu dama,
pues yo te he dicho la mia;

y ahora con mas confianza
quiero que á ver á Isabela
con este título vayas,
que le he dado de Condesa
de Prado, nombre que cuadra
á quien tiene tantas flores,
que naturaleza vária
dió menos á los de Chipre,
cuando con pies de esmeraldas
la primavera los pisa,
y la aurora los esmalta.

Federico.

Yo lo haré, señor, así.

Emperador.

¿Qué hay, Tristan?

Tristan.

Gran Señor, nada,
si caigo de tu favor,
y mucho, estando en tus gracias.
Preguntóle un caminante
á un labrador ¿qué llevaba
en una carga? y él dijo,
previniendo la desgracia:
nada, si cae el jumento;
y era de vidrios la carga.
Tan sutil es el favor
de las Magestades altas,
y la humana condicion
está sujeta á mudanzas.
Soy jumento de mi amo,
y importa que yo no caiga,
porque no se quiebre y rompa
el vidrio de su privanza:
en fin, los dos vamos juntos.

Emperador.

¡Qué donaire!

Tristan.

Pues me alabas,
no quieres darme otra cosa.

Emperador.

¿No es gran premio la alabanza?

Tristan.

Grande; pero las lisonjas
desvanecen, y no hartan.
Yo soy quien te ha de alabar,
y como no me das nada,
desvanecerme te debo.

Emperador.

Yo te prometo mañana
una gran cosa.

Tristan.

Tus pies
beso.

Emperador.

Tú vete ¿qué aguardas?
Federico, donde digo.

ESCENA V.

Federico y Tristan.

Federico.

Buenas van mis esperanzas,
buenos van mis pensamientos;
el César, Tristan, me manda
llevar favores á quien
á puros zelos me mata.
Título llevo á Isabela
de Condesa.

Tristan.

¿En qué te agravia
si despues viene á ser tuya?

Federico.

En una copa dorada
no importa que beba un Rey;
ni que se ciña una espada,
ó que se ponga un vestido,
primero que otro le traiga;
pero una dama, Tristan,
es materia de honra y fama:
y como dijo un discreto,
la honra tiene dos caras,
ántes que se casen una,
y otra despues que se casan;
y cualquiera de estas mira
la presente y la pasada.
He tenido por desdicha,
entre muchas que me aguardan,
que esté en frente de palacio
la casa de aquesta ingrata,
pues apenas salgo de él,
cuando miro á sus ventanas,
que aunque es hechar agua en fuego,
es el fuego de la fragua,
que cuanto le matan mas,
levanta mayores llamas.

Tristan.

¿Si llora por tí, qué quieres?

Federico.

¡Oh Tristan, que no mirára!

Tristan.

Ya lo que sus ojos vieron,
con tantas lágrimas pagan.

Federico.

En efecto, voy á verla.

Tristan.

Y no vas de mala gana.

Federico.

Subiendo voy, como quien
miseramente acompañan,
por los pasos de su muerte
el cordel y la esperanza.

ESCENA VI.

SALA EN CASA DEL DUQUE.

El Duque, Isabela y Florela.

Duque.

Ya que estás en la Corte, no quisiera
que fueras blanco á pensamientos vanos
de tanta juventud.

Isabela.

Los cortesanos
siguen la novedad.

Duque.

La vez primera
que en público saliste,
tantas envidias á las damas diste,
como deseos á galanes locos,
y donde miran muchos, no hablan pocos.

Isabela.

Yo presumo, señor, á lo que aspiras,
que pienso que eres el que mas me miras.

Duque.

Quisiera yo casarte.

Isabela.

La tema de los padres.

Duque.

Mas la vuestra,
como mil veces la esperiencia muestra:
y quisiera emplearte
en uno de los grandes caballeros
que el César favorece,
porque cualquierá de ellos te merece;
¿Será bueno Rodulfo?

Isabela.

No me agrada.

Duque.

¿Fabio?

Isabela.

Tampoco.

Duque.

¿Y Alejandro?

Isabela.

Menos.

Duque.

Pues todos son tan buenos,
y mejores que yo.

Isabela.

No importa nada
para la inclinacion.

Duque.

No te replico.
¿Osarete nombrar á Federico?

Isabela.

¿Pues tengo de espantarme?
¿No es como los demas?

Duque.

Mas me responde
la color de tu cara sin hablarme,
que tu lengua pudiera.

Isabela.

Mal esconde *ap.*
el alma un grande amor.

Duque.

¿Qué dices?

Isabela.

Digo
que es á quien quiere mas el César.

Duque.

Veo
entre breves razones tu deseo.
Al César hablaré; tu gusto sigo.

ESCENA VII.

Isabela y Florela.

Florela.

No sé como has hablado
al Duque en Federico de esta suerte,
cuando huye de verte.

Isabela.

Turbóse el corazon, y apresurado
dijo cuanto sabia,
sin que supiese yo lo que decia.
Confusa estoy, que el César poderoso
á Federico tiene tan zeloso,
que pienso que me olvida.
¡Oh nunca yo le viera!

Florela.

¿Quien pensara, señora, que pudiera
de una vista quedar tan encendida
la voluntad de Othon?

Isabela.

Quien sabe, Flora,
que el mas breve placer tarde se llora.

ESCENA VIII.

Dichas y Velardo.

Velardo.

Tan mal me amaño al vestido,
que parece que ando armado;
de estremo á estremo he pasado,
allá holgado, aquí fruncido.
Aqui ando de puntillas,
y para dar un recado
cuando están en el estrado,
hacenme hincar de rodillas.
Quise como allá en el prado
con una cinta atacarme;
quebróseme por bajarme
y no pude de turbado
componerme tan aprisa,
aunque ellas con no mirar
se pudieron escusar
de verme con tanta risa.
Yo por echar á correr
aumenté mas sus placeres:
demonios son las mugeres,
que todo lo quieren ver.
Ya se me habia olvidado
un recado que traia:
ya temo la cortesía
con miedo del lo pasado:
quedito la reverencia:
señora, á la puerta estan...

Isabela.

¿Quién?

Velardo.

Federico y Tristan.

Mira si les das licencia.

Isabela.

¿Què dices?

Velardo.

Que estan aquí.

Isabela.

¿Federico?

Velardo.

El mismo pues.

Isabela.

Es imposible.

Velardo.

No es.

Isabela.

¿Veístesle vos?

Velardo.

Yo le ví.

ESCENA IX.

Dichos, Federico y Tristan.

Federico.

Qué bien haces de dudar,
Isabela, que soy yo,
y que quien de aquí salió
pudiese volver á entrar:
no por mí te vengo á hablar,
el Emperador me envia,
que no fué voluntad mia;
pues solo el Emperador,
como absoluto Señor,
mandarme verte podia.
No juzgues á desvaríos
amorosos verte así,
con sus ojos vengo aquí,

que no vengo con los mios:
él me ha prestado estos brios,
él te mira, que yo no;
mírale en mí, pues te vió,
para que por mí te vea,
que no es posible que sea
yo quien te vé, siendo yo.
Yo no soy quien te queria,
pues vengo á mi amor traydor
á solicitar tu amor
por el César que me envia.
El te quiere, y yo solia,
mas que no lo sabe advierte
el alma, pues viene á verte,
que solo encubren mis ojos,
porque con estos enojos
no dejase de quererte.
Otro soy, otro sin ver,
para no sentir que vengo
á verte, pues que no tengo
el ser que me dió tu ser:
por ver, como al fin muger,
en tal peligro me veo,
que por no verte rodeo
yo mismo dentro de mí
las leguas que hay desde tí
á lo que verte deseo.

Isabela.

¿Porqué con tanto rigor
me miras y no me ves,
si arrepentida despues
sabes que lloré mi error?
¡O qué falso fué tu amor,
si puedo darle este nombre,
y como es justo que asombre

la diferencia en los dos,
pues lo que enternece á Dios,
no puede mover á un hombre!
¿ Ver y mirar no has sabido
como diferentes son?
porque el mirar es accion,
y el ver es solo sentido:
¿ pues de qué estás ofendido,
si el ver no puedes culpar?
que es mal hecho castigar
los ojos de una muger,
cuando sale solo á ver
sin ánimo de mirar;
pero si no quieres verme
porque yo ví tus enojos,
paguen llorando mis ojos
hasta cegarme y perderme:
verme y no verme, es ponerme
en ocasion de matarme:
tú no quieres perdonarme,
y yo pienso con morirme,
hacer que me llores firme,
cuando no puedas mirarme.

Federico.

Hay una fiera que tiene
rostro humano, y esta llora
como muger, y traidora
los que caminan detiene,
y al que enternecido viene,
le suele despedazar:
vase á una fuente á lavar,
y como su rostro mira
como el que mató, suspira,
y loca se arroja al mar.
Así tú, que me mataste

como al espejo te viste,
y la traicion conociste
que en tu semejanza hallaste,
viendo que es el que mataste
el mismo de quien tenias
el alma, que no sabias,
quisiste echarte en el mar
de tus lágrimas, y dar
triste principio á las mias.
Ya es tarde para no ver
lo que viste, ya por mí,
sucedió lo que temí,
ni puede dejar de ser;
sujetó Dios la muger
al hombre, mas causa enojos
ver, que para ver antojos,
parece ya que lo ha sido,
que lo sacó de partido
la libertad de los ojos.
Vive tú, para que Othon,
viva, que al imperio importa;
y en esta merced reporta
tus lágrimas, si lo son:
baste por satisfacion
mi desdicha y tu porfía;
vive tú, que si este dia
á los dos nos dividió,
no quiero deberte yo
tu muerte, sino la mia.
Este título contiene
que eres Condesa del Prado,
villa que el César te ha dado,
con otras muchas que tiene:
mira Isabela á que viene
Federico puesta en calma.

la vida que me desalma;
pero puédote afirmar
que no te ha dado lugar
como el que te dí en el alma.

Isabela.

Si mas que letras tuviera
este título ciudades,
para mis firmes verdades
menos que un átomo fuera;
y que vienes considera,
(cosa que amor te defiende,
aunque el César la pretende,)
si me has de vender así,
á poner cédula en mí
como en casa que se vende.

Florela.

El César, señora.

Isabela.

¿Quién?

Florela.

El Emperador.

Isabela.

¿El mismo?

Tristan.

Con solo Alejandro viene.

Federico.

Retirarme es desvarío.

Isabela.

Yo me holgaré de que veas
mi verdad.

Federico.

Yo te suplico
por los años de mi amor,
de mis deseos los siglos,
la eternidad de mi fé,

lo inmortal de mis suspiros,
que sepás disimular,
que es hombre tan entendido,
que con cualquiera sospecha
hará de mi amor juicio;
y es tan soldado y tan hombre,
que está mi vida en peligro.

ESCENA X.

El Emperador y Alejandro que se vuelve.

Emperador.

Quédate afuera, Alejandro.
Esta fineza no ha sido,
Condesa, de poco amor.

Isabela.

Es tan grande, que remito
al silencio lo que callo,
y á la verdad lo que digo.
Esta silla habia de ser (*llégale la silla.*)
de mil mundos, y este un rico
dosel de estrellas del cielo.

Emperador.

Sentaos, señora, conmigo,
y será del mismo sol.

Isabela.

Cuando dá el sol en un vidrio
resulta del otro sol,
y así siendo vos sol vivo,
lo soy yo porque os retrato,
pero no soy el sol mismo.

Emperador.

Al contrario está mejor,
pues yo soy el que recibo
los rayos de vuestra luz,

que resulta en Federico,
en Tristan, en Flora.... ¿y vos,
quién sois?

Velardo.

No me ha conocido:
Velardo, señor, á quien
dió su merced el anillo,
cuando andaba por el monte,
sino que me hán vestido
estas bragas que se acuerdan
del tiempo del Rey Perico,
y esta gorra que parece
suelo de pastel hechizo.

Isabela.

Beso á vuestra magestad
la mano, Príncipe invicto,
por el título y las villas.

Federico.

Y al traerlo no le quiso; *ap. á Trist.*
¿qué te parece, Tristan?

Tristan.

Que habrá aqui grande artificio,
mira, toma y despues llora.

Emperador.

Señora, es este un principio
que introduce solamente
la volontad de serviros.
Estoy tal despues que os ví,
que no pienso ni imagino
cosa que en amor no sea:
de amor son hasta los libros
que leo, si bien soy yo
el arte de amar de Ovidio;
he hecho que mi aposento
esté todo guarnecido

de fábulas, y he mandado
que no haya criado mio
sin amor, tanto que ya
hice amar á Federico,
que por mí ha buscado dama,
y esta mañana me dijo
señas de su buena cara,
lo que de su gusto fio,
aunque el amor ha de ser
á gusto del dueño mismo;
y que la quiere en estremo,
aunque há poco que la ha visto,
y que me la ha de enseñar.

Isabela.

Pues yo siempre le he tenido
por galan.

Emperador.

El me ha jurado
que á nadie en su vida quiso
si no es en esta ocasion:
¿no es esto así Federico?

Federico.

Nunca, señor, quise tanto,
pero estoy medio reñido
con mi dama.

Emperador.

Serán zelos.

Federico.

Tengo el mayor enemigo
que pudo hallar mi desdicha,
discreto, galan, altivo,
soldado en fin, con las prendas
que reconozco y envidio.

Emperador.

No lo creas, que los zelos

hacen discretos y lindos
á muchos que no lo son;
porque es del temor oficio
hacer las cosas mayores,
y así te habrá sucedido.
Tú tienes prendas amables,
gentil talle, buen juicio,
discrecion, gracia, donaire:
no hay fiesta ni regocijo
que no te lleves los ojos
de la corte; y así digo,
que aun yo con ser lo que soy
no compitiera contigo.
Solo á mí temer pudieras,
porque en la mano me pinto
con el mundo, que si no,
del mundo abajo te rindo
el talle, el entendimiento....

Federico.

Mil veces los pies te pido.

Emperador.

Es un sugeto, Isabela,
Federico, que yo estimo
como á mi propia persona:
una falta he conocido
sola en él, que es no querer;
con que todo cuanto he dicho
hecha á perder su tibieza.

Isabela.

En eso se contradijo
Vuestra Magestad, pues dice
que ya tiene dama.

Emperador.

Ha sido
este pensamiento en él

despues que del monte vino.

Tristan.

¿Oyes aquello?

Federico.

Estoy loco,
pues lo que de burlas dijo
al César por cumplimiento,
con tantas veras lo ha dicho.

Tristan.

Isabela disimula,
mas bien se vé que ha sentido
los zelos en la inquietud,
y en que ya los tiene escritos
en las rosas de la cara.

Federico.

Tú verás que el desatino
me cuesta mas de un pesar.

Tristan.

Cuanto es el amor mas limpio,
mas se mancha con los zelos.

Federico.

Todo este nécio peligro
nació de querer mirar.

Tristan.

¿Pues huviera paraysó
de los ójos si no viera
aqueste animal divino?
Huviera criado el cielo
del mar español al indio,
cosa más bella y mas linda,
para las almas hechizo,
como una muger hermosa
desde quince á veinte y cinco,
si no deseára verla

Federico.

Llevame á mí por testigo
de esa verdad, y verás
si lo que dices confirmo.

Emperador.

Este diamante en razon
de su fineza apetece
vuestra mano, si merece
tanto favor mi aficion;
pero ha de ser condicion
que os le tengo de poner.

Federico.

Si ella se deja vencer
de lo que el César la pide,
con dura venganza mide
sus zelos, pero es muger.

Isabela.

En obedeceros gano
una merced y un favor;
dadme el diamante, señor,
y ponerle he en vuestra mano;
á un Príncipe soberano,
siendo el anillo prision,
reconozco sujecion.

Emperador.

No hay en amor magestad.

Federico.

¿Quitas el guante?

Emperador.

Mostrad
el dedo del corazon.

Tristan.

De eso, señor, no te espantes,
que hay muger que se quitara
un zapato, si se usara

traer en los pies diamantes.

Emperador.

Agora sí que estos guantes
se llamarán de jazmines.

Tristan.

Señor, no te desatines.

Federico.

Mal pensaron mis engaños,
que principios tan estraños
tuviesen mejores fines.

Emperador.

Dos señas haciendo estoy
con vos, Isabela, aquí,
que me deis el guante á mí
por el anillo que ós doy.

Isabela.

Dichósa en las férias soy.

Federico.

Y yo soy tan desdichado,
que en las férias me ha tocado
parte, aunque no del diamante,
pues lleva el César el guante,
y yo llevo lo picado.

Emperador.

Con este favor, pues gano,
me levanto. (*Levántase*)

Federico.

Y yo me asiento
en el mas grave tormento
que dió á preso juez tirano.

Emperador.

Perdonad que vuestra mano
quede sin guante: mas rico
os le traerá Federico;
pero no de mas valor.

Federico.

Asentóme el guante amor;
era Dios, no le replico.
Mano hermosa y desleal,
rompan tu cristal los cielos,
vengar pudieras tus zelos,
pero no con tanto mal.

Emperador.

¿Federico?

Federico.

Estoy mortal.

Emperador.

Acuérdame este favor.

Federico.

No le olvidaré, señor.

Isabela.

Qué bien salió mi venganza.

Federico.

¿Cómo se fué mi esperanza,
si se ha quedado mi amor?

ESCENA XI.

Dichos, el Duque Octavio con Fabio, Rodulfo y Alejandro.

Isabela.

Mi padre viene.

Duque.

No puedo
pagar, señor, con palabras
tanta merced, tanto honor;
honren vuestros pies mis canas,
será el favor de este día
mayorazgo de mi casa,
alto blason de sus puertas,

timbre de sus nobles armas.
Hánme dicho que habeis dado
despues de mercedes tantas
título y tierra á Isabel,
con qué ya puedo casarla,
porque de mi pobre hacienda
no le quedaba esperanza,
respecto de tantas guerras;
de suerte que solo falta
que le deis tambien marido
con que á mi vejéz cansada
dareis vida y sucesion.

Emperador.

Duque, no vengo sin causa;
vuestro descanso deseo,
los que ahora os acompañan
son de mi casa lo noble
y lo mejor de Alemania:
haga eleccion Isabela
de quien de todos le agrada;
que desde aqui la confirmo.

Tristan.

Brava ocasion: hoy te casas.

Federico

No sé, Tristan; mucho temo
el suceso, porque andan
encontradas estos dias
mi fortuna y mi esperanza.

Emperador.

¿No tomais resolucion?

Duque.

Señor, Isabela calla
con razon, de su silencio
seré intérprete, si mandas;
Fábio, Alejandro y Rodulfo

Federico.

Asentóme el guante amor;
era Dios, no le replico.
Mano hermosa y desleal,
rompan tu cristal los cielos,
vengar pudieras tus zelos,
pero no con tanto mal.

Emperador.

¿Federico?

Federico.

Estoy mortal.

Emperador.

Acuérdame este favor.

Federico.

No le olvidaré, señor.

Isabela.

Qué bien salió mi venganza.

Federico.

¿Cómo se fué mi esperanza,
si se ha quedado mi amor?

ESCENA XI.

Dichos, el Duque Octavio con Fabio, Rodulfo y Alejandro.

Isabela.

Mi padre viene.

Duque.

No puedo
pagar, señor, con palabras
tanta merced, tanto honor;
honren vuestros pies mis canas,
será el favor de este día
mayorazgo de mi casa,
alto blason de sus puertas,

timbre de sus nobles armas.
Hánme dicho que habeis dado
despues de mercedes tantas
título y tierra á Isabel,
con que ya puedo casarla,
porque de mi pobre hacienda
no le quedaba esperanza,
respecto de tantas guerras;
de suerte que solo falta
que le deis tambien marido
con que á mi vejez cansada
dareis vida y sucesion.

Emperador.

Duque, no vengo sin causa;
vuestro descanso deseo,
los que ahora os acompañan
son de mi casa lo noble
y lo mejor de Alemania:
haga eleccion Isabela
de quien de todos le agrada,
que desde aquí la confirmo.

Tristan.

Brava ocasion: hoy te casas.

Federico.

No sé, Tristan; mucho temo
el suceso, porque andan
encontradas estos dias
mi fortuna y mi esperanza.

Emperador.

¿No tomais resolucion?

Duque.

Señor, Isabela calla
con razon, de su silencio
seré intérprete, si mandas;
Fábio, Alejandro y Rodulfo

son el honor de su patria,
finalmente, invicto César,
digo que en cualquiera estaba
bien empleada Isabela;
pero el tener en tu gracia
tantas prendas Federico,
me obliga á pedir que hagas
á los tres esta merced.

Emperador.

Por mí no puedo escusarla.
¿Qué respondes, Isabela?

Isabela.

Que mis méritos no alcanzan
á los que tiene persona
que mereció tu privanza;
y fuera de esto, señor,
Federico tiene dama
que quiere, como tú sabes,
y ningun hombre se casa
enamorado de otra,
de olvidar en confianza,
que no se vuelva á su gusto.

Emperador.

Octavio, aquí no hay forzarla:
tratemos esto despacio,
y venidme á ver mañana.

ESCENA XII.

Federico, Tristan, Isabela y Florela.

Federico.

No sé como pueda hablarte.

Isabela.

Ni yo mirarte á la cara.

Federico.

Estas las lágrimas eran,

mas si serán, si eran falsas:
¿vés como yo te decia,
que si liviana miraba,
era fuerza que despues
salieses tambien liviana?

Isabela.

¿En qué liviandad me has visto?

Federico.

¿Darle la mano no basta
á un hombre, aunque César sea,
y emperador de Alemania,
en mis ojos, y sin esto,
con resolucion tan clara,
cuando ya tomaba puerto
la nave de mi esperanza,
volverla con tal desprecio
al golfo donde no aguarda
mas remedio que la muerte?

Isabela.

¡O Federico! ¿qué hablas
con zelos del César? vete
á llevar esas palabras
á la dama que le enseñas,
que no es poca confianza
de su gracia y hermosura.

Federico.

Tú te engañas, y él se engaña,
mientes tú, y el César miente,
porque ni yo tengo dama,
ni ha sido mas que engañarle
el decir que la buscaba;
pero ya que le dijiste,
tomando tan fria causa,
que no era yo para tí,
bien se vé que le agradabas.

y por hacerle lisonja,
(si con esperanzas vanas
te sueñas emperatriz,
mas que compuesta, bizarra)
me despreciaste, y así
prometo al cielo, que cuantas
veces oyere tu nombre,
ó pasare por tu casa;
ó viere criado tuyo,
ó retrato, prenda ó carta,
tantas maldiga el amor
que te tuve; y si me trata
el alma de ti en mi vida,
tengo de sacarme el alma.

Isabela.

Paso, Federico, paso,
y guárdese quien agravia
á muger; aunque le adore,
porque ha de tomar venganza.
No quiero al César, ni quiero
riquezas: solo estimaba
tu amor; fuisteme traidor,
aquí mi amor se remata;
no porque le compre Othon
con diamantes, que son bajas
todas las piedras del mundo
para una muger honrada.
Toma, Tristan, ese anillo.

Tristan.

¿Para qué?

Isabela.

Para que vayas
á venderlo para ti.

Tristan.

Señora...

Isabela.

No hables palabra:
tú, Flora, cierra desde hoy
celosías y ventanas;
no entre el sol, por lo que tiene
con el César semejanza,
por Emperador de estrellas.

Florela.

¿Señora, por qué le tratas
á Federico tan mal?

Isabela.

Calla necia

Florela.

Escucha

Isabela.

Calla.

Federico.

O ingrata, que no te creo.

Isabela.

Allá verás lo que pasa.

Federico.

Si me matáres, no importa.

Isabela.

¡Ojalá fuera beleño!

Federico.

¿Qué mas, que muero de rabia?

Isabela.

Quisiera ser basilisco.

Federico

Yo quien primero miráca.

Isabela.

¿Matarme querias?

Federico.

Si;
y sacar con esta daga

los ojos, porque no vieras.

Isabela.

Yo sé cuando los llamabas estrellas.

Federico.

Ya son infiernos;
despues que miran y engañan.

Isabela.

Enviame mis papeles.

Federico.

Bueno fuera que guardáras mentiras.

Isabela.

Verdades eran.

Federico

Como tus palabras falsas.

Isabela.

¡Ah traidor!

Federico.

¡Ah fiera!

Isabela.

¡Ah loco!

Federico.

¡Ah injusta!

Isabela.

¡Ah tirano!

Federico

¡Ah ingrata!

Isabela

Yo me vengaré de tí.

Federico.

Con los muertos no hay venganza.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

El Emperador, Federico, Tristan y Alejandro.

Federico.

Todo está á punto, como tú mandaste.

Emperador

¿Parécete presente, Federico,
digno de un César?

Federico.

Tú le imaginaste
admirable, galan, curioso y rico.

Emperador.

Si yo pudiera hacer al guante engaste,
no de las piedras que al presente aplico,
sino de las estrellas de los cielos,
rotos dejára sus azules velos.
¡Oh mano de cristal! ¿qué nieve pura
en las cumbres del alto Pirineo
mas intacta se vió, pues fuera oscura
con los marfiles que en tus manos veo;
un diamante que puse en tu hermosura
siendo el vencido yo, será trofeo
de mi victoria, qué en amor ha sido
siempre el mas vencedor el mas vencido.
Si todo el ámbar de la mar espuma,
si todo aquel metal, donde retrata
su rostro el sol, ó la luciente luna,
que da cabellos á la sierra en plata;

de las honestas mugeres,
y yo sé que Federico
ya lo conoce, y ya quiere.

Alejandro.

Bien dices, que quiere ya;
pues Octavio le pretende
para esposo de Isabela:
y admira el ver que no adviertes
la tristeza con que vive.

Emperador.

Mucho, Alejandro, te duele
ver que no te quiso Octavio.

Alejandro.

Antes, señor, que supiese
que tú amabas á Isabela,
pudiera Octavio ofenderme.

Emperador.

Federico tiene dama,
y no es posible que piense,
queriendo á Isabela yo,
en que Octavio le prefiere
á los nobles que me sirven.

Alejandro.

¿Dama, señor? si él tuviere
dama, fuera de Isabela,
yo quiero....

Emperador.

Envidia te mueve,
pues enseñarme su dama
esta noche me promete,
y ya la tiene advertida.

Alejandro.

Señor, engañarme puede
la lealtad, que no la envidia,
que yo...

Emperador.

Federico vuelve.

ESCENA III.

Dichos, Federico y Tristan.

Federico.

Bañando, señor invicto,
en pura rosa la nieve,
donde amor tiembla de frio,
con ser elemento ardiente,
recibió tus ricas joyas
Isabela; y con dos breves
razones me respondió,
la primera, que agradece
tanta merced; la segunda
que es tu esclava, en que resuelve
cuanto puedes desear.

Emperador.

Tan buenas nuevas merecen
premio, mas quiero guardarle
y que esta noche me lleves
á ver tu dama, que á ella
se le quiero dar, y hacerte
esta lisonja.

Federico.

Serán
en una muchas mercedes.

Emperador.

Ven á desnudarme, y vamos
donde tu buen gusto apruebes,
que dar parte á los amigos
hace mayores los bienes.

ESCENA IV.

Federico y Tristan.

Federico
¡Qué gran confusion, Tristan!

Tristan.
¿A donde yo estoy qué temes?
yo te sacaré de todo.

Federico.
Si ver á mi dama quiere,
mire á Isabela, si ya
tiene dama quien la pierde.

Tristan
Yo he prevenido á Fenisa,
y seguramente puede
entrar el Emperador;
la sala un jardin parece,
bravo estrado, suelo turco,
escritorios y bufetes,
pastillas de cuatro calles,
y por dueñas cuatro sierpes.

Federico.
Triste voy, no me verás
Tristan, en tu vida alegre.

ESCENA V.

El Duque Octavio y Belardo.

Duque.
¿Aquel no era Federico?

Belardo.
Y su escudero Tristan.

Duque.
Basta, Alejandro galan,

que por mas que significo
al César lo que deseo
el remedio de Isabela,
no es posible que se duela
de la edad en que me veo.
A hablarle vengo.

Belardo.

Es muy tarde,
y pienso que vá secreto
á cierta visita.

Duque.

Inquieto,
suspenso, triste y cobarde
me tiene la dilacion
del tratado casamiento:
ya, Belardo, me arrepiento,
y no con poca razon,
de haber venido á la corte.

Belardo.

Bien estabas en tu aldea.

Duque.

Quien esta inquietud desea,
su vida en la corte acorte.
Aires me han dado, que Othon
impide, y no favorece
lo que Isabela merece,
ó ha sido imaginacion.
Mas quisiera mi destierro
con quietud, que aquí salud.

Belardo.

¡Ah, señor, que esta inquietud
mas es que de oro de yerro!
Bien estabamos allá.

Duque.

Cuando estas grandezas miro,

por mi soledad suspiro.

Belardo.

Pues dejarlas.

Duque.

Tarde es ya.
¡Cuanto mejor, arrojado,
Belardo, en el verde suelo,
miraba el sereno cielo
libre de tanto cuidado!
Allí sin ver ceños graves
que la autoridad enseña,
via bajar de una peña
el agua al son de las aves:
ya vine; mas de importancia
que la queja, es la paciencia.

Belardo.

¿Que puede á tanta prudencia
decir mi ruda ignorancia?

Duque.

El César, Belardo, crea
que á Isabela ha de casar,
ó vuélvame á desterrar,
que yo lo soy en mi aldea.

ESCENA VI.

DECORACION DE CALLE.

El Emperador, Federico, Tristan, Fabio y Rodulfo, de noche.

Emperador.

Muriéndome voy de risa.

Federico.

Y yo de pena, señor,
de ver tal poco favor

que has hecho á doña Fenisa.
¿No has entrado y ya te vas?

Tristan.

Por Dios, que tiene razon,
que fue terrible vision.

Emperador.

¿De esto enamorado estás?
¿esto me trajiste á ver?

Federico.

Que es mi luz te certifico.

Emperador.

¿Es posible, Federico,
que quieras bien tal muger?

Rodulfo.

Harto desvié las velas
por encubrir su figura.

Federico.

¿Piensas, señor, por ventura,
que son todas Isabelas?

Emperador.

¡Jesus, qué cara! espantado
vengo de ver tal vision.

Tristan.

Pues á fé que hay un Baron,
á quien le cuesta cuidado.

Emperador.

Menester es que lo sea
para muger semejante;
porque mas varon qué amante,
cuando la goza, la vea.
¿Fenisa es su nombre en fin?
no debe de ser eterno,
si hay fenis en el infierno.

Federico.

Para mi fué serafin.

Emperador.

¿ Quién te enseñó tal muger ?

Federico.

Tristan.

Emperador.

¡ Qué cosa tan suya !

Dasela, por vida tuya,
y no la vuelvas á ver.

Federico.

Retratarla presumia,
y por tí mudo intencion:

Emperador.

Bien puedes, con un carbon.

Tristan.

¿ Qué dijeras de la mia ?

Emperador.

Enséñamela tambien,
y diréte la verdad.

Tristan.

Si esto llamaise fealdad,
no ha de parecérte bien;
mas mostraréte un retrato
suyo.

Emperador.

Muestra.

Tristan.

En versos es.

Emperador.

Dile á ver.

Tristan.

Escucha, pues:
Admírome cuando veo
lo que ha menester cualquiera
oficio ó arte en su esfera,
para ejercitar su empleo:

y las musas soberanas
lo poco que han menester.

Emperador.

Pues bien, Tristan, ¿qué ha de ser?

Tristan.

Papel, y tinta, y mañanas.

Emperador.

¿No libros, no ciencias?

Tristan.

Si,
y algun poco de humildad;
que es locura y necedad
alabarse un hombre á sí.
Pero escucha el retrato
del bien que adoro
que á Tristan favorece
por no hallar otro.
Tres peregrinas calvas
su gracia aumentan
una tiene en el pelo
dos en las cejas.
Sus ojuelos azules
son tan serenos
que me dá romadizo
de solo verlos.
Su nariz, que del rostro
los campos parte,
afilada parece
jabon de sastre.
No son, pues, sus mejillas
color de Tiro;
pero fueron de España
papeles finos.
Sin claveles, ni rosas
tal boca tiene,

que parece cachorro
de cuatro meses.
Un lunar nogueresdo
tiene por orla,
que cuantos se le miran
piensan que es mosca.
De apartados los dientes
piden divorcio;
que no quieren morderse
unos á otros.
Solo tiene una gracia
la boca bella,
que pidiendo, ó comiendo,
jamas se cierra.
Nunca acierto los puntos
de su zapato,
porque calza catorce
pidiendo cuatro.
De ser bella le viene
ser tan bellosa,
que sin ser hermitaña,
la cubre toda.
El que sea entendida
no es testimonio;
porque cuando dá voces
la entienden todos.
Nunca sale de casa
sino hay carroza,
porque tiene una pierna
mandaderga que otra.
Mas con todas las faltas
que aquí te enfoco,
algo tiene que callo
pues que lo quiero.

Emperador.

Lindamente la has pintado;
la de Federico pinta,
y daréte para tinta;

Tristan.

¿Soy buen pintor?

Emperador.

Estremado.

Mañana te doy.

Tristan.

¿Te doy?

siempre está mañana es vana,
no habrá dia con mañana,
si *siempre* mañana es hoy.
Tu grandeza soberana
pierde en hacer esperar,
que es madrugar á no dar,
prometer para mañana.
Si ama Dios á quien dá el bien
alegremente, señor,
imita á Dios; que es rigor
dar tarde, aunque el mundo den.

Emperador.

Quitame aquesta cadena.

Tristan.

Escuchaba un labrador
un papagayo hablador
que estaba con linda vena
de una dama á la ventana,
diciendo aquesto de: Loro,
¿cómo estás? y el perro moro,
con su media lengua indiana,
y dijo á la dama: quien
éste á su tierra llevára
bravo dinero ganára:

La dama, sabiendo bien
la condicion del buen loro,
dijo: hareisme gran placer
en llevarle, por no ver
tanto loro y tanto moro
que me quiebra la cabeza;
y como alargó la mano
para tomarle el villano,
con notable ligereza
convertido el pico en rayo,
tal lancetada le dió,
que muchos dias lloré
el canto del papagayo.

Emperador.

¿Pues yo habia de burlarte?
toma; y pues la reja es esta
de Isabela, llega y llama.

Tristan.

Podrá ser, señor, que duerma.

Emperador.

Bien podrá ser, y tambien
podrá ser que esté despierta;
llega, Federico, tú.

Federico.

¡En qué pasos, en qué penas
traen á mi amor mis desdichas,
y mis desdichas mis quejas!
¿O reja, no me respondes?

ESCENA VII.

Dichos y Florela á una reja baja.

Florela.

¿Es Federico?

Federico.

¡Qué reja
tan piadosa!

Florela.

¿Pues qué quieres?

Federico.

Diráslo, Flora, á Isabela,
que está aquí el César.

Florela.

Yo voy.

Federico.

Pensé que me respondiera *ap.*
que era imposible salir,
y respondió voy por ella.
¡Ah cielos! ¿quién esto mira
con tanto amor, sino es piedra,
qué piensa de sus agravios?
mas no es posible que piensa.
Llegue vuestra Magestad.

ESCENA VIII.

Dichos é Isabela á la reja.

Emperador.

Como las aves despiertan
á los celages del alba,
cuando con pies de azuzenas
de los orientales montes
baja á las oscuras selvas;
así yo del triste sueño
de vuestra ausencia, Isabela,
despierto; y como ellas cantan,
y el verle salir celebran,
doy gracias á vuestros ojos,
de cuya divina esfera

toman luz mis esperanzas
y mis cuidados se alientan.

Isabela.

Bien templado de requiebros
y comparaciones tiernas
viene vuestra Magestad,
á las horas mas suspensas
del silencio de la noche.
Habrále dado materia
para tan altos concetos
alguna dama discreta
de las que en la calle ahora
de lo bien dicho se precian.

Emperador.

Antes si con vos, señora,
decir necedades fuera
posible, me la habia dado
la muger mas necia y fea,
que pienso que hay en el mundo;
pues tengo por cosa cierta,
que de haberla hecho, está
corrida naturaleza.

Isabela.

¿Fea y necia en tanto estremo,
y fuesteis, señor, á verla?

Emperador.

Es dama de Federico,
que no pensé que tuviera
tan mal gusto: vengo muerto
de risa.

Isabela.

No es cosa nueva
gozar de los mas galanes,
señor, las mugeres feas,
y los feos las hermosas.

Emperador.

Dices bien, siempre se truecan:
¿qué cosa es ver un marido
feo con una muger bella,
que todos se la codician?
Yo pienso que esta influencia
dió á entender la antigüedad,
cuando casó la belleza
de Venus con la fealdad
de Vulcano, en competencia
del sol, por quien sucedió
el hacerle Marte afrenta
con tal risa de los dioses.

Isabela.

¡Quién á Federico diera,
vaya! llamadle, que quiero
correrle.

Emperador.

Tendrá vergüenza.
¿Ah Federico?

Federico.

¿Señor?

Emperador.

Hele contado á Isabela,
que vengo de ver tu dama.

Federico.

Diríasla, cosa es cierta,
mi mal gusto.

Isabela.

No me admiro,
Federico, de que quieras
muger fea, porque suelen
ser graciosas y discretas;
pero necia, no es posible
que tu entendimiento pueda

sufrir tan grande tormento,
que por el mayor se cuenta.
¿ En esto pára tu gusto,
tu melindre, tu lindeza,
tu gala, tu aseo, tu gracia,
tu olor, tu pluma, tu lengua?
Asco tendré de mirarte
de aquí adelante.

Federico.

No entiendas
que soy en esto culpado;
que como es cosa tan nueva
para mí tratar de amor,
presumí que todas eran
mugeres, y merecian
amor; que naturaleza
si las feas para feos
hiciera sin que tuvieran
á las hermosas accion,
en poco tiempo viniera
á tanta fealdad el mundo,
que resultára en su mengua.
Y así está puesto en razon,
que haciendo discreta mezcla
de los feos y las lindas,
de los lindos y las feas,
ni todo sea fealdad,
ni todo hermosura sea.

Emperador.

Dice bien.

Isabela.

No dice bien,
que si fuera así, no hiciera
los negros en Etiopia,
que tanto se diferencian

de los blancos.

Federico.

Pues por eso
vemos, que la mezcla enmienda
lo negro, y á pocos lances
hace que en blanco se vuelva.

Isabela.

De lástima os quiero dar
dama, que mostreis al César
sin vergüenza.

Federico.

No la quiero:
guardadla para quien tenga
mas dicha, que yo he buscado
muger, que nadie apetezca.
Que si es fuerza que ellas miren,
y poderosos las vean,
fea la quiero y segura,
que no hay fea que no tenga
algo por que ser querida,
ni hermosa sin ser soberbia.
Esta manda, aquella sirve;
ésta pide, aquella ruega;
una regala, otra agravía;
una quiere, otra desdeña.
Dios me ayude con mi dama,
que el trato y correspondencia
hace hermoso lo mas feo.

Isabela.

¡Qué cosa, señor, tan necia!
mande vuestra Magestad,
que no solo de la reja
mas de la calle se vaya.

Emperador.

Vete, y por Dios que me pesa

sufrir tan grande tormento,
que por él mayor se cuenta.
¿En esto pára tu gusto,
tu melindre, tu lindeza,
tu gala, tu aséo, tu gracia,
tu olor, tu pluma, tu lengua?
Asco tendré de mirarte
de aquí adelante.

Federico.

No entiendas
que soy en esto culpado;
que como es cosa tan nueva
para mí tratar de amor,
presumí que todas eran
mugeres, y merecian
amor; que naturaleza,
si las feas para feos
hiciera sin que tuvieran
á las hermosas accion,
en poco tiempo viniera
á tanta fealdad el mundo,
que resultára en su mengua.
Y así está puesto en razon,
que haciendo discreta mezcla
de los feos y las lindas,
de los lindos y las feas,
ni todo sea fealdad,
ni todo hermosura sea.

Emperador.

Dice bien.

Isabela.

No dice bien,
que si fuera así, no hiciera
los negros en Etiopia,
que tanto se diferencian

de los blancos.

Federico.

Pues por eso
vemos, que la mezcla enmienda
lo negro, y á pocos lances
haça que en blanco se vuelva.

Isabela.

De lástima os quiero dar
dama, que mostreis al César
sin vergüenza.

Federico.

No la quiero:
guardadla para quien tenga
mas dicha, que yo he buscado
muger, que nadie apetezca.
Que si es fuerza que ellas miren,
y poderosos las vean,
fea la quiero y segura,
que no hay fea que no tenga
algo por que ser querida,
ni hermosa sin ser soberbia.
Esta manda, aquella sirve;
ésta pide, aquella ruega;
una regala, otra agravía;
una quiere, otra desdeña.
Dios me ayude con mi dama,
que el trato y correspondencia
hace hermoso lo mas feo.

Isabela.

¡Qué cosa, señor, tan necia!
mande vuestra Magestad,
que no solo de la reja
mas de la calle se vaya.

Emperador.

Vete, y por Dios que me pesa

de que vayas enojado;
vete, pues conmigo quedan
Fabio y Rodulfo.

Federico.

Señores,
que me vaya manda el César,
obedezco. Ven, Tristan.

Tristan.

¿Qué tenemos?

Federico.

Cosas nuevas
muy propias de mi fortuna.

Tristan.

Temo que en esta tormenta
se ha de anegar tu privanza.

Federico

Si ya lo está, no lo temas.

ESCENA IX.

Dichos menos Federico y Tristan.

Isabela.

Qué propia cosa, qué cierta
es, que no hay hombre tan sábio
y discreto, que no tenga
alguna falta notable.

Emperador.

Cuando los discretos yerran,
no iguala á su necedad
la del mas necio.

Isabela.

Ya suena
gente en casa y viene el dia;
no es justo que se detenga
aquí vuestra Magestad.

Emperador.

No hay en el imperio fuerza
para dilatar la noche.
El cielo os guarde.

Isabela

Quisiera
responder, para serviros,
y como es precisa deuda,
no viene á ser cortesía,

ESCENA X.

El Emperador, Rodulfo y Fabio.

Emperador.

¿Qué hay, caballeros?

Rodulfo.

Que vuela
por los amantes el tiempo
con notable ligereza:
¿no habrás sentido las horas?

Emperador.

La mas graciosa pendencia
han tenido en la ventana
Federico é Isabela
por la fealdad de su dama,
que ví en mi vida.

Rodulfo

Es discreta.

Emperador.

Tuvole perdido. Vamos,
que no es justo que amanezca
en tales pasos el sol
á la Magestad suprema.

ESCENA XI.

SALON DE PALACIO.

Federico y Tristan.

Federico.

Tristan, yo vengo muerto.

Tristan.

No permitas
tanta rienda al dolor.

Federico.

No es en mi mano.

Tristan.

Al César soberano
contra ti solicitas.

Federico.

Quando yo tengo de perder la vida,
¿qué importa la privanza, ó la caida?
¿No escuchaste, Tristan, las libertades
de Isabela conmigo?

Tristan.

Tú le diste
la causa; pues quisiste
hacer necias verdades
las mentiras y engaños de Fenisa,
y con tanta fealdad moverle á risa.

Federico.

Dos cosas intenté, de entrambas muero
con mostrarle, Tristan, muger tan fea,
hacer que el César crea
que en otra parte quiero,
y que Isabela no se persuadiese,
que la pude querer, si lo supiese.

¿Pero quién sospechára, quién dijera,
que de verla venia? ¿qué disculpa
daré de tanta culpa?
¡O quien, ¡ay Dios! pudiera,
olvidar como quiso! mas, ¡ay cielos,
que es accidente amor, y olvido zelos!

Tristan.

Descansa de la noche que has pasado.

Federico.

No puedo, que aun es noche todavia,
que no amanece el dia,
á quien es desdichado,
pues no es posible que su lumbre vean
los ojos que no ven lo que desean.

Sale un page.

El villano de Isabela,
que se convirtió á escudero,
quiere hablarte.

Federico.

Yo no quiero,
por lo que el alma recela
escucharle, ni aun saber
que se acuerde que nací.

ESCENA XII.

Dichos y Belardo.

Page.

Pues ya ha entrado.

Belardo.

¿Para mi
licencias son menester?
Solia su señoría
hacerme á mí mas favor;
pero en cesando el amor,

se acaba la cortesía:
casa y criados enfadan,
en sucediendo el desden,
que cuando se quiere bien,
hasta los perros agradan.
Yo os vi abrazar un lebrel
del Duque, y ahora á mi
aun no me hablais; pues aquí
os traigo cierto papel
que fuera de oro algun dia.

Federico.

Los que me dió pedirá;
mostrad.

Belardo.

¿Luego no me dá
albricias su señoría?

Federico.

¿Pues yo qué dichas aguardo?
¡Ay Tristan! llégate acá.

Belardo.

Bien me dijeron allá
á la corte vais Belardo;
los cortesanos harán
rica la pobreza vuestra,
ya son relojes de muestra,
que señalan y no dan.

Lee Federico.

Perro...

Tristan.

¿Perro dice?

Federico.

Sí.

Belardo.

Mira que perro dirá.

Federico.

Si con dos erres está,
¿qué quieres?

Tristan.

¡Pues perro á tí!

Lee Federico.

» Perro el de la dama fea
» aunque esto fuera venganza,
» para mi loca esperanza
» no quiere amor que lo sea.
» Dos cosas dice de amor
» que aquí pueden remediarme.

Tristan.

¿De qué te burlas?

Lee Federico.

» Matarme,
» ó darme al Emperador,
» y así despues de llorar
» el ver que sin honra muero,
» ser suya esta noche quiero,
» porque me quiero vengar.
¡ Jesus!

Belardo.

San Pablo, San Lucas. *Caese.*

Federico.

No era mi sospecha en vano;
¿esto trajiste, villano,
traidor?

Belardo.

Et ne nos inducas.

Federico.

Mátale.

Tristan.

Deten, señor,
la furia.

Belardo.

Tenle, Tristan.
San Cosme, San Preste Juan.

Tristan.

Este pobre labrador,
¿qué culpa tiene si viene
á traer lo que le dan?

Belardo.

Quien me quitó mi gaban,
en malos infiernos pene:
las bragas pues valen tanto,
que segun me vengo á ver,
temo que me han de poner
por Judas un jueves santo.

Federico.

¡Perro el de la dama fea!
¿pues, Isabela, tú eres
fea? ¿y que yo quiera quieres
cosa que tuya no sea?
Tú sola vives en mí,
tu hermosura, tu valor,
que aun es hermoso mi amor,
porque se transforma en tí;
dió tu rostro celestial
cuidado á naturaleza,
porque sacó tu belleza
de su belleza ideal:
¿pues por qué tanta hermosura
me trata con tal rigor?

Tristan.

Sosiega, escucha, señor.

Federico.

El alma no está segura,
que un hombre tan desdichado
aun alma no ha menester,

porque tener alma es ser
y no siendo, no hay cuidado.
¿Esta noche? ¿pues tan presto?
¿pues sin mas informacion?

Tristan

Señor, ten mas atencion,
al lugar en que te ha puesto
el César.

Federico

¿Muger tan bella,
una dama, una doncella,
hace á su amor tanto agravio?
¿La hija del Duque Octavio
se entrega al Emperador?
¿la que tuvo tanto amor
á Federico; y que ayer
se llamaba mi muger,
hoy hace tal desatino?
si es ángel, cielo divino,
de vuestro imperio arrojalde.

Belardo.

Dele unos tragos de caldo,
así Dios, Tristan, te guarde.

Federico

Fuiste en matarme cobarde,
y en infamarte animosa.
Campos, llorad por la rosa,
que se marchita de zelos:
llorad por la aurora, cielos,
que llena de sombra está;
fuentes no corrais, que ya
se ha vuelto en llanto la risa,
ó para correr aprisa
de mis desdichas tomad
el ejemplo. ¡Qué lealtad!

¡qué amor! Isabela ¡ay Dios!
¿Quién dijera que los dos
nos halláramos así;
yo sin alma, tú sin mí,
que lo fuí tuyo tambien?

Belardo.

Cierto, señor, que no es bien
quejarse con tal rigor,
que el señor Emperador,
se la volverá mañana.

Federico.

¿Tanto amor, dulce tirana
Isabela, despreciaste?
¿qué mucho? viste, miraste,
que el ser yo tan desdichado,
de ver tú, y de haber mirado
al César ha producido;
¿pues tan presto tanto olvido
y con tan infames nombres?
dichosos fueran los hombres,
si no vieran las mugeres:
perdona si tú lo eres.

Tristan

Huye, corre, vete, vuela.

Belardo.

Voy á decirlo á Isabela.

ESCENA XIII.

Federico, Tristan y el Emperador.

Emperador.

¿Qué es esto?

Federico.

¿Quién lo pregunta?

Emperador.

¿Es Federico?

Federico.

No sé,
mas lo que es y lo que fué
en mí sujeto se junta:
de una esperanza difunta
soy un necio pretendiente,
soy un ser, que no se siente,
pues siendo el alma inmortal,
una forma substancial
la tengo por accidente.
Suspenso el entendimiento
y memoria sensitiva,
me ha dado la intelectiva
mas alto conocimiento:
y conociendo que siento
la ofensa, á vengarla voy,
pero como viendo estoy
el valor del que me ofende,
por no ser el que lo entiende,
dejo de ser lo que soy.
Que no siento, es verdadera
proposicion, pues no siento
que no siento, y sentimiento
de que no siento tuviera,
que si el no sentir sintiera,
viera yo que el no sentir,
era dejar de vivir;
y no viniera á tener
sentimiento de no ser,
que debe de ser morir.
El alma con que viví,
y que este ser animaba,
se fué á vos, cuando pensaba,

que mas la tuviera en mí;
y que se pasaba así
creyó la gentilidad
de un cuerpo en otro; mirad
si se pasa á vos la mia
esta noche, que podria
ser su mentira verdad.
De suerte que el alma mia,
aunque sin morir los dos,
hará pasándose á vos,
tan necia filosofía.
Quien es la que yo tenia
esta noche lo sabreis,
quien soy no me pregunteis,
porque lo que voy diciendo,
aun yo mismo no lo entiendo,
mirad si vos lo entendeis.

Emperador.

Responderte, Federico,
en seso y en tanto mal,
fuera ser al tuyo igual,
el que á tu lástima aplico,
que perderia un hombre noble
de las partes que hay en tí,
tan estimado de mí,
aumenta la pena al doble.
¿Tristan, qué desdicha es esta?

Tristan.

Haber, gran señor, perdido
parte del alma el sentido,
que esto vale y esto cuesta;
que como tú le mandaste,
que quisiese tan aprisa,
he pensado que Fenisa,
de quien ayer te burlaste,

le ha dado hechisos, señor,
que es propio efecto de feas,
pues las hermosas no creas
que quieren por fuerza amor;
si quien tiene entendimiento,
quiere que nadie le quiera
por aquello que no fuera
su propio merecimiento.

Emperador.

Préndanla, mátenla.

Tristan.

Advierte.

Emperador.

No hay que advertir, morirá
Fenisa; culpada está
de Federico en la muerte;
que quien quita á un hombre el seso,
mas le quita que la vida.

ESCENA XIV.

Dichos, Isabela, el Duque Octavio, Belardo y todos.

Isabela.

Lastimada y ofendida
de tan estraño suceso,
no hallo remedio mejor
que darte de todo cuenta.

Duque.

Sino es venganza, es afrenta.

Belardo.

Aquí está el César, señor.

Duque.

Ya vengo, Principe invicto,
como dice, que me mandas,
Isabela, y ella y yo

te damos debidas gracias,
despues de tantas mercedes,
de que gustes de casarla
con Federico, que tanto
ilustra y honra mi casa.

Isabela

Y yo tambien por mi parte,
como mas interesada
en este favor.

Emperador.

Detente:
¿quien os dió nueva tan falsa?
ni he tenido pensamiento
de casarte, ni se trata
mas que de tan gran desdicha.

Isabela.

¿Que desdicha?

Emperador.

Que una ingrata
muger le ha quitado el seso,
y que he mandado matarla.

Isabela.

No es ingrata quien ha sido
de este suceso la causa.

Emperador.

¿Sabes tú quien es, que ya
con muerte infame la aguarda
mi castigo?

Isabela.

Pues bien puedes,
gran señor, ejecutarla.
Yo soy, que con un papel
que le escribí por venganza
de los zelos que me diste,
finjí que esta noche estaba

determinada á ser suya,
siendo mentira inventada
de mi amor y mi desdicha.

Federico.

¿Mentira, Isabela? aguarda,
no prosigas, que el discurso
que hasta ahora me faltaba,
has vuelto á mi entendimiento
y las potencias al alma.
Oye, invictísimo Othon,
augusto, heróico Monarca,
como el Macedon de Grecia,
Alejandro de Alemania;
oye á dos amantes, oye,
lo que hasta ahora ignorabas,
y te encubrieron por selos
amor, respeto y privanza.
Dos años ha que á Isabela
sirvo, otros tantos que paga
mi amor, y con tantas guerras
el honesto fin dilatan
que con casarnos tuviera
tambien nacida esperanza.
Por la parte de aquel monte,
de su prado, hacienda, y casa
fuiste á cazar aquel dia,
principio de mis desgracias;
referirte lo que sabes
fuera cansada ignorancia.
Mandásteme que quisiese,
porque yo disimulaba
querer, temiendo enojarte,
y por no ofender la fama
de la opinion de Isabela;
y asi dándome la traza

á mi desdicha, ó Tristan,
finjí que á Fenisa amaba,
concertándonos los dos,
en que si por esta causa
viniese á perder el seso
con las demas circunstancias
que son peligros de amor;
tú la palabra me dabas
de ayudarme, como espero
que lo harás, pues empeñada
la tienes á ser quien eres,
que nunca á los reyes falta.
Esta es la ocasion, señor,
que amor y fortuna llaman,
no ya la ocasion perdida,
sino la ocasion ganada.
Favoréceme con darme
á Isabela, así te hagan
los cielos, como de Europa,
Señor del Africa y Asia,
y á donde no llega el sol
inabitable distancia,
ni en los hielos de su sombra
vieron estampas humanas,
lleguen las águilas negras
de tus imperiales armas
y el sol de envidia las siga
que lleguen donde él no alcanza.

Emperador.

Federico, aun no presumo
(tan dificilmente hallan
el seso los que le pierden)
que le has cobrado, pues hablas
no digo en tu amor y el mio,
sino en decir que obligada

está mi palabra aquí,
pues es cierto que te engañas,
que cuando yo te la dí
era cuando tú me mandabas
que quisiese, y buscase
sujeto en alguna dama:
tú dijiste que lo habia,
ni te daba la palabra
de ayudarte, y á Fenisa
me mostrastes en tu casa:
con Fenisa, cumpliréla;
porque yo no pude darla
para lo que yo queria,
y tú de secreto amabas.
Con esto se desempeña
mi palabra, pues fue dada
para querer, y no queriendo.

Federico.

Con justa causa me llamas
loco, pues no conocia
que la palabra me dabas
de ayudarme, si quisiese.
Busqué dama fea y baja
por escusar á Isabela
zelos, y encubrir, que estaba
enamorado de quien
tú lo estabas. Ya te sacan
de la obligacion, señor,
mi desdicha y mi ignorancia:
Con esto dadme licencia
para que á Italia, ó á España
me lleven mis desventuras
á morir en tu desgracia.

Emperador.

Alza del suelo.

Federico.

Pues darla
rehusas?

Emperador.

Oyen atentos.
No fuera grandeza tanta
darte á Isabela, si fuera
cumplir la palabra dada
cuando de ella libre estoy
y tú con desconfianza
y sin accion de pedirla,
el dártela será hazaña.
Dale la mano á Isabela.

Federico.

Vivas, invicto Monarca,
mil siglos.

Isabela.

A tus victorias
prevengan voces la fama.

Tristan.

Una palabra, señores:
el Emperador me casa
con Flora, aunque no lo dice,
ni me ha dado la palabra.
¿No es verdad, Flora?

Flora.

Así es.

Tristan.

Pues oigan, señoras damas,
que aunque esta comedia nuestra
su autor, como han visto, llama
¿*Si no vieran las mugeres*?
quiere que á verla y honrarla
vengan muchas, y que vean
cuanto por el mundo pasa.

muchas fiestas, muchas bodas,
toros, y juegos de caña:
muchos novios las solteras,
muchos hijos las casadas,
mucha salud, mucha vida,
muchos juegos, muchas galas,
y lo demas que quisieren,
que aquí la comedia acaba.

¡Si no vieran las mugeres!

En esta comedia se propone Lope dar un ejemplo al bello sexo de los perjuicios que la curiosidad puede ocasionarle. Federico, amante correspondido de Isabela, temiendo que el Emperador se enamore de ella si la ve, la manda esconderse.

Que os escondais es mi gusto,
no os vea el Emperador,
porque la señal mayor
de amor, que á todas escede,
es no dar zelos, si puede,
la muger que tiene amor.

Este precepto despierta en su alma un deseo vehemente de conocer á Othon. No medita, ni prevee el daño á que se espone, ni se acuerda de los zelos que ha manifestado su amante: su curiosidad lo vence todo.

Yo, Flora, tengo de ver
al César, si bien será
disfrazada.

Florela.

Cerca está.

Isabela.

O ver, ó no ser muger.

Aquí empieza el nudo de la fábula y el interes, que va creciendo progresivamente hasta el desenlace. El encuentro de Isabela con el Emperador, las sospechas de Federico al saberlo; la resolucion de ocultar-

de sus amores, los zelos que le devoran al saber la pasion de Othon, los que concibe Isabela creyendo que su amante está enamorado de otra, la carta terrible que le escribe, manifiestan el talento del poeta, la fecundidad de su imaginacion, y que sabia formar un plan arreglado y bien desenvuelto cuando no trabajaba con precipitacion.

Los caractéres son interesantes, nobles y apasionados. El del Emperador está pintado con toda la galantería de la juventud y la grandeza y generosidad dignas de un gran Monarca: es valiente, discreto y propenso á la pasion propia de su edad; pero sus amores son honestos y decorosos, y no ofenden nunca el pundonor de Isabela, aunque siembran en el corazon de Federico los zelos y el delirio que le arrebata. Los dos amantes están perfectamente retratados; la nobleza de sus sentimientos, la constancia y pureza de su cariño, las penas que padecen mutuamente conmueven el alma de los espectadores. La carta que Isabela le dirije: *Perro, el de la dama fea* está llena de pasion y de verdad. El delirio que arrebata á Federico, despues de haberla leido, es demasiado metafísico, y por consiguiente menos natural é interesante que debiera. Es lástima que Lope manchase con este borron una comedia tan bien imaginada

Los diálogos, la urbanidad del estilo, la facilidad y las gracias de la versificacion son de Lope. La pintura que hace Tristan de Isabela es graciosa y rica.

¿Cómo piensas que venia?
el cabello en una mano,
en otra el peine, que en vano
pensaba ser celosía
del sol de sus bellos ojos;
y así como me abrazó

todo el hombro me vistió
de aquellos ricos despojos.
Celebré mucho el favor,
y el verme, aunque era postiza,
con una muceta riza
de peregrino de amor.
Entraba el sol por la reja,
como envidioso, al soslayo,
que bien diera el mayor rayo
por tan hermosa guedeja &c.

Otros muchos versos pudieran citarse de igual mérito; pero nuestros lectores no necesitan que los copiemos aquí despues de haberlos leido con aprecio en la comedia.

LA BOBA

PARA LOS OTROS,

Y DISCRETA PARA SI.

PERSONAS.

Diana, dama.
Teodoro, dama.
Laura, criada.
Fenisa, criada.
Alejandro, hermano del Duque de Florencia galan.
Julio, galan.
Camilo.
Marcelo.
Fobio, gracioso.
Liseno, criado.
Albano y Riselo.
Acompañamiento.

La escena es en la ciudad de Urbino.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Campo.

Diana en trage de labradora.

Diana.

¿Pues tú de amores conmigo,
ignorante labrador?
Dirás que yo no lo digo,
que el amor en cuanto amor,
nunca mereció castigo.
No porque es mi rustiqueza
tanta, que ignore el grosero
estilo de mi rudeza,
que amor fue el hijo primero
que tuvo naturaleza.
De este amor han procedido
cuantos son, cuantos han sido;
pero no me persuado,
á tenerle en bajo estado
á ningun hombre nacido.
Aqui de estas peñas vivas
quisiera romper las yedras,
no porque trepan altivas,
mas porque abrazan sus piedras
amorosas y lascivas.
Y aqui con violentos brazos
los enredos de estas parras,
los embustes de sus lazos,

que de pámpanos bizarras
dan á los olmos abrazos.
Si de zelos ó de antojos
canta á la primera luz
algun ave sus enojos,
quisiera ser arcabuz,
y matarla con los ojos.
¿Y tú, grosero villano,
vienes á decir amores,
á quien por el aire vano
un nido de ruiseñores
derribó con diestra mano?
Tú, ni el de mas brio y talle,
no me hableis, que si en el valle
donde mas lejos se esconde,
solo el eco me responde,
le suelo decir que calle.
No os fieis, que en esta aldea
me dió padre labrador,
que el alma, que se pasea
por mi pecho, y el valor
me dice que no lo crea.
Logro tan altos intentos,
que si pudieran con arte
subir trepando elementos,
pasarán de la otra parte
del cielo mis pensamientos.
¿Es posible que yo fuí
parto de un monte, y nací
de un rudo y tosco villano?
¡Un alma tan grande en vano
deposita el cielo en mí!
Son tales mis presunciones,
y discursos naturales,
que en todas las ocasiones

aborrezco mis iguales,
y aspiro á ilustres acciones.
Ayer, aunque no es fiel
intérprete la osadía,
tuve un sueño, y oí que en él
un águila me ponia
sobre la frente un laurel.
Con esto tan vana estoy
que pienso, por mas que voy
reprendiendo mi bajeza,
que se erró naturaleza,
y soy mas de lo que soy.
Aves, corred con mas prisa,
no bulliciosas piqueis
la yerba que el alba pisa;
fuentes, no me murmureis,
tened un poco la risa:
si un altivo pensamiento
en bajo sugeto os calma,
parad con advertimiento,
que son Narcisos del alma
los locos de entendimiento.
Porque si posible fuera
que el autor del cielo diera
al entendimiento cara,
loca de verla quedára,
si en vuestro cristal la viera.

ESCENA II.

Diana y Fabio.

Fabio

Por las señas que me ha dado
un villano de esta aldea,
que la vió bajar al prado,

no es posible que otra sea.

Diana

¿Qué buscais con tal cuidado?

Fabio.

Busco una bella aldeana,
que se ha de llamar Diana,
aunque es de almas cazadora,
desde que salió la Aurora
á producir la mañana.
¿Sois vos acaso?

Diana.

Yo soy.

Fabio.

¿Cierto?

Diana.

Y muy cierto

Fabio.

La mano
me dad.

Diana.

Los brazos os doy.

Fabio.

En vuestro semblante humano
mirando mi dueño estoy.

Diana.

Sosegaos.

Fabio

Estoy sin mí.
desde el instante que os ví.

Diana.

¿Pues qué quereis?

Fabio

Que me oigais,
sin que un acento perdais
de cuanto me oigais aqui.

Ilustrísima Diana,
hasta ahora de estas selvas
humilde honór, aunque grave,
como está el oro en la tierra;
Octavio, Duque de Urbino,
señor, como sabes, de esta,
por falta de sucesion,
trujo de su hermano César
á su sobrina Teodora,
hermosa, como discreta,
á su estado y á su casa.
Estadme por Dios atenta,
que no entender los principios
hace oscuras las materias.
Siempre se pensó en Urbino,
que fuera Teodora bella
su heredera, claro estaba,
pues le tocaba tan cerca.
Asi Teodora vivia,
y de estos estados era
señora, y espejo al Duque,
se estaba mirando en ella.
Servíanla pretendientes
Príncipes, Parma y Plasencia,
Ferrara, Mantua y Milan;
pero con menores fuerzas,
y mayores esperanzas,
como quien sirve en presencia,
dos caballeros de Urbino,
Julio y Camilo, á quien ella
cortesmente entretenia,
con inclinacion secreta
á Julio, ó por mas galan,
ó por mas conforme estrella.
En estos medios, Diana,

la inexorable tigera
de la parca cortó el hilo
al Duque en años cincuenta.
Lo que la muerte descubre,
lo que muda, lo que trueca
en cualquier estado ó casa,
bien lo muestra la esperiencia;
Asi fue en esta ocasion,
que en su testamento deja
declarado el Duque Octavío,
que tiene en aquesta aldea
una hija natural,
que nombra por heredera.
Oyéndose el testamento,
Teodora sin alma queda,
Julio sin vida, y Camilo
con esperanza mas cierta,
que será señor de Urbino,
si viene por quien le hereda;
pues Teodora no le amaba,
aunque recatadas muestras
al fin daba de que Julio
estaba mas en su idea.
Con esto, hermosa Diana,
toda la Córte se altera,
y en dos bandos se divide,
con tal porfia, que llegan
á escribir leyes las armas,
y hacer derecho la fuerza.
Pero entrando de por medio
las canas de la nobleza,
vencen la furia á Teodora,
y la juventud sosiegan.
La legítima señora
buscar alegres decretan,

y dan el cargo á Camilo,
que ya se llama, ó lo sueña,
Duque de Urbino contigo,
porque hasta esperar sentencia
de algunas dificultades,
quiere Julio que pretenda
su Teodora, aunque entre tanto,
Diana, á la Corte vengas.
Yo, que en servicio del Duque,
con poca nobleza, y renta
nací en humilde fortuna,
tanto que me ha sido fuerza
valerme del buen humor,
para los señores puerta;
aunque no falto, Diana,
de alguna virtud y letras:
respetando aquella sangre,
que del Duque muerto heredas
vine, no á pedirte albricias
del parabien de que seas
Duquesa de Urbino, cuando
eco de estos montes eras;
sino para que al peligro
á que te llevan, adviertas
entre tantos enemigos,
sin que nadie te defienda;
porque Camilo no es justo
que tu persona merezca,
donde príncipes tan grandes
estos estados desean.
Teodora y Julio, ¿quién duda,
que al paso que te aborrezcan,
han de pretender un fin
con injustas diligencias?
Mira el peligro en que estás,

y así es menester que tengas
en tantas dificultades
entendimiento y prudencia.
Perdóname que te diga
que exatninarte quisiera,
puesto que el buen natural
tales imposibles venza.
Pero ya con los caballos,
el estruendo de las selvas
me avisa, que los que vienen
en tropa á buscarte llegan:
no me quiero detener,
que no quiero que me vean,
por ver si puedo despues
servirte allá sin sospecha.
Dios te libre de traidores,
tu justicia favorezca,
tu buena dicha asegure,
y tu inocencia defienda.

ESCENA III.

Diana, Camilo, Liseno y acompañamiento, y Riselo villano.

Riselo.

Esta, señores, es la que buscando
venís por este monte, hija de Alzino,
de esta aldea vecino,
que ahora está en los montes repastando.

Diana.

¡O ingenio, aqui me ayuda! *ap.*
finjirme quiero simplemente ruda,
que es el mejor camino á un grande intento.

Camilo.

Caballeros, mirando estoy atento
en esta labradora
lo que pueden la muerte y la fortuna.

Liseno.

¡Qué sin sospecha alguna *ap.*
del estado que espera está suspensa!

Diana.

Este es Camilo: atentamente piensa *ap.*
cómo ha de hablarme, y mi persona mira,
quiere llegar, y el trage le retira.

Camilo

¿Qué sirve suspender á lo que vengo
cuando presente, gran señora, os tengo?
Dadme los pies, Duquesa generosa,
y tanta novedad no os cause espantò.

Diana.

No faltaba otra cosa,
sin que ellos vengan á burlarse tanto;
¿qué Duquesa decís, ó calabaza?
si andais acaso por el monte á caza,
no me tengais por fiera.

Camilo.

Pensé que en lo esterior fuera villana, *ap.*
y que la buena sangre la infundiera
un alma, por lo menós, cortesana.

Liseno.

¿Si acaso no es Diana? *ap.*

Camilo.

¿Es Diana, pastor?

Riselo

En esta aldea
no hay otra que de aqueste nombre sea,
ni, como preguntaìs, hija de Alzino.

Camilo.

¿Qué esta ha de ser de Urbino
Duquesa?

Riselo.

¿No os agrada?

Camilo

¿Cómo me ha de agradar?

Riselo.

¿Pues qué os enfada?

Camilo.

El semblante risueño, y los efetos,
que no son tan discretos
como su nacimiento prometia.

Riselo:

¡Qué mal la conoceis; porque podia *ap.*
venderos mas retórica; si hablase,
que cuantos la profesan en Bolonia!

Camilo

Señora, el Duque es muerto.

Diana

¿Pues qué se me dá á mí? pero si es cierto
enterradle, señores,
que yo no soy el cura.

Camila:

Mirad, que es vuestro padre.

Diana.

¡Qué locura,
siendo Alzino mi padre!

Camilo.

Los temores
que tuve de su poco entendimiento
no me salieron vanos.

Lisardo

¿Qué te espanta,
si se ha criado en rustiqueza tanta?

Camilo.

Tambien fuera milagro, que no fuera
criada en estos montes como fiera
de esta ruda aspereza,
mas presto mudará naturaleza
en dándola los aires cortesanos.
Dad á todos las manos:
venid, señora, á Urbino,
y sereis su Duquesa.

Diana.

Desatino.

Camilo

Señora, el Duque os heredó en su muerte,
gozad tan alta suerte,
y tan dichosa empresa.

Diana.

¿Pues soy yo buena para ser Duquesa?

Camilo.

Sí, pues lo quiso el Cielo.

Diana.

Pues voy por mis camisas, y un sayuelo
verde, que tengo con azules vivos.

Camilo.

¡Estraños disparates!

Liseno.

Escesivos.

Camilo.

Allá tendreis las galas que convienen,
á las que vuestro estado y nombre tienen.
Venid, señora, al coche,
porque entreis esta noche,
si es posible, en Urbino.

Diana.

Que no señor, yo tengo mi pollino.

Riselo.
Mira, Diana, que eres ya Duquesa.
Diana.
Pues selo tú por mí, que á mi me pesa.
Camilo.
Vamos, señora. ¡Estraño desconsuelo! *ap.*
Liseno.
Buena Duquesa llevas.
Diana.
Dí, Riselo,
si al monte fueres, á mi padre Alzino,
que aqui me llego á Urbino
á ser Duquesa, aunque de mala gana,
y que luego vendré por la mañana.

ESCENA IV.

Salon de Palacio.

Teodora y Julio.

Teodora.
¡Qué porfiase Camilo
en traer esta aldeana!
Julio.
Es su condicion villana,
Teodora, de aquel estilo.
Teodora.
Julio, aunque el Duque dejase
cláusula en su testamento
de este nuevo pensamiento,
y esta villana heredase;
una cosa tan dudosa,
¿cómo senado tan sábio

se la permite, en agravio
de la heredera forzosa?
Lo que disponen las leyes
no lo sé, pero sospecho,
que es diferente el derecho
entre príncipes y reyes;
que aunque es la justicia igual,
es justo que haya esencion,
cuando las personas son
de nacimiento real.
Que el Duque me aborrecia
podemos probar tambien,
si porque te quise bien
injustos zelos tenia;
que el querer por sucesor
dejar al Duque de Parma,
sobre fundamentos arma
pleito su injusto rigor.

Julio.

Cuando no hubiera razon
mas, que probar al que muere,
que estaba loco, se infiere,
que ha sido violenta accion:
veamos cómo nos va
de justicia llanamente,
pues que tendremos presente
á quien la causa nos da;
que aunque mas favorecida
de Camilo y del senado,
no ha de poder su cuidado
defender su injusta vida.
Si hasta el dia de su muerte
á la sucesion te llama,
y de esta constante fama,
que tu accion, Teodora, advierte,

nacieron las pretensiones
de Mantua, Parma y Milán,
¿qué leyes darla podrán
contra tí justas acciones?.
En fin, tú has de ser Duquesa
de Urbino, ó yo he de perder la vida.

Teodora.

Y yo tu muger,
Julio, si á la envidia pesa.

ESCENA V.

Dichos y Fabio.

Fabio.

Ya, señora, viene aqui
la Duquesa mi señora.

Teodora.

¿Quién?

Fabio.

Aquella labradora;
no te vuelvas contra mí.

Teodora.

¿Qué muger es?

Fabio.

Es muger,
que en un monte se ha criado.

Julio.

No te dé, por Dios, cuidado,
que no le ha de suceder
al Duque por invencion,
muger de esa calidad.

Fabio.

Hasta probar la verdad
tú tienes la posesion;
mas por la gente vulgar,

y por Camilo, señora,
recíbela bien ahora,
que no te podrá quitar
la posesion por lo menos.

ESCENA VI.

Camilo, Liseno, Diana y acompañamiento.

Camilo.

¿No le agrada á vuestra Alteza
la ciudad?

Diana.

Es linda pieza,
¿mas recibirme con truenos?

Camilo.

Aquella es artillería;
que os hacen la salva aqui.

Diana.

Con los relámpagos ví
estrellas al medio dia:
en tocando las campanas
en mi aldea el sacristan,
como los nublos se van,
vuelven á cantar las ranas.

Camilo.

A propósito

Liseno.

En mi vida
ví cosa tan ignorante.

Diana.

Esta casa relumbrante,
de tanto mármol vestida,
¿qué contiene?

Camilo.

Es el palacio
de vuestra Alteza.

Diana.

El lugar
puede todo aposentar
su grande y vistoso espacio,
con ovejas y borricos.

Camilo

Vereis aposentos llenos
de pintura, en que es lo menos,
telas y brocados ricos.

Diana.

¿Qué es aquello que está allí?

Camilo.

¿El relox.

Diana

¡Válgame Dios!

Camilo.

Allí señala las dos.

Diana.

Bueno: ¿á Teodora, y á mí?

Camilo.

¡Brava respuesta!

Liseno.

¡Gallarda!

Diana.

¿Y quién es, Camilo, aquel
que está en aquel chapitel?

Camilo

Es el Angel de la guarda.

Diana

Bien le habemos menester;
pero es grande desvarío,
tenerle al calor y al frio,

si nos ha de defender.

Camilo.

No la entiendo.

Liseno.

Yo tampoco.

ESCENA VII.

Dichos y Fabio.

Fabio.

A recibiros, señora,
sale la ilustre Teodora.

Camilo.

De verla me vuelvo loco.

Liseno.

En viendo su rustiqueza,
se venga de ti Teodora.

ESCENA VIII.

Dichos, Teodora y Julia.

Teodora.

Mil veces venga en buen hora
á su casa vuestra Alteza.

Diana.

Señora, ya yo decia
que en mi borrico andador
pudiera venir mejor,
y venir á medio dia;
pero por esas veredas
con mucho polvo y ruido,
arrastrando me han traido
en una casa con ruedas.

*

Camilo

Es el palacio
de vuestra Alteza.

Diana.

El lugar
puede todo aposentar
su grande y vistoso espacio,
con ovejas y borricos.

Camilo

Vereis aposentos llenos
de pintura, en que es lo menos,
telas y brocados ricos.

Diana.

¿Qué es aquello que está alli?

Camilo.

¿El relox.

Diana

¡Válgame Dios!

Camilo.

Alli señala las dos.

Diana.

Bueno: ¿á Teódora, y á mí?

Camilo.

¡Brava respuesta!

Liseno.

¡Gallarda!

Diana.

¿Y quién es, Camilo, aquel
que está en aquel chapitel?

Camilo

Es el Angel de la guarda.

Diana

Bien le habemos menester;
pero es grande desvarío;
tenerle al calor y al frio,

si nos ha de defender.

Camilo.

No la entiendo.

Liseno.

Yo tampoco.

ESCENA VII.

Dichos y Fabio.

Fabio.

A recibiros, señora,
sale la ilustre Teodora.

Camilo.

De verla me vuelvo loco.

Liseno.

En viendo su rustiqueza,
se venga de ti Teodora.

ESCENA VIII.

Dichos, Teodora y Julia.

Teodora.

Mil veces venga en buen hora
á su casa vuestra Alteza.

Diana.

Señora, ya yo decia
que en mi borrico andador
pudiera venir mejor,
y venir á medio dia;
pero por esas veredas
con mucho polvo y ruido,
arrastrando me han traido
en una casa con ruedas.

*

Echad acá vuestra mano,
que vos la quiero besar.

Teodora.

¿Qué es esto, Camilo?

Càmilo.

Hablar
con el estilo aldeáno;
no os espanteis, que ninguno
nace enseñado.

Teodora.

Es asi:
¿Qué dices, Julio?

Julio.

Que aqui
alma, y cuerpo todo es uno,
y que no hay que tener pena
del tratado pensamiento;
pues su mismo entendimiento
en el pleito la condena;
ó á lo menos será eterno,
pues no es justicia, Teodora,
que den á Urbino señora
inútil para el gobierno.

Teodora.

Hoy mi esperanza nació.

Diana.

Muy linda está su mercé,
y dígame, ¿no tendré
uno como aqueste yo? *señala.*

Teodora.

Ahora, señora mia,
vuestras damas os darán
galas y joyas.

Diana.

No harían.

Teodora.

¡Qué notable bobería! *ap.*
Ahora bien, venid, Diana,
á tomar la posesion
de vuestra casa. El meson *ap.*
le diera de mejor gana.

Julio.

Y yo la caballeriza.

Camilo.

Corrido estoy.

Fabio.

Yo turbado.
Laura y Fenisa han llegado.

ESCENA IX.

Dichos, Laura y Fenisa.

Teodora.

Laura, aquel cabello riza
á su Alteza, y tú despues
Fenisa, con el decoro
que sabes, diamantes y oro
siembra del cuello á los pies.

Laura.

Las dos tendremos cuidado
de vestir y de adornar
á su Alteza.

Diana.

Estoy de andar
con los gansos por el prado
ducha á la crencha ó la trenza.

Teodora.

Buena Duquesa has traido,
Camilo.

Camilo.

Si estoy corrido,
bien lo dice mi vergüenza,

Teodora

Quedáos vosotras aquí:
ven, Julio, que ya la risa
aun por los ojos te avisa
del placer que llevo en mí. *Vanse.*

Camilo

Ya vuestra Alteza ha llegado
á su casa, justo es,
que descanse, que despues
de las cosas de su estado
mas despacio trataremos.

Diana.

¿Luego no me he de volver
á mi lugar?

Camilo.

No, hasta ver
la sentencia que tenemos.

Diana.

¿Ah, Gentil-Hombre?

Fabio

¿Es á mí?

Diana

Un poco tengo que hablaros.
Vosotras, señoras damas,
id á prevenir mi cuarto,
que hablo ya como señora.

Laura

Solo el aire de palacio,
que le ha dado á vuestra Alteza,
hará mayores milagros.

ESCENA X.

Diana y Fabio.

Diana.

¿Quién eres, hombre, que fuiste
cometa, que en breves rayos
fuiste carrera veloz
desde tu oriente á tu ocaso?
¿De los libros de mi historia
pintura, que como en cuadros
representaste á los ojos
sucesos de tantos años?
¿Quién eres, que dispertaste
á pensamientos tan altos
mi dormida fantasía,
entre riscos y peñascos?
¿Quién te dijo que me dieses
aquel aviso, que tanto
me ha valido, para hacer
á Teodora aquel engaño?
Pues sino fuera por tí,
el entendimiento claro
que me dió el Cielo, aumentára
la envidia de mis contrarios.
Hablára con él de suerte
que la vida y el estado
fuera fímera de un dia
en el rigor de sus manos.
Y advierte que esta ignorancia
tengo de usar entretanto
que aseguro estado y vida,
que despues hablaré claro,
y tan claro, que se admiren
que pueda un inculto campo

producir tan raro ingénio;
pero no hay ingénio humano
que esto pueda por sí solo:
tú, pues, con ligeros pasos,
embajador de mi vida,
impulso del Cielo santo,
en el peligro en que estoy
has de ser mi secretario;
que fuera de no tener
otro favor, me declaro
contigo, porque te he visto
á mi remedio inclinado.
No te pregunto quien eres,
que ya me dijeste, Fábio,
la condicion de tu vida;
pero porque estoy pensando
que donde tanta piedad
halló lugar tan hidalgo,
ha de ser norte que guie
la nube de mis cuidados.

Fabio

Señora, el mar proceloso
á donde en pequeño barco
entrais á correr fortuna,
injurioso y destemplado
con los vientos de ambiciones,
toca del Cielo los arcos.
Menester habeis piloto,
mirad qué claro que os hablo,
de mas valor y esperiencia,
para no correr naufragio.
Si os quereis fiar de mí,
vivireis, y si no, en vano,
con aceros inocente,
vencereis á tantos sábios.

Diana.

Fábio, cuando yo contigo
mi entendimiento declaro,
bien sabes que me sujeto;
pensemos ahora entrambos
que consejo tomaremos

Fábio

Señora, aunque gobernaron
mugeres reinos é imperios,
fué con inmensos trabajos,
trágicos fines, y medios
sangrientos, que no dejaron
ejemplo de imitacion:
si algun hombre no buscamos
de valor, que con secreto
os pueda servir de amparo,
vos no podeis ser Cleopatra,
ni Semiramis.

Diana.

Reparo
en que Camilo es indigno.

Fábio.

¿Camilo? gentil caballo,
para lo que yo pretendo.

Diana.

¿Pues qué pretendes?

Fábio.

Casaros
con hombre de tal poder,
que no le iguale Alejandro.

Diana

Pues hagamos un concierto:
que busques el hombre, Fábio,
y le traigas de secreto,
que si del talle me agrado,

como tú de su valor,
iremos los tres tratando
vencer estos enemigos;
pero advierte que quedamos
en que este marido sea,
pues ha de durarme tanto,
repartido entre los dos,
de manera que escojamos,
tú el valor, yo la persona.

Fábio

Tu ingenio y tu gusto alabo,
no como algunas mugeres,
que apenas padre ó hermano
les nombraron casamiento,
cuando con el desenfado
que si fuese para un dia,
lo que es para tantos años,
cierran con él, sin mirar
si es azúl, ó colorado,
de que nace que el oficio
de marido, ó carga ó cargo
le substituyan tenientes.

Diana.

Parte, que me estan mirando;
el Cielo tus pasos guie.

Fábio.

Tú verás como te traigo
un hombre....

Diana.

¿Quién por tu vida? (1)

Fábio.

No lo sé, vete despacio;

(1) *Como qué se entran, dicen lo que sigue.*

que ahora le voy á hacer.

Diana.

Sea valiente.

Fábio.

Un Orlando.

Diana.

Sea ilustre.

Fábio.

Será un Rey.

Diana.

Liberal.

Fábio

Un Alejandro.

Diana.

Famoso.

Fábio.

Cesar, ó Aquíles.

Diana.

Ayroso sábio.

Fábio

Y gallardo.

Diana.

Mancebo.

Fábio.

Lo principal.

Diana.

Yo le aguardo

Fábio

Yo me parto

á buscar este marido,

como si fuere de barro.

ESCENA XI.

Decoracion de Campo.

Alejandro, Albano, y criados como de caza.

Alejandro.

Gran deleyte la caza.

Albano.

En él se prueba,
pues á los montes del confin del Urbino,
desde Florencia sin parar te lleva.

Alejandro.

Llamarle puedes dulce desatino;
¡qué hermosa fuente de esta obscura cueva
remite al valle el paso cristalino,
el rubio lirio y la azucena cana,
parece que es el baño de Diana!

Campos, yo pienso que del Cielo fuisteis
al hombre los mayores beneficios,
que fuera del sustento que le disteis,
templais la gravedad de los oficios:
¿qué pensamientos no se alegrán tristes
entre estos naturales edificios,
arquitectura que formó el diluvio,
mejor que los diseños de Vitrubio?

Allí un peñasco empina la alta frente,
que parece que al cielo desafia:
allí se humilla, y mas profundamente
su firme fundamento hallar porfia:
¡qué puerta mas pomposa y eminente
coronan entre dórica armonía
mas reales trofeos, que á estos riscos
guirnaldas de tarayes y lentiscos!

En esta soledad parece el Cielo

prado de flores cándidas y bellas,
y en tanta faz el esmaltado suelo,
con licencia del sol, prado de estrellas:
¡qué cosa es ver un músico arroyuelo,
sirviendo de instrumento á las querellas
de un ruiseñor, que hablando mas suspira,
canta la solfa que en su arena mira.

Albano.

Pienso que quiere ya vuestra escelencia
ser hermitaño de ese monte.

Alejandro.

Albano,
tal vez el olvidarse de Florencia,
hace despues mayor el gusto.

Albano.

Es llano.

Alejandro.

Si Nápoles admite competencia,
donde naturaleza abrió la mano,
no dudes que es Florencia; pero importa
para estimarla alguna ausencia corta.

ESCENA XII.

Dichos y Fábio.

Fábio.

Yo pienso que voy fuera de camino,
que no es el de Florencia el que he tomado.

Albano.

Un hombre al parecer viene de Urbino.

Fábio.

Gente desciende de este monte al prado.

Albano.

Buen hombre ¿qué buscais?

Fabio.

Perdido el tino,
por estos laberintos voy errado.

Alejandro

Fábio, tu voz conozco.

Fábio.

¡Señor mio!

Alejandro.

En tu pasado amor los brazos fio.

Fabio.

Bien haya el yerro que tan bien acierta.

Alejandro.

Desde que de Florencia te partiste,
ingrato me olvidaste.

Fábio.

Desconcierta
toda razon una fortuna triste;
resucitaste mi esperanza muerta,
cuando, señor, en salvo me pusiste
de la justicia de tu heróyco hermano.
que no pudo sin tí remedio humano.
Víneme á Urbino siempre rezeloso
donde al Duque serví, que muerto yace,
no ingrato á tu valor, mas temeroso,
que siempre el miedo de la culpa nace;
bien sabes que un contrario poderoso
nunca sin sangre agrávios satisface.

Alejandro.

Disculpa tienes, Fabio, que el agravio
siempre le ha de tener presente el sábio.
¿Dónde vas por aqui?

Fabio.

Voy atrevido
á buscar un marido á cierta dama,
aunque buscarle en monte no haya sido

feliz agüero de su incierta fama.

Alejandro.

¿Es muger principal?

Fabio.

De esclarecido
nombre y sangre real.

Alejandro.

¿Cómo se llama?

Fabio.

Es cosa de grandísimo secreto.

Alejandro.

¿Secreto?

Fabio.

Sí.

Alejandro.

Pues búscale discreto.

Fabio.

Esta es muger, que serlo de un hermano
pudiera del gran Duque de Florencia.

Alejandro.

Yo soy, llévame á mí.

Fabio.

No hablaste en vano,
aunque burlando estás mi diligencia,
pero salgamos al camino llano,
que te importa escucharme.

Alejandro.

Doy licencia
para veras ó burlas.

Fabio.

Pues advierte.

Alejandro.

Comienza.

Fabio.

Escucha tu dichosa suerte.

ESCENA XIII.

Salon de palacio.

Teodora y Julio.

Teodora.

No pude yo desear
mas venturoso suceso.

Julio.

La ventura te confieso,
como saberla gozar.

Teodora.

Camilo no acierta á hablar
de corrido y de turbado,
pero dirá que es casado,
que es fácil de persuadir;
Diana no ha de regir,
sino Camilo, su estado;
temo que ella ha de querer
cualquier propuesto marido.

Julio.

Lo mismo me ha parecido
de una inocente muger,
y que si lo viene á ser,
el mismo daño nos viene;
luego remedio conviene.

Teodora.

En aquel simple sugeto,
si el alma es causa, el efeto
de ella producirse tiene;
si con tanto entendimiento
tantas se casaron mal,
¿qué hará quien le tiene igual?

Julio.

Lo mismo, Teodora, siento,
pero escucha un pensamiento.

Teodora.

¿Cómo?

Julio.

Tú la has de decir
mal de los hombres, que oir
cosas que la den temor;
y la puedan persuadir,
harán en su entendimiento,
si alguno puede tener
tan simple y necia muger,
que aborrezca el casamiento.

Teodora.

Es discreto pensamiento;
¿mas si lo que es general,
por condicion natural,
y por flaqueza tambien,
la fuerza á quererlos bien,
qué importa decirla mal?

Julio

¿Y qué importa que lo intentes?

Teodora

Yo lo haré, que puede ser
que aproveche, aunque el querer
tiene muchos accidentes.

Julio

¿Por qué lo contrario sientes?

Teodora.

Porque es amor un furor,
que obliga á amar con rigor
á los de sentido agenos,
que un animal sabe menos,
y sabe tener amor.

ESCENA XIV.

Dichos, Diana muy bizarra, Laura, Fenisa y acompañamiento.

Diana.

¿No vengo buena?

Teodora.

Estremada.

Diana.

¿No ves cuál traigo el cabello?
Laura me le ha puesto así,
devanado en unos hierros,
mas cuando oí que Fenisa
los ensartaba en el fuego,
desde el estrado salí
hasta el corredor huyendo.
Mire qué de varalijas
me han puesto por todo el pecho.

Julio.

Por Dios que está vuestra Alteza
como un ángel.

Diana.

Yo lo creo.
A ver, vuélvalo á decir,
como dicen en el pueblo.

Julio.

Que está vuestra Alteza hermosa.

Diana.

¿Pues quereis que nos casemos?

Teodora.

Señora, no hableis así,
tened á los hombres miedo.

Diana.

¿Pues por qué?

Teodora.

Porque son malos,

Diana

Yo pensaba que eran buenos....
¿Mi padre el Duque, fue hombre?

Teodora.

Sí señora.

Diana.

Pues yo pienso,
que pues le quiso mi madre,
no era malo, sino bueno.
¿Qué mugeres han parido
sin hombres?

Teodora.

Ninguna.

Diana.

Luego
parà algo deben de ser
en el mundo de provecho.

Teodora.

Las mugeres principales
de ellos han de andar huyendo.

Diana

¿Y qué importa que ellas huyan,
si las han de alcanzar ellos?

Fenisa.

¡Qué maliciosa villana!

Laura.

Si, pero boba en estremo.

Diana.

¿Ola, Fenisa?

Fenisa.

¿Señora?

Diana.

Cuando os mirais al espejo,

cuando os vestis tantas galas,
cuando os rizais los cabellos,
cuando llamais dando manos,
cuando descubris manteos,
cuando enjaezais los chapines,
que solo falta ponellos
peales de cascabeles,
¿es para salir corriendo,
porque no os topen los hombres?

Laura.

Señora, no pretendemos
desagradarlos, que es todo
materia de casamiento.

Diana.

¿Cuando noche de San Juan,
esperais con tal silencio,
lo que dicen los que pasan,
es por San Juan ó por ellos?

Fenisa.

Por ellos, señora mia.

Diana.

¿Y cuando salis haciendo
la pava con anchas naguas,
imitando en rueda y ruedo
disciplinante galan,
es todo aquel embeleco
por mugeres ó por hombres?

Laura.

Para venir de un desierto
campo, mucho sabes.

Diana.

Yo,
Laura, á los hombres me atengo.

Teodora.

Camilo la ha dicho amores.

Julio.

Eso, señora, sospecho.

Teodora.

El viene.

Julio.

Será á burlarse,
que con otros caballeros
de rebozo viene á verla.

ESCENA XV.

Dichos, Camilo, Liseno, Albano, Alejandro y Fabio

Alejandro

El que me conozcan temo,
aunque haber estado en Roma,
como sabes, tanto tiempo,
con el Cardenal mi hermano,
asegura mi deseo.

Fabio.

Ponte la capa en el rostro,
demás de tener por cierto
que no te ha visto ninguno,
porque todos presumiendo,
que Diana es muger simple,
en sus acciones suspensos,
solo reparan en darla
mas aplauso que respeto

Alejandro.

Sin que me digas quién es,
sus fingidos movimientos
me lo han dicho

Fabio.

Dices bien,
que fácil es conocerlos;
de tu entendimiento, Fabio.

¿qué te parece?

Alejandro.

Que inclina

á amor y lástima.

Fabio.

Llego

con tu licencia á decirla

que te traigo.

Alejandro.

Advierte.

Fabio.

Advierto.

Alejandro.

Que no la digas quien soy,

que esto ha de ser á su tiempo.

Fabio.

¿No tiene gentil persona?

Alejandro.

Fabio, de amigos, de ingenios,

de mugeres, y pinturas

no se ha de juzgar tan presto.

De amigos, porque son falsos,

de ingenios, porque son nuevos;

de pinturas, porque tienen

dificil conocimiento,

de mugeres, porque muchas:

Fabio.

No lo digas, ya te entiendo.

Alejandro

Son hermosura sin alma.

Fabio

Pero en este gran sugeto

todo está junto: yo voy.

Alejandro

Y yo aguardo, satisfecho

Fabio.

Ponte de buen aire; llego,
y repare vuestra Alteza.

Camilo.

Admirado estoy, Liseno,
de que estuviese sin alma
la belleza de aquel cuerpo.

Liseno.

Son árboles que sin fruto
altos y floridos vemos.

Diana.

Un secretario ha venido, *ap.*
hablarle por cifras quiero,
que ya por señas me dice
lo que sin ellas sospecho.
Si tengo de estar acá
y tantos señores veo,
es imposible que pueda
hablarlos sin conocerlos.
Aprendiendo voy los nombres,
Camilo, Julio, Liseno,
Teodora, Laura, Fenisa:
¿vos quién sois, que no me acuerdo
haberos visto otra vez?

Fabio.

Soy, señora, un escudero
de vuestra Alteza.

Diana.

¿Qué nombre?

Fabio.

De Canto de órgano tengo
la entrada: Fábio me llamo.

Diana.

¿Sois hombre?

Fabio.

Pudiera serlo
honrándome vuestra Alteza,
porque á imitacion del Cielo
los Príncipes hacen hombres.

Diana.

Dice Teodora que de ellos
huya, porque son traidores.

Fabio.

Pues yo de leal me precio.

Diana.

¿Qué hay de aquello? *ap.*

Fabio.

Ya lo truge. *ap.*

Diana.

¿Cuál de ellos es?

Fabio.

El que atento
á que le mires, se quita
de aquella capa cubierto,
de cuando en cuando el rebozo;
mírale bien.

Diana.

Ya le veo,

Fabio.

¿Es bueno?

Diana.

Despues de hablado
te diré lo que de él siento.

Fabio.

Lo mismo de ti me dijo.

Diana.

Pues debe de ser discreto.

Fabio.

Cuando á buscarle partí

hicimos los dos concierto,
que tu escogieses el talle,
y yo escogiese el ingénio.
¿Qué hay de tu parte?

Diana.

Asi, asi.
Mas dime si lo compuesto,
de mi talle le ha agradado.

Fábio.

Asi, así.

Diana.

¿Venganzas? bueno.
¿Qué nombre?

Fábio.

No me lo ha dicho.

Diana.

¿Pues dónde encontraste, nécio,
este marido sin nombre
para tan grande sugeto?

Fábio.

El te lo dirá, que yo
lealtad á entrambos profeso.

Diana

Voyme, y pasaré mas cerca.

Fábio.

Es un gallardo mancebo.

Diana.

¿Teodora?

Teodora.

¿Señora mia?

Diana.

Mucho me enfada el concierto
de palacio, allá en mi casa
siempre estaba yo comiendo,
á todas horas, y asi,

ir á la cocina quiero,
como en mi casa solia.

Teodora.

¡Qué notable desconsuelo!
deténgase vuestra Alteza.

Diana.

Ya, Teodora, me detengo
para mirar estos hombres,
que ver mas cerca deseo:
¿qué gracia ó qué falta tienen,
que obligue á tenerlos miedo? (1)

ESCENA XVI.

Alejandro y Fábio.

Fábio.

Ya que se fueron, señor,
dime lo que sientes de esto,
porque en todos los principios
tienen las cosas remedio.
Aquí no estás empeñado,
porque con discreto acuerdo
negué tu nombre, aunque fuera
despertar su pensamiento
decirla, este es Alejandro
de Médicis por lo menos,
del gran duque de Florencia
hermano, de Francia deudo,
y persona que en las armas....

Alejandro.

Detente, Fábio, y tratemos
como solicite yo
á Diana con secreto,

(1) *Vase mirando á Alejandro.*

para ser Duque de Urbino,
que están á la mira puestos
mil Príncipes confinantes.

Fabio.

Quien agradecido ha puesto
su persona en este punto,
dará para todo medio
que nos dé glorioso fin;
tú de enamorarla tierno,
y yo haciendo el dulce oficio....

Alejandro.

¿De qué?

Fabio.

De tercero vuestro:
en el palacio de Urbino
habemos de poner presto
de los Médicis las armas.

Alejandro.

Yo te daré....

Fabio.

No lo quiero,
porque quien á buenos sirve
eso le basta por premio.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Diana con sombrero y capotillo, Alejandro en trage de noche, Fábio y Laura.

Diana.
¿Tan presto quieres irte?
Alejandro.
Fábio, señora, dice que amanece.
Fábio
Bien puedes despedirte,
que el crepúsculo crece,
y la tumba del sol se desvanece.
Diana.
Esta, Alejandro, es la primer noche
que en aqueste jardin hablé contigo,
Fábio solo testigo,
y Laura, de quien fio este secreto,
hasta que tenga venturoso efecto.
Laura.
¿Entiendes, Fábio tú, del carro ó coche
donde van las estrellas?
Fábio.
Vendrá muy á propósito por ellas
sacar, Laura, la hora
despues que el sumiller del sol, la aurora,
le corre la cortina,
esparciendo la niebla matutina.
Laura.
Habla cristiano, ó noramala vete.

Fábio.

¿Esto no es culto?

Laura.

No.

Fábio.

¿Pues qué?

Laura.

Cultete.

Alejandro.

Diana hermosa, Fábio me ha contado
que te daba cuidado,
no mi persona ya, mi entendimiento;
¿parécete que digo lo que siento,
y siento lo que digo?
¿Soy bueno para dueño, ó para amigo?
que de cualquiera suerte en tu servicio
la vida, el alma es corto sacrificio:
si estoy examinado,
dame, señora, el grado
de galan ó marido.

Diana.

Con el mismo temor, lo mismo pido,
que como la primera vez me viste,
que es fundamento, en que el amor consiste,
con tan simples afectos y señales,
y aquella aprension tarde se olvida,
la memoria ofendida,
puede ser que conserve acciones tales.

Alejandro.

Y una noche, Diana,
que hablando nos divide la mañana,
¿no quieres que tu raro entendimiento
me dé conocimiento,
de que tal exterior sirve de muro
á la perla del alma en nacar puro?

Tal es tu ingenio y tu real decoro,
como licor precioso en vaso de oro;
y admírame que sea
de tanta ciencia cátedra una aldea.

Diana.

Si yo, gallardo Médicis, te agrado,
tu ingenio, tu persona, á mi cuidado
es al círculo de oro semejante
que esmalta y ciñe brillador diamante.

Laura.

Si estais ya concertados,
mirad que del jardin los acopados
árboles hacen sombras,
y se ven de las flores las alfombras,
en cuyos cuadros cultos
repite luz el alba.

Fabio.

Pintados pajarillos hacen salva,
entre los verdes árboles ocultos,
con la dudosa luz del nuevo dia;
¿y no teneis temor, que ser podria,
que os viesen tantos necios pretensores?

Alejandro.

Mal sabes tú qué es comenzar amores,
que hasta ganar el alma que desea
no hay amante que tema ni que vea.

Diana.

Hablar siempre discreto
ya no será posible, que en efeto
donde hay amor hay zelos, linces tales,
que penetran los orbes celestiales,
y los oscuros limbos de la tierra.

Alejandro.

Para escusar la guerra
de la envidia curiosa

la industria solamente provechosa,
puede hallar algun medio,
de ella desvelo, y de los dos remedio:
¿qué te parece que Alejandro intente?

Laura.

Huye presto, señor, que viene gente.

Diana.

¿Tan presto gente aqui?

Fabio.

¡Gentil olvido!

Laura.

¡Qué ciego es el amor entretenido!

Diana.

Con el gusto no via
que nos miraba el dia.

Alejandro.

Y yo, no viendo estrellas en su velo,
pensé que se pasaron á tu cielo;
á Dios, señora mia.

ESCENA II.

Teodora y Fenisa.

Teodora.

¿Hombres dices que viste?

Fenisa.

Pues no los ves huir, porque sintieron
que su amorosa plática rompiste.

Teodora.

Sentí la llave, y que la puerta abrieron
que sale al muro.

Fenisa.

¡Qué furioso escapa,
dejándonos el oro de la capa
en los ojos el uno,

por testigo de que es amante alguno
de tantos pretendientes!

Teodora.

Fenisa, no será de los ausentes;
aunque pueden servirla de secreto,
y que he tenido zelos te prometo
de que la miré Julio.

Fenisa.

No lo creas,
que aunque es gallarda, son acciones feas
las de su entendimiento,
porque fuera sin alma amor violento.

Teodora.

Esto no me asegura,
que el ingenio, la gracia y la hermosura,
que á muchas les negó naturaleza,
discretas hizo y lindas la riqueza,
y yo he notado en Julio tal mudanza,
que no debe de ser sin esperanza
de ser Duque de Urbino.

Fenisa.

Antes de la sentencia es desatino.

ESCENA III.

Dichas y Diana.

Teodora.

¿Bellísima Diana, entre las flores
tan de mañana? afectos son de amores;
las plumas, y el vestido
muestran, que aquí la noche habeis tenido:
yo ví por las espaldas
el oro entre las verdes esmeraldas
de estos árboles y hojas: ¿qué es aquesto?
¡hombres con vos! ¿cómo olvidais tan presto

lo que os tengo advertido?

Diana.

Señora, como boba soy, me olvido
fácilmente de todo.

Teodora.

¿No veis que de ese modo
ofendeis la grandeza en que nacisteis?

Diana.

Que huyese de los hombres me dijisteis,
pero como yo sé los mandamientos,
que es mas obligacion que vuestros cuentos,
y amarás á tu prójimo, decian,
como á tí mismo, ví que no tenian
vuestras lecciones buenos fundamentos.

Teodora

Amadme á mí para cumplir con ellos.

Diana.

No debeis de sabellos;
¿no veis que dice prójimo, y si fuera
para muger, que prójima dijera?
veis, como vais, Teodora,
contra los mandamientos?

Teodora.

Yo, señora,
deseo cuanto puedo,
que no te engañe alguno.

Diana.

No hayais miedo.

Teodora.

Engañan las discretas y avisadas,
¿qué harán de vos?

Diana.

Por muchas engañadas,
en todos los estados,
siempre son mas los hombres engañados.

Fenisa.

Esto no sabe á mucha bobería. *ap.*

Diana.

¿Pero decidme vos, por vida mia,
por qué los quereis mal? que es buena gente;
¿quién hay que nos defienda, y nos sustente?
Pues desde que nos paren nuestras madres,
todo es cuidado y ansias de los padres,
para darnos remedio.

Fenisa.

La Corte se vistió de medio á medio. *ap.*

Diana.

¿Joyas, vestidos, galas y placeres,
debémoslas acaso á las mugeres?,
y fuera de esto, aunque de mí te asombres,
no ves que las tres partes de los hombres,
han muerto por nosotras: luego es justo
querer á quien nos quiere, y con tal gusto
nos sirve, nos regala, nos sustenta,
y con su amparo defender intenta,
con el amor la vida, y con las manos.

Teodora.

Antes, Diana, son unos tiranos,
que no nos quieren mas que mientras dura
la verde edad, la gracia, y la hermosura;
matándonos á zelos, y es de modo,
que ellos lo quieren todo;
y no nos dejan ver el sol apenas.

Diana.

Pienso que quieres bien lo que condenas:
ven, Laura amiga, y mudaré vestido.

Laura.

Mucho te has declarado.

Diana.

No he podido

esta vez reprimir mi entendimiento,
que es luz, en fin, y sigue su elemento *vanse.*

Teodora.

¿Quién pensára, Fenisa, que supiera
estas cosas Diana en cuatro dias?

Fenisa.

Si tu buen natural se considera,
¿no ha de vencer las rudas fantasías
aquella sangre ilustre?

ESCENA IV.

Dichas y Julio.

Julio.

Haced pensamiento mio *ap.*
lugar, aunque estais de asiento,
á mi nuevo pensamiento,
pues teneis libre alvedrio.
Perdonadme, si os desvio
de la obligacion de quien
lo mismo hiciera tambien;
que la razon natural,
quiere que aborrezca el mal,
y que solicite el bien.
Los ojos puse en Diana
desde el punto que llegó,
no porque me enamoró,
si honesta hermosa y villana,
mas porque tengo por llana
su justicia, y siendo asi,
ganaré lo que perdí,
si á quien la tiene me inclino,
porque ser Duque de Urbino,
es lo que me importa á mí.

*

Teodora.

¿Julio?

Julio.

Señora, no en vano,
con mas hermosos colores,
se levantaban las flores,
desde tus pies á tu mano:
embajador del verano
suele ser el ruiseñor,
y ahora de flor en flor
vienes á ser, Filomena;
rie el prado, el aire suena,
llora el agua, rie amor.
¿Ya qué puede sucederme,
que no sea dicha este dia?

Teodora.

Segura estará la mia
con pagarme y con quererme:
aqui vine á entretenerme,
y hallé á Diana, que ya
en ser bachillera da.

Julio.

Es lazo en que dan los necios,
para mayores desprecios.

Teodora.

Algo reformada está.

Julio.

Es un mármol que ha vestido
de rústica arquitectura
naturaleza, tan dura,
que Camilo arrepentido
está de haberla traido,
y tan confuso el senado,
que le ha puesto en mas cuidado
el volverle á deshácer,

que el pensar que ha de poner
tal señora en tal estado.

Teodora.

Por ir á verla vestir
las galas de hoy, no me puedo
detener contigo. *vase.*

Julio.

Quedo
sin tí, no hay mas que decir.
Esto me importa fingir,
ya que con Diana intento
este nuevo pensamiento,
que luego que tenga amor,
sobre su mucho valor,
lucirá su entendimiento.

ESCENA V.

Julio y Camilo.

Camilo.

Huélgome de hallarte á solas,
que tengo que hablar contigo.

Julio

Ya sabes mi inclinacion
á tu amistad y servicio.

Camilo.

Si en ella puso Teodora,
cuando los dos la servimos,
alguna discordia, Julio,
siendo deudos, siendo amigos,
ya no causarán los zelos
los pasados desatinos,
que del amor de Teodora
toma venganza el olvido.
De hablar con Diana vengo,

y paréceme que he visto,
no su juicio concertado,
mas no alterado su juicio.
Con su Secretario estaba
escribiendo á los que han sido
pretendientes de Teodora,
que le han dado por escrito
el parabien del estado:
aqui, Julio, te suplico
que me escuches mas atento.

Julio.

¿Qué mas atento?

Camilo.

Pues digo,
que si este estado ha de ser,
ó de un estraño ó vecino,
donde como dueño ageno,
corren los propios peligros,
es mejor que yo lo sea,
que por ser Duque de Urbino,
no reparo en lo interior
de este rústico edificio;
porque no la quiero yo
para que me escriba libros,
ni para tomar consejo,
que de muger no le admito.
Tú, pues quieres á Teodora,
que nunca quien ama quiso
mas interés que su gusto,
ayuda el intento mio,
pues que no puedes dejar,
por amante y bien nacido,
de quererla, á cuya causa
á Duque de Urbino aspiro;
que si me das tu favor,

y la posesion conquisto,
todos mis estados quedan
á eleccion de tu alvedrio.

Julio.

Mucho me pesa que pienses,
ó generoso Camilo;
siendo discreto, que pueda
el gusto, y mas si es fingido,
vencer tan grande interés,
como ser Duque de Urbino.
Cuando yo amaba á Teodora,
era fundado designio,
de ser forzosa heredera,
pero viendo como has visto
que es Diana, ¿quién tan loco
tomára tan necio arbitrio,
como dejar la esperanza
de la pretension que sigo
con el mismo pensamiento?
¿Quién se viera tan rendido
á la mayor hermosura,
que naturaleza hizo;
al mas raro entendimiento,
al cuerpo mas cristalino,
(cosa que siguen los hombres
con engañoso juicio)
que dejára un grande estado
por un bien, que siempre ha sido
imaginada victoria,
y ejecutado delirio;
breve cometa del gusto,
que suele traer consigo
el justo arrepentimiento,
á espaldas del apetito?
Las cosas que son posibles,

han de pedir los amigos,
que es locura y no razon,
amistad contra sí mismo.
Los amores de Teodora,
no fueron mas de principios,
mudó fortuna el semblante,
y mi amor mudó de sitio.
Mas quiero boba á Diana,
con aquel simple sentido,
que bachillera á Teodora;
pues un filósofo dijo,
que las mugeres casadas
eran el mayor castigo,
cuando soberbias de ingenio
gobernaban sus maridos:
Lo que han de saber es solo
parir y criar sus hijos:
Diana es hermosa, y basta
que sepa criar los mios.

Camilo.

No esperé de tu lealtad
respuesta tan descompuesta,
pero ha sido la respuesta
como ha sido la amistad.
¿Mas qué mejores razones
me pudiera responder,
quien rompe de una muger
las muchas obligaciones?
Pero no se lograrán,
que en sabiéndolo Teodora,
á quien yo lo diré ahora,
(pues tus agravios me dan
para bajezas licencia)
á entrambas las perderás,
y á mí que te importa mas.

Julio.

¿Y qué ha de hacer mi paciencia,
Camilo, en esta ocasion?

Camilo.

Remitir el desagravio,
á las obras y no al labio,
que palabras no lo son.

Julio.

Pues quitándote la vida
podré solo pretender.

Camilo.

Quien la sabe defender, *riñen.*
nunca de quien es se olvida.

ESCENA VI.

Dichos y Diana, Teodora, Fabio y Marcelo.

Teodora.

Ya se luce la cabeza,
que por gobierno teneis.

Diana

¡Ola! ¿qué es esto que haceis?

Marcelo

¿Ya no lo ve vuestra Alteza?
Julio y Camilo reñian.

Diana.

¿Marcelo, es esto mal hecho?

Marcelo

Cuando hay enojo y despecho,
al campo se desafian
los caballeros, no aqui.

Diana.

¿Qué haré, Teodora?

Teodora.

Prendellos.

Diana.

¿Prendellos? ¿pues querrán ellos?

Teodora.

Mandadselo vos.

Diana.

¿Yo?

Teodora.

Sí.

Diana.

Las espadas me desmayan.
Escribidle á los dos,
Mrrcelo, una carta vos,
en que á la cárcel se vayan.

Fabio.

Buena traza.

¿La razon

Marcelo.

de la pendencia, qué fué?

Camilo.

Fué la Duquesa.

Marcelo.

¿Porqué?

Camilo.

Casarla fué la ocasion,
mas no tambien empleada,
aunque con mucha nobleza,
como merece su Alteza.

Diana.

No, no, que ya estoy casada.

Teodora.

¿Casada? ¿con quién?

Diana.

Con vos,
que pues que no he de querer
hombres, sereis mi muger.

Teodora.
Poned en paz á los dos,
haced que se dén las manos.
Diana.
¿Luego quereisles casar?
Teodora.
Y los dos pueden dejar
esos pensamientos vanos.
Diana.
Casense Julio y Camilo,
pues ya lo estamos los dos,
dad fé, Secretario vos,
¿entendeis? por buen estilo
de que quedamos casados.
Sin duda que la cuestion (*á Laura.*)
nació de la pretension,
Laura, de aquestos estados.

ESCENA VII.

Dichos y Alejandro con botas y espuelas.

Alejandro.
Si deslumbrado por dicha
entré, señores, aquí,
que tanto ha podido en mí
la fuerza de una desdicha,
suplicoos me perdoneis.
Diana.
¿Qué es esto, Fábio?
Fabio.
Señora,
como tú lo entiendo ahora.
Diana.
¿Caballero, qué quereis?
Alejandro.
¿Cual es su Alteza?

Diana.

Yo soy
su Alteza, si me buscais,
pues bien ¿qué es lo que mandais,
que os entrais á donde estoy
con las espuelas calzadas?
¿sois por ventura francés,
que las tienen en los pies
para siempre vinculadas?
que como entre las naciones
son los mejores caballos;
de galos se han vuelto gallos,
y gallos con espolones.

Alejandro

Tanto mi peligro ha sido,
que dejo el caballo muerto
á esa puerta.

Diana.

Desacierto,
que mejor hubiera sido
haberle metido acá,
y que se muriera aquí.

Teodora.

Caballero, oidme á mí,
que esta gran señora está
de enfermedad que ha tenido
distraida, como veis:
¿á qué venís? ¿qué queréis?

Diana.

Mentís, porque ya ha venido
mi salud, y estoy tan buena,
que cierta temeridad
es sola mi enfermedad,
hasta quitarme la pena.
¡Que se entrase, Fábio, aquí (*á Fábio*)

Alejandro de esta suerte!

Fabio

Si él no sale bien de todo,
pasos y tiempo perdí.

Alejandro.

Hermosa Diana,
retrato de aquella
que con las tres formas
por deidad celebran;
que luna en el cielo,
Diana en la tierra,
en el centro obscuro
Proserpina reina;
pues fuisteis señora
Diana en las selvas,
luna en el estado
donde sois duquesa;
y mientras estuvo
sayal encubierta,
Proserpina clara
reina de tinieblas.
Octávio Farnesio
á vos se presenta,
del Príncipe hermano
de Parma y Plasencia.
Amor, que en las almas
tiene tanta fuerza,
mayormente cuando
verde primavera,
tiernos años gozan
faltos de esperiencia.
En la luz hermosa
bañando las flechas
de unos ojos negros
de una dama bella,

Naguas de cambray,
con randas flamencas,
partian el campo
de su imágen bella;
porque la camisa
de mangas abierta,
mostraba los brazos
de cándida cera:
al uso de Italia
por el pecho suelta,
dos suspensos bultos,
pomos de azucenas.
Al marido entonces
el honor despierta,
porque quien le tiene
no es bien que se duerma.
La jurisdicion
de la cama tienta,
lo frio le abrasa,
lo ardiente le hiela.
Porque los que aman
este estado sientan,
que aun allí no tienen
segura la prenda:
salta de la cama,
y toma en defensa
de su honor y vida
espada y rodela:
presto halló el engaño,
y á nosotros llega,
porque las desdichas
siempre fueron ciertas.
Conmigo se afirma;
la cólera ciega,
nunca por preceptos,

gobernó las letras:
y como el agravio
ni esgrime ni llega,
cuchilladas tira
con poca destreza:
á pocas, turbado
por mi espada se entra,
del jardin los cuadros
con la sangre riega:
saco á Porcia en brazos,
sin herida muerta,
y en un monasterio
defendida queda.
Apenas la aurora
sacó la cabeza
á llorar desdichas
en viendo la tierra,
cuando diez soldados
mi aposento cercan;
préndeme mi hermano,
y él mismo sentencia,
porque propia sangre
mas ejemplo sea,
dando á la justicia
magestad severa.
Ya llegaba el dia,
cuando una doncella,
hija del alcayde,
piadosa me entrega
joyas y cadena:
salgo en el caballo,
que si vivo queda,
como el de Alejandro
mármol se prometa.
Hoy á vuestros pies

mis fortunas llegan,
mostrad que sois angel
por librarme de ellas:
dadme vuestro amparo,
que mi historia es esta,
será vuestra gloria
remediar mi pena.

Diana.

Discreto debeis de ser,
mas no se os ha parecido,
engañador habeis sido,
guardese toda muger.
¡Hi de putá. bellacon,
cómo pintó por la senda
la camisa de su prenda!
¿aun no trajera jubon?
¡Qué linda vista teneis!
pues de aquellas naguas frescas,
visteis las naguas flandescas,
á fé que no me engañeis
¿De esos sois? no mas conmigo,
á buen tiempo os declarais,
pues al de Parma me dais
por capital enemigo.
¿Andais á engañar mugeres
de noche por los jardines?

Teodora

No es justo que lo imagines,
si de desdichas lo infieres.

Fabio

Señora, á este caballero
favorece.

Diana.

¿Vos hablais
por él? ¿tan seguro estais

de su culpa, majadero?

Fabio.

¿Qué has hecho?

Alejandro.

Aquesto fingí por verla.

Diana.

¿O Ulises astuto?
vayase Porcia con Bruto,
¿qué es lo que me quiere á mí?

Fabio.

Señora, no es en tu agravio,
invencion debe de ser. *á ella:*

Diana.

Vive Dios, que le he de hacer
dar mil estocadas, Fabio.
Venid conmigo, Camilo,
y Julio.

Julio

¿Qué airada estás?

Diana

¿Qué quereis? no puedo mas
en viendo traidor estilo.

ESCENA VIII.

Teodora, Alejandro y Fabio.

Fabio.

Quisiera poder hablarte,
y quedose aqui Teodora;
¿pero qué dirás ahora,
con que puedas disculparte?

Alejandro

Anda, Fabio, que es locura
la de Diana, y no amor,
y si este ha de ser su humor,

su estado, ni su hermosura
no me prestarán paciencia.
Entra á verla, y dila, Fabio,
que sentido de este agravio,
daré la vuelta á Florencia,
que yo no quiero muger
con lucidos intervalos

Fabio.

¡Con qué gentiles regalos
la dispones á volver
á su amistad? mas yo voy
por ver de que se ha sentido. *Vase.*

Teodora.

Ahora que Fabio es ido,
os quiero decir quien soy,
generoso caballero.

Alejandro.

Ya, señora, lo he sabido,
y ahora perdon os pido
de no haber hecho primero
lo que era razon con vos.

Teodora.

De mí tambien estad cierto,
que de aqueste desconcierto,
estoy corrida por Dios;
perdonad la bobería;
que la señora Duquesa
no sabe mas

ESCENA IX.

Dichos, Diana y Fabio al paño.

Alejandro.

No me pesa
de ver su descortesía,

si ha pasado por su puerta
por la posta Salomon,
pésame de la ocasion
neciamente descubierta
á quien me ha tratado asi.

Teodora

La relacion que la hicistes
de vuestras fortunas tristes,
mas impresion hiso en mí:
mis joyas, casa y hacienda
tened por vuestras, Octavio.

Diana.

¿Qué sientes de aquello, Fabio?

Fabio

Siento que el diablo lo entienda.

Alejandro

¿A tantas obligaciones,
¿qué puedo yo responder?

Teodora.

La herencia de esta muger
está ahora en opiniones;
si sale el pleito por mí,
Farnesio ilustre, creed,
como vos me hagais merced,
si habeis de asistir aqui,
de darme vuestro favor,
de premiaros de tal modo,
que venga á ser vuestro todo.

Diana

¿Aquello es temor ó amor?

Fabio

Temor de verse en estado,
que todo lo ha menester.

Diana

Zelos me dan, soy muger,

porque corre el cuidado.

Alejandro.

[illegible], señora, licencia

para pasar en [illegible]

[illegible]

Fabio.

Por tu [illegible]

quiero volver á Florencia.

Diana.

¿A por Florencia, ignorante,

siendo ésta de Parma hermano?

Fabio.

Todo aquello es cuento vano,

por estar gente delante.

Teodora.

Id con Dios, gallardo Octavio,

y en prendas de que sereis

de mi parte, y vengareis

de mi justicia el agravio,

este diamante traed *dábele.*

por divisa de una dama.

Alejandro.

¡Señora, tanta merced!

tomarele por prision,

como fue antigua señal,

para ser grillo inmortal

del dedo de corazon.

Diana.

Si se detiene, y porfia

tanto, quien escucha yerra;

presumo que doy en tierra,

con toda la bobería.

Fabio.

Voy tras él.

Alejandro.

Fabio, ¿y Diana?

Fabio.

Calla, que está aqui, y te oyó.

Alejandro.

¿Será bien hablarla?

Fabio.

No,
que es airada tigre hircana;
echa, señor, por aqui,
y finje que no la viste.

ESCENA X.

Teodora y Diana.

Teodora.

Diana, ¿dónde tan triste?

Diana.

Estoile desde hoy por mí,
diste me, amiga Teodora,
recien venida un consejo,
que no tomas para ti.

Teodora.

¿Cómo?

Diana.

Ya por no ser buenos,
siempre huyes [illegible] hombres,
y siempre le [illegible] ellos.
Esta mañana tambien,
con mil [illegible]
me [illegible],
no [illegible] pensamientos;
[illegible];
[illegible],
[illegible],

peligro corre el cuidado.

Alejandro.

Dadme, señora, licencia
para poner en razon
mis cosas.

Fabio.

Por tu ocasion
quiere volver á Florencia.

Diana.

¿A qué Florencia, ignorante,
siendo del de Parma hermano?

Fabio.

Todo aquello es cuento vano,
por estar gente delante.

Teodora.

Id con Dios, gallardo Octavio,
y en prendas de que sereis
de mi parte, y vengareis
de mi justicia el agravio,
este diamante traed *dabele.*
por divisa de una dama.

Alejandro.

¡Señora, tanta merced!
tomarele por prision,
como fue antigua señal,
para ser grillo inmortal
del dedo de corazon.

Diana.

Si se detiene, y porfia
tanto, quien escucha yerra,
presumo que doy en tierra,
con toda la bobería.

Fabio.

Voy tras él.

Alejandra.

Fabio, ¿y Diána?

Fabio.

Calla, que está aquí, y te oyó.

Alejandro.

¿Será bien hablarla?

Fabio.

No,
que es airada tigre hircana;
echa, señor, por aqui,
y finje que no la viste.

ESCENA X.

Teodora y Diana.

Teodora.

Diana, ¿dónde tan triste?

Diana.

Estoile desde hoy por tí,
dísteme, amiga Teodora,
recien venida un consejo,
que no tomas para tí.

Teodora.

¿Cómo?

Diana.

Que por no ser buenos,
siempre huyese de los hombres,
y siempre te hallo con ellos.
Esta mañana tambien,
con mil razones y ejemplos
me persuadiste lo mismo,
no entiendo tus pensamientos:
mas debe de ser engaño;
dime si puedo quererlos,
que por tomar tu leccion,

ha muchos dias que tengo
el gusto con telarañas,
cōn polvo el entendimiento.
¿Qué es amor, por vida mia?

Teodora.

Amor, Diana, es deseo.

Diana.

¿No mas?

Teodora.

Lo demas, tener
las esperanzas efecto.
Es el amor de dos almas
transformacion

Diana.

¿Cómo?

Teodora.

Un trueco;
que dejando cuerpos propios,
pasan á cuerpos agenos.

Diana.

¡Válgame Dios!

Teodora.

¿Qué te admira?

Diana.

Que se pasen á otros cuerpos,
que es la mayor invencion
que pudo hallar el ingenio.
¿Pero entre dos que se aman,
qué suele descomponerlos?

Teodora.

Zelos.

Diana.

¿Qué es zelos?

Teodora.

Sospechas,

de que hay diferente dueño.

Diana.

¿Y si le hay?

Teodora

Es agravio;
que los zelos solos ellos,
son una sombra de noche,
que del propio movimiento
de la persona se causa;
son una pintura en lejos,
que finge montañas altas,
los que son rasgos pequeños.
No has pasado alguna vez
por un espejo de presto,
¿que eres tú, y piensas que es otro?
pues eso mismo son zelos.

Diana.

¡Qué son zelos tantas cosas!

Teodora

Líbrete Dios de tenerlos. *Vase.*

Diana.

¿Dulces empeños de amor,
quién os mandó ser empeños
de prendas no conocidas?
Fiá de Fabio el secreto,
de buscarme un defensor,
y cuando tenerle pienso,
hallo que todo es engaño,
traiciones y atrevimientos.
Determineme á querer
á tan noble caballero
como Alejandro, y corrida
de mi engaño me arrepiento.
¿Quién, sino yo, pudo hallar
la desdicha en el remedio?

ha muchos dias que tengo
el gusto con telarañas,
con polvo el entendimiento.
¿Qué es amor, por vida mia?

Teodora.

Amor, Diana, es deseo.

Diana.

¿No mas?

Teodora.

Lo demas, tener
las esperanzas efecto.
Es el amor de dos almas
transformacion

Diana.

¿Cómo?

Teodora.

Un trueco;
que dejando cuerpos propios,
pasan á cuerpos agenos.

Diana.

¡Válgame Dios!

Teodora.

¿Qué te admira?

Diana.

Que se pasen á otros cuerpos,
que es la mayor invencion
que pudo hallar el ingenio.
¿Pero entre dos que se aman,
qué suele descomponerlos?

Teodora.

Zelos.

Diana.

¿Qué es zelos?

Teodora.

Sospechas,

de que hay diferente dueño.

Diana.

¿Y si le hay?

Teodora

Es agravio;
que los zelos solos ellos,
son una sombra de noche,
que del propio movimiento
de la persona se causa;
son una pintura en lejos,
que finge montañas altas,
los que son rasgos pequeños.
No has pasado alguna vez
por un espejo de presto,
¿que eres tú, y piensas que es otro?
pues eso mismo son zelos.

Diana.

¡Qué son zelos tantas cosas!

Teodora

Líbrete Dios de tenerlos. *Vase.*

Diana.

¿Dulces empeños de amor,
quién os mandó ser empeños
de prendas no conocidas?
Fié de Fabio el secreto,
de buscarme un defensor,
y cuando tenerle pienso,
hallo que todo es engaño,
traiciones y atrevimientos.
Determineme á querer
á tan noble caballero
como Alejandro, y corrida
de mi engaño me arrepiento.
¿Quién, sino yo, pudo hallar
la desdicha en el remedio?

¿quién, sino yo, ser pudiera
dichosa para no serlo?
¡Ay mi querida aldea! ¡ay campo ameno!
quien me trujo á la Corte muera de zelos.
¡Ay mis dulces soledades,
donde escuchaba requiebros
de las aves en sus flores,
de las aguas en sus hielos!
No aqui lisonjas, no engaños,
no traiciones, no desprecios,
á donde teme la vida,
si no la espada, el veneno.
Nunca yo supe en mi aldea
de qué color era el miedo,
ahora en mi sombra misma,
por cualquiera parte temo.
Allá todos eran simples,
aqui todos son discretos,
achaques de la mentira,
por ser mas los que son menos.
¡Ay mi querida aldea! ¡ay campo ameno!
quien me trujo á la Corte muera de zelos.

ESCENA XI.

Diana, Alejandro y Fabio.

Fabio.

Con poca satisfaccion
hacen paces los amantes.

Alejandro.

En los pechos semejantes,
se agravia la estimacion.
Fabio me ha dicho señora,
(ya que mi desconfianza,
viendo en vos tanta mudanza,
con el alma, que os adora,

me obligaba justamente
á solicitar mi ausencia)
que no me vuelva á Florencia.

Diana.

Fabio es hombre diligente,
y si estuviera colgado
de una almena de ese muro,
mi honor viviera seguro,
y mi necio amor vengado.

Fabio.

Que lo merezco es muy cierto,
que asi se debe pagar
quien te ha sacado del mar,
y puesto en seguro puerto.
Pero si este movimiento
es condicion de muger,
que dejan presto vencer
su cobarde entendimiento,
de cualquier sospecha vana:
¿dime si en haber traido
á Alejandro te he mentido?

Alejandro.

Yo soy, hermosa Diana,
Médicis soy, que no soy
Farnesio, como fingí,
ni á Porcia en mi vida ví,
ni huyendo de nadie voy,
ni maté ni me prendieron,
porque aquella relacion
fué solamente invencion
de engañar los que la oyeron.

Diana.

Si pretendiste encubrirte
de ser quien eres con arte,
¿porque no me diste parte,

para que pudiera oirte
con menos alteracion?

Alejandro

Porque no te pude hablar.

Diana.

¿Y aquel modo de pintarte,
era tambien invencion,
la bella Porcia en camisa?

Alejandro.

Laura una noche, señora,
para que viese la aurora,
como en la primera risa,
quiso que te viese asi:
como te ví te pinté,
que en el jardin me quedé,
y por la reja te ví.

Diana.

Apenas creerte puedo,
toda el alma me has turbado,
porque de haberte escuchado,
no tengo seguro el miedo.
De quien con tal libertad
miente de buen ayre y gusto,
que no le crean es justo
cuando dijere verdad.

Alejandro.

El dia que llegué aquí,
en cuya noche te hablé,
lo que contigo traté,
á mi hermano le escribí,
pidiéndole que me diese
alguna gente y favor,
con que á su tiempo mejor
te sirviese y defendiese.
Esta carta me responde. *Dala.*

Diana.

Muestra.

Alejandro.

Por ella verás,
que favor en él tendrás,
y que á quien es corresponde.
No puede haber desengaño,
Fabio, en el mundo mayor,
aunque es muger de valor,
es sola, y teme su daño.

Fabio.

Y no es mucho, que la tienen
mil enemigos cercada.

Alejandro.

Fabio, mi amor y mi espada
solo á defenderla vienen.

ESCENA XII.

Dichos, Julio, Camilo y Teodora al paño.

Teodora.

¿Juntos los tres?

Camilo.

¿No lo ves?
una carta está leyendo,
y con grande gusto viendo
lo que dice.

Teodora.

Cierto es.

Julio.

Que está sosegada advierte.

Teodora.

¡Quién oyera desde aquí
lo que dicen!

Diana.

Ya leí,
y hoy llego, Alejandro, á verte

es santa, y la hicieron Reyes
de Francia é Inglaterra,
vos no sois tan poderosa.

Diana.

¡Qué donosa resistencia!
Vamos, Fabio.

Fabio.

¿Dónde vamos?

Diana.

Al Cairo.

Fabio.

¿Mejor no fuera
ir á comer, que es muy tarde?

Diana.

Comer lanzas y escopetas.
Toca al arma, al arma toca.

Julio.

Vamos, Teodora, con ella,
no intente algun disparate.

Fabio.

¿Qué dices?

Alejandro.

Que fue discreta
la invencion.

Teodora.

De boba á loca
hay muy poca diferencia.

Camilo.

Seguidle el humor.

Julio.

Al arma,
toca al arma.

Todos.

Guerra, guerra.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Alejandro con baston de general, y Marcelo.

Alejandro

¿Entró la gente toda?

Marcelo.

Entró toda la gente,
que ya por las posadas se acomoda.

Alejandro

Formaráse un ejército valiente,
de soldados bizarros.
¿Vino el bagage?

Marcelo.

Ya va entrando en carros.

Alejandro

¿Qué dicen de Urbino?

Marcelo.

Que ha sido poderoso desatino;
con pretesto de guerra
contra el Turco, soldados en su tierra.

Alejandro.

Deben de estar turbados.

Marcelo.

Sienten sin causa sustentar soldados,
que Diana levanta,
á título de ver la Casa Santa.

Alejandro.

Mandóme hacerlos, y como es mi amparo,
en servirla reparo,

puesto que me parece disparate,
que un imposible trate,
pues á la santa guerra
fueron un tiempo Francia é Inglaterra,
y Alfonso Rey de España,
cubriendo de naciones la campaña.

Marcelo.

Tambien dicen que cubren el camino,
soldados de Florencia contra Urbino,
y tanto ya su ejército se acerca,
que le han visto marchar desde la cerca.

Alejandro.

Hablaré á la Duquesa mi señora;
¿pero quién viene aqui?

Marcelo.

Viene Teodora.

ESCENA II.

Dichos y Teodora.

Teodora.

En fin, Octavio ha llegado:
Generoso capitan,
si bien pareceis galan,
mejor pareceis soldado.
Que tan lucido este dia
venís, á quien os espera,
gran capitan, que quisiera
mayor vuestra compañía.
Dame, Marcelo, lugar,
que quiero hablar con Octavio.

Marcelo

Es en mi lealtad agravio,
mas no le quiero formar,
que de haberme vos mandado

que os deje, como lo haré,
mas sospechas llevaré,
que de haberos escuchado.

ESCENA III.

Alejandro y Teodora.

Teodora.

Si la gente que traeis,
gallardo Farnesio á Urbino,
para tan gran desatino
emplear mejor quereis,
yo sé quien luego os hiciera
de estos estados señor

Alejandro.

Y yo pagára su amor,
Teodora, si justo fuera;
pero habiendo conducido,
por gusto de la Duquesa,
(aunque para loca empresa,
pues todo es tiempo perdido)
la gente, de que me han hecho
capitan, fuera traicion,
no solo á mi obligacion,
pero á su inocente pecho;
que si bien es desatino
el ir á Jerusalen,
al fin, es Diana quien
me ampara, y tiene en Urbino.

Teodora.

¿Y si yo el pleito venciese?

Alejandro.

Entonces, señora mia,
la gente vuestra seria,
porque sino no lo fuese.

*

ESCENA IV.

Dichos y Diana.

Diana.

Basta, Teodora, que quien
á Octavio quisiere hallar,
donde estás le ha de buscar,
y á tí, Teodora, tambien,
buscando á Octavio, mas él
ya no debe de ser hombre,
porque aténdiendo á ese nombre,
huyeras, Teodora, dél.
Tus honestas altiveces
mas saben decir que hacer,
poco debes de correr,
pues te alcanzan tantas veces.

Teodora.

Cuando yo te persuadia
no pasases adelante,
eras, Diana, ignorante,
que te engañasen temia:
ya que mas discreta eres,
no hay precepto que te dar,
de como se han de guardar
de los hombres las mugeres.
Y asi, pues no han de engañarte,
bien puedes hablar con ellos,
que dejallos ó querellos,
no cabe en términos de arte.

Diana.

Disculpar quieres tu error,
con darme licencia á mí.

Teodora.

¿Hablar con Octavio aqui,

puede ser contra mi honor?
muy maliciosa te has hecho,
despues que en palacio estás.

Diana.

Como voy sabiendo mas,
voy conociendo tu pecho.
Perdone vueseñoria,
y muy bien venido sea.

Alejandro.

El que serviros desea
no tiene, señora mia,
mejor bien que desear:
en vuestro lugar estuve.

Diana.

¿Visteisle?

Alejandro.

Allí me detuve
con gusto de preguntar
cómo os criásteis, y ví
que del monte á verme vino
vuestro viejo padre Alcino,
á quien vuestras cartas di,
y aquellos seis mil ducados:
lloró conmigo el buen viejo,
y tomando su consejo
hice quinientos soldados
de aquellas villas y aldeas
con pregonar vuestro nombre,
con que no quedaba un hombre.

Teodora.

Bien venido, Octavio, seas,
que quiero ser mas cortés,
que Diana lo es contigo.

Diana.

Yo lo que me dices digo.

Teodora.

Habladme, Octavio, despues.

ESCENA V.

Alejandro y Diana.

Alejandro.

Por Dios que está vuestra Alteza
terrible, que no repara
en que su ingenio declara.

Diana.

Es condicion ó flaqueza
de voluntad de muger,
señor Alejandro, y yo
lo soy tambien, aunque no
lo acabo de conocer.

Alejandro.

¿Si llega á hablarme Teodora,
cuando de servirte vengo,
qué puedo hacer?

Diana.

No la hablar,
pues te doy el mismo ejemplo
con Julio y Camilo yo;
ni respondo á los intentos
de príncipes que me escriben:
mas desde aqui me resuelvo,
á dejar tus sinrazones,
y tratar de mi remedio.

Alejandro.

Escucha.

Diana.

¿Yo? ¿para qué?

Alejandro.

Hasme de escuchar.

Diana.

No quiero.

Alejandro.

Teodora me habló.

Diana.

No hablalla.

Alejandro.

¿Por qué?

Diana.

Porque yo me ofendo.

Alejandro.

¿Y si me detuvo?

Diana.

Huir.

Alejandro.

¿Huir?

Diana.

Y fuera bien hecho.

Alejandro.

¿Cómo pude?

Diana

Con los pies.

Alejandro.

Loca estás.

Diana.

Como tú necio

Alejandro.

¿Tanto rigor?

Diana.

Tengo amor.

Alejandro.

Yo mayor.

Diana.

Yo no lo creo.

Alejandro.

Mas que te pesa.

Diana.

No hará.

Alejandro.

¿Eso es valor?

Diana.

Tengo zelos.

Alejandro.

¿Morir me dejas?

Diana.

¡Qué gracia!

Alejandro.

Ya me enojo

Diana.

Y yo me vengo.

Alejandro.

Diré quien soy

Diana.

Ya lo has dicho.

Alejandro.

¿A quién?

Diana.

A quien aborrezco;

Alejandro.

Tú eres muger

Diana.

Esto soy.

ESCENA VI.

Dichos y Fabio.

Fabio.

Metereme de por medio,
bravos del alma.

Diana.

No hay burlas,
Fabio, conmigo, esto es hecho.

Fabio.

¿Anda por aqui Teodora?

Diana.

De sus oprobios me quejo.

Fabio.

Ea, que ya sale amor,
por donde entraron los zelos.
¿Para qué os estais mirando?
¿qué sirve si los deseos
están pidiendo los brazos,
poner los ojos al sesgo?
¡En verdad, que es tiempo ahora,
para que se gaste el tiempo
en zelos y en desatinos,
estándose Urbino ardiendo!

Alejandro.

Bien dice Fabio, señora,
prosigamos, ó dejemos
lo que habemos comenzado,
que la alteracion del pueblo
no permite dilaciones.

Diana.

¿Qué zelos fueron discretos?
Parte, Fabio, á lo que hoy
te dije, viniendo á tiempo,
que todos mis enemigos
queden por tí satisfechos,
de que la gente que entró,
no tiene mas fundamento
que mi simple condicion.

Fabio.

Voy; pero quedad primero

ESCENA VIII.

Dichos, Teodora y Camilo.

Teodora.

¿A quién no pondrá temor
ver, Camilo, cada dia
ir entrando tanta gente,
tantas armas y divisas,
tantas cajas y trompetas,
prevenir la artillería
del muro y guardar las puertas?

Camilo.

Teodora, á quien imagina
á Diana como simple,
echa este negocio á risa:
mas quien por otras acciones
presume que ser podria
consejo de algun discreto
que ocultamente codicia
hacerse señor de Urbino,
teme que todo es mentira.

Teodora

Allí estan Julio y Diana.

Camilo

Brava amistad

Teodora.

Es fingida.

Julio.

Ya te he dicho lo que siento.

Diana

¿Porqué tienen por malicia
que traiga Octávio esa gente?

Julio

A todos, señora, admira

que digas que es contra el Turco.

Diana.

¿Quiéres que verdad te diga?

Julio.

Eso deseo.

Diana.

¿Pues Julio,
tendrás secreto?

Julio

Se cifra
en tu gusto; y basta.

Diana

Temo
que Teodora mi enemiga
te quiere bien.

Julio.

Ya no quiere,
despues que Octavio la mira.

Diana.

¿El á ella, ó ella á él?

Julio.

Todo en interés estriva
de que la dé su favor.

Diana.

Casarme, Julio, queria,
y proponiéndole á Octavio
mi intento, como él se inclina
á Teodora, me aconseja
que por marido te elija.

Julio.

¡Quién sino Octávio pudiera,
siendo la nobleza misma,
favorecer mi esperanza!
¡qué término! ¡qué hidalguia!
bien me lo debe en amor.

Diana.

Allí, Julio, te retira,
que quiere Camilo hablarme.

Camilo.

Con Teodora conferia,
Ilustrísima, señora,
que la ocasion que te obliga
á las banderas que has hecho,
por otros pasos camina:
si merezco tu favor,
pués aventuré la vida
por traerte de la aldea,
¿qué intentas, qué solicitas
con tantas armas? que ya,
como sabes, cada dia
mas nos pones en cuidado.

Diana.

Algo estoy mas entendida,
mas no tanto que me entiendan.

Camilo.

Temo qué son tus enigmas
como la esfinge de Tebas.

Diana.

No entiendo filosofias;
bien sé que sola y muger,
y no Artesa, ni Artemisa,
mal me podré gobernar;
Octávio me persuadia
que hiciese eleccion de tí.

Camilo.

Tiéneme muy conocida
mi gran voluntad Octávio;
con ilustre bizarría
hoy entraba con la gente.
ni en la paz ni en la milicia

ha visto tal nombre Italia;
¿pero tú, señora mia,
qué le respondiste à Octávio?

Diana

Que para que te reciba
Urbino con mas aplauso,
al Senado le diria
tus méritos y mi amor.

Camilo.

Teodora y Julio nos miran,
que sino, mi amor....

Diana.

Detente,
y silencio, si me estimas,

Camilo.

Voy á engañar á los dos,
y tu tantos años vivas,
que de nuestros hijos veas
copia de inmortal familia.

Julio.

¿Qué te ha dicho là Duquesa,
Camilo?

Camilo

Mil boberías
acerca de la jornada
con que ser simple confirma;
no hay de que tener sospecha.

Teodora.

¡Qué incapáz muger! ¡qué indigna!

ESCENA IX.

Dichos y Laura.

Laura

Un embajador del Turco,

persiano de medio arriba,
de medio abajo lagarto,
con almelafa morisca,
y por mayor gravedad,
ceñido por las rodillas,
la cimitarra anchicorta,
la guarnicion de ataugia,
quiere hablarte.

Diana.

Dile que entre,
y dame, Laura, una silla.

Teodora.

¿Laura?

Laura.

Señora?

Teodora.

Oye aparte:
¿qué es esto que el Turco envia?

Laura.

Un embajador.

Teodora.

¿Qué dices?

Laura.

Que me remito á la vista.

Julio.

Para confirmar Diana
la necedad que imagina
del ejército que forma,
se ha persuadido á sí misma
fingir un Embajador.

Camilo.

Ya viene.

Teodora.

Y yo estoy corrida.

ESCENA X.

Dichos, Fabio vestido preciosamente á lo turco, y acompañamiento.

Fábio

Alá guaade á vuestra Alteza.

Diana

Venga vuestra turquería.
con salud.

Fábio.

Dame tus plantas.

Diana.

Estan á los pies asidas.

Fábio.

Las manos.

Diana.

¿Si se las doy,
con qué quiere que me vista?

Laura

Déle silla vuestra Alteza.

Diana

¿Porqué no se la traia
de su tierra?

Laura.

Esto conviene:
siéntese vueseñoría. (*Siéntase*)

Julio.

¿Este no es Fabio, Teodora?

Teodora.

En forma tan peregrina
viene, por darla contento,
que apenas la conocia.

Julio.

Ya no es duda su ignorancia,

que solo esta accion confirma
la simplicidad mayor
que ha sido vista ni escrita.

Fábio.

Ya queda, hermosa Diana,
sacando la infantería *á ella*
Alejandro, y en palacio
de arcabuces y de picas
forma un escuadron, que rige
en un caballo que pisa
fuego por tierra, y á saltos
sobre los ayres empina
el cuerpo, tan arrogante,
que apenas cabe en las cinchas.

Diana.

Proseguid, Embajador.

Fábio.

Pues me mandais que prosiga,
el gran Mahometo Soltan,
Emperador de la China,
de Tartária y de Dalmácia,
de Arábia y Fuenterabia,
señor de todo el Oriente,
y desde Persia á Galicia
con Mostafá, que soy yo,
salud, Duquesa, te envia.

Diana.

De que en tan largo camino
no se os perdiese, me admira,
esa salud que decís,
y viniendo tan aprisa.

Fábio.

¡Cuál estan estos borrachos *á ella.*
escuchándome!

Diana.

No digas
algo que me eche á perder.

Fabio.

¡O si le vieras cual iba
Alejandro ! todo sol,
y toda sombra le envidia.

Diana

Proseguid, Embajador.

Fábio

Pasando por la cocina,
me dió un olor de torreznos,
que el alma se me salia

Diana

¿ Cómen los turcos tocino ?

Fábio.

Y se beben una pipa
donde no los vé Mahoma.

Diana.

¿ Tocino ?

Fábio.

No sino guindas.

Diana.

Proseguid, Embajador.

Fabio.

Al salir de la Mezquita
Sultan, recibió una carta
en presencia de Jarifa,
donde dices que es tu intento
conquistar á Palestina,
tierra Santa de tu ley,
para cuya accion le avisas
que haces gente en tus estados,
y que tu banderas cifras
con una C y una T,

que dicen contra Turquía;
que derribe luego á Meca,
á donde cuelga en cecina
un pernil de su profeta;
y que por parias te rinda
todos los años cien moras,
las cincuenta bien vestidas
de grana y tela de Persia,
y las cincuenta en camisa;
seis elefantes azules,
y diez acas amarillas,
aquellos cargados de ambar,
y estas de baqueta y frisa;
ó que sino, desde luego
rompes la paz, y publicas
la guerra, y para señal
un guante de malla envias.
Díjome que te dijese *á ella.*
Alejandro, que vendria,
en haciendo el escuadron,
á verte.

Diana

Es mi propia vida:
proseguid, Embajador.

Fabio

Sultan, por las cosas dichas,
y viendo arrogancias tales,
de los vigotes se tira,
y de la cólera adusta,
de tal manera se hincha,
que de unas calzas de grana,
se le quebraron las cintas.
Finalmente, me mandó
que partiese el mismo dia,
y donde no hallase postas,

tomase mulas aprisa,
para que en llegando á Italia
ninguna cosa te diga.
Yo cumplo con mi embajada,
y me vuelvo á Natolia,
donde está con tanto enojo,
que me dijo á la partida
que le llevase un barril
de aceytunas de Sevilla;
y porque allá no las hay,
seis varas de longaniza.
Con esto el Cielo te guarde,
y advierte que me permitas
que pueda tener dispensa,
donde vendiendo salchichas,
perdices, vino, y conejos
vuelva rico á Berberia,
que por la mitad que á otros
te daré quanto me pidas.

ESCENA XI.

Dichos menos Fabio y el acompañamiento

Diana.

¿Marcelo?

Marcelo.

¿Señora?

Diana.

¿Dime,
seria descortesia
matar á este embajador
por las que me tienes dichas?
¿ó regalarle unas tocas
para el camino?

Marcelo.

Seria

contra su salvo conducto.

Diana.

¿Luto este moro traia?

Teodora.

Yo quedo ya sin sospecha,
segura de mi justicia.

Julio.

Y yo, Teodora, templando
con la lástima la risa.

Camilo.

Las cajas suenan, no temas,
porque quien se persuadia
que era turco su criado,
no pecará de malicia.
Vamos á ver como ordena
Octávio la infantería.

Julio

El por lo menos bien sabe
la militar disciplina.

ESCENA XII.

Diana y Teodora.

Diana.

¿Teodora?

Teodora.

¿Señora?

Diana.

Advierte;

¿será bien dar un pregon
de estas trompetas al son?

Teodora.

¿Pregon? ¿cómo?

Diana.

De esta suerte:
que todas desde este dia,
ó solteras, ó casadas,
traigan calzas atacadas.

Teodora.

Muy buena invencion seria.

Diana.

Pues con esto se ahorrarán
de enaguas y de manteos,
que es gran costa, y los deseos
menos, Teodora, serán,
que lo que siempre se vé,
á menos codicia obliga.

Teodora.

¡Qué ingénio! Dios te bendiga.

ESCENA XIII.

Diana.

Pues ya, Teodora, se fué,
y Alejandro está ordenando
el escuadron que ha de entrar
en Urbino, para dar
lugar al que está esperando,
bien será partirme luego
á volver por mi opinion.
Volved mi libre razon
á vuestro antiguo sosiego;
conozca mi entendimiento,
y salga de la prision
de esta vil transformacion,
mi cautivo pensamiento.
Que el ser boba, son tan fieras
burlas, en una muger,

que el hábito puede hacer
que lo venga á ser de veras.
Y si tanto desconsuela,
ser boba una hora fingida,
¿quien lo fué toda la vida,
de qué suerte se consuela?
Que si del mayor amigo,
si es necio se hace desprecio,
¿cómo no se cansa un necio,
pues ha de tratar consigo?

ESCENA XIV.

Alejandro y Fabio

Alejandro.

Apenas puedo creer,
Fabio, lo que me has contado.

Fabio.

Todo queda asegurado.

Alejandro.

¡Que peregrina muger!
¿qué dirán quando la vean
con su entendimiento claro?

Fabio

Que ha sido el caso tan raro,
que habrá pocos que le crean.
¿Habráse alguno fingido
bobo de aquesta manera?

Alejandro

Cuando esto jamás hubiera
en el mundo sucedido,
habiendo tantas memorias,
que alguna vez te diré,
¿cuál ejemplo de mas fé,
que en las divinas historias

un Rey de tanto valor,
á quien Saul perseguia,
que como siempre vivia
fugitivo á su rigor?

Fabio

¿Con qué discrecion ha sido
boba hasta tener defensa!

Alejandro.

Vengárase de su ofensa,
si no la pone en olvido.

Fabio

Confesábase una dama,
de estas de bonico aseo,
preguntóla el confesor,
como suelen lo primero,
el estado que tenia,
y ella con rostro modesto,
respondio, que era doncella:
fuese el caso prosiguiendo,
y confesó en el discurso
ciertos casos poco honestos;
díxola el padre ¿al principio
dixisteis, si bien me acuerdo,
que erades doncella, pues?
y ella respondió de presto:
si padre, de una señora.

Alejandro.

Y yo tu discurso entiendo;
de manera, que Diana,
mientras sale con su intento,
es boba para los otros.

Fabio.

Y mas que he sacado el cuento
de mi propia biblioteca.
Ella viene...

ESCENA XV.

Dichos y Diana.

Diana.

Doy al cielo
gracias, valiente Alejandro,
que libre á tus ojos llego.

Alejandro.

Segura, hermosa Diana,
de mi valor por lo menos,
que antes perderé mil vidas
que venga á poder ageno
estado, que á no ser tuyo,
te sobran merecimientos,
para mayores laureles.

Diana.

Aunque pasé con secreto
hasta llegar á tu tienda,
he visto en hileras puesto,
ya no lucido escuadron,
mas todo un monte de acero.

Alejandro.

Ya pues, señora, que has visto
las banderas, los pertrechos,
y todo el órden del campo,
en tu servicio dispuesto;
mientras se juntan del todo,
te ruego con vivo afecto,
para que de tu justicia
quede yo mas satisfecho;
y porque muchos tambien
tienen el mismo deseo,
que me digas el principio
de tu noble nacimiento.

Diana.

El Duque Octavio, ¡ó Médico famoso!
muerto en la guerra su menor hermano,
que tuvo el Rey de Francia victorioso,
contra el valiente príncipe Britano:
trujo á su casa el ángel mas hermoso,
que su deidad vistió de velo humano,
en la Condesa Hortensia su sobrina,
á peticion de su muger Delfina.
Criabase en palacio la Condesa,
de no pocos señores pretendida,
pero dificil por el Duque empresa,
negada á todos, y por él querida;
murió de pocos años la Duquesa,
de quien era guardada y defendida,
y declaróse el Duque libremente,
tal es de amor el bárbaro accidente.
Andando á caza con Hortensia un dia,
con despecho de verse desdeñado,
y que ni por marido le queria,
ni dar remedio á su mortal cuidado;
en una selva tímida y sombría,
cubriose el cielo de un telliz bordado,
de escuras nieblas, como un tiempo á Dido,
amor de sus desdenes ofendido.
Comenzaron con esto las señales
de escura tempestad, que miedo aumentan,
sonando de las ruedas celestiales
los quicios, que la máquina sustentan;
ocultos los terrestres animales,
las aves, que en el aire se alimentan,
rebolando entre negros torbellinos,
bajaban á los árboles vecinos.
Pegaba á la celeste artillería
la cuerda al seco humor, y de los senos

de las oscuras nubes escupia
relámpagos de luz, de miedo truenos;
piramidal el fuego resolvía
las copas de los árboles amenos,
y las sagradas torres, cuyo muro
no está, por ser mas alto mas seguro.
Hay una cueva solitaria y fiera,
bostezo oscuro de una parda roca,
que porque el eco se quedase á fuera,
forma de espinos dientes á su boca,
de salobres carámbanos esfera,
de riscos altos la melena toca;
sudando charcos los abiertos poros,
de roncas ranas desabridos coros.
Aqui principio dió naturaleza
á mi vida, Alejandro; aqui forzáda
de la Condesa Hortensia la belleza
fue prima y madre, y se sintió preñada;
el Duque por cubrir, no la flaqueza,
sino la culpa, sin dejar la espada,
como Eneas á Dido, fue mas necio,
pues no hay mayor espada que el desprecio.
Cuando nací murió, propia fortuna
de una muger que nace desdichada,
pues tuve á un tiempo sepultura y cuna,
viviendo entre dos montes sepultada:
crieme sin tener noticia alguna
(en pobre labradora transformada)
de mi padre, y mi noble nacimiento,
sin esperanzas que llevase el viento
Bien que la sangre á diferente estilo,
de cosas altas me sirvió de norte,
y cuando vino, como ves, Camilo,
troqué el sayal en tela, el campo en Corte:
tú ya de mi temor, sagrado asilo,

como este vida á tu valor importe,
aunque no añada á tus grandezas lustre,
defiende esta muger por hombre ilustre.

Alejandro.

El trágico principio de tu historia,
tan peregrina, y de sucesos llena,
parece que lastima la memoria;
mas hoy en gloria volverá la pena;
la justicia promete la victoria,
contra la parte de la envidia agena,
hoy quedarás pacífica señora.

Diana.

Y tú, Alejandro, de quien mas te adora.
Hoy pues, gallardo Médicis, desnuda
la espada, con alegre confianza,
contra esta gente, que del peso en duda
de mi justicia pone la balanza;
que yo, si tu valor mi empresa ayuda,
prometo posesion á mi esperanza,
porque es pedir á un Médicis consuelo,
tener en tanto mal médico al cielo.

Alejandro.

¿Dime, señora, de qué suerte quieres
ponerte en posesion?

Diana.

Dejando aparte
este fingido engaño.

Alejandro.

Pues no esperes,
que ya la gente de Florencia parte,
tú serás el valor de las mugeres.

Diana.

Tú César Florentin, Toscano Marte.

Fabio.

¿Y yo no seré nada?

Diana.

No te agravio,
mientras no soy la que pretendo, Fabio.
Armar quiero, Alejandro, mi persona,
y vean los soldados mi presencia,
mientras llegan á darme la corona,
los que vienen marchando de Florencia.

Alejandro.

Armate, pues, ó Itálica Belona;
muéstrate á Urbino con igual prudencia,
veante cuerda, que al tomar la espada,
temblará la opinion de engañada.

Diana.

Armas, Fabio, ola[illegible]dos,
dadme un espaldar y peto.

ESCENA XVI.

Dichos, Marcelo y criados, y desnudándose Diana la ropa y basquiña, quede en jubon rico de faldillas, y naguas ó manteos.

Marcelo.

Aquí tienes ya las armas.

Diana.

Dame esa gola, Marcelo.

Marcelo.

Mejor estabas ahora
para parecer á Venus.
¿Para qué quieres armarte?

Fabio.

Sal por tus ojos en cuerpo,
y todo el linage humano,
doy por siete veces muerto.

Diana.

Aprieta la gola bien.

Alejandro.

Yo lo veo y no lo creo:
¿dónde aprendiste, señora,
entre castaños y enebros,
entre asperezas de montes,
que visten ayas y tejos,
á vestir lucidas armas,
juntando acerados petos,
las evillas y correas,
sobre grabados trofeos?

Diana.

No importa á quien altamente
nace, Alejandro, saberlo;
que basta que lo haya visto,
que tiene valor é ingenio.
Cuando el Rey le dice á un grande,
que se ha criado mancebo
en la Corte, lleno de ambar,
y de telas de oro lleno:
id á la guerra, y se parte,
y en llegando al campo, viendo
al enemigo, parece
entre el plomo ardiente un Hector,
¿quién lo causa? ¿quién le enseña?
claro está, que su maestro
fue alli la sangre heredada,
alma segunda en los buenos.
El brio nace en las almas,
la ejecucion en los pechos,
lo gallardo en el valor,
lo altivo en los pensamientos,
lo animoso en la esperanza,
lo alentado en el deseo,
lo bravo en el corazon,
lo valiente en el despecho,

lo cortés en la prudencia,
lo arrojado en el desprecio,
lo generoso en la sangre,
lo amoroso en el empleo,
lo temerario en la causa,
lo apacible en el despejo,
lo piadoso en el amor,
y lo terrible en los zelos.

Fabio

¿Qué dices de esto, Alejandro?

Alejandro.

Que como habiéndose puesto
la mano á una fuente un rato,
luego que la quitan, vemos
correr tan furiosa el agua,
que para salir mas presto,
parece que la que viene
fuerza á la que va corriendo;
asi la bella Diana,
que estuvo en tanto silencio,
desata con mayor furia,
su divino entendimiento.
De suerte, que al disponer
las razones el imperio,
entre la lengua y la voz
se atropellan los preceptos.

Diana.

Dadme un espejo.

Alejandro.

Bien dice,
mírese en él, aunque pienso,
que no le hallará mejor,
que ser de sí misma espejo.

Fabio.

¡Qué bien se ciñó la espada!

¿qué dirán los que la vieron,
ayer simple, hoy valerosa?

Alejandro.

Que supo engañar fingiendo
una muger incapaz,
á muchos hombres discretos.

Diana.

¿Estoy bien?

Fabio.

De oro y azul.

Diana.

Pues ven conmigo, que llevo,
para que me tiemble el mundo
un Alejandro en el pecho.

ESCENA XVII.

Julio y Camilo.

Camilo.

Hoy ha de ser el dia
que la ciudad desengañada quede.

Julio.

Seguramente puede
vencer la pena que tener podia,
viendo tan gran locura y desatino.

Camilo.

Este se juzga ya Duque de Urbino. *ap.*

Julio.

Este piensa que ya tiene el estado. *ap.*

Camilo.

¡Qué necio, qué empeñado *ap.*
presume Julio, que el laurel merece!

Julio.

¡Qué soberbio Camilo desvanece *ap.*
sus locos pensamientos!

Camilo.

Ignora de Diana los intentos, *ap.*
Julio, bien haya Octavio,
que me propuso Duque libremente.

Julio.

Octavio ha sido noble, cuerdo y sábio, *ap.*
en persuadir el ánimo inocente
de Diana, á quererme por su esposo.

Camilo.

Pensando estoy, Octavio generoso, *ap.*
¿qué puedo darte en premio de esta empresa?

Julio.

¿Qué le daré por darme á la Duquesa? *ap.*

ESCENA XVIII.

Dichos, Teodora, Laura y Fenisa con baqueros, espadas y sombreros de plumages.

Fenisa.

Desde aqui puedes ver pasar la gente.

Teodora.

Con el son de las armas me provoco.

Laura.

¡Qué bizarra es la guerra, qué valiente
esfuerzo ponen cajas y trompetas!

Teodora.

Mis ansias, que hasta aqui fueron secretas
por Octavio, Fenisa, se declaran.

Fenisa.

Por justa causa en su despejo paran.

Laura.

¡Qué necia y qué engañada está Teodora! *ap.*
piensa que la ha de dar Octavio ahora
por armas el estado.

Teodora.

¿Dónde aquella ignorante se ha quedado
que á ver no viene tan lucida gente?
Mas, ¿qué puede alegrar á quien no siente?

ESCENA XIX.

Dichos, por el patio soldados con arcabuces, cajas y banderas, Alejandro de general, Diana á caballo, y Fabio á su lado.

Julio.

¿Siendo Octavio el general,
quién es el gallardo mozo
que en aquel caballo viene?

Camilo.

¡Qué bizarro talle!

Julio.

Airoso. (1)

Teodora

Fenisa, confusa estoy,
que con admirable asombro,
en aquel mancebo ilustre
pone la ciudad los ojos.

Diana.

Vasallos, yo soy Diana,
yo la señora me nombro
de Urbino, yo la Duquesa
á cuyo derecho solo
este estado pertenece,
y la posesion que tomo;

(1) *Tocan mientras sube Diana al teatro.*

*

no simple para el gobierno,
no incapaz para el decoro
de la dignidad, si fuera
el reino mas poderoso:
por el peligro en que estaba,
y que no me hiciese estorvo
la pretension de Teodora,
cubri de simples despojos
mi sotil entendimiento,
hasta prevenir socorro,
como le veis en el campo,
sin el ejército propio.
Aqui, pues, oid vasallos,
las armas serán los votos
de la justicia que tengo.
Torres, puentes, puertas, fosos,
todo queda ya con guardas,
el que moviere alboroto,
por la que le han de sacar
alma le darán de plomo.
Julio, Teodora y Camilo
salgan de mi estado todo
para siempre, que las vidas,
por ser quien soy, les perdono.
La burla que de mí hicieron
duplicada se la torno,
pues han de perder la patria,
corridos como envidiosos
A Fabio, que me ha servido,
doy á Laura

Fabio

Me conformo.

Diana.

Con seis mil : : :

Fabio.

¿De renta?

Diana.

Si

Laura

Laura, responde.

Laura.

Respondo,
que soy tuya. (*danse las manos.*)

Diana.

Este gallardo
caballero generoso,
es Alejandro de Médicis,
no como pensais vosotros
Octavio Farnésio, y es
Duque de Urbino, y mi esposo.

Todos.

Vivan Diana, y le goce
como á Alejandro animoso.

Alejandro.

El alma responde aqui.

Diana.

De este laurel que me pongo
parto la mitad contigo.

Alejandro.

Será de diamantes y oro.

Teodora

Corrida estoy de mi engaño.

Julio

La boba nos hizo bobos.

Fabio

Aqui, senado, se acaba,
la Boba para los otros

y Discreta para sí.
Y pues son discretos todos,
perdonando nuestras faltas,
quedaremos animosos,
para escribir el poeta,
para serviros nosotros.

La Boba para los otros y discreta para sí.

La accion de esta comedia principia en la escena segunda del primer acto, cuando Fabio va á buscar á Diana, la comunica la noticia de que es hija natural y heredera de Octávio, Duque de Urbino, por el testamento que ha otorgado; y la manifiesta las intrigas y alteracion de la corte, por las pretensiones y rivalidad de Teodora, advirtiéndola del peligro que la amenaza entre tantos enemigos. Diana para evitarle se finge boba, los deslumbra de este modo, y los mantiene en la seguridad hasta que se apodera del trono, los destierra de sus estados, y se casa con su defensor Alejandro de Médicis. Este plan tiene mérito, y está muy bien seguido.

El personage de Diana está muy bien pintado, aunque én algunas ocasiones es ya nécio en demasía, y en otras manifiesta un ingénio capáz de producir sospechas, no solamente en Teodora y sus apasionados, sino tambien en los que no tienen ningun interés opuesto al de Diana. Teodora debe rezelar mucho mas cuando la halla al amanecer en el jardin, y vé huir un hombre.

La seguridad en que permanece despues, no es muy compatible con la ambicion; ni la que manifiestan Camilo y Marcelo, aspirando á la mano de Diana, está pintada con bastante fuerza, porque no produce efecto alguno, ni los estimula á proporcionarla medios de subir al trono.

Ademas de estos defectos, nos parece ridícula é inutil la embajada de Fabio, cuando Alejandro tiene reunidas ya las tropas necesarias para asegurar á Diana la corona de Urbino.

Produce, sin embargo muy buen efecto en el teatro la representacion de esta comedia, y tiene buenas escenas, diálogos interesantes, un lenguage puro, y la versificacion es fácil y armoniosa.

LAS BIZARRIAS
DE BELISA.

PERSONAS.

Belisa, dama.

Finea, su criada,

Celia, dama.

Lucinda, dama.

Fabia, criada,

Don Juan de Cardona.

Tello, su criado,

Otavio, galan.

Julio.

Conde Enrique.

Fernando, criado del Conde.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Belisa.

Belisa con vestido entero de luto galan, flores negras en el cabello, guantes de seda negra y valona, y Finea.

Finea.
¿Asi rasgas el papel?
Belisa.
Cánsame el Conde, Finea.
Finea.
¡Que ingratitud!
Belisa.
Que lo sea:
me manda amor.
Finea.
Fuego en él,
que pienso que no es tan vario
en sus mudanzas el viento.
Belisa.
Navega mi pensamiento
por otro rumbo contrario:
castigó mi voluntad
el cielo.
Finea.
No sé si diga,
que justamente castiga,
señora, tu libertad.

Tanto despreciar amantes,
tanto desechar maridos,
tanto hacer de los oidos
arracadas de diamantes,
claro está, que habian de dar
en ocasion al amor,
para vengar tu rigor.

Belisa

Bien se ha sabido vengar.

Finea

¡O qué bien los has vengado
con querer ahora bien
á quien, ni aun sabes á quien,
ni él tampoco tu cuidado!
Tus desdenes con razon
ahora diciendo están,
¿qué se hizo el Rey Don Juan?
¿los Infantes de Aragon
qué se hicieron?

Belisa.

No presumas,
que de esta mudanza estoy
arrepentida, aunque doy
agua al mar, al viento plumas;
porque tengo la memoria
de este necio amor tan llena,
que juzgo poco la pena
para tan inmensa gloria.
¿Llaman?

Finea.

Sí.

Belisa.

Pues quiero hablarte
con mas espacio despues:
mira quién es.

Finea.

Celia es,
que ha venido á visitarte.

ESCENA II.

Belisa y Celia.

Celia.

Prospere tu vida el cielo.

Belisa.

No sé, Celia, si querrá
tener ese gusto ya.

Celia.

Ya la novedad recelo:
dijéronme que te habian
visto con luto en la calle
Mayor, aunque gala y talle
la causa contradecian;
y hallo que todo es verdad;
pero tanta bizarría
no es tristeza.

Belisa.

Celia mia,
murió.

Celia.

¿Quién?

Belisa.

Mi libertad.

Celia.

Es imposible que en tí
haya faltado el desden.

Belisa.

¿No es faltarme querer bien?

Celia.

¿Tú quieres bien?

Belisa.

Yo.

Celia.

¿ Tú ?

Belisa.

Sí ;

ya cesaron mis rigores.

Celia.

Veré primero sembrado
de estrellas del cielo el prado ,
y el cielo de yerba y flores ,
y trocando el natural
efecto , veré tambien
á la envidia decir bien ,
y á la virtud hablar mal ;
veré la ciencia premiada ,
y á la ignorancia abatida ,
que es la verdad bien oida ,
y que la lisonja enfada ,
y el imposible mayor
dar honra al que está sin ella ,
que crea , Belisa bella ,
que puedes tener amor.

Belisa.

Una tarde (cuando el sol
dicen que en el mar se esconde ,
y se le ponen delante
las cabezas de los montes ,
cuando por aquella raya ,
que con varios tornasoles
divide el cielo y la tierra ,
y los dias y las noches ,
nubes de púrpura y oro
van usurpando colores
á las plumas de los aires

y á las ramas de los bosques)
iba sola con Finea,
amiga Celia, en mi coche,
tan sol de mi libertad,
cuanto luego fui Faetonte,
que nunca verás tan altas
las soberbias presunciones,
que no las fulminen rayos
como á las soberbias torres.
Era en la parte del Prado,
que igualmente corresponde
á esa fuente castellana,
por la claridad del nombre,
que tambien hay fuentes cultas,
que aunque oscuras, al fin corren
como versos y abanillos,
quiera el cielo que se logren.
Iba Finea cantando
en gracia de mis blasones
finezas del Conde Enrique
(que ya conoces al Conde,
y á sus papeles escritos,
para que cuando me toque,
como papel de alfileres,
tenga papeles de amores)
ya mis locas bizarrías,
desprecios y disfavores;
como si hubiera nacido
de las entrañas de un roble;
cuando veo un caballero
con el semblante conforme
al suceso que esperaba;
volvió la cara, y paróse
á escuchar quien le seguia;
pero son pocas razones.

desnudando las espadas,
los ferreruelos descogen.
El que digo, el pie delante
con el contrario afirmóse,
gala y valor, que en mi vida
ví hombre tan gentil hombre:
nó era el otro menos diestro;
no te parezca desórden
que siendo muger te cuente
lo que es bien que ellas ignoren,
que aunque aguja y almohadilla
son nuestras mallas y estoques,
mugeres celebra el mundo
que han gobernado escuadrones;
Semíramis y Cleopatra,
poétas é historiadores
celebran, y fué Tomiris
famosa por todo el orbe
¿No hás visto cuando dos juegan,
que sin conocerse escoge
uno de los dos, quien mira,
sin que el provecho le importe,
y quiere que el otro pierda,
sin saber que esto se obre
por conformidad de estrellas,
que infunden inclinaciones?
Pues de esa suerte mi alma
súbitamente se pone
al lado del que juzgaba
por mas galan y mas noble.
Alzó el contrario de tajo,
á quien mi ahijado embevióle
una punta, con que dió
en tierra; mas levantóse
presto, porque despues supe

que traia un peto doble
de Milan, labrado á prueba
del plomo, que muros rompe.
Acudieron á este punto,
tirándole varios golpes,
tres hombres á mi galan,
cosa indigna de españoles;
pero dicen entre amigos
que el enemigo perdone,
que solo es vil el que huye,
y valiente él que socorre.
Con razon ó sin razon
salto de mi coche entonces,
quito la espada al cochero,
que arrimado á los frisones
miraba á pie la pendencia,
todo tabaco y vigotes,
como si estuviera el nécio
de la plaza en los balcones,
y el Conde de Cantillana
acuchillando leones;
y partiendo al caballero,
me pongo de Rodamante
á su lado ¡cosa estraña!
en fin, hombres de la Corte,
pues se volvieron humildes
los que llegaron feroces.
Agradecido el galan
de dos tan nuevas acciones,
comenzó á hablarme, y no pudo,
porque de lejos dan voces,
que la Justicia venia,
que no hay Santelmo en el tope,
despues de la tempestad,
que como una vara asome.

Dijele, en mi coche entrad,
que si los caballos corren,
porque estos no son de aquellos
que repiten para cofres,
presto estaremos en salvo.
Entró el galán, y sentóse
en la proa, y yo en la popa,
como campos fronte á fronte.
Viendo que nadie venia,
templó el cochero el galope,
y en la fuente castellana,
para descansar, paróse.
Yo siempre que voy al prado
llevo un bucaro, tomóle
el cochero, y diónos agua;
díle yo una alcorza, y dióme
las gracias en un requiebro,
que la mano agradecióle.
Con esto le persuadi
á que dejando favores,
me contase la ocasion
de la pendencia, que sobre
cosas de amor sospechaba,
que hay profetas corazones,
pues antes que la dijese,
zelos me daban temores;
que el que ha de matarla, sabe
la garza entre mil alcones.
En fin, dijo de esta suerte:
ahora á escucharme ponte,
para que como él á mí
de mi desdicha te informe.
Yo soy Don Juan de Cardona,
hijo del Señor Don Jorge
de Cardona, aragonés,

y Doña Juana de Apente:
nací segundo en mi casa,
y asi mi padre envióme
á Flandes, donde he servido
desde los años catorce
hasta la edad en que estoy:
volvieron informaciones
de mis servicios, y cartas
de aquel ángel, que coronen
los cielos, Infanta de Austria,
de divinos resplandores,
tia del Rey, que Dios guarde.
Pretendí luego en la Corte
á guisa de otros soldados;
pero entre otras pretensiones
de un hábito, vi una tarde
con otro de chamelote
un serafin de marfil
con toda el alma de bronce;
quedé sin ella, seguíla,
servíla, y agradecióme
la voluntad, retirando
todo lo que no es amores:
gasté, empobrecí: mi padre
enojado descuidose
de mi socorro; y Lucinda,
que este es de esta dama el nombre,
desdeñosa á pocos zelos
me mata viendome pobre;
que no hay finezas que obliguen,
ni lágrimas que enamoren.
Cuando esto dijo, quisiera
sacár los ojos traidores,
que por otra habian llorado;
mirad que envidia tan torpe:

prosiguió, que la pendencia,
fué por ser competidores
él y el galan, porque teme
que si la obligue la goze.
Finalmente, pára el caso
en tantas lamentaciones,
que sin saber por qué causa,
quise arrojarle del coche;
él llorando, y yo sin alma;
llegamos casi á las once
á mi posada, roguele
que me viese, y respondióme,
que seria esclavo mio,
con mil tiernas sumisiones,
y despedido é ingrato,
á ver su dama partióse.
Quedé tan nécia, que apenas
sé porqué, cómo, ni donde
amo, envidio, y con los zelos
temo que loca me torne;
porque pienso que es castigo
de aquellos tiranos dioses
Venus y Amor, de quien hice
burla, y los llamé embaidores.
Troque las galas en luto,
la libertad en prisiones,
la bizarría en descuidos,
y en humildad los rigores.
Ni voy al prado, ni al rio,
no hay cosa que no me enoje,
á la música soy aspid,
veneno á fuentes y flores,
soy, no soy, vivo, no vivo,
y entre tantas confusiones,
ni sé donde he puesto el alma,

ni ella misme me conoce.

Celia.

Es suceso tan estraño,
que á no ser tuyo, no fuera
posible que le creyera:
pagas justamente el daño
que has hecho á tantos, ingrata:
locura debe de ser
querer quien otra muger
deja, aborrece y maltrata;
pero de tu entendimiento
la mayor locura ha sido,
Belisa, no haber querido
divertir el pensamiento
¿Ya no vas, como solias,
al prado, ni al soto?

Belisa.

No,
que mas me entretengo yo,
Célia, en las tristezas mias;
que en el lugar mas remoto
con mayor descanso estamos.

Celia

Asi vivas, que salgamos
estas mañanas al soto.

Belisa.

Si va á decir la verdad
(que encubrirla no es razon,
ni á mi justa obligacion,
ni á tu segura amistad:)
con la ocasion de este mes,
de tantas damas paseo,
salgo al campo, á ver si veo
quien me ha de matar despues:
mas ni en sotos ni en retiros

le he visto, ni él vuelve á verme.

Celia

Como en otros brazos duerme,
no despierta á tus suspiros;
pero salgamos mañana,
que en mi buena dicha espero
hallar ese caballero,
que tengo por cosa llana,
que si le vuelves á ver,
y mas despacio mirar,
no solo no le has de amar,
pero le has de aborrecer,
que muchas cosas agradan
miradas súbitamente,
mas pasa aquel accidente,
y vistas despacio enfadan.

Belisa.

¡Ay, Celia! yo quiero darte
crédito y seguir tu voto:
disfrazada voy al soto.

Celia.

Y yo quiero acompañarte.

Belisa.

No ha de salir el aurora
cuando estés aquí.

Celia.

Si haré.

Belisa.

Dar á tus consejos fé,
mis esperanzas mejora,
porque de la luna el velo,
mirado con atencion,
descubre manchas; que son
indignas de tanto cielo.

ESCENA III.

DECORACION DE CALLE

Don Juan de Cardona, y Tello, criado.

Juan

Tello, el amor no gusta de consejos,
y mas del inferior.

Tello.

¿Que mayor prueva
de que el amor es loco
sin los consejos de la vida espejos?

Juan.

¿Y para el ciego amor, es cosa nueva
tener la vida, y aun el alma en poco?

Tello.

Quien tiene vista al que le falta guia,
que si entrambos son ciegos, van perdidos:
cuando tu amor, Lucinda, agradecia,
estaban disculpados tus sentidos;
pero ahora que quiere bien á Octávio,
es infámia de amor sufrir su agravio,
sino buscar remedio.

Juan.

¿Qué remedio?

Tello.

Poner otros amores de por medio,
que asi se curan cuantos han querido,
porque otro amor es el mas breve olvido.

Juan

¿Con qué dinero, nécio?
No todos los amores tienen precio,
méritos tienes, ama:
¿ha de faltar una mostrenca dama

que te quiera por gusto.

Juan.

Majadero.

¿amores en la Corte sin dinero,
y mas ahora que tan caro es todo?

Tello.

Pues yo no sé otro modo,
ni hay médico en el mundo que tomando
el pulso á un amador aborrecido,
no le recete otra muger.

Juan.

¿Si cuando
voy á buscar de tanto amor olvido,
se me pone delante la hermosura
de Lucinda, podré yo por ventura
decir amores á otra cara?

Tello.

Bueno,
una purga es veneno,
y por tener salud la toma un hombre.

Juan.

Tello, ya no hay muger que no me asombre.

Tello.

Alejandro lloraba porque habia
un mundo solo, que con uno solo
dixo que no podia
con tanta tierra y mar de polo á polo
satisfacer su pecho:
tú lo contrario has hecho,
que sola una muger de Madrid quieres,
habiendo treinta mundos de mugeres
morenas, pelirubias, gordas, flacas,
unas mudas de lengua, otras urracas,
discretas, mentecatas, bachilleras,
ayrosas en las burlas y en las veras:

hay enanas; hay largas como trampa,
unas con pie de Apóstol consoladas
del ponleví, que imprime poca estampa,
y otras que en vez pudieran de arracadas
traer las zapatillas;
hay lazaras mugeres de amarillas,
que salen del sepulcro de las camas,
y otras que de clavel parecen ramas;
hay romas, hay pioquintas,
unas que se contentan con dos cintas,
y otras como tarascas de dineros,
que engullen mayorazgos por sombreros;
unas piadosas y otras socarronas,
tales severas, tales juguetonas;
unas mudables por andar mas frescas,
y otras firmes de amor como tudescas;
pero en siendo mugeres, sean morenas,
sean blancas, ó no, todas son buenas.

Juan.

¡Qué pintura tan nécia!

Tello

¿Pues yo, señor, que he dicho de Lucrecia
la casta, y en camisa,
de Porcia y Artemisa,
una avestruz de hierros encendidos,
y otra sepultura de maridos?

Juan.

¡Ay puerta! ¡ay dulces rejas!
á Lucinda llevad mis tristes quejas.

Tello.

Pues ya que llegas, llama.

Juan.

Aun llegar á llamar teme quien ama.

ESCENA IV.

Dichos y Fabia en la reja.

Fabia.

¿Quién llama? ¿quién está ahí?

Juan.

Díle, Fabia, á tu señora,
que estoy aquí

Fabia.

No es ahora,
tiempo de llamar así.

Juan.

¿Por qué razon?

Fabia.

Por que está
desnudándose.

Juan.

¿Tan presto?

Fabia.

No fuera término honesto
abriros la puerta ya:
id con Dios, Don Juan, que habemos
de madrugar, para ir
al soto.

Juan

¡Qué vengo á oir
tal crueldad!

Tello.

No hagas estremos:
mira que en la calle estás.

Juan.

Fabia, Fabia, espera.

Fabia.

Espero,
¿qué quereis?

Juan.

Dí que la quiero
una palabra no mas.

Fabia

Bueno, en comenzandô á hablar
tanto vendrás á empeñarte,
que venga el sol á rogarte
que la dejes acostar.

Juan.

Abre, Fabia.

Fabia.

¡Que locura!

ESCENA .V.

Dichos y Lucinda á la reja.

Lucinda

¿Con quién hablas?

Fabia.

Con don Juan
de Cardona.

Lucinda.

¿Y qué dirán
de tanta descompostura,
en la peor vecindad
que tiene calle en Madrid?

Juan.

Lucinda hermosa, advertid
que es linage de crueldad,
indigna de un caballero
como yo, tratarme ansi.

Lucinda.

Lo que Fabia os dixo aquí
daros por disculpa quiero,
porque habiendo de salir

del alba al primer albor,
no será razon, señor,
que no me dejeis dormir:
el afeite natural
en el buen sueño reposa,
que no se levanta hermosa,
muger que ha dormido mal:
id con Dios, y presumid
que os amo y tengo respeto.

Juan

Que yo me fuera, os prometo,
señora; pero advertid
que ver á Fabia turbada
tan necios zelos me ha dado,
que pienso que lo ha causado
el estar vos ocupada:
abrid, que con solo entrar
luego me vuelvo á salir.

Lucinda

Esta no es hora de abrir,
ni de dar que murmurar;
que hay vecina tan liviana
que para escuchar despierta,
apenas oye la puerta
cuando ocupa la ventana:
hacedme esta cortesía
de que os vais

Juan.

Es imposible
sin entrar.

Lucinda.

¡Ya estais terrible!

Júan

Amor, Lucinda, porfia,
que le lleve á vuestra sala

solo á dejar estos selos.

Lucinda.

Ponerme en tantos desvelos ;
ni es cortesía ni es gala :
id con Dios : que puede ser
que os resulte algun pesar.

Juan.

Pues vive Dios , que he de entrar ,
y que lo tengo de ver.

Lucinda.

¿ Golpes á mi puerta ?

Juan.

Y coces.
hasta ponerla en el suelo.

ESCENA VI.

Dichos , Octavio y Julio con broqueles y espadas.

Octavio.

A tanta descortesía ,
y á tan loco atrevimiento ,
saldrá el honor desta casa
á castigar vuestros selos :
la puerta está abierta , entrad.

Juan.

No era sin causa el tenerlos :
vuesas mercedes me digan
¿ si son hermanos ú deudos
desta dama , ú son galanes ?

Octavio

Pues que no quiere entrar dentro ,
donde supiera quién somos ,
á fuera se lo diremos.

Juan.

Salgan , y sabrán tambien

con los zelos ó sin ellos,
que soy Don Juan de Cardona.

Tello

Y yo Tello su escudero.

Lucinda.

¿Hay, Fabia, qué haré?

Fabia.

Acostarte,
y dense

Lucinda.

Sin alma quedo.

Juan.

Aqui, Tello.

Tello.

Vengan otros,
que estos ya huelen á muertos.

ESCENA VII.

Decoracion de Campo.

El Conde Enrique y Fernando.

Conde.

Bravo mayo.

Fernando.

No permite
distancia sin flor al suelo.

Conde.

Con las estrellas del cielo
en el número compite.

Fernando.

Crecido va Manzanares.

Conde.

Imita al que ruin nació,

que cuando crecer se vió
despreció los patrios lares;
que al humilde nacimiento
sucede como á este rio,
que descubre en el estío
su arenoso fundamento:
ó bien haya aquel discreto
que cuando se mejoró
de fortuna se quedó
con aquel mismo sugeto:
no disminuye el valor,
antes muestra en parte alguna
quien desprecia la fortuna,
que la merece mayor.
Muchos conozco yo aqui
tan discretos en su estado,
que todo lo que han mudado
es lo que hay fuera de sí.
Pero esto aparte dejando,
y viniendo al desatino
con que aquel desden divino
me quiere matar Fernando;
¿cómo no ha venido á ser
de aquestos campos aurora,
que ya dice el sol, que es hora
de salir y amanecer?

Fernando.

Estaráse componiendo
de galas y bizarrías,
con que estos festivos dias
sale de aurora riendo,
y en este verde teatro
hace la madre de amor.

Conde.

Yo, que adoro su rigor,

y su desden idolatro,
conjuraré su donaire
para que venga

Fernando

Ya espero
que te obedezca ligero
su espíritu por el aire.

Conde

Ponte el sombrero, Belisa,
pluma blanca y randas negras,
aunque no ha menester plumas
quien en tales pies las lleva.
Ponte al espejo, y retrata
en su cristal tu belleza,
para que tengas envidia
de que nadie te parezca.
Que tú sola de tí misma
puedes trasladar las señas,
formando tú y el cristal
otra mentira tan bella
Mira que te aguarda el soto,
y que en su verde alameda
aun no han cantado las aves,
por esperar que amanezcas.
Peinate el pelo á lo llano,
y no le rices en trenzas,
que si te ven la janlilla,
harás que las aves teman.
Mira que rosas y lirios
para salir á la selva
no rompen la verde cárcel,
hasta que les des licencia.
Sarta de cuentas de vidrio
banda de tu cuello sea,
porque cuando te la quites

queda convertida en perlas.
Con las flor de lises de oro
ponte la verde pollera;
pues que son pueblos en Francia
mi esperanza y tus defensas.
Para que la cuesta bajes
á tus chinelas acuerda,
que hay muchos ojos que suben
cuando se bajan las cuestas.
Ponte en la cabeza rosas,
y en los zapatos rosetas,
de manera que en los pies
y en la cabeza se vean
Aunque yo tengo mas zelos
del pie que de la cabeza,
que aunque toda vas florida,
no á lo menos toda honesta.
Ven á matar de mañana,
aunque el amor forme quejas,
que esté durmiendo el aurora,
y tú, Belisa, despierta.
Si alguno te dice amores,
destos que de hablar se precian,
dí que no vas á mirar,
sino solo á que te vean.
Asi, discreta Belisa,
segura del soto vuelvas,
que no te engañen los ojos
esto que llaman guedejas.
Ponte el manto sevillano,
no saques mas de una estrella,
que no has menester mas armas,
ni el amor gastar sus flechas.
Mas airosa vas tapada,
y al fin con menos sospecha,

que matando cuando miras,
te conozcan y te prendan.
Bien puedes salir, que ya
los ruiseñores comienzan
á ser campanas del alba,
para que la tuya venga.

Fernando.

Quedo, no conjures mas.

Conde.

¿Por qué?

Fernando.

Porque ya se acerca.

Conde.

O conjuros amorosos,
divina teneis la fuerza.

ESCENA VIII.

Dichos y Belisa con la mayor gala de color que pueda, manto y sombrero de plumas, y Fineo de la misma suerte.

Belisa.

¿A dónde Celia quedó?

Fineo.

Con unas amigas queda
sentada orilla del rio.

Belisa.

Como no tiene mis penas,
cansóse de verme andar
buscando la causa dellas.
Mucho es, que aquestas mañanas
Don Juan al soto no venga.

Fineo.

Vendrále preso Lucinda.

Belisa.

¿Cómo? si Don Juan se queja
de sus desdenes y engaños.

Finea

¡Qué bien sus celos consuelas!

Belisa

¡Ay, Finea! el Conde.

Finea.

Amor
hoy quiere que coger puedas
en el soto de Madrid
los azares de Valencia.

Conde

Ya es tarde, Belisa ingrata,
para encubriros de mí,
que dentro del alma os ví,
en cuyo espejo os retrata:
ya que los campos de plata
la dorada aurora pisa,
no envidien su dulce risa
las aves, fuentes y flores,
cuando con mas resplandores
sale á los nuestros Belisa
Y aunque con sola una estrella
podeis dar luz, no es razon,
que esconda el manto á traicion,
la que ha venido con ella:
descubrid, Belisa bella,
la que venis ocultando,
mátenme entrambas, que cuando
es tan cierta la victoria,
bien es que partan la gloria
de haberme muerto mirando.
La mayor honestidad,
que fue de la villa espejo,

le debe al campo el despejo
de su verde soledad:
descubrid, mirad, matad,
que es cruel razon de estado
mostrar con el desenfado
de que amor se maravilla,
bizarrias en la villa
y desdenes en el Prado.

Belisa.

No por veros me encubrí,
cuando me alegré de veros.

Conde.

Gracias al amor, y al campo
en que mas humana os veo:
¿ quereis escucharme?

Belisa.

Sí,
que tan cortés caballero
no dirá cosa en mi agravio.

Conde.

Oid.

ESCENA IX.

Dichos, Don Juan y Tello.

Juan.

No descubro, Tello,
en todo el soto á Lucinda,
y en su casa nos dijeron,
que habia salido al campo.

Tello.

Que nos engañaron temo,
que esto de envidar al soto
siempre ha sido mal agüero.

Juan.

No estará, Tello, Lucinda
con Octavio por lo menos.

Tello.

Bravo reves le pegaste.

Juan.

Como le sentí en el pecho
defensa, tiré por alto.

Tello.

Si no llega gente, creo
que en Enero vuelvo á Julio;
tiréle un tajo, y abriendo
el broquel, subió tan alto
por esos aires el medio,
que apartadas las estrellas
pienso que no estuvo un dedo
de descalabrar la luna.

Juan.

Vengué con sangre mis zelos;
mas mira, por Dios, si ves
á Lucinda.

Tello.

Preguntémos
por ella.

Juan.

¿A quién?

Tello.

A este soto
ejército de conejos.
Diga, señor Manzanares,
saca manchas de secretos,
á quien debe su limpieza
la informacion de los cuerpos,
el que lava en el verano
lo que se pecó el invierno,

cuya espuma es de jabon,
cuyas orillas de lienzo,
¿ha visto vuesa merced
una muger de buen gesto,
muy enemiga de amores,
muy amiga de dineros,
que desde pobres acá
la perdió Don Juan por serlo,
y con ella una criada,
centella de aqueste fuego,
que le hurta los borradores
como los poetas versos?
Habla el rio: esa muger,
que habeis perdido, escudero,
está en casa con Octavio
almorzando unos torreznos,
con sus duelos y quebrantos:
tal me vinieran los duelos
¿De qué lo sabeis, buen rio?
De que estoy en su aposento
en un cántaro, que al rostro
le doy el primer bosquejo.
¿Oyes lo que dice el rio?

Juan

Oigo que vienes muy necio.

Finea

Señora, señora, escucha.

Belisa.

¿Qué quieres?

Finea.

Don Juan y Tello
estan junto á aquellos olmos.

Belisa

Señor Conde, yo me atrevo,
en fe de vuestro valor,

que me aguardeis un momento
junto á aquel coche, entretanto
que con aquel caballero
hablo dos palabras solas.

Conde.

Si siendo zeloso puedo
ser cortes, iré forzando
mi paciencia á obedeceros;
pero sufrir que un galan,
Belisa, os diga requiebros,
mas viene á ser bajo estilo
que amoroso sufrimiento.

Belisa.

No es galan, aunque lo es,
y asi no hay de que ofenderos,
pues el nombre de marido
siempre mereció respeto;
de Aragon viene á casarse
conmigo, que os vais os ruego;
que no es de cobarde amante
en público ni en secreto,
para no perder la dama
dejar el campo á su dueño.

Conde.

¿Qué, estais casada?

Belisa.

No sé;
esto han tratado mis deudos.

Conde.

¡Por cierto que él es galan!

Belisa.

¿No os parece que me empleo
justamente en él?

Conde.

Despues
os responderán mis zelos.

ESCENA X.

Dichos menos el Conde y Fernando.

Belisa.

¿Señor Don Juan, los soldados
y caballeros, tan presto
olvidan obligaciones?

Juan.

Señora mia, no pienso
que os ha ofendido mi olvido,
falta sí de atrevimiento;
dos mil veces he querido,
obligado á lo que os debo,
ir á besaros la mano,
y á resolverme no acierto.
¡Qué buena ventura mia,
pues la he tenido de veros,
que esta mañana me trajo
donde tan hermosa os veo!
¡qué bizarra! ¡qué gallarda!
¡qué talle! ¡qué lindo aseo!
¿qué jardin se debe á Mayo?
¿Cuándo Abril se fue lloviendo
tantas rosas, tantas flores?
¡Qué airosamente el sombrero
(coronel de vuestros ojos,
timbre de vuestros cabellos)
os hace Marte del soto,
belicosamente Venus,
para matar y dar vida
á los mismos que habeis muerto!

Belisa

¿Lisonjas despues de olvidos?
¿despues de agravios, requiebros?
guardadlos para Lucinda;
¿despues de ingrato, discreto?
no, señor Don Juan, ¿vos sois
Cardona? ¿vos caballero
de Aragon? ¿No hay mas disculpa,
que decir quiero, y no tengo
de perdido por Lucinda?
¿Cómo os va con ella? ¿hay zelos?
¿hay desdenes? ¿hay galanes?
ya se deben de haber hecho
las amistades, hablad;
¿de qué os suspendeis?

Juan

No puedo
deciros de mis desdichas
mas de que loco amanezco
en su calle, donde el sol
me deja, cuando por cercos
de oro en el mar de Occidente
argenta el rubio cabello,
hasta que peina el del alba
con los rayos de su eterno
curso, ilustrando los aires,
dorando el verde elemento,
cual suele por verde selva
zeloso novillo huyendo
de su contrario, en los troncos
romper la furia soberbio,
temblar las ramas, sonando
por varias partes los ecos,
cubrir de polvo las nubes
arañando el seco suelo:

asi yo la calle asombre,
pará mi selva de fuego,
rompiendo á las duras rejas
con mis suspiros los hierros.

Belisa.

¡Qué linda comparacion!
¡qué bien aplicado ejemplo!
¡qué bien pintado novillo!
¡qué amanecer! ¡qué concepto!
¿Sois poeta?

Juan.

¿Quién, señora,
no ha hecho malos ó buenos
versos amando, que amor
fue el inventor de los versos?

Belisa.

En lo tierno se os conoce:
¿quereis hacerme un soneto
á una muger que castiga
la fortuna, amor y el tiempo?
la fortuna, por soberbia,
por venganza el amor ciego,
y el tiempo con derribar
sus bizarros pensamientos;
tan necia, que quiere á un hombre,
despues de tantos desprecios,
que está abrasado por otra.

Juan.

De componerle os prometo;
pero advertid, que no soy
culto, que mi corto ingenio
en darse á entender estudia.

Tello.

¿Ninfa del sombrero al sesgo,
quiere veinte y dos palabras?

Finea.
Quite veinte, y diga presto.
Tello.
No sois vos de mala casta:
yo soy un mozo moreno,
natural de Calahorra;
ya he dicho las dos, si tengo
de hablar mas, prorogue el pacto.
Finea.
Por no estorvar nuestros dueños,
llegue cerca, y diga:
Tello
Digo:

ESCENA XI.

Lucinda con sombrero de plumas y Fabia.

Lucinda,
Ya te he dicho lo que siento.
Fabia
¿Pues cómo si quieres bien
á Don Juan, le estás haciendo
tiros con Octávio, á un hombre
que te adora?
Lucinda,
Porque espero
á puros zelos rendirle,
de manera que troquemos
la esperanza en posesion,
y el amor en casamiento.
Fabia.
¿Por mal le quieres llevar?
Lucinda
Reducido á tal estremo
él se casará conmigo.

así yo la calle asombro,
pará mi selva de fuego,
rompiendo á las duras rejas
con mis suspiros los hierros:

Belisa.

¡Qué linda comparacion!
¡qué bien aplicado ejemplo!
¡qué bien pintado novillo!
¡qué amanecer! ¡qué concepto!
¿Sois poeta?

Juan.

¿Quién, señora,
no ha hecho malos ó buenos
versos amando, que amor
fue el inventor de los versos?

Belisa.

En lo tierno se os conoce:
¿quereis hacerme un soneto
á una muger que castiga
la fortuna, amor y el tiempo?
la fortuna por soberbia,
por venganza el amor ciego,
y el tiempo con derribar
sus bizarros pensamientos;
tan necia, que quiere á un hombre,
despues de tantos desprecios,
que está abrasado por otra.

Juan.

De componerle os prometo;
pero advertid, que no soy
culto, que mi corto ingenio
en darse á entender estudia.

Tello.

¿Ninfa del sombrero al sesgo,
quiere veinte y dos palabras?

Finea.
Quite veinte, y diga presto.
Tello.
No soia vos de mala casta:
yo soy un mozo moreno,
natural de Calahorra;
ya he dicho las dos, si tengo
de hablar mas, prorogue el pacto.
Finea.
Por no estorvar nuestros dueños,
llegue cerca, y diga:
Tello
Digo:

ESCENA XI.

Lucinda con sombrero de plumas y Fabia.

Lucinda,
Ya te he dicho lo que siento.
Fabia
¿Pues cómo si quieres bien
á Don Juan, le estás haciendo
tiros con Octávio, á un hombre
que te adora?
Lucinda.
Porque espero
á puros zelos rendirle,
de manera que troquemos
la esperanza en posesion,
y el amor en casamiento.
Fabia.
¿Por mal le quieres llevar?
Lucinda
Reducido á tal estremo
él se casará conmigo.

Fabia.

¿Por bien no es mejor consejo?

Lucinda

¡Ay, Fabia, aquí está Don Juan!

Fabia

Y no está ocioso á lo menos.

Lucinda

¡Gentil muger! ¡Brabo talle!
Hasta el socarron de Tello
tiene su poco de dama.

Juan

Si habeis tenido deseo
de conocer á Lucinda,
ahora vereis si tengo
buen gusto.

Belisa.

¿Es esta?

Juan.

¿No veis
en la mudanza que han hecho
mis ojos, que quiere el alma
salir á verla por ellos?

Belisa

Vos estais bien empleado,
con tanto, con ella os dejo.

Juan

Antes no, que quiero yo
probar tambien á dar zelos.

Belisa.

¿De eso tengo de servir?

Juan

Ya que por mi amparo os tengo,
suplicoos, pues no os importa
que entre los dos la matemos.

Belisa.

Ahora bien, va de matar:
¿qué es esto, que intento? ¡ay cielos!
¿estoy loca? ¿soy quién fui?
¿quién en tanto mal me ha puesto?

Lucinda.

Suplico á vuesa merced,
mi reyna, la del sombrero
blanco, que por otra tal
me preste ese caballero,
(que si le ha menester mucho,
y ha sido galan al vuelo
para hablarle dos palabras)
que le volveré tan luego,
que apenas sienta su falta.

Belisa.

Ninfa del sombrero negro,
y los guantes de achiote,
no entra bien con el pie izquierdo,
si viene á tomar la espada,
porque es terminillo nuevo
pedir el galan prestado;
pero que sepa le advierto,
que soy como amigo ruin
que ni convido, ni presto.
¿Voy bien?

Juan.

Estremadamente:
decidle mas.

Belisa.

¡El despejo
con que me pide el galan,
que es alma de aqueste pecho!
¿quereis mas?

Juan.

Matadla, muera.

Lucinda.

¡Ay, Fabia que estoy muriendo!

Belisa.

¿Pero sobre qué le pide?
quizá nos concertarémos
á manera de mohatra;
con prendas, rivete y tiempo,
porque no hay diamantes chinos
oro en Tivar, ni en el cerro
de Potosí plata; ni ambar
en la Florida, por ..

Lucinda.

Quedo,
no pase de por ..

Belisa.

¿Por qué?

Lucinda.

Porque si es amor moatrero,
no tengo mas prendas yó,
que palabras, juramentos,
papeles, firmas, engaños.

Belisa.

No hacemos nada con eso,
vuesa merced se ha engañado,
que este galan me le llevo
como mi marido á casa.

Lucinda.

¿Marido?

Belisa.

Lo que le cuento.

Lucinda.

¡Jesus!

Belisa.

Si ha de desmayarse
del susto deste suceso,
acérquese mas al rio,
dama, porque caiga dentro.
Dadme la mano, mis ojos.

Juan.

Y el alma es poco.

Lucinda.

No quiero
verlos ir: vámonos, Fabia:
¿esto llaman amor? fuego. *vase.*

Juan

¡O qué bien me habeis vengado!

Belisa.

¡Ay cielos! de mí me vengo.

Juan.

Mareado voy por lucinda.

Belisa

Y yo abrasada de zelos. (*vanse los dos.*)

Tello.

Dame tú tambien la mano.

Finea.

¿Tiénesla lavada?

Tello.

Pienso
que ayer hizo tres semanas.
¿Tu nombre?

Finea

Finea.

Tello.

Bueno,
Fineza te he de llamar.

Finea.

¿Y el tuyo?

Tello.

Tello.

Finea.

Si es Tello

de Meneses, comerás

muchas tortillas de huevos.

Tello.

Mejor estás manecitas

como yo fritas en ellos.

Finea.

¡Ay qué Tello!

Tello.

¡Ay qué Finea!

¡ay qué niña de los cielos!

Finea.

¡Ay qué socarron!

Tello.

¿De quién?

Finea.

¿De quién dices? del infierno.

Tello.

Dame un favor

Finea.

Tuya soy.

Tello.

¡Qué barbita!

Finea.

¡Qué moreno!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Belisa.

Belisa con diferente vestido del que llevó al campo.

Belisa.

Temerario pensamiento,
que teniendo el mundo en poco,
junto á la luna á ser loco
sobre las alas del viento
colocastes vuestro asiento:
¿qué desdicha, que cuidado,
hoy os ha puesto en estado
que habeis tan hermosas plumas
entre las blancas espumas
del mar de amor sepultado?
Sale vestida la nave
de jarcias y de banderas,
con las velas tan ligeras,
que el viento piensa que es ave;
mas el de popa suave
vuelve con fácil mudanza
en uracan la bonanza,
porque no pueda ninguna
del rigor de la fortuna
asegurar la esperanza.
Florece un árbol temprano,
cuando el ruiseñor suspira,
la primavera le mira,
llena de flores la mano.

mas llega el yelo tirano,
y con intensos rigores,
los pimpollos y colores
cubre de tristeza y luto,
porque hasta tener el fruto,
no estan seguras las flores.
Por mas que en el nido esconda
el ave sus pajarillos,
como los fuertes castillos
con su cava, muro y ronda,
dispara el pastor la honda,
y con violencia importuna,
sin dejar pluma ninguna,
le arroja piedra villana;
que no hay resistencia humana
al golpe de la fortuna.
Nave en el mar parecia
mi libertad en amor;
árbol vestido de flor
mi locura y bizarria;
nido que el ave tejia
era mi seguro olvido;
mas vino amor atrevido,
y con el galan Cardona
puso al pie de su corona
la nave, el arbol y el nido.
Vencedor de estos despojos,
me mata sin ser culpado,
que no sabe mi cuidado
aunque le dicen mis ojos
con amorosos enojos
soy mariposa en llegarme
á la llama, y retirarme,
y tanto amor me desvela,
que doy tornos á la vela,

y así acabé de quemarme.

ESCENA II.

Belisa y Finea.

Finea.

Sin quitarme el manto vengo,
por darte presto el recado.

Belisa.

Deprisa, será desdicha,
que nunca viene despacio.

Finea.

Hallé la casa (que fué
en Madrid nuevo milagro,
que no saben del segundo
quien vive el primero cuarto);
díle el papel, abrazóme,
dióme este doblon de á cuatro.

Belisa.

¿Oro tiene?

Finea.

¿Porqué no?

Belisa.

Que no se le dió me espanto
á la señora Lucinda.
muestra.

Finea.

Toma.

Belisa.

Yo le guardo,
por ser la primera prenda
que tengo suya.

Finea.

Es cuidado
que te [illegible]

y prenda que él no te ha dado, y
no merece estimacion.

Belisa.

Por él, Finea, te mando
un hábito de picote.

Finea.

No, sino el tuyo de raso.

Belisa.

Soy contenta: dime ahora,
¿qué te respondió?

Finea.

En tono bajo
leyó, y dijo: ¡Linda letra!

Belisa.

¿No dijo nada á la mano?

Finea.

No á fé.

Belisa.

No será de Lucinda.

Finea.

Llamó á Tello, y el picaño
á [illegible] respondió,
que estaba hablando en el patio;
pidió la capa y la espada,
y díjome: luego parto
á ver que manda aquel ángel.

Belisa.

¿Angel dijo? ese es engaño.

Finea.

En verdad que lo añadí
por aquello de la mano;
que la lisonja es la fruta
que mas se sirve en palacio;
y [illegible] ángel mas ó menos
no es lisonja, habiendo tantos.

Belisa.

¿En cuerpo estaba en efecto?

Finea.

Un gavanillo leonado
todo untado con oro.

Belisa.

¿Con gavan? es cierto caso,
que tendria vigotera.

Finea

No la nombres, que me espanto
de ver los hombres con ella,
y hay muchos tan confiados,
que á la ventana se ponen,
que es como asomarse un macho:
mientras tiene vigotera
un hombre ha de estar cerrado
en un sótano.

Belisa.

Si es de ámbar
con cairel de oro, no es malo,
y quitada importa poco.

Finea.

Siempre pienso que asomando
la boca por entre el cuero,
me coca algun mono zambo.

Belisa.

¿Hubo montera?

Finea.

El cabello
sirve á los mozos este año
de montera y papahigo.

Belisa.

Bien parecen aseados:
ahora bien, va de aposento:

¿hay gran pobreza?

Finea.

¿Un soltado,
qué ha de tener? las paredes
vestian quatro retratos,
uno del Rey, que Dios guarde,
y otro de Lucinda al lado.

Belisa.

¿Y no tuvo zelos?

Finea.

¿Cómo?

Belisa.

No ves, nécia, que hace casó
la imaginacion, y zelos
son hombres imaginados
¿y de quién eran los otros?

Finea.

El uno de Don Gonzalo
de Córdova, su pariente,
que en los paises y estados
de Flandes, me dijo Tello
que andava con él.

Belisa.

Aguardo
el vestido de la noche.

Finea.

¿La cama dices? de raso
de la China un pavellon;
lo limpio no sé pintarlo,
que un tafetan lo cubria:
lo demas, baules, trastos
de casa, ajuar de mozos,
libros, guitarra, ante, casco,
y un broquel en un rincon.

Belisa.

Sin duda viene, habla paso.

Finea

¿En qué lo ves?

Belisa.

En el alma,
que me lo ha dicho temblando.

ESCENA III.

Dichas, Don Juan y Tello.

Juan.

¿Puedo yo penetrar su entendimiento?
¿no vés que fuera necia diligencia?

Tello.

Si, ¿pero en su presencia
estar como novicio de convento,
que no vé tierra mas de la que pisa?

Juan.

Tello, yo bien presumo que Belisa
me tiene voluntad, pero en efeto,
en esto solo quiero ser discreto,
no siendo confiado;
demas que no es amor haberme honrado
con hacerme merced, y si lo fuera,
no llegara Belisa á ser tercera
de los amores de Lucinda.

Tello.

Mira
que se suele cubrir una mentira
con capa de verdad, y el que se llama
galan, no ha de aguardar á que la dama
le requiebre primero.
Iba un Fraile devoto caballero,
y cuando tanta espuela le metia

á la mula decia:
arre por caridad, hermana mula.

Juan.

Belisa nos escucha, disimula.

Belisa.

¿Señor Don Juan, sin verme tantos dias?
¿qué es esto? ingratamente lo habeis hecho;
trocamos vos y yo las bizarrías.

Juan.

Estoy de vuestra gracia satisfecho,
pero por no cansaros
me habrá de suceder desobligaros.

Belisa.

Señor Don Juan, á cierta dama un dia
presentó un papagayo un caballero,
diciéndole, que todo lo sabia,
sino era hablar; lo mismo considero:
vos sois galan, discreto y entendido,
apacible, valiente y bien nacido,
modesto, airoso, atento y de buen trato;
y solo os falta hablar, por ser ingrato;
y tú, Tello, tambien.

Finea.

Cual es el dueño,
tal el criado.

Tello.

A fe de Calahorreño
que estoy sin culpa yo; que solo he sido
lechon de aqueste pródigo perdido,
eco de aquesta voz: parte el Cardona,
pensá que soy la maza.

Juan.

¿Y yo?

Tello.

La mona.

Juan.

Bueno por vos me pone.

Belisa.

Bien merece
vuesa merced que Tello asi le traté.

Juan.

¿Vuesa merced?

Tello.

Yo soy un disparate.

Belisa.

No hay tan bravo leon que no se rinda
á los divinos ojos de Lucinda,
¡qué tierno habrá llorado el buen Cardona,
y qué habrá dicho alli de mi persona!
¿pintóme muy feísima? que cierto,
se haria un ermitaño en un desierto,
y tentacion á mí por lo del rio,
y los zelos del soto.

Juan.

Es desvario:
contaros todo lo que pasa quiero;
diré verdad á fé de caballero
Aragonés, y Córdova y Cardona,
y si mintiere, y esto no me abona,
no vuelva yo á los ojos de mi padre.

Belisa.

Decid tambien de mi señora madre.

Juan.

Despues, Belisa hermosa, que le distes
con tal gracia á Lucinda tales zelos
en aquel soto, donde sol salistes,
mas claro que el que adoran Delfo y Delos,
escribióme un papel con ansias tristes
hasta en la letra; ¡ó vengadores cielos!
que en lágrimas envueltas y borrones

apénas se entendian las razones:
fuí á verla, como allí me lo rogaba;
y halléla con la mano en la mejilla,
que el cuerpo en el estrado reclinaba,
saludéla; llegué, tomé una silla
Lucinda que la puerta me negaba,
(¡ó castigo de amor, ó maravilla!)
me dió su estrado, que en llegando á estado
tan bajo, amor, poco hay de estado á estrado.
Tomándome las manos, y bañando
las de los dos con lágrimas, decia,
que me adoraba tiernamente, cuando
por obligarle amor, desden fingia.
Apénas, ó Belisa, ví llorando
la que ser piedra para mí solia,
cuando quedé como en la luz infusa
Atlante del espejo de Medusa.
Declaróme secretos pensamientos
de una razon de estad[illegible]ebillera,
materias de obligar á casamientos,
que yo escuché como si piedra fuera.
Salí despues de tantos sentimientos
tan desenamorado, que pudiera
vender olvido á la mayor constancia:
¡gran cosa levantarse con ganancia!
Cual suele labrador en noche obscura
dormir en la campaña á cielo abierto,
y ver la luz del alba hermosa y pura,
ó todo el sol de súbito despierto;
así salí de confusion tan dura
súbitamente, y desde el golfo al puerto,
que despicado, en viéndome querido,
su llanto risa fué, su amor olvido.
Ni la ví mas, ni la veré en mi vida,
como, duermo, paseo y tiempo tengo,

para mi pretension, que de perdida,
con verme libre á restaurarla vengo,
no lágrimas, no mas traicion fingida,
á nuevo amor el corazon prevengo,
aunque quien resucita, nadie crea
que en volverse á morir discreto sea.

Belisa.

¡Notable historia!

Juan.

Yo os digo
la verdad.

Belisa.

¿Cierto?

Juan.

Tan cierto,
que en mí fué sueño despierto
lo que en Lucinda castigo:
no mas Lucinda, ya es hecho,
á vuestros ojos lo juro;
algun divino conjuro
me la há sacado del pecho.

Belisa.

¿Tello, es esto así?

Tello.

No sé
que pueda no ser así,
porque esto pasa ante mí,
señora, desque doy fé:
ya cesó la devocion
de aquel su pasado arrobo,
porque come como un lobo,
y duerme noche un liron,
quitósele la selera
y el amor.

Belisa.

Gracias á Dios.

Tello

Pero enamoradle vos
haciendo aquí de tercera:
dad sugeto á este galan
de vuestra mano.

Belisa.

Si hiciera
si alguna dama supiera
como la quiere Don Juan.

Tello.

Una así como vos.

Belisa.

¿Yo,
Tello?

Tello.

Así toda florida,
despejada, bien prendida.

Belisa

¿ Nécia y lindísima no?

Tello.

Mas quiero engaños, rigores,
iras y zelosas tretas
de las divinas discretas,
que de las nécias favores.

Juan.

Deja, Tello, á su eleccion
la dama que quiero darme.

Belisa.

Quiero para asegurarme
que esteis en aprobacion,
que hay amante que enojado
sirve otro sugeto un mes,
y vuelve á hecharse á sus pies

mas tierno, y enamorado,
y aun busca satisfaccion
á su misma pesadumbre,
porque la mala costumbre
puede mas que la razon.

Juan.

Si yo volviere á querer
á Lucinda, plega á Dios...

Belisa.

No jureis.

Juan.

Pues dadme vos
por vuestro gusto muger
que pueda amar, y estimar,
y vereis lo que me obliga.

Belisa.

Yo conozco cierta amiga,
que de vos me suele hablar;
pero no, que me parece
que os volvereis luego allá.

Tello.

Apostaré que te dá,
segun la dama encarece,
alguna doña terrible.

Belisa.

Pues eso si lo burlais,
que á Zaragoza volvais,
lo tengo por imposible.

Juan.

Estando vos de por medio,
aunque sin mi gusto fuera,
con mil almas la quisiera.

Belisa.

Yo intento vuestro remedio,
y quiero que la veais;
mas primero que se rinda,

cuantas prendas de Lucinda
teneis, guardais y adorais,
mayormente su retrato,
habeisme de dar.

Juan.

Yo haré
que las traiga Tello, en fe
de que ya le soy ingrato.

Belisa.

¿Y será cierto?

Juan.

¿Pues no?

Belisa.

¿Cumpliréislo todo así?

Juan.

Digo mil veces que sí:
¿Mas quién es la dama?

Belisa.

Yo.

ESCENA IV.

Dichos menos Belisa.

Tello.

¿Y tú no me quieres dar
una ninfa á quien querer?

Finea.

¿Qué tiene que me volver
de Fábia, despues de estar
un año en aprobacion?

Tello.

Toda alhaja fregonil
rendiré á tu pie gentil.

Finea.

¿Hay retrato?

Tello.

¿Un San Anton
para tenerle pedí
en mi aposento.

Finea.

¿Y qué no
verás mas á Fabia?

Tello.

¿Yo?
¿mas quién es la ninfa?

Finea.

Mi. *Vase.*

Tello.

¿Qué sientes de esto?

Juan.

Estoy loco.

Tello.

Ama, quiere aquí, porfía

Juan.

A tal gracia y bizarría
darle mil almas es poco.
¡Con qué gusto dijo, yo!

Tello.

Y la picarilla, mira
¿Has enamorado?

Juan.

¿ Mira?

Tello.

¿No ha de haber Lucinda?

Juan.

No.

cuantas prendas de Lucinda
teneis, guardais y adorais,
mayormente su retrato,
habeisme de dar.

Juan.

Yo haré
que las traiga Tello, en fe
de que ya le soy ingrato.

Belisa.

¿Y será cierto?

Juan.

¿Pues no?

Belisa.

¿Cumpliréislo todo así?

Juan.

Digo mil veces que sí:
¿Mas quién es la dama?

Belisa.

Yo.

ESCENA IV.

Dichos menos Belisa.

Tello.

¿Y tú no me quieres dar
una ninfa á quien querer?

Finea.

¿Qué tiene que me volver
de Fábia, despues de estar
un año en aprobacion?

Tello.

Toda albaja fregonil
rendiré á tu pie gentil.

Finea.

¿Hay retrato?

Tello.

Un San Anton
para tenerle pedí
en mi aposento.

Finea.

¿Y qué no
verá mas á Fabia?

Tello.

¿Yo?
¿mas quién es la ninfa?

Finea.

Mi. *Vase.*

Tello.

¿Qué sientes de esto?

Juan.

Estoy loco.

Tello.

Ama, quiere aquí, porfía

Juan.

A tal gracia y bizarría
darle mil almas es poco.
¡Con qué gusto dijo, yo!

Tello.

Y la picarilla, di,
¿Está enamorada?

Juan.

¡Mi!

Tello.

¿No ha de haber Lucinda?

Juan.

No.

ESCENA V.

Sala en casa del Conde.

El Conde, Fernando y Músicos.

Conde.

Ninguna cosa, Fernando,
me entretiene, estoy perdido.

Fernando.

¿Cómo has de hallar el olvido,
si estás siempre imaginando?

Conde.

Como la imaginacion
es madre de los concetos,
olvidan mal los discretos
que zelos conceptos son:
de aquí nace que poétas
son los mas enamorados,
imaginando engañados
á sus damas tan perfectas.

Fernando.

¿En tantas difiniciones
de amor nunca van hallando
la verdad?

Conde.

No hay mas, Fernando,
que ser imaginaciones.
¿Belisa, en fin, se ha casado?

Fernando.

El Cardona Aragonés:
es gentilhombre.

Conde.

Si es;
con que mas zelos me ha dado.

Fernando.

El entra en su casa ya

con libertad de marido.

Conde.

Bastante defensa ha sido,
segura Belisa está,
que á nó ser marido, es cierto
que no sufriera galan,
y menos al tal Don Juan.
Cantad algo, que estóy muerto. (1)

Músicos.

Antes que amanezca
sale Belisa,
cuando llegue al soto
será de dia.

Conde.

Cuando ese estribo escribí,
que bizarra la miré.
Cantad la copla, y haré
una endecha para mí.

Músicos.

Mañanicas de Mayo
salen las damas,
con achaques de acero
las vidas matan.
No ha salido el alba;
y sale Belisa.
Cuando, etc.

ESCENA VI.

Dichos, Lucinda y Fabia.

Fabia.

Formaron tu pensamiento,
los zelos, que no el agravio.

(1) *Siéntase en una silla, y cantan los músicos.*

Lucinda.

Por estar herido Octávio
nuevos engaños intento.

Fabia.

Aquí está el Conde.

Lucinda.

Y que triste
está escuchando cantar.
¿Puede una muger entrar?

Fernando.

Nadie la entrada resiste
á tal gracia y hermosura.
¿Señor, duermes?

Conde.

¿Qué me quieres?

Fernando.

Que te buscan dos mugeres.

Conde

¿Es Belisa por ventura?

Lucinda.

No soy sino la mayor
enemiga desa dama:
Lucinda soy.

Conde.

Por la fama
conozco vuestro valor.

Lucinda.

En fé del vuestro he venido
á suplicaros.

Conde.

Primero
tomad una silla.

Lucinda.

Hoy quiero
satisfacer al oido

de la verdad, que en ausencia
tanto ha escuchado de vos.

Conde

Satisfaremos los dos
la fama con la presencia. (*Sientase.*)

Lucinda.

Esta natural pasion,
generoso Conde Enrique,
que contraria de la ira
en nuestros pechos reside,
siempre la he juzgado igual,
y si decirse permite,
ira y amor son lo mismo,
porque como es imposible
que haya amor sin zelos, y ellos
venganza de agravios piden,
es fuerza que entre la ira
adonde el amor la admite,
como se vé por ejemplos
de esposos y amantes firmes,
que mataron lo que amaban
por zelos, de que se sigue,
que la ira y el amor
no son diferentes fines,
aunque en principios contrarios:
todo este prólogo sirve
de que el amor y la ira
me traen á que os suplique,
que á mi remedio el valor
de vuestra sangre os incline
por la ofensa, que tambien
de mis agravios recibe.
Vino Don Juan de Cardona,
yo sé que una vez le vistes,
de Zaragoza á la Corte,

caballero de la insigne
casa, que en sus armas pone
plumas de pavon por timbre.
Un dia que nuestro Rey
corrió lanzas, nuevo Achiles,
descuidada, y no de galas,
á ver y ser vista vine:
mirando pues con el brio
que la espuela en sangre tiñe
del bridon, que con las alas
del viento las plumas mide:
cuando á la sortija atento
el que á dos mundos asiste
con solo un cetro, la lansa
pása de la cuja al ristre,
y ayrosamente la lleva,
veó que el Don Juan que os dije,
atento á las de mis ojos
era de sus niñas lince.
La fiesta hizo fin, y amor
principio, que por oirle
halló lugar y esperanza
de quererme y de seguirme,
desde aquel dia hasta ahora
en pretenderme prosigue
Don Juan; mas yo deseándo
á mejor fin reducirle,
dile zelos y desdenes,
falso arbitrio con que hize
que mudando pensamiento
otra dama solicite.
Esta, á quien tan bien lo sabe,
no es razon que yo la pinte,
si bien en sus bizarrias
cuanto celebran consiste.

Dejáronla mucha hacienda
sus padres, luce y repite
con bostezos de señora
á escuderos y tellices.
Esta, pues, que de Don Juan
fué la encantadora Circe,
como aquella que entretuvo
sin entendimiento á Ulises,
no solo ha podido hacer
que me aborrezca y olvide,
sino que en el verde soto
que de puro cristal ciñe
Manzanares, este mes
de verdes álamos viste,
le llamó marido, ¡ay cielos!
¿cómo pudo resistirme?
Desde aquel dia me matan
zelos y congojas tristes.
Llaméle, y díjele amores;
pero apenas quiso oirme,
que ensoberbece á los hombres
ver las mugeres humildes.
A los dos, Enrique ilustre,
una misma ofensa aflige,
y asi es justo que á los dos
la misma venganza obligue.
Yo haré de mi parte cuanto
fuere á una muger posible,
que las mas tiernas amando
con zelos se vuelven tigres:
vos de la vuestra, y los dos
para los dos, que si rinden
zelos, les daremos zelos:
al alma, mueran, suspiren,
no se han de casar, que á vos

os toca; ó quedémos libres,
ó vengados, que aunque es fuerte,
no es el amor invencible.

Conde

Yo de vuestra relacion
alguna parte sabia,
porque la enemiga mia
me dió á saber la ocasion:
la soberbia y presuncion
de Belisa se ha rendido
al título de marido,
y con ser ansi mi amor,
se agravia de su rigor,
pues no me permite olvido.
Por vos y por mí hacer quiero,
en lo que posible fuere;
lo que no contradijere
á la ley de caballero:
que nos venguemos espero,
vos con zelos, de tan necio
galán, y yo que me precio
de que estimen mis cuidados,
que es venganza de olvidados
hacer del rigor desprecio.
Fuera de que puede ser
(perdone vuestro valor)
que de fingir este amor
viniésemos á querer;
porque suele suceder
que cosas de amor tratando
dos libres, y no pensando
que pueden ser verdaderas,
venir á acabar en veras
lo que se empieza burlando.
Yo me rindo al talle y brio

del galán Aragonés,
pero no tanto despues,
que Belisa ofende el mio:
entremos á desafío
dos á dos, adonde espere
victoria el que mas pudiere
en el campo de los dos,
y ayude amor, pues es Dios,
al que mas razon tuviere.

Lucinda.

Cierta será la victoria,
Enrique, si me ayudais.

Conde.

Mirad como la trazais,
que resulte en vuestra gloria.

Lucinda

En toda amorosa historia
no es bien que el fin se presuma;
muger soy, y será en suma,
con que disculpada quedo,
mio de amor el enredo,
y vuestra será la pluma.

Conde.

Amor la imprima.

Fabia.

¿Qué has hecho?

Lucinda.

Vengarme de quien me agravia.

Fabia.

Loca estás.

Lucinda

Y es cierto, Fabia,
con tanto amor en el pecho.

ESCENA VII.

El Conde y Fernando.

Conde.

Gran parte del mal desecho
con la venganza trazada,

Fernando.

¿Qué habeis tratado?

Conde

No es nada;

Fernando

Esta dama es de Don Juan.

Conde.

Toma, Fernando, el gaban,
y dame capa y espada.

ESCENA VIII.

Sala en casa de Belisa.

Belisa y Tello.

Belisa.

¿Joyas á mí?

Tello.

¿Por qué no,
si eres la Reyna de Troya?

Belisa.

¿Cuando está pobre Don Juan,
finezas tan amorosas?
¿á mí fenix de diamantes?

Tello.

Con el verso y con la prosa
que le enviaste, está loco.

Belisa.

Pena me ha dado la joya:
¿Qué se empeñó? ¿Cómo es esto?

Tello.

No ha sido empeño, señora,
sino el paternal dinero
que vino de Zaragoza,
que así como vió el soneto,
dijo con voz amatoria,
rompiendo medio bufete
de una puñada Cardona;
¿Hay tan alta bizarria?
¡que una señora componga
tales versos! malos años
para cuantos á Helicona
van por agua y alcacer.
Y luego del baul toma
la bolsa Zaragoci,
y dijo: tendrás ahora
el mejor dueño del mundo;
pero respondió la bolsa
en tiple de los escudos:
mejor soy para la olla.
Fuimos á la insigne puerta
(que Guadalajara nombran,
sepulcro de oro y de seda
de tantos cofres langosta)
y para el fenix Belisa
fenix de diamantes compra,
porque el dia de San Marcos,
que del trapo llaman zorras,
salgas á matar guedejas,
y á dar envidia á balonas;
pero dime si es posible
reducir á la memoria

el soneto que escribiste.

Belisa.

Como yo de amores loca
no me osaba declarar,
dije ansi:

Tello.

Las musas oigan.

Belisa.

Canta con dulce voz en verde rama
Filomena dulcísima á la aurora,
y en viendo al ruiseñor que le enamora,
con recíproco amor el nido enrama.
Su tierno amante por la selva llama,
cándida tortolilla arrulladora,
que si el galán el ser amado ignora,
no tiene accion contra su amor la dama.
No de otra suerte al dueño de mis penas
llamé con dulce amor en las floridas
selvas de amor, que oyendo el canto apenas
Se vino á mí, las alas estendidas;
porque tambien hay voces Filomenas
que rinden almas y enamoran vidas.

Tello.

Por Dios que es soneto digno
de que en sus obras le ponga
la Marquesa de Pescara,
que Italia celebra y honra.
O, pues tambien lo merecen
en las canciones sonoras
de la Isabela Andreina,
representanta famosa,
pues hoy estiman sus versos
París, Nápoles y Roma:
¡Qué sonoridad, qué luces!
¿y aquello de arrulladora?

¡Mal año para los cultos!
¡qué claridad estudiosa!
¡qué cultura! dará envidias,
aunque laurel le corona,
al Príncipe de Esquilache,
y al Retor de Villahermosa.

Belisa.

¿Eres poéta por dicha?

Tello.

Y por desdicha notoria.

Belisa.

Porque ese lenguage, Tello,
á presumir me ocasiona
que haces versos.

Tello.

¡O qué lindo!
oye una Silva á una mona,
á quien requebró un galan
en peso la noche toda.
Quedóse en un balcon, donde solia
desde las doce de la noche al dia
hablar cierto galan á una casada,
por cerrar la ventana su criada,
el animal que mas imita al hombre,
aunque él sabe tambien tomar su nombre:
la mona con el frío, en la cabeza,
púsose un paño, que tendido estaba,
con que la dicha moza se tocaba.
Vino el galan, y atento á su belleza
tirábale al balcon de cuando en cuando
chinas, con que la mona despertando
salió ligera, y en lo alto puesta
le daba algunos cocos por respuesta.
Pensó que hablaba así por su marido,
y la reja trepó, del hierro asido:

mas queriendo besarla, de tal modo
le asió de las narices, que temiendo
que pudiera sacárselas del todo,
se estubo lamentando y padeciendo,
hasta que el alba hermosa,
vestida de jasmin con pies de rosa,
de ver los dos amaneció riendo,
ella del monicidio temerosa
al pobre amante en vez de los amores
de arriba abajo le sembró de flores

ESCENA IX.

Dichos y Finea.

Finea.

Doña Lucinda de Armenta,
y Doña Fabia, su moza,
te quieren hablar.

Belisa.

Dí que entren.

Tello.

¿Eso dices?

Belisa.

¿Pues qué importa?

Tello

Voime por estotra puerta. *Vase.*

Finea.

¿Qué aguardan? entren, señoras.

ESCENA X.

Belisa, Finea, Lucinda y Fabia.

Lucinda.

Si vuesa merced se acuerda
de que en la florida alfombra

de Manzanares un dia
compitiendo con la aurora
amaneció perla en nacar,
ó rosa, que baña aljofar;
siendo el pimpollo el sombrero
ó vuesa merced la rosa:
yo soy aquella muger
que engañada de mi sombra,
le pedí el galan prestado
sobre prendas de lisonjas;
como le asió de la mano,
y subiendo en su carroza.

Belisa.

No es carroza, sino coche,
ó vuesa merced me honra,
como llamar Licenciado
por la presbítera toga
al que es de prima tonsura.

Fabia

Pienso que se finge boba.

Belisa.

Soy cándida.

Fabia.

Asi parece.

Belisa.

Finalmente, ¿en qué se apoya
esta zelosa visita?

Lucinda.

En que su merced recoja
de noche al señor marido,
porque no es justo que corra
con ella sotos y prados
en carroza, coche ó posta;
y que en llegando la noche
mi puerta y ventanas rompa,

ya con el pecho las unas,
ya con las piedras las otras:
entró una dellas por fuerza,
y esta cadena me arroja
diciendo, que le escuchase;
escuchéle temerosa,
lloró en fin.

Belisa.

¿Y con vigotes?
¡Válgate Dios por Cardona!

Lucinda.

Diole despues en mi estrado
tal desmayo, tal congoja,
que fue menester volverle
con agua de azar y alcorzas.

Belisa.

¡Qué ventura tener agua!
si no la teneis, señora,
él se queda á buenas noches;
¡válgate Dios por Cardona!

Lucinda.

Díjome de vos mil males,
que dia y noche le rondan
la puerta criadas vuestras,
que os vió aquella tarde sola,
y que le andais persiguiendo.

Belisa.

Soy una perseguidora;
¿que yo le persigo dice?
¡válgate Dios por Cardona!
Ahora bien, por el aviso
la sirvo con esta joya,
que hoy me ha enviado con Tello
su famoso guardaropa:
porque el dia de San Marcos.

en la cadena la ponga,
y vea vuesamerced
si ha menester otra cosa
desta casa, que aqui queda
para su servicio toda.

Lucinda.

Porque sé las bizarrias
desa mano poderosa,
tomo la joya, y os beso
la mano ilustre.

Finea.

Perdona,
que no vi cosa mas necia,
que la que has hecho.

Belisa.

¿Qué importa?

Fabia.

Y vos, señora Finea,
decid á Tello, que escoja
otra dama, que despues
que á Lucinda mi señora
sirve el Conde Don Enrique,
tambien de mí se apasiona
Fernando su secretario,
y yo le quiero.

Finea.

Mejora
vuesa merced de galan.

Lucinda.

El y Don Juan se dispongan
á no alborotar mi casa,
que si otra vez la alborotan,
castigará su locura
el Conde, porque me adora:
y á vuestra puerta en la calle

aguarda con su carroza,
para que vamos al prado. (*vanse las dos*)

Finea

¡Estraña historia!

ESCENA XI.

Belisa y Finea.

Belisa.

Es historia
que me ha de costar la vida;
á la ventana te asoma,
mira si es el Conde Enrique.

Binea.

Mejor es que tú lo oigas,
que desde el estrivo llama.

Belisa.

¡Qué libertad! estoy loca (1).

Conde.

Al prado, cochero, al prado,
da la vuelta.

Lucinda.

Es la victoria
Magallanes de los coches.

Finea.

¡Qué propia voz de zelosa!

Belisa

¿A tanta desdicha mia,
¡ay de mí! qué puedo hacer?
¡ó mal haya la muger
que del mejor hombre fia!
¡Que Don Juan de amor de un dia
se volviese á lo que amaba

(1) *Dentro el Conde.*

primero, en razon estaba;
pero no querer yo bien,
y declarárselo á quien
por otra muger lloraba!
Halla un pájaro rompida
la jaula, y volando al viento,
cuando goza en su elemento
de la libertad perdida,
se acuerda de la comida,
y vuelve á ver si está abierta,
con ser su cárcel tan cierta:
asi los amantes son,
que con saber que es prision,
vuelven á la misma puerta.
Volvióse la voluntad,
aragones caballero,
sin querer gozar del fuero
de su misma libertad:
fié de su falsedad
mi enamorada aficion;
ó qué necia condicion
de una voluntad sencilla,
¡fiar almas de Castilla
á los fueros de Aragon!
No me pesa porque fui
necia, en que Don Juan me rinda,
pésame de que Lucinda
se haya vengado de mí;
lo que no tuve perdí,
menos á enojo me incita,
que una muger mas se irrita,
y mas con tanto ademan,
que de quitarle el galan,
la burla de quien le quita.
Lucinda, desdenes tales

han hecho que os quiera bien,
que hay muchos hombres, que á quien
los trata mal son leales:
¡ó amor! como son iguales
en esto buenos y malos;
no vienen con los regalos,
y en los zelos se resuelven,
que hay hombres perros que vuelven
adonde les dan de palos.
Qué mal se supo entender
mi ignorante bizarría,
cuando dije que queria
á un hombre de otra muger,
la disculpa habrá de ser
no de Porcias y Lucrecias,
que á no haber amor, si precias,
que de tí se libren pocos,
ni se halláran hombres locos,
ni hubiera mugeres necias.

ESCENA XII.

Dichas, Don Juan y Tello.

Juan.

Mas de treinta mil ducados
de dote, sin esta casa,
tiene Belisa.

Tello.

¿Y las joyas,
ricos vestidos y alhajas,
son barro? Dichoso eres,
y advierte, que si te casas
me des tambien á Finea.

Juan.

Yo te la doy.

Tello.

¿Aqui estaban?

Juan

Señora mia y mi bien,
ya el alma se me quejaba
de vivir en vuestra ausencia,
si ausente vivo con alma.

Belisa.

¡Confusa estoy! lo mejor *ap.*
es volverle las espaldas.

Juan.

¿Fuese?

Tello.

¿No lo ves?

Juan.

Finea,
escucha.

Tello.

Tampoco habla.

Juan.

Tras ella iré.

Tello.

¿Para qué?
La puerta cierra á la sala.

ESCENA XIII.

Don Juan y Tello.

Juan.

¿Pues qué novedad es esta,
sin que sepamos la causa?

Tello.

¿Habéisle dado la joya.

Juan.

Tello, en esas puertas llama.

Tello.

No he visto amante mas pobre,
siempre parece que andas
de puerta en puerta.

Juan.

¿Es Finea
la que en la ventana aguarda?...

Tello.

La misma

Juan.

¡Finea, qué es esto?
¿Este término esperaban
de la señora Belisa
mi deseo y mi esperanza?

Finea.

Dice mi señora...

Juan.

¿Qué?

Finea.

Que se vayan noramala.

Juan.

Acabóse.

Tello.

Aqui entra, bien;
para vos traigo una carta.

Juan.

¿Qué habémos de hacer?

Tello.

No sé.

Juan.

Ven, que yo lo sé.

Tello.

¿Estas llamas
Bizarrías de Belisa,
cerrar puertas y ventanas?

en agarrando la joya?

Juan

Sígueme, que voy sin alma.

Tella

El fenix se ha vuelto cisne,
que cuando se muere, canta.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

El Conde y Fernando en habito de noche.

Fernando.
No hay desden que no se rinda
con servir y porfiar.
Conde.
Cansado estoy de ayudar
desaliños de Lucinda.
Fernando.
Si Belisa ha conocido
con el ingenio mayor
del mundo, que ha sido amor
el de Lucinda fingido,
no es prudencia darle zelos
con ella, mejor seria
conquistar su valentia
con proseguir tus desvelos.
Lucinda toma venganza
de Don Juan con sus mentiras;
¿si la ayudas, qué te admiras
de vivir sin esperanza?
Conde.
Tienes razon. ya no quiero
zelos, servirla es mejor
con amor y mas amor,
con dinero y mas dinero:

dar zelos suele importar,
esto despues de quererme,
para despertar quien duerme,
pero no para obligar.
No hay armas para vencer
una muger desdeñosa,
como otra muger, ni hay cosa
que tenga tanto poder
como aquella informacion
de una amiga con su amiga;
esta las rinde y obliga,
como de un género són,
saben para herir, tentar
la flaqueza de la espada.
¿No has visto á Eva pintada,
y que la viene á engañar
con el rostro de muger,
que la culebra tomó?
Pues este ejemplar les dió
para engañar y vencer
á mugeres con mugeres.

Fernando.

Celia con Belisa vive,
estos dias apercibe,
si obligar á Celia quieres,
aquel gran conquistador
de voluntades, que llaman
óro, y verás si te aman.

Conde.

Ya sabe Celia mi amor,
y me ha prometido hacer
cuanto pudiere por mí.

Fernando.

Dos hombres vienen aqui.

Conde.

Galanes deben de ser
de Lucinda, que le rondan
la puerta, tarde han llegado,
pues dos veces he llamado,
y no hay órden que respondan.

ESCENA II.

Dichos, Belisa y Finea con sombreros de plumas y ferreruelos con oro, y dos pistolas.

Finea.

Pienso que has perdido el seso,
y no debo de engañarme.

Belisa.

Todo lo que no es matarme
no lo tengas por esceso:
y asi con tanta violencia
amor mi cuerpo desalma,
que no hay potencia en el alma
que viva su misma esencia.

Finea.

¿Tú á la puerta de Lucinda
con estos necios disfraces?
considera lo que haces,
por mas que el amor te rinda,
que si nos hallan asi,
nos habemos de perder.

Belisa.

¿En viendo que soy muger,
qué podrán pensar de mí?
porque si ahora me dan
mil muertes ó mil enojos,
tengo de ver con los ojos
lo que me niega Don Juan:

y es justo que ver intenten
lo que temen, y desean,
porque como ellos lo vean,
no dirá el alma que mienten.

Finea

Cuantas has hecho hasta aqui,
bien pueden ser bizarrías,
estas no, porque porfías
contra tu honor.

Belisa.

¡Ay de mí!

Fernando

Paréceme que has tomado,
señor, el medio mejor.

Conde.

Celia, dinero, y amor
remediarán mi cuidado.

Fernando.

Da lugar á estos galanes,
que no llegan á la puerta
por nosotros.

Conde.

Verla abierta
merecen los ademanes,
con que miran de Lucinda
las rejas.

Fernando.

Vidas perdonan,
valientes son, que pregonan
lo que se precia de linda.

ESCENA III.

Belisa y Finea.

Finea.

Si con ella está Don Juan,
y te escribió aquel papel
de que se casa con él,
ó por ventura lo estan,
¿ habemos de estar aqui
hasta que nos halle el alba?

Belisa.

Ese papel fue la salva
del veneno que bebí,
que no hay veneno mas fuerte
que las letras de un papel,
pues tantas veces en él
bebe la vida la muerte:
díceme que se desposa
mañana, y que no hay lugar
para poderla acabar
una gala, por costosa
de soberbia guarnicion,
que yo le preste un vestido,
bachillería que ha sido
mi locura y perdicion.
¿ Hay tal modo de pudrir,
que con mis galas se quiera
casar?

Finea.

Gente viene, espera.

Belisa.

¿ Qué? sino solo morir.

ESCENA IV.

Dichas, Don Juan y Tello.

Tello.

Yerras, por Dios en intentar hablalla.

Juan.

¿Pues Tello, qué he de hacer,
cuando imagino,
que ha hecho algun zeloso desatino,
aunque Belisa calla,
por donde la he perdido, y me ha tratado
con rigor tan cruel, que me ha cerrado
las puertas y ventanas de tal suerte,
que piensa retirada y hecha fuerte,
que puede entrar mi amor á ver su olvido
en átomo del aire convertido.

Tello.

Como la sirve el Conde, ser podria
que se enojase, y nunca el que es prudente,
hizo pesar al hombre poderoso,
por no dar en sus manos algun dia
que el desigual lo que es posible intente,
tengo por aforismo provechoso.

Juan.

¡O qué nécio Caton! ¡ó qué grosero
Séneca! yo no quiero
quitar su gusto al Conde,
sino hablar á Lucinda.

Tello.

Si responde
como muger zelosa y agraviada,
vendrá á parar en fuese, y nó hubo nada.

Belisa.

¿Finea, no conoces

estos galanes?

Finea.

Quedo, no des voces.

Belisa.

¡No me engañaba yo, pierdo el sentido!

Finea

Parece que no llama de marido,
que si marido fuera,
la puerta con la aldava deshiciera,

Belisa.

No habrá tomado posesion ahora,
llamará de galan.

Finea.

Mira, señora,
que no es bien que te vea

Belisa

Yo callaré, mas no podré, Finea.

ESCENA V.

Dichos Octavio y Julio con otros dos hombres.

Octavio.

Julio, hasta ahora me duró la herida,
curéla en fin, mas no curé el agravio.

Julio.

Esperando ocasion se venga el sabio.

Octavio.

Este es Don Juan, llamando está á la puerta
de Lucinda, pues no ha de verla abierta,
yo no vengo á reñir, á matar vengo.

Tello.

El Conde es este, gran sospecha tengo,
que te viene á matar con sus criados.

Juan.

Tello, no hay mas, morir como soldados.

Tello.

Cuatro son, dos me caben, no hayas miedo,
que me divida de tu lado un dedo.

Juan.

Pues, Tello, aqui veré si eres valiente.

Belisa.

A matar á Don Juan viene esta gente,
á su lado me pongo.

Finea.

Y yo te sigo.

Belisa.

Finea, defender al enemigo
fué siempre gran fineza y bizarria.

Octavio.

Ah caballeros, esa puerta es mia.

Juan.

Pues pase, si pudiere.

Julio.

Octavio, tente,
¿cuatro, y los dos con escopetas?

Octavio.

Creo,
que harian mis desdichas mi deseo.

Julio.

Vuélvete, y no acometas.

Octavio.

¿En Madrid escopetas?
¡caso, por Dios, terrible!

Julio.

A quien quiere matar todo es posible.

ESCENA VI.

Belisa, Finea, Don Juan y Tello.

Tello.

Todos se han ido con temor del plomo.

Juan.

La vida debo á aquestos caballeros.

Tello

Huyéron los villanos escuderos:
de que el Conde no fué, sospechas tomo;

Juan.

Señores, si es posible conoceros,
sepa á quien debo defender mi vida
de tantos enemigos perseguida.

ESCENA VII.

Don Juan y Tello.

Tello.

Volviéron las espaldas sin hablarte,
ni quitar los embozos.

Juan.

¿Por qué parte
llegaron estos hombres? ¿si han bajado,
del Cielo en mi favor?

Tello.

Mas del tejado,
porque si ángeles fueran,
sin escopetas pienso que vinieran,
que no las hay allá.

Juan.

Nécia porfia,
truenos y rayos son artillería.

Tello.

Verdad por Dios, y que mostrarse quiso
el ángel que guardaba el Paráiso
con espada de fuego.

Juan

¡Qué nécio estuve, y qué ciego!
tal me tiene Belisa.

Tello.

Fueron con tanta prisa,
que con razon te han dado
ocasion al milagro imaginado,
que si en forma de espíritus bajaran,
las alas de penachos coronaran,
pero no los sombreros.

Juan

Angeles son tan nobles caballeros.
esta puerta me avisa
del peligro que tengo,
mejor es ir á ver las de Belisa,
así las noches paso y entretengo.

Tello.

Bien fuera, si te abriera.

Juan.

Ella me las abriera si me oyera.

Tello.

Una tapia muy baja el jardin tiene,
que no es para subir dificultosa.

Juan.

¿Podré yo entrar por ella?

Tello.

Ser podrias

Juan.

Pues vamos antes que lo estorve el dia,
que se traslada de safir en rosa.

Tello.

Mejor fuera salir de tanto empeño
con trasladarle de la cena al sueño.

ESCENA VIII.

Sala en casa de Belisa.

Belisa, Celia y Finea.

Belisa.

¿Guardaste las escopetas?

Celia.

Ya, Belisa, están guardadas.

Belisa.

Sin alma vengo.

Celia.

No es mucho,
pues tambien fuiste sin alma,
y me has tenido sin ella;
porqué de locura tanta,
¿qué pudiera prometerme
que no fuera su desgracia?
¿Estaba Don Juan por dicha
á la puerta de esa dama?
aunque dentro es lo mas cierto,
pues que mañana se casan.

Belisa.

Apenas, Celia, á la puerta
de la dicha dama estaba
(que dicha le viene bien,
pues que ninguna le falta)
cuando á su casa venia
cercado de gente y armas
cierto agraviado enemigo:

si yo no llego, le matan;
temieron las escopetas,
y volviendo las espaldas,
desistieron de la empresa.

Celia.

Heroica y dichosa hazaña,
que fué, mirándolo bien,
una locura bizarra.

Belisa

Reñísteme con lisonja
de lo que fuí temeraria.

Celia.

Acuéstate, que se rie
de tus cosas la mañana,
cuyos celages azules
embisten rayos de plata.

Belisa.

No es tan tarde como piensa
tu sueño.

Celia.

Estoy desvelada.

Belisa.

Harto mas lo vengo yo
de tanta zelosa rabia:
responder quiero á Lucinda
la que mañana se casa,
la discreta, la dichosa,
la linda, la bien tocada,
que me ha pedido un vestido
mientras sus galas se acaban,
para que de sus victorias
sean despojos mis galas,
que tal linage de burla
solo pienso que se usára
conmigo, de quien amor

con razon tome venganza.

Celia.

¿ Pues no hay mañana lugar ?

Belisa.

¿ No has visto que cuando traian
dos hacer un desafio,
el agraviado no aguarda,
que salga primero el otro?
Déjame tomar la espada,
y matar esta muger.

Celia.

Finea, avisa que tañan.

Belisa.

¿ Conmigo Doña Lucrecia,
por necia, que no por casta?

Finea.

¿ Escribir quieres ahora?

Belisa.

Pon, Finea, en esa cuadra
una bugia y papel,
tinta, y pluma.

Finea.

Pienso que anda
por esos aires tu seso.

Belisa.

Corre esta cortina, acaba (1).
¡ Jesus! ¿ qué hay aqui?

Finea.

¡ Ay, señora! un hombre.

Conde.

Quedo, no hagas,

---

(1) *Corriendo una cortina se descubre un aposento bien entapizado, un bufetillo de plata y otro con escritorios, una bugia, y el Conde á un lado.*

Belisa, estremos, yo soy.

Belisa.

¿Vueseñoria en mi casa
á tales horas? ¡ay, Celia,
buen cuidado, gentil guarda!
¿Tú pones en mi aposento
al Conde, y junto á mi cama?
¿dónde se vió tal traicion?

Celia.

¿Si yo salgo á ver quien llama,
y en abriendo se entra dentro
y poderoso amenaza
mi vida, qué puedo hacer?

Belisa.

Decírmelo cuando entrára,
y volviérame á salir
donde esta noche pasára
en casa de alguna amiga.

Conde.

No esteis, señora, turbada,
que si amor me puso aqui,
en viendo vuestra desgracia,
él me mostrará tambien
la puerta por dónde salga:
de noche entré sin pensar
que tanto el sol se tardára
de amanecer á mis ojos:
detuviéronme mis ansias
hablando con Celia en vos,
y como las horas pasan
tan apriesa por el gusto,
sin que las sienta quien ama,
cuando ya me quise ir,
llamastes vos, y esperaba
á salir sin que me viesen.

Belisa.
A tan corteses palabras
rindo todos mis enojos.

ESCENA IX.

Dichos Don Juan y Tello.

Juan.
Entra quedito, que hablan
en la cuadra de Belisa.
Tello.
Por Dios que no era muy baja
la tapia del dicho huerto.
Juan.
Difícil era la tapia,
si amor no me diera el pie,
ó me subiera en sus alas.
Tello.
Como no me ayuda á mí, da
por Dios que traigo quebrada
la ausencia de la barriga.
Juan
Hombre habla: ¡cosa estraña!
Tello.
¿Hombre aquí, y á tales horas?
Juan.
Tello, ¿quién lo imaginára?
Tello.
¡Ah, señor, cuántas de aquestas,
que se nos hacen gazapas
con los ojitos de miz,
tienen el zape en el alma;
las mas ricas del honor
quiebran tal vez, y se pasan
como mal papel, que deja

en cada letra una mancha.

Juan

Loco estoy: escucha atento,
pues este cancel nos tapa.

Tello.

Nadie se fie en cancel,
si habláren mal en la sala.

Belisa.

¿Yo creo á Vueseñoría;
mas pues Lucinda le agrada,
para qué me busca á mí?

Conde

Para escucharos, ingrata.

Belisa.

Despues de tantos paseos,
Prado y fuente Castellana,
viene á darme este disgusto,
mas debe de ser la causa
que le ha dejado por otra
su condicion, ó se engaña.

Tello

Par la tribuna de Dios
que es el Conde, y que se abrasa
Belisa de zelos.

Juan.

¡Cielos!
no me dejaba sin causa
Belísa: el Conde la goza,
hoy hizo fin mi esperanza.

Tello

Vámonos de aqui, señor,
que si esto adelante pasa,
te han de sentir, y vendreis
los dos á sacar la espada.

Juan.

¿ Hay mas que matarle?

Tello.

¿ Cómo?

matar, eso que no es nada,
y despues á caballito
huyendo por las Italias,
ó por dicha, tú en teatro
lucifero, yo en la maca,
que llaman *finibus terræ*,
cantando con media caja
al sol del remifasol,
con dos pasos de garganta.

Conde.

Belisa, yo no he querido
á Lucinda, porque fue
su enredo contra mi fe,
sus zelos contra mi olvido:
y porque veais que he sido
tan galan como señor,
desde aqui dejo el amor,
sin admitirle jamás,
que no es bien, que pueda mas
mi gusto, que mi valor.
Y aunque sea á mi despecho
si vos pretendeis casaros,
como decís, estorvaros,
siendo quien soy, no es bien hecho;
hoy haré salir del pecho
mi esperanza, sin que espere
mas que el bien que vuestro fuere,
porque no quiere, ni es justo
el que quiere mas su gusto,
que el honor de lo que quiere.
Hoy viene al suelo la torre

de mi necio y loco amor,
que contra vuestro rigor
el ser quien soy me socorre,
que tambien amor se corre
de ser mal agradecido,
viendo, señora, que he sido
sobre necio y porfiado,
para galan desdichado,
y grande para marido.
Palabra os doy de ayudaros
con el que lo fuere vuestro;
con que presumo, que os muestro
tanto amor como en dejaros:
con esto pienso obligaros,
sin volveros á cansar,
que un hombre, que con amar
nunca puede merecer,
cuando cansa con querer,
obliga con olvidar.

Belisa.

Alumbra á su señoría,
Finea.

Celia.

¡Valor notable!

Conde

¿Quién está aqui? alumbra.

Belisa.

¿Cómo
gente en mi casa?

Juan.

No saque
la espada Vueseñoria (1).

(1) *Empuña la espada y tercia la capa.*

Conde

¿Cómo no, viendo esperarme
detras de un cancel dos hombres?
¿Belisa, traiciones tales
con un hombre como yo?

Belisa.

¡Ay desdicha semejante!
¿Celia, qué es esto?

Celia

Que al Condé
puse yo donde le hallaste
es verdad, no los demas.

Juan

Señor Conde, no os espante
esta locura de amor.

Conde.

Amor no puede espantarme,
que juzga mal de la culpa
quien en ella tiene parte;
admírome de Belisa,
que con tantos ademánes
y melindres, en su casa
tenga hombres á horas tales
escondidos en canceles;
y asi para no empeñarme
en mas de lo que es razon,
porque no es justo que os mate
por delito de marido,
y guardaos de que os halle
por casar, que vive Dios,
que todo el mundo no baste
á defenderos la vida.

Juan.

¿Pues, señor, sin escucharme?

Conde.

Es presto para paciencias,
y para disculpas tarde.

ESCENA X.

Belisa, Finea, Don Juan y Tello.

Juan.

¿Es esta, ingrata Belisa,
la causa para matarme?
justamente enmudecias,
cuando yo llegaba á hablarte:
justamente me cerrabas
las puertas; pero sin llaves,
supo entrar amor á ver
los agravios que me haces.
Paredes abren los zelos
cuando vé que no los abren,
que como los llaman linces,
no hay cosa que no traspasen:
jurisdiccion son de amor
todos los verdes lugares,
al jardin debo el que tuve,
tanto un desengaño vale.
A las cuatro de la noche,
si es bien que noche se llame,
cuando ya llama el aurora
á las puertas orientales,
un señor en quien concurren
tan notables calidades,
en tu aposento á estas horas:
¿de tu casa el Conde sale?
Si en tu calle no hay vecino
que ahora esté por levantarse,
y hechas en la calle un hombre,

¿cómo quieres tú que calle?
En la calle no hay secreto,
que en llegando á despejarse
tanto el honor, no presumas
que guarden secreto á nadie.
¿Si amabas á Don Enrique,
dí, ¿para qué me engañaste?
que nunca fué valentía
ser las mugeres mudables;
dejarásme con Lucinda
mal por mal, nunca tan tarde
hombres en su casa hallé
de quien pudiese quejarme.
Desde tu casa me voy
á Aragon, para olvidarte,
Dios me libre de Castilla,
para conocerla baste
que el ejemplo de tu amor
me castigue y desengañe.
Si volviere á verla ¡cielos!
traidora espada me mate,
ó el mas amigo me venda,
y el mas obligado pague
con malas mis buenas obras,
y á mi enemigo se pase.
Perdone el hábito el Rey,
que ya con tantos pesares
me han dado Santiago zelos,
y es mejor morir en Flandes.

Belisa.

¿Acaba vuesa merced
su plática lamentable?
¿tiene esa larga oracion
epílogo que la ensarte?
¿Ha de haber no has visto, y esto

con que acaban los romances
para la vulgar chacota,
que llaman versos finales?
¿cuánto apacible severo?
¿cuánto tierno inexorable?
¿cuánto rendido tirano,
¿y cuánto humilde arrogante?
Prosiga vuesa merced.

Juan

¿Burlas en veras tan grandes?
¿cuándo agravios niñerías,
y cuándo rabias donaires?

Belisa.

Gentil hombre Aragonés,
el de la ley del encage,
Juan por la gracia de Dios,
Cardona por lo picante
si habemos de hablar de veras;
si se han de decir verdades,
si descubrirse los pechos,
si las almas declararse;
diga, Rey, si vino aquí
su Ninfa, que Dios le guarde,
aquella á quien solo faltan
las alas para ser ángel;
aquella que escribe en culto
por aquel griego lenguage,
que no le supo Castilla
ni se le enseñó su madre;
aquella, en fin, cuyos ojos
llaman á tantos galanes,
que es el bulto de la Corte,
quiera Dios que se los saquen;
y me dijo que le rompe
las puertas con ansias tales,

y con ruegos tan humildes;
que de lástima le abre:
que se desmaya en su estrado,
no es mucho que se desmaye,
pues llora con vígotera
y hace pucheros infantes;
¿cómo quiere el buen Cardona,
y con la boda que añade,
en este papel su Ninfa,
que sufra yo que se case,
porque mañana ha de ser,
y me pide la ignorante
vestidos para la boda,
mientras los suyos se acaben?
Váyase vuesa merced,
que ya es de dia, á acostarse,
porque para desposado
sin ojeras se levante,
y para hacerse la barba,
que es capítulo inviolable,
para ser mas mozo el novio,
y la señora enrizarse.
Y sepa que ha sido ejemplo
entre mugeres leales,
porque la que sale firme,
es roca al mar, palma al aire.
No truje al Conde á mi casa,
que ausente yo, pudo entrarse
en ella, si culpa tuvo
Celia, entre los dos la saben.
La prueba de estar ausente
es haber ido á buscarle,
y deberme ya dos vidas,
que porque no le matasen,
la mia puse á peligro

con cuatro espadas delante,
con las armas que temieron
los que quisieron matarle.
¿Es esto, como presume,
echar en la calle amantes?
¿es esto mudar de fe?
¿es esto ser inconstante?
¿es esto tener yo culpa
de ausentarse ó de casarse?
¿por mí se vuelve á Aragon,
y desde Aragon á Flandes?
La joya le dí á Lucinda
de aquel fenix de diamantes,
que para mí mueren fenix,
y para Lucinda nacen:
¿no responde?

Juan.

¡Apenas puedo!

Tello.

¿Y tú, no tienes que darme
alguna disculpa?

Finea.

Tello,
pellejo de zorra traes
con la barbada mesura,
con el cansado desaire,
que habiendo sido de Fabia
pretensor fregonizante,
me pide que dé disculpa.

Tello.

¿De Fabia yo?

Finea.

Pues negarme
quieres la verdad?

Tello.

¿Yo?

Finea.

Sí.

Tello.

Plega á Dios que me desgarre
un oso las pantorrillas,
ó que mi dinero en parte
le ponga, que esté dudoso,
pues hay cofres que le guarden;
ó que sacando un vestido
me pida despues el sastre
mas seda y mas guarnicion,
ó que por Diciembre pase
en un rocin sin espuelas
por la calle de Getafe,
y que de lerdo y mohino
en cada meson me pare,
ó que tenga un pleito en quien
paciencia y dineros gaste,
que es maldicion, en que todas
cuantas tiene el mundo caben.

Juan

¿O Belisa, qué habrá que no se intente
con zelos? yo estoy ya desengañado,
si tú lo estás, su necia envidia aumente
amor, que tantas penas te ha costado:
la vida que te debo justamente,
mientras viviere, me tendrá obligado,
tú mira cómo quieres, y en qué parte
pueda satisfaciéndote vengarte.
Que como ahora sale el claro dia
por la boca del sol, y va rompiendo
la oscura sombra de la noche fria
abriendo flores, y cristal luciendo,

á tus ojos saldrá la verdad mia
la noche de Lucinda descubriendo,
y entonces los regalos, los amores,
unos serán cristales y otros flores.
¿ Puedo hacer mas, que pueda tu deseo
hacer de mí?

Belisa.

Yo quedo satisfecha,
y que es enredo de Lucinda creo,
¿ mas todo sin vengarme, qué aprovecha?
que en el estado que mis cosas veo,
y para deshacer toda sospecha,
tú has de ser dueño en fin de mi esperanza,
de la satisfaccion y la venganza.
Yo te diré el engaño que he pensado
para salir de todo con victoria.

Juan.

A obedecerte estoy determinado,
en zelos, en amor, en pena, en gloria.

Belisa.

Pues vete, y vuelve, y ten de mi cuidado.

Juan.

¿Cómo podrá faltar de mi memoria?

Belisa.

A Dios, Don Juan.

Juan.

Muriendo me desvio.

Tello.

A Dios, zampoña.

Finea.

A Dios, tabaco mio.

ESCENA XI.

Sala en casa de Lucinda.

El Conde, Lucinda y Fabia.

Lucinda.
¡Notable resolucion!
Conde.
Si me sucediere bien;
mas fue mayor su desden,
que su atrevida aficion.
Lucinda
El oro en toda ocasion
es el primer movimiento.
Conde
Celia en su mismo aposento
me dió bastante lugar,
pero no supe igualar
mi dicha á mi atrevimiento.
¿Pero quién pudiera creer,
que fuera de casa estaba
Belísa, cuando llegaba
la noche á dejar de ser?
no tuvo que defender
de mis locos desatinos,
que nací (quando mis sinos
fueron encontrados vandos)
donde enloquecen Orlandos.
donde no fuerzan Tarquinos.
Cual suele un desafiado,
que á su contrario esperó,
que hasta que venir le vió
blasonaba confiado,

y en viéndole, de turbado
mudarse descolorido;
pues así mi amor ha sido
hasta que á Belisa ví,
que en viéndola me rendí
antes de haberme rendido.
Salí muy necio en efeto,
y es, porque entré confiado,
aunque un hombre despreciado
¿cómo puede ser discreto?
Hallé, escuchando en secreto
al salir vuestro Don Juan,
disculpa los dos me dan,
si deste nombre se llama,
tener en casa la dama
á media noche el galan.
Enojeme con razon,
mas llegando á conocer,
que se pudiera ofender,
su credito y opinion,
no puse en ejecucion
con entrambos mi pesar,
que ni á él le dejé hablar,
ni á ella despues mentir,
porque no queda que oir,
en no habiendo que esperar.

Lucinda.

¿Yo me canso injustamente,
él la adora, que porfio?

Conde.

¡Ay del pensamiento mio,
que mayor agravio siente!

ESCENA XII.

Dichos y Fabia.

Fabia.

Si no parece que miente
sombra de imagen incierta,
tu Don Juan está á la puerta.

Lucinda.

¿ Que Don Juan ?

Fabia.

El de Cardona.

Lucinda.

¿ El mismo ?

Fabia.

El mismo en persona.

Lucinda.

Esté mil veces abierta

ESCENA XIII.

Dichos Don Juan y Tello.

Juan.

Huelgome de hallar aquí,
señor, á Vueseñoría,
no para disculpa mia,
si es que anoche le ofendí,
sino porque de Belisa
traigo á los dos un recado.

Lucinda.

Buen mensagero ha buscado

Conde.

¿ Qué me manda ?

Lucinda.

¿ Qué me avisa ?

Juan.

Dijome, que un papel

(que Lucinda le escribió,
que por eso me llamó
para darme parte del)
la escribe, que hoy se desposa,
que á tanta ventura tengo,
que yo propio á daros vengo
las gracias, Lucinda hermosa,
y que en razon del vestido,
que le honreis tiene á favor
sus galas, con el mejor,
y que nunca le ha servido.
Y os envia á suplicar,
que de su mano tocada
salgais á ser envidiada,
y á no tener que envidiar,
y que si tambien quereis
(tanto desea obligaros)
en su casa desposaros,
de ser madrina la honreis.

Lucinda.

Para deciros verdad,
picarla fue mi deseo,
pero ya despues que veo
la vuestra, y su voluntad,
hallo, que lo que ha de ser,
por de burlas que se intente,
viene á ser por accidente.

Conde.

Y yo acabo de entender,
que Belisa no tenia
á Don Juan amor perfecto,
porque todo ha sido efecto
de su misma bizarria,
que su estraña condicion
la obligaba á darle zelos

á Lucinda.

Juan.

De los cielos

era justa obligacion

favorecer mi verdad.

Lucinda.

Por obligaros ha sido

fingir mi amor tanto olvido,

y desden tanta lealtad:

¡ oh quanto en amor alcanza

la porfia y la razon,

pues convierte en posesion

la mas perdida esperanza!

Iré en casa de Belisa,

pues de hacèrme tal favor

con tan buen embajador

por mas credito me avisa:

y suplíco al señor Conde,

que se halle á honrarme tambien.

Conde.

Con daros el parabien

mi obligacion corresponde;

juntos nos podemos ir.

Lucinda.

Dadme la mano, Don Juan.

Tello.

Novio y padrino se van:

¿ tienes algo que decir ?

Fabia.

Que envidio los desposados,

Tello, por quererte bien.

Tello.

Dame la mano tambien.

Dios nos haga bien casados.

ESCENA XIV.

Sala en casa de Belisa.

Belisa muy bizarra, y Celia.

Celia.

No te espante que pregunte
¿para qué es tan nueva gala,
y vestirse á tales horas?

Belisa.

Celia, mis locuras andan
por acabar de una vez
con esta necia esperanza:
nací con inclinacion
á todo amor tan contraria,
que no pensé que en mi vida
á querer la sujetára
discrecion y gentileza;
pero no hay soberbia humana,
sin contradiccion divina.
Fundé mi loca arrogancia
en que no hubiese muger
que no rindiese las armas
á mi libre entendimiento;
y estoy tan desengañada,
que no solo amor castiga
con tantas zelosas ansias
mi libertad, pero ha hecho
que se burle la ignorancia
de mi altiva presuncion;
de suerte que no me agravia
tanto en quitarme á Don Juan,
como en que piense muy vana,
que rinde mi entendimiento;

y si ahora no me falta,
de los dos agravios pienso
hacer á un tiempo venganza.

Celia.

No sé si aciertas.

Belisa.

Yo sí.

Celia.

Ya te dije la mañana
que fuimos las dos al soto,
que el amor te castigaba
tanto desden y desprecio.

Belisa.

Coche á nuestra puerta pára:
si la desposada viene,
ninguna ventura iguala
á sacar burla de burla,
y venganza de venganza.

ESCENA XV.

Dichos y Finea.

Finea.

Una galera de tierra
con clavos de oro por jarcias,
cortinas por altas velas
de tela rica de nacar,
y por remos que le mueven,
cuatro cisnes de Alemania,
con la señora Lucinda
en su portal desembarca.

Belisa.

¿Viene muy hermosa?

Finea.

Viene
contenta.

Belisa.

Bien dices, basta;
no hay muger alegre fea,
ni triste hermosa

Finea.

Ya amainan.

ESCENA XVI.

Dichas, Lucinda, Fabia, el Conde, Don Juan, Tello y criados acompañando.

Belisa.

Vuesamerced, mi señora,
honre aquesta humilde casa
mil veces enhorabuena,

Lucinda.

Vuesa merced otras tantas
favorezca mi humildad.

Belisa.

Tan bien vestida y tocada
ya no querrá que la sirva
con cuidado, ni con galas.

Lucinda.

No ha sido por no tener
del favor desconfianza,
mas por escusaros pena.

Conde.

Todo cumplimiento cansa:

resta, señora Belisa,
pues aquí nos acompañan
tantos criados, que sean
testigos de que se casan
Lucinda y Don Juan.

Belisa.

¿Quién? ¿cómo?

Conde.

Lucinda y Don Juan.

Belisa

¡Estraña
novedad! ¿quién os lo dijo?

Lucinda.

¿Cómo quién? ahora acaba
de decírnoslo Don Juan.

Belisa.

Don Juan, ó el sentido os falta,
ó no me entendistes bien,
que yo á decir enviaba,
que viniese á ser madrina,
quien viene á ser desposada.

Lucinda.

¿Madrina? ¿de quién?

Belisa.

De mí;
y que al Conde suplicaba
me honrase y favoreciese,
como me dió la palabra.
¿Díjeos esto?

Juan.

Así es verdad;
mas mi turbacion fue tanta,
que erré el recado; mas tengo
disculpa, si me le pasan
por la necedad primera.

Lucinda.

Ha sido necia venganza,
pero yo la tomaré
de los dos, solo me espanta,
que esto sufra el Conde.

Conde.

Yo
tengo, Lucinda, empeñada
la palabra: deteneos,
y pues que tambien me agravian,
consolaos conmigo, y dadle
por mí, pues ya los aguarda,
el parabien con los brazos.

Lucinda.

Mas vale volver burlada,
que corrida: yo los doy.

Belisa.

Yo á vos tambien con el alma;
quedemos las dos amigas,
y el señor Don Juan, que calla,
me dará la mano á mí,
pues que con tan buena gracia
erró el recado.

Juan.

Yo hice
lo que mi dueño manda.

Tello.

Y yo me agarro á Finea,
perdone, señora Fabia:
que he menester esta alcorza:
con esta mano te llama
mi amor, ¿qué aguardas?

Finea.

¡Ay Tello!
¿esa es mano, ó es patata?

Belisa.

Senado ilustre, el poeta,
que ya las musas dejaba,
con deseo de serviros
volvió esta vez á llamarlas,
para que no le olvideis;
y aqui la comedia acaba.

Las Bizarrías de Belisa.

„Esta comedia, que al parecer es una de las últimas que compuso Lope en su edad avanzada, si hemos de creer lo que dice en los versos con que la concluye,

Senado ilustre, el poéta,
que ya las musas dejaba,
con deseo de serviros
volvió otra vez á llamarlas...

Tiene, sino la fuerza de imaginacion que otras suyas, el mérito de la invencion, de la facilidad de diálogo y versificacion, y las gracias del estilo, en cuyas prendas, tan difíciles de poseer, consiste en mucha parte la celebridad de este poéta.

El caracter de Belisa está bien dibujado, es gracioso é interesante. Ha sido enemiga del amor, y ha aborrecido y despreciado á los hombres, hasta que repentinamente se enamora de Don Juan de Cardona, que viéndole acometido en el campo por cuatro hombres defenderse bizarramente, se apea, toma la espada del cochero, y poniéndose á su lado, obliga á huir á sus enemigos. Esta accion, inverosimil en en una muger, sea cualquiera el valor que se la suponga, la disculpa el poéta, cuando en boca de Celia, despues de haber escuchado la relacion de Belisa, dice:

Es suceso tan estraño,
que á no ser tuyo, no fuera
posible que le creyera.

Por lo demas, este caracter, que es el principal de la comedia, es original, agradable, y luce mucho en las escenas mas interesantes de la pieza. Es tambien muy bueno, aunque no tan decoroso y noble como el anterior, el de Lucinda, que enamorada de Don Juan, intenta, á fuerza de desdenes y desprecios, obligarle á casarse con ella, y viéndose al fin olvidada, intenta separarle de Belisa, infundiendo en su corazon la desconfianza y los zelos. En Don Juan está bien pintada la pasion que profesa á Lucinda, la sinceridad y franqueza de sus sentimientos, cuándo refiere á Belisa sus amores, el desengaño de su pasion, y su nuevo cariño á la que le ha salvado la vida. El Conde Enrique es noble, generoso y amable; pero Octavio es casi inútil, y los demas personages poco ó nada interesantes.

La accion está bien conducida hasta el fin, y el desenlace tiene bastante novedad. Hay escenas y diálogos escelentes. Veanse entre otros los de la IV, V, y XI escena del Primer Acto; los de la IV, X y siguientes del Segundo; y últimamente algunas del Tercero.

Ya hemos dicho que la versificacion es fácil y propia de Lope. Hay muchos trozos hermosos: veánse entre otros los siguientes: escena II del Primer Acto:

Celia.

¿Tú quieres bien?

Belisa.

¿Yo?

Celia.

¿Tú?

Belisa.

Si.

ya cesaron mis rigores.

Celia.

Veré primero sembrado
de estrellas del cielo el prado,
y el cielo de yerba y flores,
y, trocando el natural
efecto, veré tambien
á la envidia decir bien,
á la virtud hablar mal;
veré á la ciencia premiada,
á la ignorancia abatida;
que es la verdad bien oida,
y que la lisonja enfada,
y el imposible mayor,
dar honra al que está sin ella;
que crea, Belisa bella,
que puedes tener amor.

En la escena VII el romance en boca del Conde:

Ponte el sombrero, Belisa,
pluma blanca y randas negras,
aunque no ha menester plumas
quien en tales pies las lleva.
Ponte al espejo y retrata
en su cristal su belleza,
para que tengas envidia
de que nadie te parezca &c.

El de Tello en la escena IX.

Diga, señor, Manzanares,
sacamanchas de secretos,
á quien debe su limpieza
la informacion de los cuerpos;

el que lava en el verano
lo que se pecó el invierno,
cuya espuma es de jabon,
cuyas orillas de lienzo, &c.

Finalmente, el de Belisa en la escena X del Tercero.

Gentil hombre Aragonés,
el de la ley del encaje,
Juan por la gracia de Dios,
Cardona por lo picante;
si habemos de hablar de veras
si se han de tratar verdades,
si descubrirse los pechos,
si las almas declararse;
diga, Rey, si vino aquí
su Ninfa, que Dios le guarde,
aquella á quien solo faltan
las plumas para ser ángel, &c.

INDICE

de las comedias contenidas en este tomo.

[illegible]

[illegible] [illegible]

[illegible]

[illegible] . . . . [illegible]

[illegible] . . . . [illegible]

[illegible] . . . . [illegible]

[illegible] . . . . [illegible]

[illegible] [illegible]

[illegible] . . . . [illegible]

[illegible] . . . . [illegible]

[illegible] . . . . [illegible]

[illegible] . . . . [illegible]